



PORQUE
te **AMO**

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

AMY BRENT

PORQUE *te* AMO

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

AMY BRENT



1º Edición Julio 2020

©Amy Brent

PORQUE TE AMO

Título original: Because I Love You

©2020 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro también te gustará](#)

Capítulo 1

Jessi

—Le di de comer esta mañana cuando se levantó y ya tuve que cambiarlo, así que estará bien. La ropa está en la secadora, pero todavía no está seca y hay que plancharla.

—Lo haré, señorita Park. No se preocupe.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Jessi? —Fruncí el ceño.

—¿Y cuántas veces tengo que decirle que no tiene que darme el resumen de la mañana? —preguntó la niñera.

—Hace que me sienta mejor, así que, permíteme que lo haga, ¿de acuerdo? Bien, he comprado un plátano maduro para aplastarlo en el almuerzo, pero también quiero probar con un aguacate. Estoy intentando introducir tantos alimentos blandos como pueda, así que espero que tengas una paleta más amplia que la mía.

—No come muchas verduras, ¿verdad?

—¿Has visto estas curvas? Solo se consiguen de dos formas, con el gimnasio y calorías. Caleb se ha despertado con algo de costra alrededor de la nariz, así que mantén los ojos abiertos. El número de su pediatra está pegado en la nevera y puedes pedir cita hasta las once. Si le pasara algo después, encontrarás un consultorio de urgencias en la carretera. Te envié un correo electrónico...

—Una copia digital de su tarjeta sanitaria —interrumpió la niñera, dando a entender que estaba al corriente—. Sabe que llevo trabajando con usted desde hace tres meses.

—Y nunca dejaré de preocuparme —repliqué con una sonrisa—. Si necesitas algo, llámame. Y hazme saber cómo te va con el aguacate.

Le di un beso de despedida a mi bebé y me dispuse a marcharme.

Hoy había sido un día muy importante, por eso estaba nerviosa y emocionada. Mi carrera como modelo de talla grande había despegado y, gracias a mi entrenador personal en el gimnasio, tenía una cintura estrecha que hacía que cualquier vestido me quedara como un guante.

Uno de los diseñadores de moda más importantes de la costa este volaba para hacer un *show* en Los Ángeles y me había elegido para ser una de sus modelos de talla grande en la pasarela. Estaba extasiada. Este *show* podría marcar la diferencia entre ser un modelo de catálogo para el resto de mi vida y crear mi propio imperio, como Tyra Banks o Ashley Graham.

Mi primer gran desfile y estaba a punto de llegar tarde, me dije mientras corría por las calles de Los Ángeles.

El diseñador quería asignar los trajes, elegir los peinados y explorar diferentes escenarios de maquillaje para la idea que tenía de organizar el evento. A primera vista me pareció un imbécil estirado, pero me ofrecía una oportunidad y saltaría si me lo pidiese. Además, todos íbamos a conocer al coreógrafo por primera vez, lo que significaba que también podríamos desfilas hoy.

La ciudad de Los Ángeles era bonita, pero mi sueño era ir a Nueva York. Donde los mejores de los mejores habían encontrado su camino. No me gustaba el calor, prefería tomar el sol en la

preciosa nieve aunque nunca la había visto en persona, pero podría viajar allí, empezar de nuevo y criar a mi hijo para que se convirtiera en el buen hombre que sabía que podía ser.

Lejos de todos los que me acosaban por su maldito padre.

Este desfile era lo más importante. No solo para el diseñador, sino también para mí. Habría cientos de cámaras que promocionarían mi foto en todas las redes sociales: Instagram, Facebook, Twitter y en revistas de gran tirada. Mi cara aparecería en todas las portadas y, si jugaba bien mis cartas, ya podía verme caminando por Times Square. Mi foto estaría en todas las vallas publicitarias y mi agente rechazaría trabajos porque ya estaba ocupada. Tendría un bonito apartamento de tres habitaciones con preciosas vistas del horizonte de Nueva York y mi hijo estudiaría en las mejores escuelas privadas de la ciudad.

Haríamos largas caminatas por los parques y patinaje sobre hielo durante la Navidad. Incluso tomaríamos chocolate caliente junto a la chimenea, mientras mi hijo y yo observábamos caer la nieve sobre la ciudad. Haríamos paseos en carruajes tirados por caballos, le enseñaría a tratar a una chica en su primera cita o lo prepararía para su baile de graduación. Y, por supuesto, veía a mi hijo animándome al verme caminar por las pasarelas de la semana de la moda de Nueva York.

Todo lo que tenía que hacer era salir de California.

Entré en la agencia donde se suponía que nos encontraríamos y encontré a varias de las modelos que iban a desfilan. Me di cuenta de que yo era la única con curvas más grandes que la talla 4 y deduje que si no habían elegido a más para la sesión de fotos, sería muy positivo para mí. Todas nos sentamos en una habitación donde encontramos botellas de agua y bocadillos que nos provocaban, que me hicieron debatir sobre si comer o no algo. Después de todo, era una modelo de talla grande, por lo que resultaba evidente que comía.

—Atención, por favor, guarden silencio. Vamos a comenzar en unos minutos, en cuanto llegue nuestro coreógrafo que ha elegido honrarnos con su presencia.

—Siento llegar tarde. —Se escuchó una voz que se acercaba por detrás—. El tráfico era una locura y me ha retrasado un accidente que ha interrumpido la circulación.

Se me heló la sangre y me giré con brusquedad. Era imposible que fuera él. Después de todo lo que me había hecho pasar, el universo no podía ser tan cruel. Nuestros ojos se encontraron y supe que él también estaba sorprendido. Apreté los dientes y mi interés por la comida desapareció en el acto.

Christopher.

Christopher Miles era nuestro maldito coreógrafo.

—Chicas, este es Christopher Miles y trabajará con nosotras durante la mañana. Sabe cómo quiere nuestro diseñador que esté todo dispuesto, por eso nos ayudará a escoger los colores para el maquillaje, así como los peinados.

Genial.

Jodidamente genial.

—Encantado de conocerlas a todas —saludó Chris.

Sus ojos se posaron en los míos otra vez y sentí que me hervía la sangre.

—No perderé más tiempo, síganme a la sala y empezaremos a repasar la coreografía.

—¿No vamos a caminar por la pista? —Alzó la voz una chica.

—El espectáculo no es hasta dentro de unos días. La pasarela no estará montada hasta la noche anterior —explicó él.

—Esperaba poder sentir qué se siente al caminar sobre la pista.

—Entonces le sugiero que de un paseo en tacones por el muelle. La sensación es la misma —

aconsejó.

Me levanté de la silla y me dirigí con rapidez a la habitación de al lado. No quería hablar con él si podía evitarlo. Procuré quedarme atrás para observar sus movimientos a través del espejo y, si no captaba bien lo que hacía, me fijaba en la chica de delante que seguía sus instrucciones a la perfección.

La coreografía era complicada, pero no tenía problema con mis anchas caderas, al contrario que otras chicas más delgadas que se ponían rígidas para realizar algunos giros.

Chris me miró fijamente en el espejo varias veces y odié cuando lo hizo porque vi en sus ojos los de mi hijo. Mirar a Caleb era como verlo a él porque se parecía mucho a su padre. El mismo pelo castaño, sus ojos de color azul brillante y una sonrisa amplia. Era la viva imagen de su padre y cada vez que Chris se daba la vuelta y miraba a la multitud, su atención siempre caía sobre mí.

Y las chicas empezaron a darse cuenta.

—Muy bien, señoritas. Me han informado que el maquillador está aquí. Vamos a tomarnos un descanso y a asignar algunas paletas de color, luego el peluquero vendrá a hacerles algunas pruebas. Haremos la coreografía una última vez antes de que nos vayamos y podremos salir a las seis.

Seis.

Mierda. Le dije a mi niñera que estaría en casa a las cuatro.

Las chicas salieron riéndose de la sala mientras yo buscaba mi botella de agua. Levanté la vista y vi a Chris merodeando, por lo que supe que esto no terminaría bien. Si se acercaba y me hablaba, no estaba segura de no darle un puñetazo en la nariz.

La misma nariz que tenía mi hijo en su cara.

—Jessi —me saludó.

—Christopher. —Fui igual de escueta.

—No esperaba verte por aquí.

—¿Porque no pensaste que tendría éxito?

—Porque no creía que fueras modelo —aclaró.

—En dos años, cambian muchas cosas.

—No han pasado dos años.

—¿Estás realmente en posición de discutir conmigo sobre cuánto tiempo ha pasado? —Me encaré a él.

—Mira, no quiero pelear.

—Entonces no deberías haber dicho mi nombre.

Fui a cepillarme el pelo, pero él me agarró la muñeca.

—Jes, por favor.

—No puedes llamarme así —repliqué, mientras sacudía la cabeza—. Ya no puedes usar ese nombre.

—Ven a cenar conmigo esta noche.

—Veo que no has perdido la costumbre de dar órdenes.

—Si no recuerdo mal, eso te gustaba.

—Las cosas cambian. —Me zafé de su mano.

—Así podríamos hablar. Para ver cómo nos ha ido.

—Me ha ido bien y no me importa saber cómo te ha ido a ti.

—Entonces no perderás nada por venir a cenar.

—Solo mi dignidad.

—¿Qué quieres de mí, Jes?

—O una explicación o el silencio.

—Entonces ven a cenar y déjame darte una.

—O simplemente podrías darme ahora —sugerí, mirándolo fijamente.

—No hay tiempo. Tendrías que estar maquillándote y a estas horas, no quedará ningún sitio libre.

—¿Y de quién es la culpa?

Nos quedamos allí, parados y sin decir nada más. Todavía me ardía la muñeca donde me había tocado y maldije que su contacto me hubiera causado una dulce sensación. Mordí la parte interior de mi mejilla al percibir su aire de superioridad.

Entonces, tuve una idea.

Él no iba a echarse atrás y yo tampoco, pero eso no significaba que tuviera que ir a cenar. Tenía enfrente al hombre que me había roto el corazón; el que me prometió que colgaría la luna en mi habitación y arrancaría las estrellas del cielo por mí. Estaba mirando a los ojos al hombre que me obligó a vivir la vida que ahora llevaba, porque yo no nacía así de fuerte, sino que tuve que hacerme cuando se fue.

El día que me dejó sin nada más que promesas rotas a mis pies.

Pero no iba a dejar que se acercara de nuevo. Si lo que quería era una cena conmigo, entonces yo jugaría su pequeño juego. Sin embargo, esta vez no iba a ganar. Dejó promesas rotas a mis pies y yo dejaría un corazón destrozado a los suyos.

Me aseguraría de que entendiera el dolor que me causó, para poder seguir adelante con el único hombre que importaba.

Mi hijo.

—Está bien —acepté.

—Sabía que lo verías a mi manera. —Sonrió con gesto triunfante—. ¿Qué te parece esta noche? ¿A las siete en punto? ¿Después de que terminemos con todo esto? —Señaló alrededor con la mano.

Hice una nota mental para llamar a mi niñera al tiempo que sonreí como si me entusiasmara la idea.

—Me parece perfecto.

Capítulo 2

Christopher

Aunque insistí en recoger a Jessi para la cena, no me dejó. Fui persistente, diciéndole que no la obligaría a hacer nada que no quisiera, pero por más que traté de convencerla, ella se negó en rotundo.

Como yo también era bastante testarudo, pensé que terminaría cediendo. Al menos, así era antes. Por eso habíamos congeniado también en el pasado. Jessi era hielo y fuego, mientras yo era su agua. Podía erosionarla o sofocar sus llamas según me necesitara. Sin embargo, esta vez no importó todos los buenos argumentos que le di para recogerla porque se mantuvo firme.

Después de todo, parecía que sí habían cambiado algunas cosas.

No solía vestir de traje, pero me puse uno, ya que deseaba impresionarla, aunque también quería parecer relajado para que me diera la maldita oportunidad de hablar. Sabía que estaba enfadada conmigo y tenía todo el derecho a estarlo, pero no podía hacer nada por las circunstancias que me obligaron a irme.

Habría arruinado mi puta carrera si me hubiera quedado.

El resto del ensayo se dio bien. Las sesiones de peluquería y maquillaje fueron muy aburridas y tuve que darme prisa entre un montón de modelos flacas que se quejaban de cosas ridículas, como que la sombra de ojos azul real les dejaba la piel demasiado coloreada. Sin embargo, Jessi se sentó ante el espejo como el lienzo que era y permitió que el maquillador hiciera su trabajo. Su maldito peluquero no paraba de hablar de lo bonito que tenía el pelo y lo largos que eran sus mechones.

Me cansé de escucharlo enseguida, demasiado bien sabía yo lo maravilloso que era su cabello. Lo tuve enredado entre mis dedos la noche que le quité la virginidad.

Finalmente, me detuve en el restaurante francés que había reservado para nosotros. Tenía mesas en la azotea y vistas al horizonte de la ciudad. Supuse que así ella se sentiría menos encerrada y estaría más cómoda mientras la obligaba a hablar. Además, el entorno también nos proporcionaría un telón de fondo muy romántico para conocernos de nuevo.

Después de comprobar que hacía la coreografía con facilidad y de verla sonreír y hablar con toda aquella gente, no pude negar lo mucho que la deseaba. Me hubiera gustado deslizar mis labios por su cuerpo y tuve que hacer un gran esfuerzo a lo largo del día, para mantener los ojos alejados de ella, aunque planeaba poseerla aquella noche.

Incluso si no dormíamos juntos.

Entré en el restaurante, saludé a la propietaria y me acompañó hasta mi mesa reservada para dos en la terraza. Cuando llegué arriba, pedí una cerveza y eché un vistazo a la escalera para ver si ella aparecía. Justo a las siete en punto, escuché unos tacones por las escaleras, emergió su morena cabeza llena de rizos y mi polla se endureció nada más verla. Era aún más guapa que hacía dos años, con sus suaves caderas que se balanceaban y sus preciosas tetas rebotando ligeramente contra su cuerpo. Sus ojos verdes y redondos se fijaron en los míos mientras sus labios rojo rubí formaban una sonrisa y tuve que tomar aire antes de levantarme para saludarla.

—¿Me has pedido algo de beber? —Fue su tímida pregunta.
—No sabía si beberías dado tu trabajo.
—Mi dieta no cambia mucho porque esté trabajando —me explicó—. Se necesitan calorías para mantener el cuerpo de una modelo de talla grande.
Era difícil no mirarla mientras se sentaba en su silla.
—Estás impresionante, como siempre —observé en voz alta.
—Tú también estás bien —repuso con cortesía.
—Tengo que admitir que creía que no aparecerías.
—Eso pasa cuando se rompen los corazones.
—Con eso precisamente es con lo que quiero empezar nuestra conversación —expuse después de sentarme—. Lamento la forma en que me fui.
—¿Vas a decirme por qué te fuiste? ¿O se supone que debo tomar tu disculpa al pie de la letra?
—Surgieron algunas cosas... asuntos personales de los que no me gusta hablar. No podía quedarme, pero no tenía nada que ver contigo, Jessi. Nunca lo tuvo.
—Nunca pensé que lo tuviera —replicó—. En todo caso, supuse que mi hermano te habría echado de la ciudad.
—Tu hermano es protector, pero podría enfrentarme a él en una pelea cualquier día.
—Entonces no lo has visto últimamente —espetó ella, con una risita.
—Es mi mejor amigo. Veo su trasero todo el tiempo.
—Eres un poco bocazas.
—Nunca antes te habías quejado de eso, Jessi.
—Porque normalmente podría callarme.
—¿Entonces por qué no lo haces ahora?
—Porque no te has humillado lo suficiente.
Nunca pensé que volvería a ver su fabulosa sonrisa, pero ahí estaba, extendiéndose por su rostro. Jessi siempre había sido una mujer inquieta, pero yo esperaba de ella más ira que diversión. El brillo de sus ojos me atrajo como dos años atrás y sentí que me embargaba el mismo bienestar que siempre había experimentado a su lado.
Se estaba acercando de nuevo a mí y eso era bueno.
—Lo importante es que he vuelto —le recordé.
—¿Por qué es importante? —inquirió con el ceño fruncido.
—Porque puedo pasar tiempo contigo.
—¿Ya me lo has dicho?
—Te he echado de menos, Jessi. ¿Qué más quieres?
—Una razón de por qué te fuiste.
—No puedo... no puedo decírtelo.
—¿Tan personal es que no puedes? ¿O es que es vergonzoso?
—¿Por qué tiene que ser una cosa o la otra? —Me incliné hacia ella.
La vi digerir mi pregunta antes de que se recostara en su silla.
—¿Le gustaría a la señora tomar una copa? —interrumpió el camarero de nuestra mesa.
—Un vaso de vino tinto para acompañar el *Confit de pato* será estupendo —pidió ella.
—Ah, veo que ya saben lo que pedirán. ¿Qué desea usted, señor?
—Lo que sea que tome ella, estará bien —dije, deseando que se marchara.
El camarero le echó a Jessi una mirada extraña y eso causó que ella soltara una carcajada. Estaba preciosa cuando se reía. Se le hacían unas pequeñas arrugas en las comisuras de los

ojos y sus labios entreabiertos mostraban unos dientes blancos y perfectos. Cada vez que movía los hombros, su pecho se balanceaba como si se burlara de mi boca y rogara que lo agarrara. Jessi era un pecado, dentro de una funda de terciopelo y podía sentir la polla presionando salvajemente contra mis pantalones.

Iba a ser una larga noche, sentado aquí con ella.

—Por mucho que me duela admitirlo, yo también te he echado un poco de menos —reconoció con una sonrisa.

—Eso es por mi encanto irresistible para la mayoría de las mujeres —bromeé yo.

—No tiene nada que ver con tu encanto.

—Cuando dije «encanto», no me refería a mi personalidad —aclaré.

—Tampoco tiene nada que ver con tu apreciada inteligencia —espetó con una mueca.

—Sigues siendo igual de beligerante.

—¿Esperabas que eso cambiara alguna vez?

—Esperaba que no lo hiciera nunca, pero tengo curiosidad, ¿cómo llegaste a ser modelo?

—¿Bromeas? —Me miró extrañada.

—Hablo muy en serio.

—Siempre he querido ser modelo. Ya lo sabías.

—Sabía que te interesaba, pero no me imaginaba que lo tomaras tan en serio.

—Así que todas esas veces que te hablé de cómo iba a ir a Nueva York para hacer algo importante en mi vida, ¿pasó justo por encima de esa cabezota tuya?

—Bueno, nada indicaba que estuvieras encaminándote en esa dirección. No vi nunca fotos tuyas posando, ni noté que te interesara modelar ni tampoco te relacionabas con gente de ese mundillo. De modo que no pensé mucho en ello.

—Fui contigo a alguna de tus sesiones de coreografía. ¿No te importaban todas las preguntas que te hacía?

—Creí que solo te interesabas por lo que yo hacía para ganarme la vida, ya que estábamos... ya sabes... juntos.

—Es difícil para ti decirlo, ¿eh? —Su voz sonó mordaz—. Eres una verdadera joya, Christopher Miles.

—Y tú eres una obra de arte, Jessi Park.

La química entre nosotros seguía ahí y, a medida que la noche se hacía más oscura, seguía avanzando. Las bromas, el factor de choque y la tensión sexual estaban presentes en todo momento. Podía vislumbrar sus pezones a través del vestido, se burlaban de mí mientras me lamía los labios. Mi polla se tensaba contra los pantalones con cada sonrisa que me dedicaba y deseaba silenciar su boca con mi miembro, pero sabía que no era prudente llevarla a mi casa. Ambos teníamos una práctica a la mañana siguiente y no quería arruinar todo el trabajo que había hecho para obtenerla.

—Debería irme a casa. Ambos tenemos una práctica muy temprano. —Pareció leerme el pensamiento.

—Estaba pensando lo mismo.

—No, no pensabas eso —objetó con una sonrisa—. Estabas mirando mis tetas.

—Y también pensaba en lo inapropiado que sería pedirte que vengas a mi casa y mantenerte despierta toda la noche porque tenemos que madrugar.

—Siempre tan caballeroso.

—Esa es la última palabra que me describiría y lo sabes.

Me levanté de la mesa después de pagar y le ofrecí mi mano.

Ella deslizó la suya en la mía y su toque disparó una ráfaga de fuego por mi brazo. Ahí estaba. Esa sensación eufórica que siempre tenía cuando la tocaba. Agarró mi mano con fuerza, mientras bajábamos las escaleras, y eso me recordó cuando me clavaba las uñas en la espalda para aferrarse a mi cuerpo. Ninguna mujer me había enloquecido tanto como ella y ninguna era capaz de manejar mi actitud dominante en la cama.

Pero ella sí podía.

Lo hizo.

Y ni una sola vez me dijo que parara.

Caminamos hacia el aparcamiento y la acompañé hasta su coche. Se apoyó y al doblar una pierna, destacó cada una de sus sensuales curvas como si hiciera una pose. Colocó las manos en el capó y el viento alzó sus preciosos rizos castaños sobre sus hombros.

Parecía un ángel, rodeada por un aura de bondad sensual y yo quería subirla en ese momento sobre su maldito coche.

—¿Ves? Hasta la naturaleza está confabulada con mi carrera de modelo —advirtió ella.

—Siempre has sido una mujer impresionante.

Nuestros ojos se encontraron y vi que aquella inocencia de antaño se deslizaba de nuevo en su mirada. No me explicaba cómo podía danzar entre la seguridad ardiente que demostraba su madurez y la ingenuidad que observaba en ese momento. Abrió sus ojos verdes de par en par cuando me acerqué a ella, apoyé la mano en su cadera y la dejé allí de forma casual. Pude sentir su aliento en mis labios al acortar la distancia entre los dos y enredé un mechón de su pelo entre los dedos.

—Gracias por una noche estupenda, Jessi. —Sus tetas presionaron contra mi pecho y contuvo la respiración.

La empujé con suavidad sobre el capó del coche y ella me empujó suavemente con las manos. Me incliné sobre ella hasta que su espalda presionó contra el frío y brillante metal, deslizó un dedo del pie por mi pierna y atrapé su boca en un apasionado beso. Nuestras lenguas lucharon por ver quién dominaba a quién y me detuve antes de tener el impulso incontrolable de sacarme la polla y llevarla al centro del maldito aparcamiento.

—Buenas noches, Jes. —Me eché hacia atrás y la ayudé a levantarse mientras su pecho se llenaba de deseos.

—Buenas noches, Chris.

—Te veré por la mañana.

—Sí. Nos vemos entonces.

—Trata de no soñar mucho conmigo cuando llegues a casa.

—Confía en mí, tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

Pero el nerviosismo de su voz y el temblor de sus manos indicaron con claridad lo que haría al llegar a casa y sonreí, ante la idea de su mano enterrada entre esos deliciosos muslos.

Pronto tendríamos nuestro momento de nuevo y vería sus torneadas piernas alrededor de mi cabeza, una vez más.

Podía sentirlo en mis entrañas.

Capítulo 3

Jessi

¡Era un imbécil! ¿Quién coño se creía que era? Se me acercó durante la cena como si no hubiera pasado nada. ¡Como si no hubiera desaparecido de la faz del maldito planeta durante un año y medio! ¿Y qué era toda esa mierda de no querer hablar de ello? ¡Era una rata bastarda que no tenía una maldita opción conmigo! Me prometió un futuro con él y luego me dejó en la estacada. Y no sabía que quería ser modelo... ¡Venga, ya! ¿Había sido tan despistado sobre mí todo el tiempo?

Maldición. Le había dado todo, incluso expuse mi relación con mi hermano y con mi familia. Arriesgué mi incipiente carrera para estar con él, me apoyé en sus promesas y me permití soñar que llegaríamos a lo más alto, que seríamos los dueños de la industria del modelaje.

Y el maldito ni siquiera sabía que yo quería ser modelo.

Cuando llegué a casa después de aquella cita, estaba furiosa. Afortunadamente, Caleb ya estaba durmiendo y no me oyó tirar al suelo los tacones. Estaba tan dolida como la noche en que me dejó plantada en aquel maldito restaurante, tanto como la mañana en que mi hermano me dijo que se había ido.

Desapareció sin decirme una palabra, como si le hubiera importado una mierda; sin embargo, él significó mucho para mí. Cada vez que venía a jugar con Justin en el patio, no podía quitarle los ojos de encima. Era reservado, alto y aventurero. Se tomaba todo con calma y era ferozmente leal a su familia y sus amigos. Mi enamoramiento de colegiala floreció con un tipo que nunca soñé que me miraría.

Hasta que lo hizo.

La noche en que le di mi virginidad quedó grabada para siempre en mi mente. Sus órdenes silenciosas y sus suaves alabanzas en mi oído. Dijo que yo era su dulce chica y puso mis muñecas sobre mi cabeza con suavidad. Fue rápido en tomarme, pero no enérgico. Sabía lo que quería y cuando alguien quería dárselo.

Y joder, ¿alguna vez quise dárselo?

El beso que compartimos en el aparcamiento, después de la cena, me trajo recuerdos que perturbaron mi sueño. Me desperté sudorosa, con un dolor entre las piernas que tuve que aliviar con una ducha fría. No iba permitir que mi cuerpo se derrumbara ante él, porque eso desdibujaría las líneas que había levantado.

Porque no quería reconciliarme con él. Quería hacerle daño.

Me hizo pasar por un infierno. Pasé las noches sollozando en la bañera y empapando mi almohada de lágrimas. Días enteros preguntándome dónde podría haber ido y qué estaría haciendo. Puse tantas excusas para justificar su marcha que incluso me dije que debía haber pasado algo con su carrera; una actuación de última hora que nos catapultaría a ambos a la cima. También me dije que podría estar de vacaciones, tomándose un tiempo para sí mismo antes de volver por mí. Tuve visiones de cómo deambulaba por ahí, cultivando una carrera en la que ambos pudiéramos sobresalir. Pero los días, semanas y meses pasaron y él nunca apareció.

Y la maldita prueba de embarazo dio positivo.

Ahora que había vuelto, iba a cobrarme todo lo que había sufrido sin importar lo que costara. Dejaría que se enredara conmigo, que pensara que le daba una segunda oportunidad. Iba a jugar con él y hacerle creer que todavía teníamos una estúpida conexión. Le rompería el corazón, lo dejaría en la estacada como él me dejó a mí y, entonces, veríamos si le gustaba.

La niñera llegó antes de que Caleb se despertara, así que fui a su habitación y le di un beso. Al ver su cara, traté de ignorar lo mucho que se parecía a su padre y recordé el tiempo que me llevó mirarlo sin llorar. Me costó semanas poder mirarlo y sonreír sin pensar en Chris. Su marcha contaminó lo mejor que me había pasado. Había llorado más lágrimas por mi hijo de las que podía admitir y Chris era la razón de ello.

Casi consiguió arrebatarme la felicidad de mi maternidad y pagaría por ello.

Di un último beso en la mejilla de Caleb antes de salir por la puerta.



Poco después, en el centro de eventos, observábamos cómo se construía la pista ante nuestros ojos.

—Pensé que no practicaríamos en la pista —comentó una chica.

—Tal vez ese coreógrafo *sexy* se ha dado cuenta de nuestro lado bueno —bromeó otra.

—Es realmente un tío guapo. ¿Has visto sus brazos? No puedo dejar de imaginar qué habrá debajo de esa ropa.

—¿Sus brazos? Estoy más centrada en sus pantalones. ¿Te fijaste ayer en ese bulto?

—Se acercó tanto a mí durante el maquillaje que pude sentir su aliento en mi cuello. Casi me volví y lo besé.

Las chicas se reían de lo guapo que estaba Chris, lo que hizo que mi plan me pareciera mucho mejor. Si les revelara a todas que Chris era el padre de mi hijo, se cagarían encima. Se les caería el alma al suelo cuando se dieran cuenta de que Chris disfrutaba de una mujer y era capaz de darle mucho amor, pero también se quedarían a cuadros cuando les dijera que no ocupaba un sitio en mi vida.

En ningún lugar de nuestras vidas.

Odiaba estar rodeada de tantas modelos parlanchinas. Esa era la parte de mi carrera que menos me gustaba. Todas eran unas zorras falsas que sonreían como serpientes antes de clavarte sus colmillos venenosos. Algunas de estas mujeres, como las que parloteaban sobre Chris, eran las peores de su clase. Te sonreían mientras te empujaban delante de un autobús si eso significaba conseguir el trabajo que querían. Eran despiadadas, de la peor clase de traidoras.

Chris estaba en buena compañía con ellas.

Mi mejor amiga no era modelo y daba gracias a Dios por ello. Megan era mucho más tranquila que estas mujeres que me rodeaban a diario. Era camarógrafa en las escenas de algunas de las películas más taquilleras de los últimos años, me encantaba ponerme al día con ella y escuchar todos los chismes jugosos de las celebridades. Algunas de las historias eran divertidísimas y eso hacía que viera sus películas de una manera completamente diferente. Otras historias no me sorprendían en absoluto, e invariablemente entablábamos una conversación sobre lo mucho que apestaban la mayoría de las mujeres de nuestros trabajos.

—Muy bien, chicas. Vuelvan a sus sitios. Vamos a ponernos unos tacones y faldas y probaremos la coreografía en la pasarela.

—Me gustaría probarlo en la pista —dijo una de las chicas.

—¿Qué has dicho? —Chris se giró con el ceño fruncido.

—¡Dice que quiere probarte en la pista! —espeté en voz alta.

La chica me fulminó con la mirada y yo me reí cuando se fue. Eché un vistazo a Chris y él estaba moviendo la cabeza, pero pude ver que agitaba los hombros. Otro punto en el marcador para mí, pensé. Cada vez que consiguiera que se riera, significaría que lo estaba llevando de vuelta a mi terreno.

Terminaría por arrinconarlo y entonces, golpearía.

Comenzó a escucharse música y moví los talones, después giré los tobillos para aflojarlos y me estiré antes de posicionarme para caminar por la estructura. Coloqué la mano en la cadera y eché a andar con un suave balanceo. Los giros que nos había indicado Chris, no me supusieron ningún esfuerzo. Me aseguré de que mi falda ondeara un poco más y que mi pelo se moviera sobre mis hombros. Lo miré al darme la vuelta para volver y pude sentir sus ojos clavados en mi trasero.

Repetimos la coreografía cuatro veces antes de darla por terminada y me sentí aliviada, ya que levantarme a las seis de la mañana no era lo mío. Nada más quitarme los tacones, suspiré y masajee mis pies mientras las chicas pasaron por mi lado.

No dejaban de lanzarme miradas sucias, lo que solo alimentaba mi deseo de hacerlas enfadar más.

—Has estado muy bien, ahí afuera. —Me sorprendió la voz de Chris.

—Algunas de esas chicas piensan que tú también. —Giré la cabeza para mirarlo.

—¿Y tú qué piensas?

—Que tienes que dejar de mirarme el culo.

—¿Y qué pasa si no quiero?

—Entonces, disfruta mientras rompes los corazones de todas esas mujeres también.

—No disfruté nada de lo que pasó, Jessi.

—Ah, así que te queda algo de culpa. Mi comentario no se refería al pasado, pero el hecho de que tú lo relaciones, es revelador.

—¿Ahora eres modelo y psicóloga?

—Las mujeres podemos ser cualquier cosa, hoy en día —le advertí con una sonrisa.

—Hablando de cualquier cosa, me preguntaba si estás libre esta noche.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—Nunca he sido capaz de llenarme de ti. Ya lo sabes.

—¿Qué propones para esta noche? —Me interesé.

—Depende. ¿Estás de acuerdo en que quedemos?

—Depende. Si es para llevarme al cartel de Hollywood y tirarme desde él, no.

—¿Qué tipo de citas has tenido recientemente? —Fingió sorprenderse.

—Ninguna. He estado centrada en mi carrera. Por eso tienes que hacer que la de esta noche merezca la pena. No voy a salir con el coreógrafo y poner mi carrera en el punto de mira a menos que sea por algo bueno.

—Es una cita, ¿eh? ¿Vamos más allá de las citas?

—Tal y como actúas, parece que nunca lo hubiéramos dejado. —Encogí los hombros.

—Yo me refería a tomar algo, en mi casa... Ya sabes, ya que te inquieta tanto que vaya a la tuya.

—Lo último que necesito es que aparezcas en medio de la noche rogando por mí porque no

tienes suficiente.

—Oh, yo no ruego. Nunca.

Lo miré a los ojos y vi que el fuego se encendía detrás de ellos. Sabía exactamente lo que había planeado para esta noche. Algo de bebida, un poco de charla en una habitación poco iluminada y probablemente tomar asiento en su sofá. Se pondría cómodo, su mano deambularía por mi cuerpo y pronto no podríamos separarnos.

Pero estaba muy equivocado, si pensaba que eso era todo lo que se necesitaba.

—Ya que es en tu casa, ¿a qué hora quedamos?

—¿Qué tal ahora mismo? —Su respuesta fue rápida.

—Necesitaré una siesta si voy a tratar contigo —bromeé.

—¿Tratar conmigo? Estoy herido, Jes.

—Acostúmbrate. —Sonreí.

—Me gusta cómo suena eso. Dame tu número y te envío mi dirección por mensaje de texto.

—Supongo que podría hacerlo —dije, jugueteando.

Nada más darle mi número, me envió un mensaje de texto con su dirección. Quedamos a las seis de la tarde y se marchó. Eso me dio tiempo para ir a casa y pasar tiempo con Caleb antes de volver a salir por la noche. También le daría un respiro a la niñera para que no trabajara dos días seguidos.

Después de todo, no iba a descuidar el cuidado de mi hijo solo para vengarme de Chris. Mi hijo era lo primero. Siempre.

Fui a casa y lo tuve en mis brazos mientras hacía un esfuerzo por olvidar la noche que se avecinaba. Me acosté con él en el sofá, su cabeza descansaba sobre mi pecho y lo miré durante un buen rato. Era tan pequeño, solo tenía ocho meses y no habían sido suficientes para que aprendiera a procesar el mundo que le rodeaba. Había leído todos los libros sobre bebés que pude mientras estuve embarazada y modelé en todos los eventos que encontré hasta que empecé a engordar. Estaba decidida a hacer una vida mejor para nosotros de la que mi hijo pudiera estar orgulloso.

Pero necesitaba cerrar la historia con Chris. Eso evitaría que mi mente siguiera preguntando por él. Mi hijo lo merecía y, después de lo que Chris me hizo pasar, yo también me lo merecía.

Dejé a Caleb en su cuna y fui a prepararme para mi cita. No me vestí como la noche anterior, me puse unos vaqueros ajustados, una camisa ceñida que mostraba mis curvas y unos tacones no muy altos. Me maquillé un poco, cepillé mi melena y estuve lista para marcharme.

Los hombres como Chris eran de los que se conseguían con rapidez, ya que solo se fijaban en el físico, en lugar de hacerlo en la inteligencia. Sus muros se erosionaban con facilidad y, aunque se hacían los duros, se reconocían enseguida. Un pequeño meneo, una sacudida y te babeaban en el regazo como los perros.

Dejé dinero extra para la niñera encima de la mesa, a pesar de sus protestas. Luego tomé mis cosas, monté en el coche, puse la dirección en el GPS y dejé que me guiara a su casa.

Cuando llegué frente al edificio me sorprendió que fuera tan grande. Al parecer, las cosas le iban bien. Se trataba de una propiedad de dos alturas frente a la playa, llena de ventanas en la primera planta que debían ofrecer unas vistas estupendas del océano.

Y allí estaba él. Esperándome de pie, en su porche y con una copa de vino en la mano.

—Veo que no has tenido problema de encontrar este lugar.

—Y yo veo que ganas mucho más dinero del que aparentas.

—Me va bien. —Chris se encogió de hombros.

—Creo que «bien», se queda corto.

Me acerqué a él y acepté el vaso de vino que me ofrecía. Me miró de arriba a abajo y tuve que hacer un gran esfuerzo para ocultar mi sonrisa. Estaba justo donde quería y me encantaba hacer creer que tenía el control.

Iba a volverse loco cuando descubriera quién movía los hilos de la situación.

—Desde aquí hay unas vistas impresionantes —observé, mirando al horizonte.

—Es mi segunda vista favorita en la ciudad.

—¿Cuál es la primera?

—La estoy mirando ahora mismo.

Me giré, vi sus brillantes ojos azules y fingí una sonrisa. ¿Realmente pensaba que ese truco iba a funcionar conmigo? Esperaba que fuera más original porque, de lo contrario, aquel precioso lugar con vistas a la playa estaba siendo desaprovechado.

—¿Otro vaso de vino? —preguntó Chris.

—No me importaría tomarlo.

Me condujo al interior de la casa y procuré fingir que no me interesaba mirar demasiado. Al llegar a la cocina, reconocí que era muy bonita, con muebles de color claro y una encimera de granito del mismo tono. Podía escucharse el océano golpeando la arena por la ventana abierta y puso en mi mano otra copa de vino.

Sentí un estremecimiento por la parte baja de la espalda al contacto de sus dedos y tuve que respirar profundamente.

No podía dejarme llevar. No importaba cuánto me gustara.

—¿Te apetece ver el piso de arriba?

—¿Tiene tan buena vista como la primera planta?

—La mejor vista de la casa —aseveró.

—Entonces, vamos.

Subimos las escaleras, me sujetó por la cintura con una mano y la dejó allí, tal y como yo pensaba que lo haría. Bebí mi segundo vaso de vino al doblar la esquina y me encontré mirando una zona muy amplia de la casa. La única parte de la habitación que estaba cubierta por una pared se hallaba detrás de nosotros e imaginé que sería el cuarto de baño.

El resto del dormitorio estaba acristalado y daba al océano. El techo también mostraba un cielo nocturno, lleno de estrellas que brillaban en la distancia. Era realmente una vista impresionante y me permití la libertad de caminar hasta las ventanas, apoyar la mano contra ellas y actuar como si estuviera arrancando las estrellas directamente del cielo.

Como Chris me había prometido cuando éramos adolescentes.

—Te dije que tenía la mejor vista —me advirtió.

Pero vi sus ojos en el cristal y lo pillé mirándome el culo.

Me senté en el borde de su cama y observé fijamente el océano. Él arrancó mi copa de vino vacía de entre mis dedos y apoyó su mano en mi rodilla. Comenzó a masajearme y eso envió una corriente eléctrica por mi pierna que intenté ignorar. Su tacto resultaba caliente, estábamos muy cerca y las estrellas parpadeaban en la oscuridad como si quisieran hipnotizarnos.

Mi cuerpo comenzó a calentarse, me tomó por la cintura y agarró mi barbilla con un dedo para obligarme a mirarlo a los ojos. Giré la cabeza y quedé a su entera disposición.

—Me alegro de verte de nuevo —confesó sin dejar de mirarme.

Entonces, sus labios descendieron sobre los míos.

Capítulo 4

Christopher

En el momento en que mis labios tocaron los suyos, no pude evitarlo. La tomé por las caderas y tiré de ella hacia mí. Mi lengua se coló en su boca, estaba ansioso por probar a la mujer que había echado de menos durante dos putos años. Ella tenía el ceño fruncido, luchaba entre mantenerse firme o cederme el paso, pero yo conocía a mi Jessi y sabía que lucharía.

Entonces me sorprendió y se rindió bajo mi mando, dulce y delicada.

El deseo en el aire era espeso. Las olas chocaban en la orilla mientras Jessi se fundía contra mí. La sujeté por el culo y la llevé conmigo hasta quedar tumbado de espaldas en la cama. Ella rozó mi polla con una pierna y pude sentir su cuerpo calentándose. Nuestros dientes chocaron antes de que me chupara el labio inferior y su lengua se internara en busca de la mía.

Me di la vuelta e inmovilicé su cuerpo, agarrando sus manos y sujetándolas sobre su cabeza. Lamí su paladar hasta que escuché un gemido que solo había oído en mis sueños. Tenía las piernas abiertas y sus tetas aplastadas contra mi torso; se estaba rindiendo ante mí más rápido de lo que pensaba y sonreí mientras la besaba en el cuello.

Mi dulce, mi pequeña. Sabía que volvería a mis brazos.

Al desnudarla, me fijé en cómo la pálida luz de la luna se deslizaba por sus sensuales curvas. Sus pechos eran perfectos y suplicaban por ser chupados. Me arranqué la camisa y caí sobre su cuerpo, ella desabrochaba mis pantalones que ya descendían por mi culo y tomé uno de sus pezones entre los dientes mientras terminaba de sacarme los vaqueros hasta el suelo con los pies. Podía sentirla ondulando contra mí como si fuera una ola en la playa, su inconfundible aroma llenando el espacio a mí alrededor.

Me encantaba lo sumisa que era en la cama. Siempre me había gustado. Jessi era una mujer de carácter en público, pero debajo de mí era mi pequeña princesa, siempre dispuesta a hacer lo que yo le pidiera.

Lamí sus pezones y descendí hasta su estómago, trazando los contornos de sus curvas con la punta de los dedos mientras me metía entre sus piernas.

Estaba listo para darme un festín con ella, a punto de paladear el único sabor del mundo que no se podía reproducir.

Rodeé sus muslos con los brazos y la arrastré hacia mi cara. La sujeté por las caderas mientras ella me agarraba a mi pelo y lamí su sexo hasta que jadeó de placer. Mi polla goteaba hambrienta, latía y rogaba impaciente por sumergirse en su cuerpo y no salir nunca.

Pero primero quería degustarla hasta hartarme; emborracharme con ella antes de hacerle olvidar que me había ido.

Al encontrar su clítoris hinchado, lo sentí palpar contra la punta de mi lengua. Lo golpeé y lo chupé, deleitándome mientras veía su cara retorcerse de placer. Ella trató de sujetarme para encontrar más fricción de la que le daba; me tiró del pelo y jadeó varias veces como si no pudiera resistir tanto placer, pero yo quería que me lo pidiera, quería que me rogara más.

Le di unos toques más suaves y ella se desesperó. Sus tetas brillaban por el sudor y rebotaban

con sus movimientos.

Cuando perdió el control, me ofreció una visión gloriosa. Boqueaba en busca de aire como si fuera un pez y se muriera por encontrar algo de oxígeno. Arqueó la espalda y se tiró de los pezones. Se mordió el labio inferior y enroscó los dedos de los pies en mi espalda. Separó los labios muy cerca del orgasmo; tan cerca y tan lejos...

Entonces, lo escuché.

Finalmente, escuché esa hermosa palabra que había estado esperando.

—Por favor —suplicó con un jadeo.

Sumergí la lengua en su coño y presioné su clítoris. Ella deslizó los dedos por mi pelo para empujarme hacia su sexo mientras se corría en mi boca y yo chupaba con más ímpetu sus jugos. La sentí temblar y sus muslos encerraron mi cara, silenciando al mundo entero.

Supe que me saldría con la mía cuando se sonrojó satisfecha y se dejó caer de espaldas en la cama. Sabía que la tendría y que ella me dejaría.

Al inclinarme, rocé uno de sus muslos con la polla y presioné con la punta en su húmeda entrada. Abrió los ojos y me miró, una mezcla de placer nebuloso y lujuria desenfrenada flotando en ellos. La besé suavemente en los labios y ella lamió los míos donde todavía permanecía su sabor.

Cuando extendí la mano hacia la mesilla de noche, agarró mi muñeca y sus ojos se llenaron de excitación.

—Estoy protegida, si eso te preocupa —me advirtió en voz baja.

Mi polla se movió contra su sexo que ardía en llamas. No solo la tendría, sino que llegaría a sentirla toda, protegido y sin disminuir el grosor de mi erección.

Puse las manos a los lados de su cabeza, presioné en su entrada y la penetré de un empujón. Jessie abrió los ojos como si la hubiera sorprendido y sonreí al sentirla temblar bajo mi cuerpo.

Echaba de menos aquel escalofrío, aquella pequeña acción que siempre había indicado cuánto me necesitaba dentro de ella.

Estableciendo un ritmo implacable, no le di tiempo para respirar mientras me hundía en su cuerpo. Mi polla goteaba de placer, contenta de estar en casa de nuevo mientras me estrellaba contra sus paredes. Ella arrastró las uñas por mis brazos y al colocar sus manos sobre la cabeza, me miró con emoción.

Salí de entre sus piernas y la giré sobre su estómago con rapidez. La llevé al borde de la cama y cuando le di un suave golpe en las rodillas con una mía, como la buena niña que era, se abrió para mí. Buscó en el aire mientras alzaba las caderas, la cara apoyada en las sábanas y deslicé la polla por su hendidura, jugando con su clítoris y provocándola.

Luego me deslicé dentro de ella, viendo como su culo se sacudía por la embestida.

La agarré por las caderas y la atraje hacia mí. Con cada arremetida, golpeaba su coño con las bolas y toda ella temblaba de excitación. Estaba muy mojada y palpataba alrededor de mi miembro. Enredé su pelo en una mano y levanté su cabeza de la cama para poder escuchar sus gemidos.

—¿Eso es todo? —reproché con voz ronca—. Déjame oírte, Jes. Quiero escucharte como siempre.

—Santo cielo, Chris. Santo cielo. Yo... tú eres... es... tú...

Aceleré mis empujones entre sus piernas, la empujaba hacia arriba en el colchón. Metí una rodilla entre sus muslos y la abracé por la cintura, de modo que pude presionar mi pecho sudoroso contra el suave calor de su espalda. Retiré la melena de su hombro y besé lentamente su piel.

Así le di unos segundos para que recuperara el aliento y rodeé su cuello con una mano mientras me balanceaba muy despacio en su interior y sus tetas saltaban.

Ella inclinó la cabeza para que deslizara mis besos por su nuca y me agarró por el pelo, al sentir que aumentaba mis empujes y tomaba su cuerpo como quería. Deslicé una mano hasta su barbilla y le giré la cara para capturar sus labios.

Después di el golpe final con mi polla que nos forzó a ambos al límite.

Me tragué sus gemidos al tiempo que me vaciaba en ella. Su coño estaba tan apretado como recordaba, se cerraba en torno a mí y se negaba a soltarme. Todo su cuerpo temblaba en mis brazos mientras mis labios sostenían su beso. Llegó a tirarme del pelo tan fuerte que pensé que lo arrancaría.

Y por primera vez en mi vida, me sentí mareado después de mi propio orgasmo.

Los dos nos derrumbamos en la cama y yo la abracé con fuerza. Se acurrucó contra mí, como siempre hacía, con la cabeza sobre mi pecho y su pierna mojada alrededor de mis caderas. La acuné con un brazo y deslicé los dedos por sus rizos mientras apoyaba mi cabeza sobre el otro brazo.

Demonios, había echado de menos hacerle el amor a aquella mujer.

—Quédate esta noche. Déjame despertarme así —le pedí en un impulso.

—No puedo —objetó ella—. Tengo que irme.

—Si es por el ensayo, no llevarás la misma ropa. Incluso puedes ducharte aquí si quieres.

—No es eso, pero tengo que ir a casa.

Sentí que se alejaba de mí y la abracé más fuerte.

—Quédate conmigo, mi pequeña. Solo un poco más.

Jessi se incorporó para mirarme, sus grandes ojos verdes brillando con las estrellas reflejadas en ellos. Era una mujer preciosa, mucho más guapa de lo que yo había recordado en mis sueños. Quería decirle cuánto había pensado en ella. Quería decirle por qué me había ido. Quería que supiera que realmente no fue por su culpa, sino por mi familia; por todo lo que hicieron para interponerse en mi camino y la carrera que tenía que preservar.

Especialmente después de lo que hizo mi madre.

—No puedo, de verdad. —Se mantuvo firme con un susurro.

Se me escapó de las manos y mi pequeña se fue. Ví ante mis ojos cómo regresaba su personalidad obstinada, recogió su ropa y se vistió mientras yo seguí tumbado, desnudo y sin dejar de mirarla. Cuando se giró para mirarme y me pilló observándola, se ruborizó como la chiquilla que fue en el pasado.

Sonreí y ella sacudió la cabeza antes de dirigirse a la puerta.

—No insistiré —dije por fin.

—Bien. Así no tendré que negarme otra vez.

Y sin más, se fue en la noche.

Capítulo 5

Jessi

—He encontrado una fantástica botella de vino que seguro que te apetece probar —dijo Chris.

—No tenías por qué contármelo, pero gracias por la información —repliqué en tono altivo.

—Irá genial con un buen filete. Incluso si le añadimos queso parmesano.

—No sé si tratas de venderme tu forma de cocinar o hacer que te golpee porque no he comido nada en todo el día.

—¿Por qué no has comido en todo el día? —Se interesó—. Creía que no hacías dieta mientras trabajabas.

—No la hago, pero tuve una larga noche y me he levantado muy temprano para llegar aquí a tiempo, de modo que no he tenido ocasión de tomar algo. Además, hemos dejado de practicar, cortesía del coreógrafo.

—No es culpa mía que tus rivales femeninas no acepten las críticas —me aclaró—. Lo cual es una razón más para que esta noche vengas a disfrutar conmigo de la cena.

—No puedo, tengo planes.

—Si no incluyen comida, entonces mis planes son mejores.

—Mis planes siempre incluyen la comida. ¿Has visto estas caderas? —Señalé una con un gesto.

—Las tuve en mis manos hace un par de días.

Me ruboricé al escuchar el comentario y tomé un sorbo de agua. Christopher nos presionaba para que la maldita actuación que íbamos a hacer en aquella pista de aterrizaje, saliera perfecta. Me encantaba modelar, deseaba hacerlo el resto de mi vida, pero aquella coreografía era intrincada y las chicas más menudas tropezaban ya que la mayoría de los vestidos y trajes que había creado el diseñador tenían partes que se ondulaban. Ya fuera una falda o un vestido, o una camisa *peplum* o mangas en forma de campana, cualquier tela en forma de volante que se alzara al caminar resultaba complicada de manejar.

Así que cada pieza que mostrábamos tenía tres giros que debíamos conocer.

—No puedo reunirme contigo esta noche, Chris. Ya tengo planes —repetí.

—No es algo por lo que deba estar celoso, ¿verdad? —Hizo la pregunta medio en broma.

—Incluso si lo hubiera, ¿por qué habría de decírtelo? No estamos saliendo.

—Simplemente me gustaría saber si tengo competencia para saber que puedo noquearlo.

—Te prometo que el joven al que voy a conocer esta noche no es alguien a quien puedas eliminar de mi vida. —Solté una carcajada.

Él me miró como si no le hiciera ni pizca de gracia.

Tenía planes con un joven, mi hijo, e íbamos a ir a cenar con su madrina. Hacía semanas que no veía a Megan y me había dicho que estaba deseando tener en brazos a Caleb.

Y yo tenía ganas de contarle que Chris había vuelto a la ciudad.

—¿En serio? ¿Vas a ver a otro chico esta noche?

—Tengo que ir a buscar unos trajes que me han asignado. Luego hablamos. —Fue mi respuesta.
—Jessi, no has respondido a mi pregunta. ¡Jessi!

Aguanté la risa hasta que doblé la esquina y me dirigí al camerino. Ya habían llegado los trajes para el *show* y estaban asignados a modelos específicas, de modo que era indiscutible que eran para mí. Se trataba de telas delicadas, vestidos y faldas de cintura alta y enormes lazos que anudaban preciosas camisas.

Estaba claro que disfrutaría mucho con este particular desfile de moda. Especialmente porque el diseñador tenía fama de permitir a sus modelos que se quedaran con algunos de los trajes.

Hicimos una prueba y tratamos de sincronizar los movimientos con la música, pero nada más comenzar tuvimos el primer desastre. Una de las modelos enganchó un tacón en el vuelo de la falda y cayó al suelo, con el resultado de una muñeca hinchada y una prenda rota. La gente comenzó a correr sin rumbo y Chris la ayudó a llegar a los vestuarios. Como mi carrera por la pasarela ya había concluido, me di prisa en cambiarme para marcharme a casa, recoger a Caleb y encontrarme con Megan para la cena.

No había terminado de salir al pasillo, cuando Christopher me alcanzó después de aligerar el paso para evitar que me fuera.

—¿Qué quieres? —Me giré para mirarlo—. Me vas a hacer llegar tarde.

—¿Sabes siquiera quién es ese tipo? —insistió él.

—¿En serio? ¿Seguimos con eso? Me estoy quedando contigo, Chris. Voy a ver a Megan esta noche. No la he visto desde hace semanas y no voy a cancelar mi cita porque tú no puedas tener la polla encerrada.

—No sabía que querías que lo hiciera. —Sonrió de forma provocativa.

—Tengo que irme ya, de verdad. Hemos quedado en una hora y media.

—Podrías venir a mi casa después.

—Adiós, Chris.

Me alejé de su alcance y lo dejé parado en mitad del pasillo. Cuando se lo proponía, era un hombre implacable y supe que lo tenía justo donde quería. Corrí a casa y me di una ducha rápida mientras la niñera vestía a Caleb con sus ropas más elegantes. Más tarde, le pedí que se marchara a divertirse y me aseguré de que entendiera que no era mi esclava. Quería ayudarla a equilibrar su vida personal con la mía y no deseaba monopolizar su tiempo.

—Muy bien, hombrecito. Vamos a ver a tu madrina.

Megan estaba muy contenta cuando llegamos al restaurante. Nos esperaba de pie en la acera, lista para lanzarse sobre nosotros al vernos llegar en el coche. Caleb iba en su asiento y ella lo abrazó, nada más desabrochar su cinturón de seguridad. Era la madrina más orgullosa que había visto en mi vida, por eso cuando di a luz, ocho meses atrás, no tuve que preguntarle si aceptaba el cargo.

—¿Por qué hace semanas que no te veo? —preguntó, extrañada.

—Porque mi vida ha estado agitada —repuse, acercándome a ella.

—Yo estaba hablando con Caleb, no contigo. —Me rechazó con un gesto antes de sonreír.

—Oh, debería haberlo sabido. ¿Quieres que reserve una mesa aparte?

Ella no respondió. Se puso a alzar en los brazos a Caleb mientras subíamos las escaleras del restaurante.

—¿Cómo le ha ido estos días? —Se interesó al llegar al local.

—Se ha portado bien y con la niñera se encuentra bastante cómodo. Ya no llora cuando me marcho de casa, menos mal, porque es algo que me ha preocupado bastante desde hace un tiempo.

—Es bueno que se acostumbre a estar con otras personas y, sobre todo, es muy importante que los niños aprendan a socializar desde muy pequeños.

—Veo que sigues leyendo esos libros.

—Me sorprende que tú, todavía, no los leas.

—Leo cuando es necesario, pero muchas de esas cosas han surgido de forma natural con Caleb. Es un bebé muy bueno, duerme bien, come bien y no suele estar estreñido o enfermo. El único contratiempo que tuvimos fue con la lactancia y, aunque estaba molesta por ello, he descubierto que al darle biberón he podido compatibilizar mi horario laboral con su cuidado.

—¿Alguien te molesta con ese tema? —Nos sentamos a la mesa.

—No le corresponde a nadie elegir cómo crío a mi hijo. Es mío y está alimentado, que es lo único que importa. Hablando de eso, ya come oficialmente sólidos blandos.

—¿Y me lo he perdido? —Fingió enfadarse.

—Esta noche lo verás. Comerá puré de patatas y un plátano que he traído.

—Odio que no nos veamos tanto como antes. He echado de menos a este pequeño. —Lo apretó entre sus brazos.

—Parece que alguien no se acuerda de mí —repliqué con un mohín.

—Chica, a ti siempre te extraño, tranquilízate. —Sonrió de nuevo.

Saqué el plátano, lo aplasté y dejé que Caleb lo tomara con las manos para comérselo, lo que causó un gran desastre. Megan se divirtió, al intentar conducir sus dedos a la boca, y después pedimos nuestro almuerzo. Le dije al camarero que no tenía prisa, Megan me miró extrañada y entonces solté la noticia, antes de que pudiera pensarlo dos veces.

—Christopher ha vuelto a la ciudad.

Ella me miró fijamente mientras nos preparaban las bebidas.

—¿Cómo dices? —preguntó una vez que nos quedamos a solas.

—Que ha vuelto. Está en Los Ángeles.

—¿Cómo lo sabes?

—Resulta que es el coreógrafo del espectáculo de pasarela que estoy haciendo.

—No puede ser.

—Te aseguro que sí. He visto su cara en cada mald...

Me sorprendí a mí misma y miré a Caleb mientras me aclaraba la garganta.

—Casi se te escapa —advirtió Megan con una sonrisa.

—Todos los días durante las últimas cuatro jornadas —dije en voz baja.

—Es cierto, ¿cómo te va? Ahora haces prácticas diarias, ¿verdad?

—Hacemos —le aclaré con una mueca—. A mí me va bien, pero las otras chicas tienen problemas. A una de ellas hoy se le enganchó el tacón en la tela de su traje y se cayó al suelo. A consecuencia de la caída se ha roto la muñeca y rasgó la falda de un solo golpe.

—¿Es muy torpe, o caminar por una pasarela es tan difícil?

—Puede que no lo parezca, pero se necesita mucha coordinación y confianza para ser modelo. Y Chris nos exige mucho con los giros de su coreografía. Cada grupo tiene tres y creo que ella se cayó porque estaba mareada.

—¿Tres vueltas? ¿No solo caminas, giras y vuelves?

—¿Dices esas cosas a pi...? —Me callé de golpe nuevo y respiré profundamente por la nariz.

—Estás mejorando en eso de no decir tacos. —Se rió Megan.

—Al final, me harás maldecir delante de mi hijo —repuse con una risita.

—Vale, he terminado de ser condescendiente contigo. Pero en serio, es una buena noticia.

¿Cómo te sientes?

—Me hierva la sangre cuando lo veo.

—Bien. Dime cómo te sientes realmente.

—Sabes lo que me hizo, Megan. Sabías lo que pasó con nosotros —le expliqué, inclinándome hacia ella—. No le perdía de vista en el instituto y babeaba por él cuando venía a pasar el rato con Justin.

—Ambas babeábamos por él —me recordó—. Me puse tan celosa cuando me dijiste que vosotros estabais... ya sabes.

—Puedes decir «liados» delante de Caleb.

—Pero sus pobres orejitas —susurró ella.

—Estás loca. De todos modos, él se fue sin darme ninguna explicación, ni siquiera a Justin, y ahora ha regresado y actúa como si nada hubiera pasado.

—¿En serio? ¿Sin disculpas ni nada?

—Nada en absoluto.

—¿Ha intentado hablar contigo?

—Mucho —reconocí.

—¿Todavía sientes algo por él?

—Si quieres saberlo, nos vimos anteanoche.

—Mira, eso tampoco puedes decirlo delante de Caleb, a menos que intentes castigarme —objetó Megan—. ¿Debería preguntarte cómo te sientes al estar de nuevo juntos?

—Conflictiva —reconocí—. Me siento conflictiva, aunque fue divertido, como siempre.

—¿Tratas de buscar algo con él de nuevo?

—En absoluto. Tengo necesidades como mujer y él está dispuesto a satisfacerlas. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que estabas enamorada de él, Jessi. No quiero ver cómo te hace daño otra vez.

—No lo hará. He puesto muros muy altos y alambre de espino alrededor de mi corazón.

—Esa es una razón más para dejar de hacer lo que sea que haya entre vosotros, antes de que se descontrole.

—No voy a dejar que se descontrole. Esta vez la situación está controlada. Él cree que está ganando, pero no tiene ni idea.

—No me gusta cómo suena.

—Menos mal que no he pedido tu opinión —observé con una sonrisa.

—¿Puedo preguntarte algo?

El camarero dejó los platos con el almuerzo sobre la mesa y le di las gracias con una sonrisa.

—Megan, cada vez que me haces esa pregunta, sé que no me va a gustar.

—Probablemente, pero voy a hacerla de todos modos. Sólo quiero estar segura de lo que tantas veces me he preguntado, de modo que ahí va.

—Adelante —la animé.

—¿Christopher es el padre de Caleb?

Casi escupo las judías verdes que estaba masticando al escucharla y la miré fijamente.

—Lo sabía. —Asintió con la cabeza.

—No he respondido.

—No tienes que hacerlo. He visto esa mirada en tus ojos. Jessi, ¿por qué no me lo has dicho nunca?

—En mi defensa, nunca se lo dije a nadie.

—¿Ni siquiera Justin?

—Especialmente, a mi hermano menos.

—¿Ni a tus padres?

—Ese sigue siendo un punto de discusión entre nosotros —me sinceré—. No he hablado con ellos desde hace meses.

—Espera un segundo. ¿Tus padres no conocen a su nieto?

—Mi embarazo fue una gran bofetada para ellos. Estuviste ahí durante toda esa dura prueba.

—Pero el día que nació estaban allí y dijiste que las cosas se habían calmado.

—Hasta que llegó el momento de nombrar al padre en el certificado de nacimiento y no quise hacerlo. Entonces me acusaron de ocultarlo intencionadamente y creyeron que podrían obligarme con una orden judicial.

—¿Qué dices? —Se mostró alarmada.

—Sí. Pasaron por el consejo del hospital y todo.

—¿Por qué no me enteré de todo eso? Estuve todo el tiempo en el hospital contigo.

—Esto no ocurrió en el hospital. Fue cuando llegué a casa, ni siquiera había terminado de instalarme y ya me bombardearon a preguntas. ¿Recuerdas cuando te llamé y te dije que me mudaba para vivir Caleb y yo solos, porque necesitaba renovarme y cambiar de aires?

—¿Fue por eso?

—Sí. Desde que me mudé, solo he hablado con ellos dos veces y no han ido a mi casa en absoluto.

—Soy tu mejor amiga, Jessi. ¿Por qué demonios me ocultas estas cosas?

—No lo sé, Megan. Quiero decir, se supone que puedo confiar en la familia, ¿verdad? Y en... ¿cuánto? ¿Dos semanas? Los perdí a todos.

—¿Ni siquiera hablas con Justin?

—Hablamos. Ha venido un par de veces para pasar el rato con Caleb. Pero se ve atrapado en el fuego cruzado con mis padres y se me rompe el corazón por él.

—Así que no me lo dijiste porque...

—Si mi familia reaccionó así, era predecible la reacción de mi mejor amiga.

—Yo te habría apoyado —replicó Megan.

—Ahora lo sé. Pero tras el parto estaba confundida. Se me vino todo encima, las hormonas alteradas, el cansancio, los problemas para darle el pecho a mi hijo, y lo peor de todo, ver en los ojos de mi bebé a su padre... eso fue demasiado.

Megan extendió su mano por encima de la mesa y yo la tomé. Odiaba llorar. Me hacía sentir débil y me ponía muy fea cuando lo hacía, con el ceño fruncido y los ojos rojos. Resoplé y sacudí la cabeza, para intentar despejar mi mente del torbellino que había sido mi vida cuando me quedé embarazada.

—¿Lo sabe él? —preguntó con cautela—. ¿Se lo has dicho?

—¿Bromeas? ¿Qué iba a decirle? «Hola Chris, me alegro de verte después de un año y medio. ¿A que no adivinas algo? ¡Tienes un hijo!». ¿Cómo crees que se lo tomaría en mitad de un ensayo de coreografía?

—No lo sé. Pero es el padre de Caleb. Tiene derecho a saber que tiene un hijo.

—Perdió todo derecho sobre mí y cualquier subproducto de nuestra relación, cuando me dejó en la estacada después de prometerme el mundo —aclaré con demasiado ímpetu.

Liberé mi mano de la suya y comencé a apuñalar mi puré de patatas.

—Díselo tú —aconsejó Megan.

—Te apuntaré con este tenedor si no te callas —amenacé.

—Piénsalo, solo te pido eso. Tal vez no tenga derecho a nada, tal vez no hizo lo correcto, pero si se entera por casualidad, se va a enfadar.

—Bien, porque cuando él se fue yo me tiré llorando casi todo el embarazo. Uno de los momentos más bonitos en la vida de una mujer y yo estaba curando mi corazón roto mientras mi barriga crecía con su hijo dentro.

Me limpié las lágrimas y arrojé el tenedor en el plato.

—Comprendo por qué no me dijiste nada —aceptó Megan.

—Siento haberme enfadado contigo.

—¿Qué te parece si no hablamos más de él y me pones al corriente de todo lo que ha hecho Caleb en las últimas cinco semanas? —Intentó que recuperáramos la buena sintonía de cuando comenzó el almuerzo.

—Me parece una idea genial —agradecí el cambio de conversación.

Capítulo 6

Christopher

—Hola, Chris. Me gustan esos pantalones que llevas.

—Tengo un par de entradas para un espectáculo de esta noche, guapo.

—¿Estás libre para el café de la mañana? Conozco un lugar maravilloso al que podríamos ir.

Me pareció gracioso que todas las modelos se me lanzaran encima. No era un territorio nuevo, pero nunca habían sido tan implacables. Se me acercaban varias veces al día y algunas tenían el valor de invitarme a salir, pero ninguna me importaba una mierda. La única mujer que deseaba de la sala era Jessi.

Se veía preciosa al caminar por la pasarela. Grácil y elegante mientras daba vueltas para mi supervisión personal. La usé como ejemplo varias veces, para que las otras chicas se fijaran en cómo debían hacerlo. La forma en que la ropa de la diseñadora se deslizaba por sus curvas hacía que mi polla se estirara sin que pudiera evitarlo.

Me enfurecí cuando mencionó que había visto a otro hombre días atrás. Sentí que el monstruo de los celos asomaba su fea cabeza y la idea de que otro hombre le pusiera las manos encima, me hizo apretar los puños de rabia.

Ella solo era mía.

—Jessi, ven aquí. Quiero preguntarte algo.

Giró la cabeza y su melena *sexy* ondeó sobre sus hombros.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo malo?

—Me preguntaba si todavía te apetecería el bistec y el brócoli con parmesano.

—¿Se trata de la cena con el vino?

—Sí, eso es.

—No sabía que no hubiera estado lista para esa cena el otro día.

—Entonces te lo pido ahora. ¿Te gustaría venir a mi casa y cenar, beber vino y conversar?

—¿Así es como llamas a lo que hicimos la última vez?

—Si así es como quieres llamarlo, entonces seguro.

—No puedo —dijo con rapidez—. Tengo que ir a casa y revisar un paquete que llega hoy.

—Puedes hacer eso y luego venir. Son solo las tres.

—¿Terminamos antes de tiempo? No me había dado cuenta.

—Nos vemos en mi casa a las cinco en punto. Vino, bistec y brócoli. No traigas nada más que a ti misma y prepárate para una noche de conversación.

Revisé de arriba abajo su cuerpo y la vi enrojecer de deseo. La tenía en el bote. Había lanzado el anzuelo y había picado. Se giró hacia mí y pude ver sus pezones enhiestos que atravesaban su sostén, lo que me hizo hervir de excitación. Quise tomarla en mis brazos, apresarla contra la pared en un rincón oscuro, bajar sus malditas mallas, apartar las bragas a un lado y penetrarla.

Pero me contuve mientras ella consideraba mi oferta.

—Cinco y media. —Cambió la hora y yo sonreí.

—Hasta entonces —me despedí, satisfecho.

—¿Podrías hacer lasaña en lugar de bistec y cambiar pan francés por el brócoli?

—Creía que ya habíamos establecido el menú —repliqué medio en broma.

No era tonto y sabía cuál era su comida favorita. Mi lasaña casera y el pan francés tostado que hice para ella. Corté dientes de ajo muy finos y lo puse en capas sobre el pan con un poco de mantequilla y lo metí en el horno. Me encantaba verla comer esa comida y en aquel momento era lo único que sabía cocinar, pero en el último año y medio había adquirido otras habilidades culinarias y me había convertido en un maestro de la cocina.

Pero sabía que nunca sería capaz de resistirse a mi lasaña.

Estaba sacando el pan francés del horno cuando oí que llamaban a la puerta. Joder. Ella ya estaba aquí y me hubiera gustado tener terminada la cena antes de que llegara. Puse la bandeja junto a la lasaña, busqué dos copas de vino, descorché una botella y serví una copa.

—¿Chris? Voy a entrar —avisó desde la puerta que había dejado abierta.

—Estaba abriendo el vino —justifiqué mi tardanza mientras daba la vuelta a la esquina.

—¡Huele increíble!

—Lo mejor para los mejores. Esta es la tuya. —Le di la copa de vino antes de besarla en la mejilla.

Se veía jodidamente preciosa. Llevaba un vestido sin mangas con un lazo que sujetaba un corpiño azul marino. La tela se deslizaba por sus curvas como un guante y se ajustaba a su cintura. La melena caía por su espalda en una cola de caballo y se agitaba por la suave brisa que llegaba hasta el porche. El atardecer brillaba en sus ojos y se reflejaba en la mesa y las sillas mientras el sol se ponía sobre el horizonte del océano.

Fui a la cocina y terminé de preparar la cena antes de llevar todo afuera.

—Imaginé que te gustaría cenar con estas vistas. —Me senté frente a ella.

—Es un lugar precioso, has tenido buena idea.

—Sabes que eres bienvenida cuando quieras. Y lo digo en serio.

—Gracias. Puede que te tome la palabra. ¿Tu lasaña sabe tan bien como antes?

—Solo tú puedes juzgarla.

Le tendí un tenedor y ella lo tomó entre sus delicados dedos. La vi llevarse un bocado a la boca y el queso se estiró en finas hebras hasta que lo puso entre los labios. Gimió, puso los ojos en blanco y masticó mientras disfrutaba del sabor con placer.

—No sé cómo puede ser, pero está mucho mejor. —Echo la cabeza hacia atrás.

Sonreí y apoyé los brazos sobre la mesa para verla tragar.

—Me alegro de que te guste.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esta casa?

—Unos tres meses.

—¿Cuánto te costó?

—No tanto como piensan algunos. He hecho muchas reformas, prácticamente era una choza cuando la compré.

—Pues has hecho un buen trabajo. Ha quedado un lugar muy bonito y acogedor.

—Gracias. Todavía quiero cambiar algunas cosas, pero lo más importante ya está hecho.

—Así que si no vamos a hablar de por qué te fuiste... Entonces, ¿de qué vamos a hablar?

—¿Por qué no empezamos con cómo despegó tu carrera de modelo? —Traté de pisar un terreno seguro.

—En parte fue por suerte y en parte porque acepté el primer trabajo que se presentó. Tuve la suerte de entrar en la oficina correcta, en el momento adecuado, y cuando acababa de entregar a un

empleado mi mísero portafolio, apareció el diseñador con el que estamos trabajando ahora y quedé contratada.

—¿Bromeas?

—En absoluto. Hasta ese momento, había hecho un par de modelajes en varias revistas locales y algunos reportajes que subí a Instagram de fotos que yo misma me hacía. También hice un anuncio local y probé como modelo de escaparate.

—¿Hiciste modelaje en vivo? Estamos hablando de permanecer de pie durante siete u ocho horas.

—Lo hice —asintió con una sonrisa—. Y me sentí orgullosa de ello. Usé las fotos que me hicieron otros para promocionar mi perfil de Instagram y gané un buen número de seguidores. También hice algo de modelaje de manos y un poco de busto para los artistas de uñas y maquillaje que se vincularon a mi perfil. Cosas así...

—Has demostrado una gran capacidad para establecer contactos. —Estaba sorprendido.

—Me gustaría decir que conseguí este trabajo peldaño a peldaño, pero no fue así. El diseñador entró en el momento justo, vio mi portafolio, me propuso un par de pruebas y ahora estoy aquí. En el *show* que estás coreografiando.

—¿Todavía tienes los ojos puestos en Nueva York? —Me interesé.

—Es curioso, hablas como si ahora supieras que ese siempre ha sido mi sueño —observó—. Sí, todavía quiero ir a Nueva York. Espero que este *show* me impulse porque soy la única modelo de talla grande y eso es algo por lo que puedo llegar allí.

—Hazme saber si necesitas ayuda. Tengo conexiones que querrán que formes parte de sus desfiles.

—Por mucho que quiera creerte, la última vez que pensé que me estabas ayudando, descubrí que no me hacías ni caso.

Sus palabras sonaron como una bofetada. Admito que no fui la persona más atenta cuando estábamos juntos, pero eso no significaba que no me hubiera preocupado por ella. Y tampoco que no estuviera dispuesto a ayudarla en ese momento. Lo que necesitaba era que dejara caer el muro de ira que había levantado entre nosotros, para poder mostrarle que un año y medio cambiaba a la gente. Cambió ella y yo había cambiado, pero tenía que dejarme que se lo demostrara.

—Jessi, yo...

—No te disculpes. No lo necesito ni quiero que lo hagas —interrumpió mis palabras con un gesto—. Sigamos como si no hubiéramos hablado de esto.

Continuamos cenando en silencio mientras el sol se ponía ante nuestros ojos. Los colores cambiaban de tonalidad sobre su piel y me quedé mirándola cuando íbamos a recoger los platos sucios. Ella se sirvió otra copa de vino y al regresar de la cocina, decidí arriesgarme.

Salí al porche y rodeé su cintura con los brazos.

Ella se inclinó hacia mí y la besé en el cuello. Sentí que dejaba la copa de vino en la mesa y el sol cedió a la boca del océano, como Jessi cedió a mí. Ladeó la cabeza y me permitió acceder al cuerpo que había querido tocar toda la noche.

—Eres preciosa —susurré contra su piel—. Estás impresionante con este vestido.

Deslicé los brazos por sus costados hasta que agarré su culo. Ella se giró y se apretó contra mí, sus labios moviéndose sobre los míos. Me incliné y me aferré fuertemente a su cuerpo, levantándola en el aire y sin dejar de besarla.

No pude evitarlo.

Y parecía que ella tampoco podía.

La llevé al interior y cerré la puerta, pero no tuve suficiente paciencia para subir las escaleras. La quería ahora. Quería probarla. Quería que se sintiera como la reina que era mientras yo me daba un festín. La coloqué en el borde del sofá y la arrastré hacia atrás, con las piernas abiertas para mí. Subí su vestido hasta las caderas, vi que tenía las bragas empapadas y la tela oscura me atraía irremediabilmente; de modo que, enganché los dedos a los lados y las deslicé hasta sus tobillos.

Ella jadeó de necesidad mientras yo besaba el interior de su muslo, le di un mordisco y después dejé un rastro de ellos para que los encontrara por la mañana.

Después de eso le di placer mientras ella se agitaba contra mí, igual que el océano lo hacía contra la costa de California. Entonces, agarré sus rodillas para afianzarla y poder sumergir la lengua en sus profundidades.

Podía sentirla temblar. Suaves quejidos escapaban de su boca y lamí su sexo con más brío, para que las sacudidas de placer que atravesaban su cuerpo la hicieran arquearse sobre el sofá.

Pero aún no había terminado con ella. La quería de una manera más antes de dejarla marchar.

Capítulo 7

Jessi

—Ahora quiero que te subas encima de mí —pidió él con voz ronca.

Sonó tan ardiente que cuando me agarró por las caderas, supe exactamente lo que deseaba

Me puse a horcajadas sobre sus piernas y su polla se instaló en mi entrada. Todavía estaba mareada por el orgasmo alucinante que acababa de darme con la lengua y apoyé la frente contra la suya. Podía olerme en su piel. Era una especie de interesante mezcla de su salinidad y la mía; un aroma que había tratado de evocar en mis sueños durante meses y que me negaba a reconocer que necesitaba.

Pero no había nada como su cuerpo contra el mío.

Guió mis caderas hasta las suyas y hundió su polla en mi coño. Capturé sus labios para poder lamer mi esencia en su boca. Nuestras lenguas lucharon por tener el dominio mientras él comenzó a guiar cada uno de mis movimientos, consiguiendo lo que quería.

Lo que necesitaba.

Lo que creía que era suyo.

Hiné las rodillas en el sofá mientras me penetraba con suavidad. Acariciaba mi culo con las manos y cada vez se hundía más profundo. Tenía el clítoris muy inflamado, estaba muy excitada y buscaba más fricción con su miembro. Nuestros labios chocaban y la ventana de atrás del sofá tenía los cristales empañados por nuestras respiraciones agitadas.

—Joder, Jessi. Eres justo como recordaba.

No podía dejar de gemir, las palabras salían atropelladas de mi boca y una oleada de placer me hizo alzarme, para después caer sobre él que no dejaba de entrar y salir de mí con un ritmo frenético.

—Oh, joder, eres tan dulce...

Gemí sobre su cuello y fui dejando un rastro de pequeños besos a lo largo de sus venas hinchadas. Todavía me sujetaba por el culo y movía mi cuerpo a la velocidad del rayo hasta que finalmente gruñí y dejé salir al animal que llevaba dentro, mientras la línea que separaba el dolor y el placer comenzaba a desdibujarse.

—Chris. Sí... ¡Santo cielo! ¡Es impresionante! —grité al sentir que me corría.

Él marcó mi espalda con las uñas y mi cuerpo se retorció al sentir que otro orgasmo maravilloso me catapultaba hacia lo más alto. Cuando finalmente me desmoroné sobre él, me sostuvo abrazada como solía hacer en el pasado, cuando me derrumbaba sobre su cuerpo y amortiguaba mi caída. Sentí su polla palpitando contra mis paredes, pintando mi cuerpo con su semen.

Estar así con él era como tocar el cielo y saborear su dulce calidez.

—Quédate conmigo esta noche, Jessi. Mañana al despertar, podemos ver juntos como sale el sol.

—No puedo —rechacé, sin aliento, apoyando mi frente en la suya.

—¿Por qué no?

—Para empezar, porque no deben vernos entrar juntos al trabajo.
—Has traído tu coche, conduciremos por separado —me recordó.
—No puedo quedarme.
—No estoy pidiendo para siempre, Jes. Solo te pido una noche.

Hubo algo en esa frase que me dieron ganas de abofetearlo.

Me separé de él y caminé con piernas temblorosas hasta la cocina. Podía oírle abrocharse los pantalones sin quitarme el ojo de encima e intenté evitar su mirada.

No quería admitir cuánto me había enfadado su comentario.

—Toma, las necesitarás —dijo antes de tirar mis bragas sobre la encimera y darse la vuelta para marcharse.

No quería que siguiera pidiéndome que me quedara porque ya no tenía excusas para volver a casa y sentía que, cada vez, resultaba más difícil esconder a Caleb. No quería que comenzara a sospechar, ni que tirara de un hilo que lo llevaría a preguntas que todavía no estaba preparada para contestar.

Mi plan tenía demasiadas lagunas y hacía aguas por todas partes.

—¿Sabe Justin que has vuelto a la ciudad? —Procuré que la pregunta sonara casual.

—Por supuesto que lo sabe. Es mi mejor amigo y la primera persona a la que se lo dije cuando llegué.

Me mordí la parte interior de la mejilla mientras me ponía las bragas. Cada maldita palabra que salía de su boca me hacía enfadar más. «¿La primera a la que se lo dijo? ¿No pensó ni por un segundo en llamarme?» Yo me enteré de que estaba de vuelta en la ciudad porque era el coreógrafo de mi trabajo. Si no fuera por eso, mi siquiera sabría que estaba en Los Ángeles.

Me preguntaba si habría tratado de comunicarse conmigo, si no hubiéramos coincidido en el trabajo. Quería saber si solo estaba conmigo porque le había venido bien, después de encontrarnos por casualidad. Necesitaba que me dijera que no había descartado buscarme, a menos que no pudiera evitarme.

Pero lo único que saqué en claro de sus palabras fue que, no solo se había puesto en contacto con mi hermano en cuanto llegó a la ciudad, sino que nadie me había mencionado nada. Justin no estaba obligado a hacerlo, pero aún así...

Joder, todo esto era demasiado.

—Mira, Jes. No quise decir que la manera...

—Ahórrate la explicación —lo interrumpí—. Lo único que conseguirás es que iniciemos una discusión y no tengo energía para eso.

Me miró y por un segundo tuve la impresión de que sus ojos suplicaban.

—Te veré mañana —me despedí.

Agarré mi bolso Entonces y me dirigí hacia mi coche.

No quise mirar atrás. Oí cómo salía al porche, pero no quise darle la satisfacción de girar la cabeza. Se suponía que mi plan cerraría el círculo, no que fuera a obligarme a retomar el pasado. Y se suponía que me ayudaría a seguir adelante con la ira que albergaba hacia Chris, no que me hiciera enfadar mucho más.

Me alejé de su campo de visión y conduje hacia mi casa. No podía esperar a tener a Caleb en mis brazos.

Cuando llegué, relevé a la niñera de sus tareas. Le sorprendió que regresara tan pronto y la saqué a toda prisa por la puerta, antes de que tuviera oportunidad de hacerme preguntas. Más tarde, me senté en el sofá con Caleb. Le brillaban los ojos y, con el estómago lleno, un pañal

limpio y su manta favorita alrededor del cuerpo, no dejó de balbucear con alegría. Lo hice saltar en mi pierna, jugamos con sus juguetes favoritos, chocamos coches y construimos una torre que siempre le gustaba derribar. Incluso elegí su libro favorito y nos sentamos en el sofá a leer.

Aquella era la vida que yo quería.

Yo, mi hijo y mi carrera.

Chris estaba muy lejos de esa imagen.

Capítulo 8

Christopher

Había llegado el último día para practicar y resolver todos los problemas de las chicas antes del ensayo final que sería a la mañana siguiente. Ese tipo de prueba era mi favorita. Todos los trajes estarían entre bastidores y los maquilladores y peluqueros comprobarían el tiempo que necesitaban para poner a las chicas en marcha. Después del diseñador escogería lo que era de su gusto y tendría la última palabra sobre cómo resultaría el espectáculo.

Siempre resultaba una noche muy larga cuando uno de los modistos más importantes del mundo estaba involucrado, pero pagaba muy bien, así que no importaba.

Afortunadamente, el ensayo fue bien. Ninguna de las modelos tropezó y eso contribuyó a que se vieran bastante sueltas. La chica que llevaba una muñequera se la podría quitar durante el desfile, lo cual era bueno; de lo contrario, habría tenido que abandonar el trabajo y yo hubiera tenido que buscar una sustituta en el último minuto.

Pero lo más excitante fue volver a ver a Jessi. Como era la única modelo de talla grande en el escenario, destacaba del resto. Cuando la vi por primera vez, con dieciséis años, pensé que era preciosa. Ella siempre aceptó sus curvas en lugar de matarse de hambre con dietas estrictas. Supo sacarles el máximo partido con una confianza que me excitaba y un fuego que me quemaba las tripas. Las mujeres con curvas siempre habían sido mi tipo, pero Jessi estaba más allá de todo lo que había visto antes.

Joder.

Verla caminar por esa maldita pista era más de lo que podía soportar.

Por desgracia, no pude invitarla a mi casa para disfrutar de su compañía. Tenía planes con Justin, su hermano. Los dos habíamos sido amigos íntimos desde pequeños y él llevaba un mes intentando que saliéramos por ahí, pero cuanto más veía a Jessi caminar por ese maldito escenario, más dispuesto estaba a dejarlo por su hermana.

Así que me fui antes de tener la oportunidad de hablar con ella.

—¡Hombre! Por fin. Cada vez es más difícil alejarte de esas mujeres —Nos abrazamos y nos sentamos a la mesa.

—¿Qué estás bebiendo? —pregunté a mi amigo.

—Un Manhattan. —Justin alzó el vaso.

—¿No más ron y Coca Cola? —Lo miré extrañado.

—Hay que cambiar de vez en cuando. ¿Tú sigues con las cervezas?

—Siempre —asentí con una sonrisa.

—Así que... ¿cómo va el espectáculo? ¿Alguna mujer *sexy* con la que me puedas poner en contacto?

—Me he portado bien. ¿Y tú?

—Vamos, sabes que estoy bromeando. Las flacas no son mi tipo.

—Ni el tuyo ni el mío, hermano.

Los dos chocamos nuestras bebidas antes de llevarme la cerveza a los labios.

—Me alegro de que te hayas portado bien. Y que estés de vuelta en la ciudad. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Espero que sea por una larga temporada. No tengo intención de irme.

—Estupendo. Te he echado de menos, compañero. —Justin sonó alegre.

—¿No tienes suficientes mujeres sin mí alrededor? —Bromeé.

—Lo llevo bien, pero no es divertido cuando no tengo a nadie con quien presumir.

—Ah, así que solo soy otro de tus accesorios.

—Dice el tipo rodeado de ropa de utilería para su carrera.

—Hola. —Una voz femenina y susurrante me saludó por detrás.

Me giré para mirarla, escaneé su cuerpo y sonreí al saludarla de igual modo.

—Hola.

—Soy Charlie. No he podido evitar escuchar vuestra conversación. ¿Dices que trabajas con modelos?

Justin ocultó su sonrisa mientras bebía otro trago de su bebida.

—No puedo hacer nada por tu carrera —le expliqué con sinceridad—. Solo estoy tomando una cerveza con mi amigo.

—Oh, no. Lo siento. No es nada de eso. Es solo que... bueno, si estás rodeado de todas esas chicas todo el día, pero estás aquí con tu amigo, imagino que eres un buen chico.

—¿Los chicos buenos son lo tuyo? —la miré extrañado.

—Me gustaría que lo fueran, si pudiera tener suficiente suerte. —Buscó en su bolso y me dio una tarjeta—. Aquí está mi número, si quiere llamarme alguna vez.

Luego me guiñó un ojo antes de darse la vuelta y se fue.

—¿Es siempre tan fácil para ti? —Justin cabeceó como si no pudiera creerlo.

—No lo es.

—Pero si ha surgido de la nada. Eso, amigo, es la forma más fácil que conozco de conseguir una chica.

Justin y yo nos reímos y nos centramos en nuestra conversación en vez de en las mujeres que nos miraban con deseo. Algo que me alegró ya que ese día no me interesaban. Yo tenía los ojos puestos en otra.

Y esta vez nada me alejaría de ella.

—He tenido un día muy largo.

—¿De ver a mujeres excitantes caminando arriba y abajo de un escenario? —El tono irónico no pasó desapercibido—. ¿Has conocido a alguien? ¿Hay algo que no me has contado?

—Puede que sí. No tenemos nada importante, pero me gusta pasar tiempo con ella.

—¿Te estás pareciendo a mí, Chris? ¿O es que cumplir treinta años te ha hecho algo en el libido?

—Mi libido está bien, muchas gracias. Pero a veces, hay una mujer que no puedes quitarte de la cabeza.

—Eso me pasó una vez —reconoció Justin con gesto pensativo—. Estuvimos juntos todo un fin de semana. El mejor de mi vida.

—¿Entonces por qué sigues soltero?

—Porque su marido no dejaba de llamarla.

—¿En serio?

—¿Qué? No sabía que estaba casada. No llevaba anillo en su dedo y tampoco iba vestida como una mujer casada.

—¿Cómo se supone que se viste una mujer casada?

—Sí, definitivamente, cumplir treinta años te ha hecho algo.

—Lo siento, no me gusta acostarme con mujeres casadas.

—Disculpa aceptada de nuevo. —Sonrió Justin—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La mujer que está arruinando los planes que tenía para nosotros esta noche.

—Da igual —le quité importancia.

—Oh, venga. Si esta noche no vamos a ligar, lo menos que puedes hacer es ponerme al corriente de algunos de los maravillosos detalles de la que te interesa ahora.

—¿Quién diablos ha dicho que no puedes ligar esta noche?

—Porque estoy con mi mejor amigo, ¡por eso! Me ha llevado cuatro semanas sacarte a tomar algo y ninguna mujer va a arruinarlo.

—Aunque sigas insistiendo en la mía.

—Entendido, ya me callo.

En realidad, no tenía ni idea de cómo iba a decirle que me estaba tirando a su hermana. Diablos, no tenía ni idea de cómo iba a decirle que había tenido una relación previa con ella. Justin era muy protector con Jessi y lo último que necesitaba era que mi mejor amigo me golpeará en la puta cara. Había visto cómo se ponía cuando los hombres estaban cerca de ella. Una vez, un imbécil con granos la invitó al baile de graduación de su último año de secundaria y él casi saltó a la garganta del pobre muchacho. Y eso fue solo por invitarla al baile de graduación.

Me mataría si supiera que estaba follando con su hermana.

—Cambiando de tema, mi padre hará mañana por la noche una fiesta de lanzamiento de álbum. —Justin interrumpió mis pensamientos—. ¿Te apuntas?

—Diablos, sí, por supuesto. Siempre que puedo voy a las fiestas de tu padre, pero tendrá que ser después del trabajo. Mañana por la noche es el ensayo final con el diseñador. A veces esa mierda termina alrededor de las ocho y he sido testigo de algunos que se han ido hasta la medianoche.

—Ven cuando puedas. Te enviaré un mensaje con la ubicación y vístete bien. Ya sabes cómo son esas cosas.

—¿Debería ir preparado para ser tu pareja en «esa cosa»? —le guiñé un ojo con ironía.

—No. Porque si juego bien mis cartas, no creo que me falte compañía.

—Hazlo como tú sabes y seguro que lo consigues.

—Brindaré por eso. —Alzó de nuevo su vaso y bebimos juntos.

Me relajé en mi asiento y pensé que estábamos como tiempo atrás, antes de que las circunstancias me estallaran en la cara. Aquel era nuestro ritual del viernes por la noche. Bebidas, mujeres, nos marchábamos cada uno por nuestro lado y nos reuníamos a desayunar el sábado por la mañana, para hablar de cómo nos había ido entre las piernas de las preciosas criaturas con las que nos habíamos acostado.

Justin seguía atrapado en ese mundo, lo cual estaba bien, pero yo estaba atrapado por una mujer que nadie encontraría en un lugar como este.

—Tierra llamando a Chris. ¿Hola?

—Lo siento. —Agité la cabeza para liberarme de mis pensamientos—. He tenido un largo y jodido día. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si has hablado con tu madre desde que llegaste a la ciudad. —Apreté los dientes y endurecí la mirada, lo que no pasó desapercibido para él—. Mierda, Chris. ¿Todavía no

has resuelto tu problema con ella?

—Esa mujer amenazó con arruinar mi carrera por ese hombre de mierda y nunca podré perdonárselo. Por supuesto que no he hablado con ella.

—Vale, vale... Perdón por preguntar. Pero si soy sincero, estoy preocupado por ti.

—No hay necesidad de preocuparse.

—¿Qué pasa si te encuentras con ella en la ciudad?

—Asentiré con la cabeza como lo hago con cualquier otro extraño y luego seguiré como si nada.

—Tratarás a tu madre como a una extraña —aseveró en lugar de preguntar.

—Me trató como a un delincuente. Comparado con eso, ignorarla es un maldito favor.

—Estoy de acuerdo, pero aún así, es tu madre —insistió.

—Y entiendo lo que quieres decir. Tu familia es maravillosa. Tu madre y tu padre son un matrimonio envidiable y seguirán juntos toda la vida. No todos tenemos la suerte de que nuestras familias sean así y no es algo que se pueda arreglar ni vaya a cambiar nunca.

—Ya veo por qué les gustan a las chicas —observó con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Piensan que estás roto por dentro y que solo ellas podrán recomponer tus pedazos.

—¿Piensas en algo más que en el sexo? —Enarqué una ceja.

—¿Tú sí lo haces?

Nos reímos los dos y tuve que reconocer que Justin era el mismo de siempre. Le debía mucho más de lo que podía decirle y me alegraba de que no se enfadara porque hubiera desaparecido por un tiempo.

Especialmente porque Jessi todavía lo estaba.

—Me alegro de que hayas vuelto, hombre. —Me dio una palmada en la espalda—. A los viernes por la noche y los desayunos de los sábados por la mañana.

—Así sea. —Indiqué al camarero que nos sirviera otra ronda igual.

Seguimos bebiendo hasta que el dueño nos hizo la señal de que iban a cerrar y me sentí como en los viejos tiempos.

Capítulo 9

Jessi

Día de ensayo general y como era de esperar aquello parecía un manicomio. Todo el mundo corría y trataba de adaptar todo a las necesidades del diseñador. Aparentemente, él era una de esas personas que entraba y quería cambiar las cosas en el último minuto. Christopher corría a su lado como un patético asistente personal y me hacía sonreír cada vez que el diseñador le hablaba de algo que no le gustaba.

Sabía que la coreografía iba a ser cambiada en el último minuto.

—Muy bien, chicas. Todas listas con los tacones y las faldas de prueba. El diseñador quiere algunos cambios en la coreografía, así que os necesito a todas alerta y despiertas.

Sonreí y sacudí la cabeza mientras me preparaba para salir al escenario.

El diseñador era un imbécil, pero la mayoría de ellos lo eran. Me usaron como ejemplo y sonreí a las chicas que me miraban fijamente. Odiaban el hecho de que las modelos de talla grande estuviéramos tan solicitadas y odiaban que tuviera mi propio camerino. Se morían de envidia de ver cómo Chris me alababa y cómo el diseñador usaba mi cuerpo para mostrar la nueva coreografía que chafaba la que Chris intentaba hacer.

Joder, fue el mejor día de mi maldita vida.

Clavé la coreografía después de treinta minutos y me dijeron que podía abandonar el escenario. Entonces, Chris se quedó solo con la manada de mujeres salvajes que querían devorarlo entero y yo me marché a mi camerino. Estaba sudando y necesitaba refrescarme. Agarré la botella de agua helada que estaba en mi tocador y me hundí en el sofá. Cerré los ojos y repasé mentalmente la coreografía para asegurarme de que tenía todos los cambios que el diseñador había hecho.

Entonces llamaron a mi puerta.

Lo ignoré y dieron otro golpe. Supuse que sería alguna de las chicas para que le enseñara alguno de los giros nuevos, suspiré y me levanté del sofá. Me dolían los pies con los tacones de quince centímetros y caminé despacio, como si me estuvieran torturando.

Al abrir la puerta no vi a ninguna de las chicas, era Chris.

—Has aprendido la coreografía bastante rápido —reprochó por haberme marchado del ensayo.

—Por lo que veo, tú no —repliqué con una sonrisa.

—Algunos diseñadores llegan y cambian las cosas en el último momento. Viene cuando yo ya me he ido... en fin... Bonita habitación, por cierto.

—Gracias. Es lo que tiene ser una modelo solicitada.

—Creo que subestimé lo alto que te ha llevado tu carrera.

—Sí, lo hiciste.

Se rió y sacudió la cabeza mientras se apoyaba en la puerta.

—Anoche estuve con Justin.

—¿Cómo está mi hermano?

—Me invitó a la fiesta de lanzamiento del álbum de tu padre esta noche. ¿Irás tú?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. No tenía pensado ir.
—Apuesto a que tu padre disfrutaría teniéndote allí. —Entró en el camerino.
—Eso lo dices porque hace tiempo que no has visto a mi familia.
—¿Por qué dices eso? —Cerró la puerta y se apoyó en ella.
—A veces surgen tensiones familiares.
—Confía en mí, lo entiendo. —Fue rotundo.

Había una historia en sus palabras y me pregunté si tenía algo que ver con el motivo de su desaparición.

La verdad era que sabía lo de la fiesta de mi padre, pero no quería ir. Deseaba quedarme el resto de la noche del sábado con Caleb y disfrutar de él. Cada vez que se ponía en marcha un desfile, mi hijo veía a su niñera más que a mí y me sentía culpable. Quería abrazar a mi bebé y pasar tiempo a su lado.

No quería volver a dejarlo con su niñera para ir a ver a un hombre que no se lo merecía.

—¿Puedo hacer algo para convencerte de que vengas? —insistió Chris.

—Probablemente no. No tenía planeado ir, prefiero tener una noche tranquila antes del gran espectáculo.

—Oh, vamos. Será divertido y yo estaré allí. ¿Quizás podríamos jugar a que hace tiempo que no nos vemos antes de escabullirnos al baño.

—De todas formas tendríamos que hacer ese juego, si no queremos que mi hermano nos mate a los dos —advertí con una sonrisa.

Me sujetó por las caderas y yo me apoyé en la pared. Sus ojos se dilataron con lujuria, me apretó contra él y sentí que mis pezones se ponían rígidos, delatando cuánto lo deseaba. Estaba justo donde yo lo quería, incapaz de resistirse a mí, incluso de enamorarse aunque todavía no lo supiera.

Pero lo sabría cuando le echara todo en cara, como él me hizo a mí.

Se inclinó y me dio un beso suave, lento y sensual. Deslicé las manos por su pecho y me deleité por el contacto de sus músculos. Mis dedos se incendiaron al sentir que lamía mis labios y me aplastaba contra la pared.

—¿Quieres que lo hagamos ahora? —pregunté, sin aliento.

—Bueno, no te veré esta noche. ¿Qué otra opción tengo?

Me mordió el labio inferior y me arrancó un gemido. Su polla, encajada entre mis caderas, parecía burlarse de mí; me calentaba el cuerpo mientras él deslizaba una mano por mi pierna. Hundió la boca en mi cuello, chupó mi piel y suspiró en mi oreja. Acaricié su pelo y él llevó sus manos a la bata que llevaba puesta. La desabrochó muy despacio, la deslizó por mis hombros y sus ojos brillaron con deleite al observar mis voluptuosos pechos.

—¿Cómo diablos no sabía que estabas escondida en este camerino? —Parecía extrañado.

—Tomaré eso como una disculpa —dije en tono condescendiente.

La bata cayó al suelo mientras me giraba en sus brazos. Los dos caímos al sofá y no perdió el tiempo en quitarme las bragas. Se bajó los pantalones, sacó su furiosa polla y deslizó la cabeza por la humedad de mi sexo. Me besó los pechos y mordió mi piel en lugares que serían expuestos al público al día siguiente. Esos eran pequeños detalles de nuestra pasión que solo yo era capaz de dilucidar mientras mis piernas se abrían para él.

—Joder, Jessi. Eres preciosa.

Sus palabras me calentaron el corazón mientras se deslizaba duramente en mi interior. Estrelló sus labios contra los míos para sofocar mis gemidos y yo rodeé su cuello con las manos. Nuestras

caderas quedaron enfrentadas, envolví su cintura con las piernas y él ascendió la palma de su mano por mi muslo.

Me meció suavemente contra el sofá y traté de mantenerme en silencio, mordiéndome los labios para gemir de forma ahogada cuando sus dedos comenzaron a masajear mi sensible clítoris. Me temblaban las piernas de placer, cada vez estaba más excitada.

No pude seguir callada, no podía retener su nombre.

—Chris... Chris. Sí. Oh, Dios mío, joder.

—Di mi nombre. Dilo otra vez, Jessi. Más fuerte.

—Chris —repetí sin aliento.

—¡Más fuerte!

—Chris. —Fue un gemido ahogado.

—¡Más fuerte!

—¡Christopher! —Grité al estremecerme con un increíble orgasmo que atravesaba mi cuerpo como un rayo.

Todo él parecía estar en mi interior, nuestras frentes conectadas mientras mi espalda se arqueaba con el éxtasis. Su nombre salió de mis labios como una desesperada llamada de auxilio. Quienquiera que estuviera cerca sabría con certeza quién estaba conmigo, pero no me importaba.

Me agarré a sus antebrazos, sus músculos se tensaron por el esfuerzo que requería follarme mientras sus labios salpicaban con besos mi piel desnuda.

—Cielo Santo, sí... joder... sí.

Mis gemidos se ahogaron cuando un segundo orgasmo rugió sobre mi cuerpo. Arquee los dedos de los pies y me dio un calambre en una pierna, pero pasó pronto. Dio dos últimos empujones con las caderas, mis paredes masajearon su polla que palpitaba y amenazaba con derramarse.

—Jessi. Santo cielo, pequeña.

Mis labios estaban inflamados por los besos, pero no me importó que siguiera torturándolos. Cuando sus movimientos disminuyeron en intensidad, se quedó dentro de mí y aprovechamos para tomar aire. Estaba mareada de tanto placer y parecía que mi cerebro fuera a sufrir un cortocircuito. Finalmente, se derrumbó sobre mi cuerpo que tembló bajo el suyo.

Sin poderlo evitar, su última frase resonó en mi mente, cerré los ojos y se me llenaron de lágrimas.

«Pequeña». Había echado de menos esas palabras.

Capítulo 10

Christopher

Fui a casa a ducharme después del momento vivido con Jessi en su camerino. ¿Cómo coño no me había enterado de que tenía un camerino? No podía creer cómo había despegado su carrera, a pesar de que no había mostrado mucho interés cuando estábamos juntos. Ella dijo que sí lo había tenido, aunque lo único que creí que le importaba era disfrutar de mi compañía.

Me di una ducha caliente y me preparé para la fiesta. No me gustaba que ella no fuera a ir. Había algo que me inquietaba, pero se trataba de una fiesta y estaba ansioso por pasar más tiempo con Justin.

Eso y disfrutar de un jodido buen rato.

Me puse unos vaqueros oscuros y una camisa a la moda. Una mezcla de ropa casual y elegante que las damas no podrían ignorar. No es que me interesara ninguna de ellas, pero su atención era agradable, especialmente cuando molestaba a Justin como casi siempre. Siempre había sido así entre nosotros. Yo era el mujeriego y Justin el imbécil rudo con el que las mujeres disfrutaban follando a lo bestia. En el pasado funcionó para él y funcionó para mí, luego nos burlábamos por ello.

Así fue como nos hicimos amigos.

—¡Chris! ¡Ven aquí! —Me llamó Justin con un gesto mientras su padre sonreía.

—¡Christopher! Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo estás? —El hombre estrechó mi mano y su hijo se alejó para hablar con un conocido.

—Bien. Y según veo, esta fiesta demuestra que tu carrera discográfica va viento en popa.

—Siempre ha ido bien —. ¿Y tú? ¿Sigues trabajando con modelos?

—Sí, en efecto. Sigo dedicándome a la coreografía y preparación del escenario. He venido a la ciudad para el último desfile de moda que se celebra a unas cuantas calles de aquí.

—Me alegro de tenerte de vuelta. ¿Te quedarás mucho tiempo?

—Todo depende de a dónde me lleve el trabajo —reconocí con una sonrisa.

En ese momento, sonó el teléfono que llevaba en la cadera y su atención se dirigió a otra parte.

—Disculpa, Christopher. Siéntete como en casa. La comida y las bebidas son excelentes. Disfruta de la noche.

—Siempre lo hace conmigo. No te preocupes —intervino Justin que regresó a mi lado.

—Hola, hombre —lo saludé con ironía.

—Me alegro de que hayas podido venir.

—Entonces, ¿quién es la artista afortunada?

Él señaló al otro lado.

—¿Ves aquella chica de ahí? ¿La que lleva un vestido ajustado que la hace parecer una bola de discoteca?

—¿Dónde está subida? ¿Por qué demonios usa zapatos planos con ese vestido?

—Es una chica muy alta —explicó—. Supongo que no quiere caerse de bruces.

—No has estado cerca de chicas más altas que yo. Esas mujeres saben mover los tacones

mejor que cualquier modelo que haya visto.

—De todos modos, ella es la artista emergente que quiere fusionar el país y el pop.

—Entonces, ¿quiere usar la transición de Taylor Swift como toda su carrera?

—Te juro que deberías haber tomado esa ayudantía que mi padre te ofreció.

—La música no es mi pasión. Es más de mi estilo ver a las mujeres desfilando con ropa.

Miré a una chica que pasaba por mi lado con una bandeja de bebidas, tomé una para mí y le entregué otra a Justin. Pude oír a su padre hablando por teléfono detrás de mí, aunque tenía que gritar un poco para superar el ruido de la fiesta.

Y hubo una parte en especial de la conversación que llamó mi atención.

—Por supuesto que te queremos aquí. Deberías venir. Quiero decir, hay bebidas con alcohol, pero incluso con un bebé deberías tener unos minutos para ti. No, no tienes que disfrazarte. Sí, te quiero aquí. ¿Por qué no te querría aquí?

—¿Justin? —pregunté a mi amigo.

—¿Sí?

—¿Por qué demonios tu padre intenta convencer a alguien para que traiga un bebé a la fiesta?

Vi cómo mi amigo miraba a su padre y después se aclaraba la garganta.

—Supongo que se tratará de alguno de sus artistas. Le gusta la promoción cruzada y puede que quiera hacer algo desde otro punto de vista —explicó.

—Pero aquí hay alcohol. No sería inteligente meter a un niño en todo esto —indicé la fiesta con la cabeza.

—Puede que sea eso lo que el artista le está explicando a mi padre para justificar que no se presenta.

La respuesta de Justin fue muy brusca y sentí que me ocultaba algo. Lo supe por la forma en que sus ojos se apartaban hacia la fiesta, en lugar de mirarme a mí, y por cómo había cambiado su expresión cuando hice la pregunta.

¿Con quién demonios estaba hablando su padre?

—Solo pensé que era raro, eso es todo. —Me encogí de hombros.

—No le des más importancia. Estoy de acuerdo contigo en que este no es lugar para un niño. Hay demasiado ruido. —Justin pareció dar por concluido el tema.

—¿Me habéis echado de menos? —Su padre llegó a nuestro lado.

—¿Quién era la person...?

—¡Oh, Vaya! —interrumpió el hombre—. Mi artista me está llamando. Déjame ir a ver lo que quiere y pondremos este *show* en marcha. Chicos, os va a encantar esta canción. Un verdadero cambio de juego.

—¿Cambio de juego? —Miré a Justin.

—Sí. Es el término que usa mi padre cuando tiene un artista que no pasa de su primer *single* —aclaró él.

—¿Por qué demonios lo llama un cambio de juego si claramente no lo es?

—Porque podrían demandarlo por un montón de dinero si le quita importancia al artista y alguien lo escucha.

—Joder, suena como algo divertido. —Bebí el resto de mi bebida antes de tomar otra de la bandeja.

En la fiesta observé todo tipo de gente. Había actores, actrices, otros productores de música y sus artistas en ciernes. Músicos famosos se abrían paso y saludaban a la recién llegada con sonrisas. Algunos tipos le miraban las tetas mientras las mujeres colgadas de sus brazos la

miraban fijamente. Era un pequeño pez nadando en un tanque lleno de tiburones y pude ver fácilmente por qué el padre de Justin quería vigilarla.

Parecía ser un poco ligera de cascos.

—Vamos a meternos en problemas —me confió Justin.

—¿La mujer que te ligaste anoche no vendrá?

—La veré más tarde. No está libre hasta casi las once.

—Uhm. ¿Tienes alguna idea de lo que hace hasta entonces?

—Probablemente esté con otro tipo, pero ¿por qué iba a importarme?

—Ponte un condón —le advertí—. No quiero que me llames diciendo que se te ha caído la polla por alguna enfermedad desconocida.

—Yo también tengo normas y no son tan estrictas como las tuyas —replicó.

—¿Estrictas? Te he visto beberte de golpe tres bebidas, ¿y todavía se te ocurren palabras como «estrictas»? Toma, obviamente necesitas otra.

Tomé otra copa de una bandeja y le di una a Justin antes de que encontráramos un par de tías buenas en la esquina. No tenía ni idea de quiénes eran o lo qué hacían aquí, pero Justin se sentó entre las dos. Les rodeó los hombros con sus brazos y desplegó sus encantos. Yo lo apoyé cuando fue necesario y a una de las chicas no le gustaba nada, pero la otra estaba muy interesada. Así que centré mi atención en ella y traté de hacerle ver que Justin era tan bueno como pretendía parecer.

Pero en el fondo, deseaba que Jessi estuviera aquí.

No podría divertirme con ella como yo quisiera pero no importaba. No podría tenerla cerca o besarla durante la fiesta, pero estaría cerca de ella y podríamos hablar. Su camerino había sido la mejor oportunidad para darnos un capricho, pero no quería que se llevara una impresión equivocada. No estaba aquí para follarla y luego irme, quería saber cómo le había ido, realmente quería saber de su vida, para comprobar si seguía entre nosotros aquella conexión a nivel emocional.

Sexualmente, sí continuaba, pero fuera de eso no tenía muchas ocasiones para hablar con ella.

—Guarden silencio, por favor y escuchen —pidió el padre de Justin desde el escenario. Su artista estaba junto a él y todos los miramos—. Les presento a Ángela G. Pronto será muy conocida porque mañana estará a la venta su *single*.

Todos aplaudimos y la chica se sonrojó.

—No permitan que su pequeña estatura les engañe. Posee una poderosa voz que pondrá a esta industria de cabeza.

—Sí. No pasará del primer disco —predijo Justin.

—Así que, sin más demora, aquí está su *single* de debut, *Good to be me*. Recuerden el nombre, Ángela G.

Comenzó la canción y resultó muy melosa. Incluso pillé a Justin y a la chica con las cabezas juntas. Ella estaba prácticamente en su regazo y la otra había desaparecido de la vista. Me apoyé en la pared y bebí un sorbo de mi bebida, viendo a todo el mundo levantarse y empezar a bailar la canción. Los productores movían la cabeza y las actrices sus caderas. El padre de Justin hablaba con alguien en la esquina y la cantante estaba sentada al lado del escenario, acaparando toda la atención.

Resultaba pegadiza, pero no era un gran cambio de juego.

Justin tenía razón. La muchacha sería un éxito de un solo golpe antes de que se esfumara entre la población.

—Hola.

Giré la cabeza hacia la voz y vi a la segunda mujer que Justin había intentado colocarme.

—Hola —contesté.

—Me llamo Jasmine. Soy amiga de la chica que parece disfrutar de tu amigo tonto.

Miré a Justin, que ahora tenía la lengua en la boca de la chica. Ella estaba en su regazo, la abrazaba y sonreí mientras sacudía la cabeza.

—Él no es así, una vez que lo conoces. —Traté de justificarlo.

—Prefiero conocerte a ti, si te parece bien —dijo Jasmine.

Deslicé mis ojos por su cuerpo y no me impresionó lo que vi. Tenía curvas, pero no se parecían en nada a las de Jessi. Sus ojos estaban vacíos y brillaban con el alcohol que había ingerido, lo que no me gustaba mucho, ya que yo era un maldito animal en la cama y quería que las mujeres lo recordaran. Sus ojos no eran tan grandes como los de Jessi y sus pechos no eran tan bonitos como los de ella. Tenía un buen par de piernas, pero estaban tonificadas y cinceladas. No suaves y flexibles como los muslos de Jessi.

O el resto de su cuerpo.

Le sonreí a la chica, tratando de averiguar cómo podía esquivarla con disimulo, pero antes de que lo hiciera, escuché una sonora bofetada por detrás.

Me di la vuelta y vi a la chica que empujaba a Justin para salir de su regazo.

—Eres un cerdo —soltó ella.

—Nunca pretendí ser otra cosa, cariño.

—¿Cómo puedes ser amigo de un tipo como ese? —me preguntó la chica.

—No es tan mal tipo una vez que lo conoces —lo justifiqué otra vez.

La muchacha resopló y se marchó del brazo de su amiga. Miré a Justin sin dejar de sonreír mientras una marca roja se elevaba en su mejilla. Maldición. Le había dado una buena bofetada. Me acerqué y me senté a su lado mientras recogía su bebida, luego los dos nos relajamos mientras Ángela G. subía al escenario.

—Ahora lo interpretará en directo —anunció Justin.

—Pero si acabamos de escucharla.

—Así es como funcionan estas cosas. También la oirás cuatro veces más en el transcurso de la noche.

—En lo que a mí respecta, la noche ha terminado. Hemos bebido cuatro copas, hemos ligado y te han abofeteado. Ha sido una buena noche para mí.

—Olvidas la mejor parte: tengo que terminar con esa ardiente mujer que vendrá más tarde. Igual se excita al ver la marca roja en mi cara.

—No le digas que la obtuviste de otra mujer, eso podría arruinar tus planes.

—O puede que le guste.

—Hazme caso. ¿Quieres tener sexo esta noche? No le digas que te lo ha hecho otra chica.

—Bien, bien. Pero aún no he terminado con esta fiesta.

—¿De verdad vas a intentarlo con otra mujer? —Lo miré extrañado.

—No, imbécil. Le dije a mi padre que vigilaría los cubos de basura y que me quedaría hasta las once cuarenta y cinco.

—Ah, así que tú eres la basura designada para la noche.

—«Hombre de la basura» —recalcó—. Olvidaste el «hombre» en esa definición.

—No —dije con una sonrisa—. No creo que lo haya hecho.

Justin me golpeó en el brazo cuando empecé a reírme. Me gustaba estar de nuevo con mi amigo, pero mientras miraba a todos los hombres que iban acompañados de mujeres guapas y

elegantes, mi mente regresó a ella.
A Jessi y a que no estaba aquí.

Capítulo 11

Jessi

La alarma empezó a sonar a las cinco de la mañana. Era el gran día. El desfile de moda que podría cambiar la trayectoria de mi carrera. Me estiré y gemí muy flojo para no despertar a Caleb que seguía durmiendo. Entré en el baño a trompicones y encendí la luz, maldiciendo por lo mal que me vi en el espejo. Tenía pesadas bolsas en los ojos, sin duda por toda la energía que gastaba para hacer entrar y salir a Chris de mi vida. Supe que debía actuar porque estaba muy cerca como para hacerle daño y estaba lista, pero sobre todo necesitaba sacarlo de mi vida.

Me di una ducha rápida y salí justo cuando Caleb empezaba a despertarse. Me hice un moño con el pelo húmedo y me sequé el cuerpo rápidamente, luego me puse ropa cómoda. Mi madre vendría en cualquier momento a llevarse a Caleb para que yo pudiera darle el día libre a la niñera. Procuraba darle los fines de semana para que descansara, aunque a veces la necesitaba los sábados, pero tenía por norma no llamarla los domingos.

Mi madre no era la persona preferida para sustituirla, pero después de todas las noches que mi niñera había pasado esta semana, se merecía el día libre.

Senté a Caleb en su sillita alta cuando llamaron a la puerta. Abrí y vi a mi madre sonriendo, aunque parecía bastante cansada.

—¿Fuiste a la fiesta, mamá?

—Sí, pero mi pregunta es, ¿por qué tú no acudiste?

—Sé que papá dijo que el bebé estaría bien allí, pero sabía que no estaría cómoda. Escuché lo fuerte que estaba la música y no quería que Caleb estuviera donde había alcohol. No quiero que mi hijo vaya a ese tipo de lugares.

—Lo entiendo. Yo llegué un poco más tarde, pero ¿sabes con quién me encontré?

—¿Con quién?

—Con Christopher. ¿Lo recuerdas? El amigo de Justin.

¿Que si lo recordaba? Estaba jodidamente loca por él. Maldije que su nombre sonara a música en mis oídos y odié querer saber qué hizo en la fiesta. ¿Habría estado con alguien más? ¿Fue con otra mujer del brazo?

Ya que mi madre me había involucrado en la conversación, decidí indagar un poco.

—¿Christopher estaba allí? —Me interesé de forma casual—. ¿Cómo está?

—Parece que le va bien. Él y Justin estuvieron toda la noche juntos, como en los viejos tiempos.

—Estoy segura. —Sonreí—. Me alegro de que se divirtieran.

—Al parecer disfrutó mucho con la canción que compuso la nueva artista de tu padre. Sin embargo, no se quedó mucho tiempo. Tu hermano y él se marcharon a la misma hora.

Me sentí aliviada de que no se hubiera ido con otra mujer e inmediatamente después me maldije por sentirme así. Se suponía que estaba jugando con él, no poniéndome celosa porque estaba con otra persona. No debería importarme con quién estaba. No era nada. Solo un idiota que me rompió el corazón y me dejó en la estacada.

No debería importarme una mierda lo que estaba haciendo.

—¿Te lo pasaste bien? —Preferí centrarme en mi madre.

—Oh, estas fiestas son siempre iguales con los años, pero como soy copropietaria del negocio, tenía que asistir. Ya sabes cómo es tu padre a veces —advirtió en tono bajo—. Pero no te preocupes por el pequeño Caleb, lo llevaré al desfile esta noche para que no se pierda el gran espectáculo de su mamá. No queremos eso, ¿verdad? —Tomó al niño en brazos y le habló con cariño—. No, no lo queríamos. Mami se va a estar muy guapa, ¿no es así Caleb?

Se sentó y empezó a darle el desayuno a mi hijo mientras a mí se me aceleraba el corazón.

¿Iba a traerlo al espectáculo? ¿Vendrían todos?

No tenía un plan de contingencia para evitarlo. No se trataba de un asunto familiar, sino de un desfile de modas, uno más como tantos a los que nunca habían venido a lo largo de mi carrera. ¿Por qué ahora parecía tan importante su asistencia?

Intenté apartar esos pensamientos de mi mente mientras besaba la cabeza de Caleb. Abracé a mi madre y le di las gracias por todo, luego le dije que no se preocupara por el espectáculo. Si Caleb estaba malhumorado o con gases, no heriría mis sentimientos si no se presentaba.

Pero eso no les impidió venir.

El desfile de moda fue bien. Todos los trajes que usé, atrajeron la atención de todos y hubo mucha prensa de la que se ocupó mi representante. Las cámaras me seguían desde todas las direcciones y mi cuerpo estaba cubierto de flashes. Christopher se hallaba entre bastidores, intentando que recordáramos los cambios hechos en la coreografía diaria, pero cada vez que mi actuación llamaba la atención, se quedaba mirándome un poco más tiempo que al resto.

Caminé por la pasarela con seis vestidos diferentes. Eso significaba potencialmente miles de fotos que serían publicadas en todas partes para que el mundo las viera. Desde revistas, prensa diaria e incluso en las cuentas personales de los medios sociales. Sin mencionar que conseguiría copias profesionales de todo para publicar en mis cuentas y enlazarlas con la del diseñador.

Iba a aprovechar todo cuanto pudiera para ascender en mi carrera y mi representante pretendía lo mismo.

—Has estado estupenda —me felicitó el hombre—. Jodidamente fantástica.

—Gracias, Pierre. —Sonreí abiertamente.

—Estoy concretando con el diseñador que puedas quedarte tres de esos trajes que tan bien te sientan. Tu cuenta en Instagram tiene más de dos millones de seguidores, ¿verdad?

—Tres millones desde anoche.

—¡Santo cielo! Perfecto. ¿Y en Twitter?

—Tres y medio —respondí, con otra sonrisa.

—Voy a aprovechar tu alcance para conseguirte algunos más de esos vestidos de firma. Así podrás usarlos y publicar fotos de promoción, pero todo será gratis y te dará mucha visibilidad.

—Asegúrate de que el diseñador me siga y vuelva a tuitear todas mis entradas. Ese impulso es necesario para una carrera como la mía y tenemos que aprovecharlo —le recordé.

—Me encanta trabajar contigo. Guapa, maravillosa y lista. Sabes cómo funcionan los negocios de tu sector. Volveré enseguida.

Pierre se alejó hacia unos periodistas cuando apareció mi familia que doblaba la esquina. Mamá llevaba a Caleb y mi padre y mi hermano caminaban detrás de ella. Los abracé a todos y tomé a Caleb de los brazos de mi madre, esperando que él no apareciera.

Si lo hacía, tendría que decirle que tenía un hijo.

—Has estado fantástica, cariño. Preciosa, con esos elegantes vestidos —dijo mi madre.

—Me gustaba esa falda de cintura alta que llevabas. La del lazo —aclaró mi padre—. Te veías guapísima con ella.

—El vestido de noche era muy bonito, también. ¿De qué color era? —Se interesó Justin—. ¿Rojo y marrón?

—¿El que tiene brillos dorados? —Asentí con la cabeza—. Ese también es mi traje favorito. Pierre está haciendo lo posible por conseguirlo. Espero que sea uno de los trajes que me ceda el diseñador.

—Estoy seguro de que no tendrá problemas con él.

Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca al escuchar su voz detrás de mí.

—Has hecho un buen trabajo —me felicitó Chris cuando llegó a mi lado.

—Gracias. La coreografía también ha salido perfecta.

—¿Christopher? —preguntó mi madre—. No sabía que estabas aquí.

—Por supuesto que sí. Él es el que coreografió el espectáculo —explicó mi padre—. ¿No lo sabías?

—¿Por qué no me lo dijiste esta mañana, cariño? —me regañó con suavidad.

Pude sentir los ojos de mi hermano clavados en mi rostro mientras yo trataba de no dejar traslucir mis nervios.

—Estaba cansada. No había tomado café y llevaba prisa. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarte por la fiesta de papá de anoche.

—Te perdiste una buena —intervino Justin.

—¿De quién es este bebé? —Chris se acercó al niño.

Sus ojos viajaron de mi cara a la de Caleb.

—Es mío, por supuesto —declaré, claramente.

Ví el asombro dibujado en su cara e intenté actuar lo más natural posible, aunque me di cuenta de que mi familia tenía curiosidad por la interacción. Asentí con la cabeza y me aparté de él antes de que tuviera la oportunidad de arruinarlo todo de golpe.

Afortunadamente, Pierre llegó en el momento perfecto.

—Buenas noticias, Jessi. He conseguido cuatro de esos trajes. La camisa, el vestido de noche, el mono y el traje de baño con el pareo a juego —anunció en tono orgulloso.

—Oh, el pareo era muy cómodo. Gracias, Pierre.

—Te enviaré los términos del acuerdo y haré que te envíen la ropa a tu casa.

—Estupendo. Muchas gracias.

—Si quieres salir sin que te moleste la prensa, puedes hacerlo por la puerta trasera —sugirió antes de marcharse—. Hay muchos periodistas esperándote en la entrada y con el pequeño Caleb aquí, imagino que no querrás hablar con nadie.

—¿Caleb? —preguntó Chris.

Lo miré de reojo al tiempo que mi madre me entregaba a mi hijo y lo tomaba en brazos.

—Debería llevarlo a casa, chicos. Ha sido un largo día y después de tanta excitación, necesita relajarse para dormir una siesta. —Me dispuse a despedirme y salir de allí a toda prisa.

Besé en la mejilla a todos, repartí abrazos y mi mirada se encontró con la de Chris por última vez. Pude ver el torbellino de preguntas que surgía en su cabeza y procuré mantenerme firme y tranquila, mientras me daba la vuelta para irme con el corazón a mil por hora.

¿Por qué demonios me sentí tan culpable? ¿Por qué tenía tanto miedo de lo que él pensara? Él fue el que se marchó. Él fue el que cambió su número de teléfono sin darme nunca una forma de contactarlo. Fue el que nos dejó a todos en la estacada, sin ninguna idea de lo que le había pasado.

Pero la confusión en sus ojos se me quedó grabada en la mente y no pude entender por qué.

Capítulo 12

Christopher

—¿Hola? —preguntó Jessi.

—Hola, soy yo.

—Soy consciente de que eres tú, Christopher. Tu nombre aparece en mi teléfono cuando llamas.

—Me preguntaba si estarías libre para almorzar —pregunté de forma indirecta.

—Podría escaparme un rato. ¿Por qué quieres quedar?

—Quiero hablar contigo y verte, ya sabes. Ahora que oficialmente ya no trabajamos juntos.

—Me sorprende que quieras verme ahora que el espectáculo ha terminado.

—Entonces, sorpresa. Podemos ir a donde quieras.

—De acuerdo. ¿Conoces un lugar que se llama Blue Collar?

—¿Ese lugar ecléctico del centro? Sí, lo conozco. ¿Nos vemos allí a mediodía?

—Que sea a las doce y media —sugirió con rapidez.

—A las doce y media —me despedí.

Quería sentarme con Jessi y hablar. No podía estar seguro, pero necesitaba preguntarle sobre el bebé. El bebé que dijo que era suyo. Probablemente, ella era la persona con la que hablaba su padre por teléfono en la fiesta. Y había algo que no podía quitarme de la cabeza, algo en los ojos de aquel niño.

Tenía algunas preguntas que hacerle. Dudas que habían estado rondándome durante toda la noche y para las que merecía respuestas.

Ella entró en el restaurante con un aspecto increíble. Llevaba la falda de cintura alta del desfile de anoche y la había conjuntado con una bonita camiseta de color amarillo pálido. Se ajustaba como un guante a sus curvas y acentuaba todo lo que yo disfrutaba de ella. Ansioso, me dije que no podía ponerme a pensar en cuánto la necesitaba en ese momento, ya que tenía preguntas importantes que hacerle.

—Pareces descansado —dijo al verme—. ¿Contento por haberte librado del acoso de todas las modelos por un tiempo?

—¿Por qué no me dijiste que eras madre? —Fui directamente al tema que me llevaba de cabeza.

Ella palideció y se sentó en su silla.

—No creí que la información fuera importante.

—¿Estábamos follando y no pensaste que era importante?

—Sí, porque eso era todo lo que estábamos haciendo. Follar. Lo último que necesito es una puerta giratoria de hombres en la vida de mi hijo.

—¿Cómo se siente el padre de tu hijo al respecto?

—Si supiera quién es, le preguntaría.

¿Si supiera quién era? No podía hablar en serio, ¿verdad? Yo era el hombre que le había quitado la virginidad. Le mostré niveles de placer más allá de su imaginación salvaje. Solo había

estado fuera un año y medio. No iba a convencerme de que se había convertido en una especie de mujer liberar que había terminado con un niño sin padre.

Conocía a Jessi mejor que eso.

No era esa clase de chica.

—¿Qué edad tiene tu hijo? —Seguí preguntando.

—Ocho meses. Casi nueve.

—¿Cómo fue tu embarazo? Quiero decir, ¿se dio bien?

—¿Por qué te importa?

—Porque me preocupo por ti.

—¿Aunque simplemente estábamos follando?

—¿Alguna vez ha sido algo más que echar un polvo?

—Es difícil de decir, ya que una mañana te levantaste y te fuiste, sin tener en cuenta los sentimientos de nadie.

—Tenía mis razones.

—Lo has dejado muy claro. Y yo tenía mis razones para no decirte que tenía un hijo.

Todo el tiempo fue así. Las preguntas y respuestas llenas de ira llenaron el tiempo que duró el almuerzo. Estaba frustrado con ella, pero no podía culparla. Por la noche me miré durante un buen rato al espejo y supe por qué los ojos de Caleb me resultaban tan familiares.

Eran míos. Aunque no tenía pruebas, aparte de mi intuición y los pensamientos que me inducía el pánico.

¿Dejé embarazada a Jessi? Fuimos cuidadosos pero era posible. Demonios, en aquellos tiempos éramos insaciables. Teníamos relaciones en cualquier lugar donde pudiéramos sin que su hermano lo descubriera. Ahora, el hecho de que ella tuviera la guardia levantada solo servía como evidencia para confirmar mis sospechas.

Pero seguía insistiendo en su historia de no saber quién era el padre.

—¿Jessi?

—¿Qué?

—Estás preciosa con esa falda.

Sus mejillas se encendieron y me miró a los ojos.

—Gracias. Pensé que podría empezar con el trato que hice con el diseñador.

—¿Qué trato hiciste?

—Me pongo los cuatro trajes que me dio en las próximas dos semanas y los publico en mis cuentas de medios sociales. Me conecto con él, me retuitea y eso nos da a ambos la promoción que buscamos.

—Suena como si lo tuvieras todo bajo control.

—Siempre lo tengo. Es la ventaja de ser como soy.

—Si te preguntara si puedo ir a tu casa, ¿me dejarías?

Entornó los ojos y apreció cómo volvía a subir la guardia.

—¿Por qué? —inquirió con brusquedad.

—Porque quiero pasar más tiempo contigo, pero no podemos ir a mi casa porque la están limpiando.

No era una mentira. Tenía a alguien allí limpiando, pero era solo una limpieza superficial y probablemente ya se habrían ido.

—Allí está mi hijo.

—No me importa.

—No seremos capaces de... ya sabes...

—No busco hacer nada más que seguir conociéndote. A pesar de nuestros recientes encuentros, quiero ponerme al día de lo que has hecho estos dos últimos años y saber cómo te ha ido.

—Uhm.

—No pareces convencida.

—Soy escéptica, pero ¿puedes culparme?

—Probablemente no. ¿Entonces? —insistí. Vi una sonrisa que se dibujaba en su rostro y me puse en pie—. Guíame.

Llegamos a su apartamento y envió a la niñera a su casa hasta el día siguiente. Jessi cambió instantáneamente su comportamiento en cuanto vio a su hijo. Su cuerpo se relajó y su voz se suavizó. Bajó la guardia cuando cogió a Caleb apoyándolo sobre su hombro y él levantó la cabeza para mirarme. En ese momento, supe que era mío.

Esos ojos. Esa sonrisa. Su pelo.

Santo cielo. Había dejado a Jessi embarazada.

—¿Estás cansado, cariño? —le preguntó amorosamente.

—¿Hmm?

Los ojos del niño se cerraban de sueño y ella lo besó en la cabeza. Resultaba hipnotizante, verla con él. La forma en que su cuerpo acogía con confianza a aquel pequeño indefenso.

Nunca antes había visto algo así.

—Vamos, peque. Toca echarte una siesta —le dijo en voz baja.

La seguí por el pasillo mientras se dirigía a su habitación. Observé cómo lo acostaba en la cuna y durante unos minutos se dedicó a frotarle el estómago, mientras cantaba una dulce canción. Sabía que ese niño era mío. No tenía ninguna prueba y no estaba seguro de poder hacer que Jessi lo admitiera, pero lo sabía.

Tenía un hijo con Jessi.

—¿Has dicho que tiene ocho meses? —pregunté cuando ella cerró la puerta con sigilo.

—Más o menos. Casi los nueve. —Me miró con fijeza.

—No se parece mucho a ti —dije con cautela—. Debe significar que se parece a su padre.

—No sabría decirte. Estoy segura de que cuando sea mayor tendrá algunos de mis rasgos.

—¿Diste a luz a tiempo? Quiero decir, ¿terminaste todo el periodo de gestación? Es un niño grande. Supongo que porque es un niño sano.

Se volvió y me miró con prudencia. Tragó saliva con fuerza y pude ver que se sentía acorralada. Por primera vez en años, vi a Jessi nerviosa y solo sirvió para confirmar lo que ya sabía en el fondo de mi mente.

En el fondo de mi corazón.

—Mira, si el hecho de que tenga un hijo cambia, sea lo que sea, está bien. Pero me estás poniendo bajo un microscopio y no lo voy a permitir. —El tono de su voz se había endurecido.

—Lo siento. No quise hacerte sentir así.

—Mis padres me hicieron eso mientras estuve embarazada. Se enfadaron cuando no les dije quién era el padre.

—Así que sabes quién es el padre.

—No, pero negarme a decírselo era mejor opción que decir que no sabía quién era.

—No te creo.

—No tienes que hacerlo. No cambia nada.

Nos quedamos en el pasillo mientras los suaves sonidos de Caleb se filtraban por debajo de la

puerta, hasta que el murmullo se apagó como una luz. Jessi evitó mi mirada, estaba nerviosa y tenía todo el derecho a sentirse así.

No sabía por qué no me decía que yo era el padre. ¿Qué demonios pensaba que iba a hacer? ¿Enfadarme con ella?

—No. —dije después de aquella larga pausa.

—¿No qué?

—Que tengas un hijo no cambia nada. En todo caso, te hace parecer una mamá apetecible y *sexy* —concluí con una sonrisa.

—Eres implacable, Chris.

—¿Alguna vez he sido algo más?

Alcancé su mano y la tomé en la mía. Me di cuenta de la vida que llevaba y de las noches de insomnio que había soportado ella sola y eso me hizo ver en ella una fuerza desconocida. A pesar de las preguntas sin respuesta y la confusión que sentía, Jessi era más maravillosa para mí que antes. Alta, fuerte y floreciente, con una belleza inigualable.

Jessi era una madre.

Había algo en ese hecho que me hacía temblar de los pies a la cabeza. La acerqué a mí para besarla cuando estuvimos lejos de la puerta de Caleb. Él estaba profundamente dormido y encerré su cuerpo entre mis brazos para besarla.

—Aquí no. —Me empujó sin aliento—. Ven conmigo.

Me llevó a la habitación del otro lado del pasillo antes de cerrar la puerta en silencio. Desabrochó la falda en su cintura y vi cómo caía al suelo. A pesar de todo lo que sabía, Jessi podía excitarme en un segundo.

—Chris —susurró mi nombre.

—¿Si?

—Tenemos que estar en silencio. Caleb tiene el sueño pesado, pero tenemos que...

Pasé mis manos lentamente por la curva de su trasero, la agarré por las nalgas y la atraje para silenciarla con un beso. Ella se derritió contra mí, todo su cuerpo se estremeció bajo mis músculos.

Solo tardé unos segundos en hundirme en su interior mientras me sacaba la camisa por la cabeza. Descendí sobre su suave cuerpo y ella me abrazó con ímpetu. Sus dedos se fusionaron con mis músculos y la besé, nuestras gargantas tragando los sonidos de los dos. Dejar de gruñir su nombre fue demasiado. El silencio y la constante escucha de Caleb intensificaban mis emociones a un nivel que nunca antes había experimentado. Sus piernas encerraron mis caderas para acercarme, mi polla presionando más profundamente en su cuerpo.

—Joder —murmuré contra sus labios—. Las cosas que me haces.

Salí de ella, la puse de lado en la cama y le abrí las piernas mientras la agarraba por el pelo. Así que me hundí en su calor y la penetré tan fuerte que la cama se movió sobre el suelo.

Me moví tras ella y nuestros cuerpos se golpeaban mutuamente. Estaba muy resbaladiza, tiré de su cabeza hacia atrás para ver su cara y se mordió el labio inferior. Jessi trataba de mantener sus gemidos bajo control y me recorrió una llamarada de calor cuando mis bolas se contrajeron de placer.

Le di un cachete en una nalga y ella jadeó.

Viendo el hermoso tono rosado que manchaba su piel, mi polla saltó. La apreté hacia mí y la penetré con más fuerza. El colchón siguió moviéndose del somier, mis caderas siguiendo un ritmo frenético.

Un millón de estrellas estallaron detrás de mis ojos y me dejé llevar sin parar de moverme sobre la mujer de la que no me cansaba.

La mujer que había llevado a mi hijo en su vientre.

Me mordí la lengua mientras trataba de ahogar mis sonidos. Jessi tenía una rodilla en el colchón y las manos en el cabecero. Estaba muy caliente, apretada, y su cuerpo me invitaba a dejarme caer sobre él.

Me apoyé en su espalda y fui dejando besos a lo largo de su columna vertebral. Ella temblaba a cada toque y acaricié su nuca con la nariz. Al ver que se le ponía piel de gallina en los brazos, respiré el olor de su pelo y ella suspiró después de tomar una bocanada de aire.

La rodeé con mis brazos y me acosté a su lado.

Capítulo 13

Jessi

El teléfono comenzó a vibrar contra mi pecho cuando estaba meciéndome en la silla con Caleb. Moví a mi hijo dormido en mis brazos y saqué el móvil del sujetador. Era Megan y probablemente llamaba para ver si estaba libre para el almuerzo.

—Sea lo que sea, somos libres —contesté en tono alegre.

—Estupendo. ¿Caleb y tú queréis almorzar conmigo? —preguntó Megan.

—¿No he respondido ya a esa pregunta?

—No seas idiota, Jessi. ¿Dónde quieres comer?

—A Caleb y a mí nos vendría bien un poco de aire fresco. ¿Qué hay del restaurante de la esquina cerca de mi apartamento?

—Me encanta ese lugar. Vamos muy poco, ¿por qué?

—Porque normalmente quiero alejarme de mi casa. Pero ahora que mi horario se ha regulado un poco, no me parece mal.

—Entonces nos vemos allí. ¿En quince minutos?

—Allí estaremos.

Dejé a Caleb en su cuna y decidí ponerme algo bonito. Si me iban a pillar en público, quería asegurarme de que llevaba algo digno de mi estatus. Descolgué del armario el mono que había usado en el desfile de moda y pensé que sería la pieza perfecta para salir a almorzar. Me puse mi sujetador sin tirantes, un tanga de encaje para que no se vieran las costuras y unos tacones a juego.

Saqué la mochila portabebés de Caleb, la enganché alrededor de mi cintura y lo coloqué contra mi pecho.

El paseo hasta el restaurante fue agradable. Un par de personas sacaron sus teléfonos y empezaron a tomar fotos. No estaba segura de cómo el diseñador disfrutaría de que yo llevara sus cosas con un niño atado a mi cuerpo, pero no me importaba. Si podía hacer creer a la gente que su atuendo era funcional incluso para las madres, entonces era un objetivo demográfico que le podía reportar una gran cantidad de dinero.

Y eso era lo que yo quería, publicidad mientras reforzaba mi propia carrera.

—¡Jessi! ¡Por aquí! —Megan me llamó con un gesto y me quité las gafas de sol—. Estás fantástica. Una madre nunca debería estar tan guapa —me regañó en broma.

—Bueno, estoy sudando debajo de esta cosa, así que espero no salir demasiado brillante en las fotos que han tomado toda esa gente.

—Ah, los problemas de ser popular.

—Solo tengo que asegurarme de que Caleb no sea el centro de atención.

—Y de la luz del sol. Su piel es pálida como la de Christopher —observó sin disimulo.

—¿Podrías decirlo más fuerte? —Mi tono fue totalmente irónico.

—¿Todavía no se lo has dicho? ¿Después de trabajar con él durante la última semana?

—¿Qué le debo? Me rompió el corazón, Megan.

—Eso no significa que puedas alejar a su hijo de él —replicó—. ¿Sabe siquiera que tienes un

hijo?

—Sí, lo sabe. Mi madre pensó que sería divertido llevar a Caleb al desfile de moda hace un par de días. Chris estaba allí y me preguntó de quién era el niño, así que le dije que era mío.

—Mierda. Así que sabe que eres madre.

—Exacto.

—Y no le dijiste que el niño era suyo.

—No y menos delante de toda mi familia. —Me encogí de hombros.

—Comprendo. Pero tengo la sensación de que no entra en tus planes decírselo.

—Aunque tuviera pensado decírselo, no tiene sentido hacerlo ahora. Sabe que tengo un hijo y no parece perturbarle en absoluto. Así que dime, ¿cómo empiezo esa conversación?

—¿Qué tal, «Hola, Chris. Este es Caleb. Es tu hijo». Eso sería un comienzo.

—Gracias. Muy elegante.

—Esta no es una conversación con clase, Jessi. Ese hombre es su padre y te guste o no, merece saberlo.

—¿Por qué? ¿Porque no quiso retirarse y no llevábamos condón hace un año y medio? Dejarme embarazada no significa que vaya a ser un buen padre, Megan.

—Y que te quedaras embarazada no significaba que fueras a ser una buena madre. Pero tomaste la decisión. Se te dio la opción y decidiste tomarla. Y te has convertido en una madre fabulosa.

—¿Y si no toma esa decisión? ¿Y si se lo digo y no quiere quedarse? O peor, se enfada y me lleva a la corte por la custodia. ¿Me estás diciendo que quieres que involucre a mi hijo en una horrible batalla por la custodia, con un tipo que dejó el mundo tres semanas después de prometérmelo?

—Ves, estás viendo esto desde una perspectiva muy emocional.

—Porque es emocional, Megan.

Respiré profundamente cuando la camarera se acercó. Caleb aún estaba dormido contra mí y la gente empezaba a mirarme. Lo último que necesitaba era que alguien filtrara alguna mierda en su página de medios sociales. Pedimos nuestra comida y la camarera se fue, entonces miré fijamente la cara estoica de Megan.

—Tienes que decírselo. —Sonó a ultimátum.

—Tal vez lo haga. Pero eso es todo lo que puedo darte —espeté muy seria—. Sé que vengo de un terreno de emociones muy farragoso, pero eso es porque estaba enamorada de él, Megan.

—Nunca me lo habías dicho.

—No se lo dije a nadie. Ni siquiera a él. Sabía que no era más que una amiga con derecho a roce para él.

—¿Por qué no me dijiste nada? Joder, Jessi. Soy tu mejor amiga y tengo la sensación de que te acabo de conocer.

—Eres mi mejor amiga y siempre te lo cuento todo. Pero Chris... él era un mundo completamente distinto para mí en ese momento. Me encontré atrapada de muchas cosas, tratando de esconderlo de mi hermano y saliendo con él sin que se diera cuenta. Manteniéndome disponible en caso de que llamara y ocultando su número en mi teléfono. Era una locura.

—No puedo imaginar lo que debe haber sido para ti.

—Le di a ese hombre mi virginidad —confesé con un susurro—. Le di todo lo que tenía, esperando que un día me dijera que no deseaba verme a escondidas. Confíe en él cuando me dijo que quería estar conmigo, que me daría la luna, las estrellas y todo el universo.

—¿Te dijo eso? —me miró sorprendida.

—Sí. Me dijo: «Algún día podré darte lo que quieres y espero que estés aquí para tomarlo». Y luego... se fue, Megan. Simplemente desapareció. —Tragué saliva fuerte mientras la camarera preparaba las bebidas delante de nosotras—. Y como nuestra relación tenía que ser un secreto para mi familia, también lo fue mi dolor. Ahora, me dices que tengo que mirarlo a los ojos, decirle que es el padre de Caleb y esperar que no intente quitarme a mi hijo. ¿Después de todo lo que creí de él y después de todo lo que le di?

—Lo siento mucho, Jessi. —Sonó avergonzada—. No tenía ni idea.

—Nadie lo sabía, lo mantuve en secreto por una razón. Para mí era suficiente revivirlo al cerrar los ojos. Cuando mi vientre comenzó a crecer fue demasiado, pero sobreviví. Sobreviví y prosperé, todo gracias a mi fuerza. Él, sin embargo, cambió su número de teléfono, Megan. Su propia familia ni siquiera sabía dónde estaba. ¿Y se supone que debo confiar en que no intentará quitarme a mi hijo?

—Él no te haría eso.

—¿Igual que no me dejaría? MI hijo es lo único que tengo, si le digo que es suyo y trata de quitármelo, no creo que pudiera resistirlo. Sé que no sobreviviría.

—Nunca dejaría que ese hombre pusiera un dedo sobre mi ahijado.

—Entonces confía en mí. Sé lo que hago.

—No olvides que hay otra cara de esta moneda.

—¿Qué? —No sabía a dónde quería llegar.

—Tienes miedo de que se lleve a tu hijo y huya de ti como lo hizo antes. Pero hay muchas posibilidades de que se quede. Tal vez quiera ser padre y ayudarte a criar a Caleb. No dejes de lado esa opción. Bueno o malo, todo niño quiere a su padre.

Después de la conversación, el almuerzo transcurrió más tranquilo. Hablamos un poco de todo y no me sentí incómoda, ya que ambas nos conocíamos bien y sabía que Megan me había comprendido.

En realidad, ya no sabía qué era lo que pretendía hacer con Chris. Algunas veces, quería hacerle daño. Por la noche imaginaba las formas en que podría infligirle más dolor. Otras veces me despertaba y podía jurar que sentía sus brazos rodeándome, me sentía feliz hasta que me daba la vuelta y veía la cama vacía.

Feliz con el hombre al que intencionadamente intentaba herir.

Estaba confundida. Pagué el almuerzo a pesar de las protestas de Megan, pero en realidad era para sacarme de allí más rápido. No sabía qué hacer y también dudaba sobre lo que sentía por Chris.

Caminé de prisa hacia mi casa y apreté a Caleb contra mi pecho. Muchas personas se giraban para mirarme y agradecí que unas enormes gafas de sol me cubrieran el rostro. La gente tomaba fotografías y no se daban cuenta de que estaba llorando.

Mis lágrimas eran de tristeza, ira y confusión.

Me topé con alguien y sin mirarlo, me disculpé con rapidez y corrí hacia la puerta del edificio. Estaba sacando la llave para abrir cuando una mano me detuvo por la muñeca y levanté los ojos para ver quién era.

—Oh. Hola, Justin. ¿Qué tal? —Me llevé la mano al pecho sorprendida.

—Al verte de espaldas he pensado que eras tú, hermana. ¿Estás bien? —preguntó con gesto preocupado.

—Estoy bien. Caleb y yo hemos ido a almorzar con Megan.

—Ah, así que alguien se me ha adelantado.

—¿Qué quieres decir?

—Venía a ver si Caleb y tú queríais almorzar conmigo.

—Lo siento. Megan llamó hace como una hora.

—No pasa nada. ¿Cómo está él? —Se asomó a la mochila portabebés que llevaba colgada a la espalda y le frotó la mejilla.

Caleb se estiró y bostezó, luego extendió su manita y agarró el dedo de su tío.

Los ojos de Justin se iluminaron y le dio un beso en la cabeza.

—¿Puedo pasar por tu casa más tarde para estar con el pequeño?

—Sabes que siempre eres bienvenido, no importa a qué hora vengas.

—Vale. Voy a comer algo rápido y luego tengo cosas que hacer. ¿Os veo a los dos más tarde?

—Estaremos esperando, aunque no puedo garantizar que siga vestida así. —Señaló su ropa elegante.

—No te preocupes. Al contrario que tus seguidores, sé que no tienes este aspecto todo el tiempo.

—Tonto.

—Idiota —espetó con una sonrisa.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Subí al apartamento con Caleb todavía dormido contra mi cuerpo y lo acosté en su cuna. Una vez en mi habitación, aproveché para ponerme cómoda, me recogí la melena en un moño alto y subí a las redes sociales algunas fotos que me hice en el espejo de cuerpo entero que había detrás de la puerta. Las tomé desde distintos ángulos, las edité y me aseguré de etiquetar al diseñador.

Dos trajes menos, faltaban dos.

Cuando Caleb comenzaba a gruñir en su cuna, sonó el teléfono. Imaginé que sería mi representante, entré en el dormitorio de Caleb y empecé a frotarle el estómago para calmarlo mientras Pierre me hablaba al oído.

—Oigo al hombrecito de fondo, así que hablaré rápido. Hay una prueba de última hora mañana por la mañana y he podido conseguirla para ti.

—¿Para qué es la prueba?

—Un par de empresas tienen dificultades para comercializar sus mallas para chicas con tallas grandes por todo el mundo. Tienen varios productos en marcha y quieren un rostro para su línea de curvas. No solo te conseguí el doble de precio, ya que se trata de una actuación de última hora, sino que facilité el camino para que seas la cara de su firma.

—¿Su ropa es legal? —Fue lo primero que quise saber—. No me gustaría representar a una compañía que estafe a sus clientas.

—Yo mismo lo comprobé y parecen legítimas. De todas formas he dejado el contrato abierto hasta que tú misma pruebes el producto y, si te gusta, hay espacio para negociar en anuncios con tu cara y comerciales con tu nombre.

—¿Comerciales? —No esperaba que fuera tan importante.

—Esto podría ser grande, Jessi. Te enviaré los detalles. Tienes que estar allí a las cinco de la mañana, en punto.

—Lo arreglaré con mi niñera. Eres un hacedor de milagros, Pierre. No te pago lo suficiente.

—Hablares de eso cuando empieces a nadar en dinero. —Soltó una risita—. Te mandaré un mensaje de texto ahora. —El teléfono se iluminó en mi mano mientras me reía y sacudía la cabeza—. Descansa un poco para que estés imponente. ¡Nos vemos por la mañana!

Capítulo 14

Christopher

Aunque Jessi me dijo que su hijo tenía nueve meses de edad, no había forma de estar seguro de que decía la verdad. Sus respuestas eran vagas en el mejor de los casos, pero el parecido entre el bebé y yo era innegable. Sus ojos eran exactamente del color de los míos y su color de pelo era la combinación de los míos y los de ella. Su sonrisa era amplia como la mía y su barbilla tenía el mismo pequeño hoyuelo que la mía cuando sonreía.

Pero no tenía otra prueba, solo el gran parecido que Caleb y yo teníamos.

—Vamos, chicas. Los giros no son tan difíciles —indiqué a las modelos.

—Si nos dieras un respiro, podríamos mejorarlos.

—Y tal vez si comieras antes de venir a trabajar, tendrías energía suficiente para soportar los requisitos del trabajo. Da otro giro a la derecha y podrás sentarte.

Otro ensayo y otra sala llena de mujeres insolentes. Llevaba una semana entera preparando el *show* y albergando esperanzas de que Jessi desfilara en este también. La diseñadora era conocida por usar modelos de talla grande, pero me sentí decepcionado cuando entré en la estancia y no la vi.

Lo que se resumía en que echaba de menos trabajar con ella. Extrañaba su gracia y su fluidez. Jessi había superado a todas en aquel maldito escenario la noche del *show*. Era entrar en cualquier lugar y llamar la atención. Siempre había sido así, incluso en aquellos tímidos días del pasado cuando intentaba encontrarse a sí misma. Jessi era cautivadora, su sonrisa iluminaba una habitación y su cuerpo creaba admiración. Y luego estaba su voz, que llegaba a todos los rincones aunque estuviera susurrando.

Todo en ella era llamativo y yo la adoraba. Precisamente, por eso me atrajo cuando la conocí.

—¡Ay! ¡Mierda!

Subí al escenario y corrí hacia la modelo que estaba en el suelo. Sostenía su tobillo en la mano. Estaba tan delgada que podía ver sus huesos debajo de la ropa y, cuando la levanté del suelo, mis manos cayeron en las hendiduras de sus costillas.

Por eso no conseguía hacer bien la coreografía. Estaba muriéndose de hambre por pasar la prueba para aquel desfile.

—Vas a tomarte un descanso —aconsejé a la muchacha.

—Por fin. —Suspiró aliviada.

—No lo has entendido. Vas a tomarte un descanso y te veré en la oficina del diseñador. ¿Sabe él que estás luchando por no ganar peso a costa de caer enferma?

Ví que las lágrimas brillaban en sus ojos mientras se ponía de pie.

—Por favor, no se lo diga. Necesito este trabajo y no he desfilado en casi dos meses. Ese ya ha sido suficiente descanso para mí.

—Esta es una coreografía simple y no puedes completarla porque estás muy débil —le advertí —. Lo último que necesitamos es que te hagas daño. Perdemos una modelo, obstaculiza tu carrera y deja un mal sabor de boca a todos. Sé que vosotras sois exigentes con el peso, lo entiendo. Pero

conforme estás, no puedes formar parte de este desfile.

—Por favor —sollozó con voz implorante. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas—. No tengo nada más.

—Eres más que un cuerpo. —Traté de que comprendiera—. Estoy seguro de que tienes talento. Mejórate y regresa con confianza. Hay muchos diseñadores emergentes que eligen a mujeres seguras de sí mismas sin importar si son gruesas o delgadas.

—No los veo en ninguna parte —replicó, sin aliento.

—Trabajé con uno la semana pasada. Si no los ves en ninguna parte, entonces tu primer paso es cambiar de agente, pero no puedo dejar que sigas así. Especialmente ahora que sé lo enferma que estás.

—No estoy enferma —insistió.

—Si quieres pensar eso, es tu elección, pero yo he tomado la mía. Quitate los tacones, vístete y nos veremos en la oficina del diseñador —me despedí.

Odiaba esa parte de mi trabajo, pero sucedía más a menudo de lo que la gente pensaba. Los modelos caían en patrones poco saludables para mantener su peso bajo y luego no tenían energía suficiente para desfilan. Por eso me alegraba de que el mundo de las tallas grandes emergiera en el mercado, que los diseñadores contrataran a modelos con más curvas y menos consecuencias emocionales con las que lidiar.

La conversación fue desagradable y la muchacha estaba enfadada. Y con razón. Se fue del edificio llorando, pero yo no podía hacer nada por ella. El diseñador farfullaba algo al respecto pero apenas lo escuchaba, mis pensamientos habían regresado de nuevo a Jessi; de vuelta a sus increíbles y saludables curvas, a sus brillantes ojos y su reluciente sonrisa.

No sabía cómo conseguir que admitiera que Caleb era mío.

Sabía en mis entrañas que lo era, pero no quería insistir en el tema, había conseguido un acercamiento a ella y no podía arruinarlo otra vez. Debía tomar el asunto con calma, era lo mejor, aunque lo único que hiciéramos fuera enrollarnos, a pesar de que ella era más que un rollo para mí. Siempre lo había sido. Fui un idiota cuando pensé que podría mantener lo nuestro en secreto, que simplemente era una buena chica con la que podía contar, y que resultaba que era la hermana de mi mejor amiga.

Era obvio que había luchado consigo misma para decirme que tenía un hijo. Hasta que la vi con él en brazos no quiso admitirlo y, si no hubiéramos estado frente a su familia, no sabía si no habría tratado de decir que era de otra persona. Era algo por lo que se sentía insegura, sobre todo por ser modelo.

Aunque no había nada en su cuerpo que indicara que había sido madre.

Sí, sus caderas eran más anchas, sus muslos más pronunciados, sus curvas eran un poco más grandes, pero no tenía estrías, ni piel flácida, ni grietas en sus pezones. No había nada en su cuerpo que revelara que había tenido un hijo.

Suspiré y me di cuenta de que el diseñador hacía un rato que se había marchado, probablemente para buscar una modelo sustituta al darse cuenta de que no le había ni caso mientras me hablaba.

Me senté frente a la mesa del despacho y mi mente regresó a los detalles del cuerpo de Jessi. Mi polla se puso dura contra el pantalón de chándal y me aclaré la garganta. Lo último que necesitaba era entrar en una sala llena de mujeres con una erección a media asta.

Quería volver a verla. Necesitaba verla de nuevo.



—Hola, Chris —saludó Jessi.
—Hola —contesté por el teléfono móvil—. ¿Qué haces ahora, preciosa?
—Acabo de salir de una sesión de fotos. ¿Y tú?
—¿Ya tienes otra prueba? Supongo que el mundo no se detiene por la señorita Jessi Park.
—Eso no es así —protestó con voz risueña.
—Me preguntaba qué vas a hacer esta noche. Podríamos ir a cenar.
—No puedo. Ya tengo planes.
—¿Tienes planes o es una excusa para no verme?
—Si no quisiera verte, te lo diría. Te lo prometo.
—No lo dudo ni un segundo. ¿Qué tal mañana por la noche, entonces?
—¿Cena? —preguntó en tono mordaz.
—¿Hay algo más que tengas en mente?
—No, pero normalmente hay algo más en la tuya.
—Puedo oír tu sonrisa, pequeña. —Su risa hizo que se me erizara el vello de la nuca. Un sonido angelical—. Te llamaré mañana con los detalles.
—Siempre controlando —dijo Jessi.
—¿Lo ves de otra manera?
—¿Hay alguna otra manera? —susurró al preguntar.
Capté un rastro de tristeza en su voz, pero no pude vislumbrar su origen. Fruncí el ceño y presté atención a su respiración entrecortada, como si tratara de ocultar sus emociones por alguna razón.
—¿Jessi? —la llamé, preocupado.
—Dime dónde y cuándo nos encontraremos y allí estaré —pidió antes de cortar la comunicación y dejarme con más preguntas que respuestas.
No sabía qué era lo que le había hecho reaccionar de esa manera a mitad de la conversación, pues había sido traviesa, como siempre solía ser entre nosotros. Ahora dudaba si le habría molestado algo que hubiera dicho, incluso podía ser que no le apeteciera salir. ¿Había dicho algo que la molestara?
No estaba seguro, pero lo que sí sabía era que llegaba tarde a almorzar con Justin.
Abrazar a mi amigo antes de sentarnos fue incómodo en el mejor de los casos. Cada vez me resultaba más difícil estar cerca de él, después de lo que pasaba entre su hermana y yo. Lo miraba a la cara y bromeaba con él mientras le estaba ocultando que follaba con Jessi.
Eso no me gustaba.
Como tampoco me gustó hacerlo dos años atrás.
Justin no paraba de hablar de su última conquista, de lo increíble que era y el aguante que tenía en la cama, como si fuera el mayor regalo de Dios al mundo, pero yo lo escuchaba a medias. Mi mente seguía dando vueltas a la conversación que había mantenido con Jessi y a la tristeza que desprendía su voz al hacerme aquella pregunta.
Me preocupaba que ella no estuviera bien, que le pasara algo.
Noté que vibraba mi teléfono en el bolsillo y lo saqué para echarle un vistazo. Supuse que sería el diseñador para enviarme algún trabajo especial que ensayar con las chicas, pero al mirar la pantalla vi su nombre.

Ella me había enviado un mensaje.

—¿Todo bien? —Se interesó Justin.

—Sí, todo bien. Acabo de recibir un mensaje.

—¿Es de esta chica misteriosa de la que aún no me has hablado?

Lo miré mientras echaba un vistazo al mensaje, pero todo lo que había era una foto de ella con aquel precioso vestido de noche del desfile.

—Mejor vamos a otro sitio a tomar algo. —Sonreí antes de guardar el teléfono en el bolsillo.

—Era ella, ¿verdad? —insistió Justin—. ¿Por qué demonios no me dices quién es?

—Porque todavía es prematuro, sin embargo, parece que las cosas se están calentando entre esa chica del bar y tú. ¿Cuántas veces os habéis visto desde aquella noche? —Desvié la conversación.

—Cinco —dijo con una sonrisa.

—Oh, mierda. Tío, estás jodido.

—De las mejores maneras.

Quería decirle que yo estaba igual, que comprendía cómo se sentía. Pero lo último que deseaba era comenzar a hablar de cómo me estaba tirando a su hermana y cómo creía que su hijo era mío porque también follamos hacía dos años.

Mierda, las cosas se estaban complicando.

Realmente necesitaba hablar con Jessi.

Capítulo 15

Jessi

—¡Fantástico! —dije, impresionada.

—Un lugar impresionante para una mujer impresionante con un vestido muy impresionante — me piropeó Chris.

—No sabía si entenderías la indirecta. No respondiste a mi mensaje.

—Quería hacerte esperar un poco.

Chris abrió la puerta y entramos. Había reservado una mesa poco iluminada en una esquina y, afortunadamente, la niñera estuvo de acuerdo en quedarse con Caleb toda la noche.

Aunque intentaba tragarme mi emoción por el nuevo trabajo.

—¿Cómo fue la sesión de fotos? —preguntó Chris, mientras sacaba mi silla.

—Muy bien. Pierre está trabajando en un contrato para que represente una nueva firma de ropa talla grande.

—¿Pierre, tu representante?

—Mi trabajador milagroso, sí.

—Y yo que pensaba que ese era mi apodo. —Me guiñó un ojo.

Los dos pedimos una ronda de bebidas y un aperitivo para compartir. Continuamos charlando de temas banales y agradecí que no siguiera haciendo preguntas sobre Caleb como la última vez. Su interrogatorio había sido muy incómodo y me hizo pensar que sospechaba que era su hijo.

—Ese vestido te queda muy bien. ¿Lo has publicado en algún sitio ya? —Se inclinó hacia mí por encima de la mesa.

—En realidad, esperaba que me sacaras una foto en la fuente. El agua quedaría muy bien de fondo con la tela.

—Siempre dispuesto a ayudar a una compañera modelo en su carrera.

«No estabas dispuesto a hacer eso hace dos años», me dije.

Sonreí amablemente, pero cada palabra que salió de su boca me recordó por qué hacía esto y supe que tenía que acelerar el proceso. Nos estábamos acercando demasiado y no estaba segura de cuánto tiempo más podría mantener a Caleb en secreto. Chris estaba sacando su lado amable, se comportaba con el mismo encanto que cuando estuvimos juntos. Eso me debilitaba las rodillas y me hacía esperar cosas como que pasaríamos tiempo juntos o soñar con él cuando cerraba los ojos.

Todo lo contrario a mi plan. Y no iba a tenerlo.

—¿Cómo está tu bebida? Hace juego con tu vestido, por extraño que parezca —observó Chris.

—Cuando trabajo, trabajo de verdad —bromeé.

—Oh, lo sé muy bien. —Volvió a guiñarme un ojo.

Sentí que mi cara empezaba a sonrojarse y me llevé el vaso a los labios.

Sabía que me había sonrojado y deslicé la mirada por su cuerpo, para disfrutar de la visión de sus músculos bajo la ropa. Su amplio tórax destacaba bajo la camisa abrochada y su pierna estaba muy cerca de una mía por debajo de la mesa. El calor de su cuerpo hacía temblar las barreras de

acero que yo trataba de mantener entre nosotros y necesitaba escapar de esa situación cuánto antes.

Mi cuerpo traicionaba mi plan de ataque.

—Disculpa. Necesito ir al baño. —Me levanté y salí del rincón donde estaba sentada.

—Estaré listo y esperando.

El tono de su voz sonó tan profundo que se me puso la piel de gallina. El vuelo del vestido revoloteaba por mis piernas a cada paso que daba mientras caminaba hacia el baño. Necesitaba espacio entre nosotros. Necesitaba tomarme un momento para recordar por qué hacía esto.

Necesitaba un momento lejos de él.

Cuando iba a cerrar la puerta del baño individual, alguien me agarró por la cintura y jadeé por la sorpresa. Las luces se apagaron nada más apoyar la espalda en la pared y luché por escapar del cuerpo que me había atrapado.

—No pensarías que iba a dejar que te fueras, ¿verdad?

Sentí el aliento caliente de Chris en mi cuello. Al escuchar que corría el cerrojo de la puerta, lo llamé para comprobar que no me equivocaba.

—¿Chris?

—Me gusta como brilla esta tela con el balanceo de tus caderas. El pensamiento de otro hombre mirándote... —Su mano recorrió mi cuerpo por encima de la ropa mientras hablaba en voz baja muy cerca de mi boca.

—¿Qué haces? —Pregunté con un susurro.

Sus labios presionaron los míos. Lentamente. Delicadamente. Como un niño acariciando un premio o una mujer sosteniendo un delicado gatito.

O un hombre sosteniendo a su dulce pequeña.

—Te estoy demostrando cuanto me gustas —habló contra mis labios.

Agarré su pelo y lo arrastré hacia mí. No pude resistirme a él, por mucho que lo intentara. Sus palabras estaban llenas de deseo y su aliento me hacía salivar. Sentir sus músculos presionados contra mi cuerpo era demasiado. El calor de su piel era demasiado.

Todo en él era demasiado.

Movió sus manos hacia su cremallera y su cinturón y los pantalones pronto se estrellaron contra el suelo. Deslicé mis bragas hacia abajo y las pateé hacia un lado antes de que me abrazara. Me aplastó contra la puerta y de puntillas lo rodeé con una pierna. Me subió el vestido de noche hasta la cintura, su miembro duro presionando contra mi muslo.

—No tienes ni idea de lo que me haces, Jessi. Cuánto de mi mente ocupas.

Acercó su polla a mi entrada y mi cuerpo me traicionó al demostrar cuánto lo deseaba yo también. Estaba tan mojada y excitada que la hacía resbalar.

Escuché cómo se reía en mi oído. Un sonido ronco que envió una especie de descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—Sabía que mi pequeña no podía resistirse a mí —susurró orgulloso.

Lloré por el apodo con el que solía llamarme siempre mientras me penetraba.

Entró profundamente en mí, sus manos sujetando mi vestido alrededor de mi cintura y mi cuerpo a su merced. Rodeé su cuello con los brazos cuando sentí que mi sexo lo acogía con codicia. La oscuridad del baño, la gente caminando tras la puerta sin percatarse de lo que estábamos haciendo... todo era demasiado y, aún así, no parecía suficiente.

Mis gemidos fueron aumentando y él me cubrió la boca con la mano. La fricción de su polla en mi interior me incendiaba como una antorcha. Su cara estaba tan cerca que podía ver la belleza de

sus ojos, incluso a través de la oscuridad. Mantuve su mirada mientras aceleraba el ritmo, mi pierna saltando cada vez que se apoyaba en mi clítoris.

Puse los ojos en blanco cuando sentí que me iba correr.

—Eso es —dijo en mi oído—. Dámelo. Dámelo, Jessi. Déjame mostrarte cuánto te he echado de menos.

¿Chris me había echado de menos?

Se hundió más en mi interior y presionó mi cuerpo, llenándome. Me temblaban las piernas y jadeaba en busca de aire. Enrolló un mechón de pelo en sus dedos y me llevó hasta su boca de un suave tirón.

Me puse de puntillas cuando mi mundo se hizo añicos. Era como si yo no pudiera tener suficiente de él.

Me follaba más y más fuerte, borrando las líneas entre el dolor y el placer mientras me empujaba hacia adelante. Había perdido el control de mi cuerpo. De mis acciones. De cada pensamiento dentro de mi cabeza. En lugar de repetirme cómo continuar con mi venganza y romperle el corazón, mi mente solo cantaba una palabra, la que siempre asociaba con Chris desde el momento en que lo vi.

«Más». La palabra seguía circulando por mi mente una y otra vez.

Al poner mis brazos alrededor de su cuello, junté nuestros labios, con nuestras bocas devorándose en una frenética batalla. Respiramos el aire del otro y temblamos al unísono cuando me provocó mi propio orgasmo, hasta que me derretí contra él que comenzó a besarme el cuello.

Enterré mi cara en el hueco de su hombro y lloriqué su nombre.

Nos quedamos así, aferrados el uno al otro mientras me corría en el baño de uno de los restaurantes más prestigiosos de Los Ángeles.

No entendía por qué, pero el sexo con él cada vez era mejor. Era alucinante. Siguió acariciándome el cuello y dándome besos hasta que recuperé el aliento. Después, salió de entre mis piernas.

—Te traeré algo con lo que limpiarte —sugirió Chris.

Encendió la luz y me topé con la cara del hombre que me había roto el corazón.

¿Por qué tenía que tener esa cara?

Capítulo 16

Christopher

—Disculpa, ¿qué has dicho? —Lo miré extrañado.

—Sí. Quiero que vengas y conozcas a mi novia —repitió Justin.

—¿Es una broma? ¿Alguien nos está grabando con una cámara?

—No seas imbécil, ¿de acuerdo? Quiero que vengas a conocer a Roxy.

—Joder. ¿Estás saliendo con una *stripper*?

—No, tonto. Es la chica del bar.

—Tiene nombre de *stripper*, Justin. ¿A qué se dedica?

—Es asistente legal de un bufete de abogados en la ciudad.

—Eso no es un trabajo de tapadera para una *stripper* —pensé en voz alta.

—Quiero que vengas esta noche y la conozcas.

—Estaba contigo, recuerdas. Ya la conozco.

—Entonces, ven a verla de nuevo. Deja de ser un idiota, no quiero que conozcas a la chica del bar, sino a Roxy. Mi novia.

—Nunca me acostumbraré a escuchar eso, pero está bien. Iré. ¿A qué hora?

—A las seis en punto. Y deja tu actitud de idiota en casa.

Todavía me resultaba extraño que Justin tuviera una novia, pero sonaba feliz por teléfono. ¿Y qué iba a hacer, rechazar a mi mejor amigo? Estaba seguro de que le iba a hacer pasar un mal rato, pero también me alegraba por él. Ya era hora de que se centrara en las citas en vez de simplemente en el sexo.

Tal vez eso haría más fácil decirle que me estaba tirando a su hermana.

Llegué a la casa de Justin y salí del coche. Era un poco pronto, pero no importaba. Había una buena posibilidad de que Roxy hubiera estado todo el día con Justin, así que me preparé para sentir el olor del sexo asqueroso en cuanto entré.

Pero una voz suave me llamó por mi nombre cuando iba por la acera.

—¿Chris? ¿Eres tú?

—Hola, Jessi. ¿Justin también te llamó?

—Sí. Dijo algo sobre conocer a una novia. ¿Escuché bien? —Estaba igual de asombrada que yo.

—Créeme, yo me pregunté lo mismo.

Miré hacia abajo en sus brazos y vi a Caleb. Me fijé en sus grandes ojos azules y su pelo castaño claro. También en el hoyuelo de su barbilla y en lo amplia que era su sonrisa. Me miraba fijamente. Como si supiera el secreto que todos querían guardar.

El niño era adorable y sin pensarlo me acerqué a él para tocarlo.

Le hice cosquillas en el estómago y se rió. Le pasé el dedo por la mejilla y se giró para intentar llevárselo a la boca. Sonreí y alcé la mirada para encontrarme con la de Jessi. Ella tenía una mirada extraña en sus ojos. Era una mezcla de sorpresa y confusión, pero realmente no podía poner el dedo en la llaga.

Nunca había visto esa mirada en su cara antes.

—¡Hola chicos! —saludó Justin—. Tú, ¿te vas a quedar aquí fuera?

—Lo siento —Hice un gesto con la cabeza e indiqué al niño—. Este pequeño es demasiado guapo.

—Lo sé. El tiempo vuela cuando él está cerca. Pasad, Roxy está en la cocina.

Intenté apartar a Caleb de mi mente mientras Justin nos conducía a su casa. Fue difícil para mí tomarme esto en serio con todos los recuerdos que teníamos de este lugar. Miré el sofá y vi a todas las mujeres que había poseído, inclinadas sobre él.

Mierda, esta noche iba a ser dura.

—Bueno, me resultas familiar —dijo la pelirroja—. Soy Roxy, por si no te acuerdas.

—Oh, me acuerdo. —Sonreí—. ¿Cómo te va?

—Muy bien, gracias por preguntar. Y tú debes ser Jessi, la hermana de Justin.

—¿De qué conoces a Chris? —Se interesó Jessi cuando estrechó la mano de la muchacha.

—Tu hermano y yo nos conocimos en un bar. En un principio me fijé en Chris, pero por suerte acabé con Justin.

—¿Él no te hizo caso? —No pudo evitar su asombro.

Jessi me miró extrañada.

—No suena a algo que suela hacer Chris —dijo por fin.

—Bueno, así fue esa noche. —Roxy sonrió—. Y me alegro de que lo hiciera. Tu hermano es un buen hombre.

—¿Estás segura de que hablamos de la misma persona? —Bromeé.

—Estoy segura —repuso ella, con una risita.

—Lo siento. ¿No le hiciste caso a esta preciosa mujer? ¿Desde cuándo haces eso? —Me miró Jessi.

—Desde que está viendo a una chica misteriosa —intervino Justin—. No suelta palabra de ella, pero ya no quiere saber nada de otras mujeres. Ni por la noche cuando salimos de copas ni en la fiesta de lanzamiento del disco de papá.

Jessi me dirigió una ardiente mirada y tragó saliva con fuerza.

—¿Este es Caleb? ¿Tu sobrino? —Roxy miró al niño.

—Sí. ¿Quieres saludarlo? —ofreció Jessie.

Vi a las chicas jugueteando con Caleb y yo me aparté a un lado. La luz en los ojos de mi mejor amigo era evidente. Se le veía feliz con aquella mujer y me alegraba por él. Siempre supe que Justin era un conquistador, pero incluso el más grande de los conquistadores a veces era conquistado.

Solo esperaba que no le saliera mal y le rompieran el corazón.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Roxy.

—Cumplirá nueve meses muy pronto —dijo Justin.

—¿Come bien? ¿Duerme bien? —siguió ella interesándose.

—La gente no suele hacerme ese tipo de preguntas. ¿Tienes hijos? —Jessi la miró extrañada.

—Tengo un par de sobrinas muy jóvenes, así que estoy familiarizada con todo lo que pasa en el mundo de los niños. ¿Mamá está descansando lo suficiente?

—Lo intento —reconoció ella—. A veces, las tomas nocturnas son las más complicadas. O si enferma. Es muy empalagoso conmigo cuando está enfermo.

—¿Te gusta ser padre, Chris?

Los ojos de Jessi se abrieron de par en par mientras los demás me miraban a mí. Eso fue todo.

Esa fue toda la admisión que necesitaba. Vi la ceja arqueada de Justin, al tiempo que soltaba una risita nerviosa y volví a mirar a Jessi que apretaba al niño contra ella, como si tratara de protegerlo del aluvión de ira que estaba a punto de recibir.

Pero no iba a dejar que eso pasara.

Este no era el lugar ni el momento para discutir la descarada verdad.

—Ni siquiera han salido juntos —explicó Justin—. ¿Verdad?

—No. Nunca hemos salido juntos. Jessi no sabe quién es el padre, pero tiene mucha gente a su alrededor para ayudarla con Caleb. Y si alguna vez necesita que le echemos una mano, solo tiene que pedirlo.

Jessi tenía los ojos brillantes. No sabía si me escuchaba, pero hablaba en serio. Si alguna vez necesitaba ayuda, todo lo que tenía que hacer era decírmelo.

—Lo siento mucho—, dijo Roxy. —Por eso la gente nunca debe hacer suposiciones. Debería saberlo por mi trabajo.

—¿A qué te dedicas? —Jessi aprovechó para cambiar de conversación.

Ella apartó sus ojos de mí y sentí que podía respirar por primera vez en años.

—Soy asistente legal en un bufete de abogados del centro.

—Y yo que pensaba que ser modelo me hacía increíble —ironizó ella.

—Mataría por tener el cuerpo para ser modelo. Es un honor conocerte, por cierto. Algunos de los trajes que llevas son impresionantes.

El ambiente estuvo tenso durante el resto de la noche y Justin mantuvo su mirada fija en mí. De vez en cuando, lo sorprendí mirando a Caleb, analizándolo antes de mirarme a mí. Intenté quitarle importancia al comentario de Roxy, pero la semilla ya estaba plantada.

Y sabía que una vez que Justin quisiera saber algo, no se detendría ante nada por la respuesta.

En el momento en que Caleb empezó a bostezar, Jessi lo tomó como una invitación para irse. Abrazó a Roxy para despedirse y era evidente que le gustaba la mujer que había escogido su hermano. Yo simplemente la miré mientras se iba, lo último que necesitaba era darle a Justin más munición para que disparara contra mí.

El pequeño grito de Caleb comenzó a resonar en el pasillo cuando Jessi cerró la puerta detrás de ella y me dolieron las tripas por no correr detrás de ellos.

Quería ser yo quien sofocara el llanto del niño que sabía que era mío.

—Así que, Chris. ¿En qué trabajas? —Roxy se mostró interesada.

Dirigí mi atención a la pelirroja.

—Es un coreógrafo de desfiles de moda —anunció Justin, sin rodeos y sin dejar de analizarme con la mirada.

—Soy coreógrafo de muchas cosas, pero los desfiles ocupan gran parte de mi trabajo.

—Oh, eso es asombroso. ¿Has trabajado antes con la hermana de Justin?

Miré a mi amigo y vislumbré enfado en sus ojos. ¿Por qué demonios no se callaría esta mujer con sus conjeturas sobre Jessi y yo?

—Sí. La semana pasada hicimos juntos un trabajo. Sí. —Fui todo lo ambiguo que pude.

Y mientras Roxy hablaba de sus percepciones sobre el mundo del modelaje, traté de mantener mi mente tranquila. Jessi probablemente estaba en pánico y Justin se había enfurecido, por lo que ya no había manera de calmar la tensión que se palpaba.

Lo único que podía hacer era mantener la conversación centrada en su novia.

Así que eso fue lo que hice.

Capítulo 17

Jessi

Me desperté con un sobresalto mientras mis pezones se apretaban contra mi pijama. Esto se estaba saliendo de control. Soñaba con él de una forma tan viva, que me hacía palpitar el corazón.

Miré el reloj y vi que solo eran las dos y media de la mañana. Mierda. Todavía me quedaban algunas horas más para dormir.

Cerré los ojos e intenté recuperar el tiempo perdido. Me acomodé y caí de nuevo en un sueño profundo, pero cuando cerré los ojos, él estaba allí.

Me di la vuelta y me acurruqué bajo las mantas tratando de evadir la mente. Los dedos de mis pies se curvaron cuando imaginé la cara de Chris entre mis piernas.

Esto no era bueno.

Soñaba tanto con él que lo hacía incluso despierta. Era como si regresara al pasado, cuando suspiraba por él en el instituto. O en la universidad. Durante los veranos, cuando él y Justin no hacían más que pasar el rato en la casa y decir tonterías.

No podía deslizarme de nuevo por ese agujero oscuro que casi me destruyó la primera vez.

Me di la vuelta, miré el reloj y solo habían pasado veinte minutos. Se me cerraban los ojos y el sueño comenzó a apoderarse de mí. Afortunadamente, el calor se evaporó y el dolor entre mis piernas había disminuido. Sonreí y conseguí dormirme, pero mi subconsciente me traicionó y mi mente cambió de marcha. Vi cómo se desarrollaba mi sueño mientras veía a Caleb en mis brazos. Me sonreía con sus brillantes ojos azules y balbuceaba, hacía burbujas de saliva y se chupaba el pulgar. Me senté en una silla que apareció mágicamente detrás de mí y luego noté un par de manos que descendían sobre mis rodillas.

Masajeándolas. Apretándolas. Calentándolas y confortándolas.

—¿Quieres que me lo lleve?

Levanté la vista y vi a Chris de pie frente a mí, con una amplia sonrisa y un hoyuelo prominente. La misma sonrisa que tenía Caleb. El mismo hoyuelo que tenía Caleb.

Los mismos ojos que tenía nuestro hijo.

Me desperté de nuevo y miré el reloj. Faltaban unos segundos para las seis de la mañana. Suspiré y me volví a meter en la cama, maldiciéndome mientras las lágrimas llenaban mis ojos.

Entonces, oí a Caleb. Estaba gruñendo en su cama y reclamando su desayuno.

Esto se estaba descontrolando y tenía que detenerlo. Debía ejecutar mi plan o dejarlo fuera de mi vida por completo. Fuera como fuera, no podía quedarse. No podía vivir el resto de mi vida soñando con la idea de un hombre que no existía.

Salí de la cama y me eché un poco de agua en la cara para despejarme. Mi dulce niño daba gritos, se notaba que estaba creciendo muy deprisa. Dejé todo lo demás y corrí a su habitación, tropezando al estrellarme contra su puerta.

Estaba tan jodidamente cansada.

—Ven aquí, pequeño. Estoy aquí, cariño. ¿El pequeño de mamá está muy mojado? Ven aquí, lo arreglaremos.

Llevé a Caleb a su cambiador, lo desnudé y lo limpié; luego cogí ropa y un pañal limpio, lo llevé al baño y lo dejé en su bañera portátil. Su llanto disminuyó cuando comencé a echarle agua caliente y sus ojos se iluminaron.

Eran idénticos a los de su padre.

No me di cuenta de que estaba llorando, hasta que cerré el grifo y envolví a mi hijo en una toalla. En unos minutos recogí sus cosas y lo llevé en brazos a la cocina. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras dejaba sus cosas en el sofá, ya que priorizaba su necesidad de comer sobre la de vestirse.

Estaba sucediendo de nuevo. No podía mirar a mi hijo sin que me invadiera una profunda tristeza. Eso era lo que ese hombre me había hecho. Me había robado la alegría de la maternidad. Había regresado a mi vida con los coletazos de mi éxito y me había vuelto a hacer daño.

Acuné a mi hijo en mis brazos y le di el biberón procurando mantener los ojos lejos de él. No quería que mi hijo me viera llorar, ni que su infancia se llenara solo con las lágrimas de su madre. Ya experimentó bastante tristeza durante sus dos primeros meses de vida. No podía permitir que volviera a suceder.

Lo paseé por la casa mientras sus pequeñas manos se agarraban fuertemente a mis dedos. Tragué, tratando de ahogar mis emociones. No podía mirarlo. Cada maldito día, se parecía más y más al hombre que había amado antes de que me abandonara.

¿A quién diablos había enojado tanto que el mundo estaba empeñado en arruinar mi vida?

Me senté en el sofá con mi hijo y me limpié los ojos con el brazo. Forcé una sonrisa y miré a mi precioso niño que parecía feliz ante un futuro desconocido. Puse mi nariz junto a la suya y lo acaricié, viéndolo sonreír antes seguir succionando la tetina de su biberón.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes? —le dije en voz baja.

Cerré los ojos y lo besé en la frente. Mantuve mis labios quietos contra su piel, como si así pudiera absorber el suave aroma a bebé y el calor de su cuerpo mientras él continuaba comiendo. Engullía con gran apetito y mantenía el biberón entre sus manos. No podía separar mis labios de su piel que la sentía igual de tibia como la de Chris.

Las lágrimas comenzaron a fluir de nuevo mientras sostenía a mi hijo entre mis brazos, sentada en el sofá, sola y sin familia a la vista.

Capítulo 18

Christopher

Salí de la cama a tropezones y me dirigí al baño. El trabajo había sido brutal la noche anterior y, entre tener que encontrar un modelo que reemplazara a la que estaba enferma, que llegara tarde al *show* y el diseñador exigiendo que todos nos quedáramos hasta que el público se marchara, yo estaba exhausto. A pesar de que había dormido hasta casi las once de la mañana, me sentía como una mierda. Y la causa había sido que toda mi noche estuve pensando en Jessi. Pensé en su sonrisa y su cuerpo, en cómo se rindió ante mí y lo guapa que estaba con aquel vestido de noche en nuestra última cita. Quería volver a verla. Sabía que estar en su presencia me ayudaría con el agotamiento mental que tenía.

Y quería volver a ver a Caleb, si ella me lo permitía.

Me di una ducha rápida y me afeité. Estaba ansioso por llamarla y ver si tenía algo que hacer hoy. Pensar en ella toda la noche hacía que la echara de menos, a ella y a todas las bromas que compartíamos. Esa conexión seguía latente, como si nunca se hubiera ido. Quería disfrutar de ella y beberla, pasar tiempo a su lado que no fuera solo sexo.

Agarré el teléfono y marqué su número mientras estaba sentado en el borde de mi cama. Mi mano se enroscó en el edredón mientras mi mente esperaba y rezaba para que lo cogiera. El sol brillaba con fuerza hoy y no quería desperdiciar el potencial.

—¿Hola? —escuché su voz.

—Buenas tardes, sol —la saludé, con una sonrisa. —¿Cómo llevas el día?

—Oh, ya sabes. Igual que siempre.

—¿Tienes algún plan?

—¿Por qué siento que estoy a punto de tener uno?

—Porque lo tendrás si estás libre.

—¿Qué planes son esos?

—Imaginé que podríamos salir a almorzar o a dar un paseo por el parque. Si no eres una fanática del sol, incluso podrías venir aquí para sentarnos en el porche y observar a los surfistas novatos hundirse en el océano. Es realmente un espectáculo digno de ver.

—Aunque suena divertido, no puedo.

—¿Por qué no?

—No tengo a nadie que cuide a Caleb. El día libre de mi niñera es el domingo.

—Entonces, tráelo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—No puedo llevarlo a tu casa mientras nos sentamos en tu balcón. Se quemará con el sol.

—Entonces nos sentaremos dentro. O iremos a buscar comida. Él come, ¿verdad?

—Sí, mi hijo come. —Su voz sonó divertida.

—Entonces, ya está decidido. Comida y luego un paseo por el parque.

—¿Quién dijo algo sobre un paseo por el parque?

—Yo lo hice. Ahora, ¿quieres que nos encontremos en algún sitio, o prefieres que os recoja a ti y a Caleb?

—Llevarlo a cualquier parte es como mover todo mi apartamento. Me reuniré contigo en algún sitio.

—Hay un lugar en el centro que tiene buenos sándwiches y sopas. Está cerca del parque y seguro que también tendrán algo que pueda comer Caleb. ¿Nos vemos allí en treinta minutos?

—Que sea una hora. Hoy no he limpiado.

—¿Por qué no? Es casi mediodía.

—El trabajo de una madre soltera no termina nunca.

—Pues os veo en una hora.

Permanecí mirando el reloj mientras los minutos iban pasando. Iba a ser la primera vez que llevara a una madre soltera a algún lugar con su hijo. Salí temprano hacia el restaurante y reservé una mesa con una silla alta, pero no sabía si Caleb la necesitaría.

—Bueno, mira a quién trajo el gato —saludó Jessi.

Sonreí y me puse de pie. Ella se acercó con Caleb en un cochecito de bebé que parecía una cesta.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Gracias.

—Te veo muy bien.

—¿Vestida como una madre? —Señaló su ropa—. Esto es lo mejor que llevo un domingo.

—Bueno, incluso con ropa de madre estás muy guapa.

Sus ojos volaron hacia los míos y sonrió ligeramente, después romó en brazos a Caleb y lo sentó en la silla alta. El camarero estuvo a nuestro lado en un abrir y cerrar de ojos, tomó nota del pedido y ella se dedicó a jugar con el niño. Era la primera vez que veía Jessi en aquella actitud maternal que había adquirido durante tantos meses. Al mirar a su hijo mostraba un brillo muy parecido al que mostraba en el pasado cuando me miraba a mí.

Echaba de menos que me mirara así.

—¿Cómo dormiste anoche? —Me di cuenta de que se puso tensa al escuchar mi pregunta y solté una risita irónica.

—Podría haber sido mejor.

—¿Pasó algo con Caleb?

—¿Por qué piensas eso?

—Hiciste un comentario en casa de Justin sobre la alimentación a altas horas de la noche y esas cosas. Imaginé que podría haber sido uno de esos días.

—No. Se trataba de un problema personal. —Intentó dar por concluida la respuesta.

—Bueno, siento que no hayas dormido bien. Yo sí lo hice pero todavía no me siento descansado. El diseñador de este último desfile en el que estoy trabajando nos mantuvo a todos despiertos hasta bien pasada la medianoche.

—Ah, uno de esos diseñadores. Los odio. No sé por qué hay que quedarse después de que todo está dicho y hecho; igual que cuando las modelos tenemos que quedarnos hasta que se haya ido todo el público, como si fuera un pecado. No es una actuación en Broadway. No tenemos que saludar al salir a desfilas.

—Estoy de acuerdo contigo —aseveré—. Esa clase de diseñadores tan nerviosos deberían pagarnos el doble, por tener que estar parados con los pulgares en el culo.

—¿En serio? —Me miró con censura e hizo un gesto con la cabeza, para recordarme que

estábamos con Caleb.

—Lo siento —me disculpé—. No estoy acostumbrado a estar cerca de niños.

La vi asentir con la cabeza, como si estuviera anotando algo en su mente. ¿Qué estaba haciendo? Esperaba que no hubiera llegado a la conclusión de que no sería buen padre, porque no había estado rodeado de niños. Jessi actuaba de forma distante. ¿No quería mostrarme afecto delante de Caleb? ¿O me estaba probando de alguna manera?

El resto del almuerzo fue así. Excepto cuando hablábamos de trabajo, sus respuestas eran bastante cortas. Parecía relajada cuando atendía a Caleb, pero cuando su atención se centraba en mí, se ponía tensa. No estaba seguro de lo que había hecho, pero estaba decidido a mostrarle que podía hacerlo.

Quizás entonces se sentiría más cómoda hablándome de Caleb.

Pagué nuestro almuerzo a pesar de sus protestas y luego nos marchamos. Al llegar a la calle, comenzó a luchar con las bolsas de pañales y el asiento del coche de Caleb, además de tenerlo en su hombro. Alcancé su bolsa de pañales para intentar ayudarla, pero me la arrebató de un tirón antes de que pudiera quitársela.

—Déjame que lleve algo. Tú sola no puedes. —Traté de que no me rechazara.

—Puedo yo sola —repliqué—. He podido yo sola durante los últimos ocho meses.

Me sorprendió aquel ataque y que estuviera enfadada. ¿Por qué demonios tenía que estar enfadada? Decidió no decir la identidad del padre de Caleb y no me iba a convencer con esa mierda de que no sabía quién era. Ella lo sabía. Yo sabía que lo sabía. Todo lo que tenía que hacer era decírmelo y podríamos resolverlo.

Pero por alguna razón, no lo hizo.

Abrió el maletero y lo tiró todo atrás. Dejó el asiento del coche en el suelo y luego trató de sacar un cochecito. Tropezó con sus propios pies y Caleb se sintió inestable en su hombro, de modo que comenzó a moverse. Antes de que pudiera decir algo, ella perdió el equilibrio y cayó de lado.

La alcancé y la agarré por la cintura antes de que llegara al suelo, mientras mi mano libre volaba hacia la parte posterior de la cabeza del niño.

—Dame a Caleb —le pedí en tono severo.

Me miró durante mucho tiempo antes de que finalmente asintiera con la cabeza. Dejó al pequeño a mi cargo y lo tomé de su hombro. Lo sostuve frente a mí, antes de abrazarlo contra mi pecho, y él me miró con curiosidad.

—Bueno, hola —saludé con una sonrisa—. Te devolveré a mamá en un segundo. Solo necesita las dos manos. Ya sabes cómo va eso, ¿verdad?

Puse un dedo frente a él y lo rodeó con una de sus pequeñas y delicadas manos. Fue extraño pero sentí un vínculo afín con este niño. Tener a aquel pequeño e indefenso bebé en mis brazos, la forma en la que me sonreía y cómo brillaban sus ojos de felicidad hicieron que mi corazón se hinchara con un orgullo que nunca había sentido.

Y todo el tiempo, los ojos de Jessi estaban sobre nosotros.

Hice saltar a Caleb en mis brazos mientras ella terminó de preparar el cochecito. Luego, me quitó a Caleb y lo instaló. Dimos un paseo tranquilo por el parque y ella seguía tensa, pero no fue incómodo. Disfruté de estar en una dinámica familiar desconocida y disfruté haciendo recuerdos para más adelante. No tenía ninguno de ese estilo de cuando fui un niño; no venía de una familia de la que nadie quisiera formar parte pero no podía quitarme esa sensación mientras Caleb estaba en mis brazos.

La sensación de que yo era su padre.

Los tres caminábamos por el parque y de vez en cuando intentaba poner mi mano en la espalda de Jessi. Pero cada vez que lo hacía, ella aumentaba su velocidad y se alejaba de mí. No pude averiguar qué le ocurría. Enviaba tantas señales contradictorias que resultaba asfixiante. En un minuto estaba empeñada en alejarme y al siguiente bromeábamos como si nunca nos hubiéramos separado. En un segundo estaba reacia a entregarme a Caleb y al siguiente estaba de acuerdo con ello.

Y yo recibía un latigazo por cada cambio de actitud que ella experimentaba.

—¿Vienes aquí a menudo con Caleb? —Inicié una conversación cualquiera.

—No. Hay otro parque más cerca del apartamento.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podríamos habernos quedado más cerca de casa.

—No se me ocurrió. —Se encogió de hombros.

Todo el paseo fue así. Se mostraba distante, como si no tuviera ganas de hablar y yo perdí el interés por hacerla hablar. Los pensamientos que rondaban por su cabeza pesaban mucho y no quise interrumpirlos.

Después del parque, nos dirigimos a su casa. Le dije que quería asegurarme de que Caleb y ella llegaban bien, especialmente con lo cansada que parecía. Insistió en que se encontraba bien, pero le recordé el incidente del estacionamiento. Vi una chispa de ira encenderse en sus ojos, pero no me eché atrás.

Y finalmente, ella lo hizo.

Como siempre ocurría cuando estaba conmigo.

Pero seguirlos hasta su apartamento se convirtió en que yo los acompañara. Y al subirlos me convertí en el que ayudaba a Caleb a acostarse. Luego, pronto, los dos estábamos abrazados en el sofá, su cabeza en mi hombro y mi brazo alrededor de su suave y reconfortante cintura.

—Cuando duerme, duerme —aseveré al comprobar lo poco que había tardado en rendirse al sueño.

—Cuando era más pequeño, a veces tenía que llevarlo a pasear en coche para que se durmiera.

—¿En serio?

—En serio. —Sonrió al recordar—. Se despertaba a la una de la mañana y no se volvía a dormir, así que conducía por la ciudad con un ojo abierto hasta que se volvía a dormir.

—Eso es peligroso, Jessi. Tienes que tener cuidado con ese tipo de cosas.

—Ser madre es un territorio peligroso. No tenía otra opción.

—¿No pudiste pedirle ayuda al padre? —Hice la pregunta con cautela y la sentí tensa, pero la acerqué más a mí—. Deja de alejarte de mí, Jessi. Solo te lo pido porque me importa.

—No tiene que importarte. No es cosa tuya. —Fue rotunda.

—Entonces elijo que me importe. ¿Qué te parece? —La vi apretar la mandíbula, pero noté que se relajaba en mis brazos—. ¿Qué más? —pregunté, mirándola.

—¿Eh?

—¿Qué más cosas hacías con Caleb cuando era más bebé?

—Dormía en una pequeña cuna a mi lado; en realidad lo ha hecho hasta hace unas semanas.

—Suenan como un amortiguador de la vida amorosa.

—No hay vida amorosa cuando eres una madre soltera.

—Ya tienes una —sugerí.

—No, no la tengo.

Fruncí el ceño mientras la miraba, tratando de comprenderla.

—Jessi, ¿estás bien? ¿Pasó algo anoche? —Procuré que mi voz sonara suave para animarla a hablar.

—Ya te lo he dicho. No dormí bien.

—Yo creo que hay algo más.

—Cree lo que quieras porque no hay nada más. No estoy de humor para hablar y tú sigues presionándome para que lo haga.

—Solo quiero saber lo que has estado haciendo durante el último año y medio.

—Estar embarazada y dar a luz, eso es lo que he estado haciendo.

Me mordí la parte interior de la mejilla para no devolver el tiro. Obviamente tenía muchas cosas en la cabeza e intentar hablar con ella solo la agitaba más. Sentí que se sacudía a mi lado y que dejaba caer la cabeza hacia delante mientras cerraba los ojos.

—Puedes usar mi hombro si quieres —le aconsejé.

—Estoy bien. Necesito levantarme y moverme. —Trató de alejarse.

—No lo necesitas —insistí, apretando mi agarre en su cintura—. Lo que tienes que hacer es descansar. Puedes ser todo lo terca que quieras, pero estás cansada. Así que duerme.

Me miró e intentó luchar contra el sueño que la tenía medio vencida. Trató de luchar sin energía y sus ojos cansados se clavaron en los míos. Suspiró y por fin los cerró, se acurrucó a mi lado, apoyó la cabeza en mi hombro y yo apreté la mejilla contra su pelo. En pocos minutos estaba roncando ligeramente y nos quedamos en el sofá.

Había estado haciendo esto durante meses. Luchando contra el cansancio y avanzando en su carrera sola.

Y saberlo me hizo sentir triste y frustrado.

Capítulo 19

Jessi

Un furioso golpe en la puerta de mi casa y me sorprendió de tal manera que di un salto en la silla. Caleb se rió de mí y el puré de manzana comenzó a deslizarse por su barbilla. Puse el bol delante de su cara y lo agarró con las manos, provocando el mayor desastre posible. Los golpes no paraban y yo tenía miedo de abrir la puerta. Cuando miré por la ventana lateral, vi a Justin de pie frente a mi puerta.

—Hola —lo saludé, mientras abría—. ¿Estás bien?

—Tenemos que hablar. —Entró en dos zancadas.

—Cuando dices eso, nunca es bueno. ¿Pasa algo malo? No me lo digas. Roxy no es una seguidora secreta de mis desfiles.

—Se trata de Caleb.

Volví a mirar a mi hijo y ahora me preocupaba dejar entrar a Justin.

—¿Podemos hablar dentro? —preguntó como si adivinara mis pensamientos.

—Hablemos aquí mejor.

—Mira, he hablado con Roxy de esto y... cuanto más lo comentamos más seguro estoy de que ella tiene razón.

—¿Sobre qué? —Se me aceleró el corazón.

—Sobre ese comentario que hizo. ¿Recuerdas? Tenía curiosidad por saber si Christopher disfrutaba de la paternidad.

Sentí que la sangre se concentraba en mi cara cuando salí al porche.

—¿Qué haces? —inquirió Justin con brusquedad.

—Cerrando la puerta. ¿Qué estás diciendo?

—Digo que Caleb se parece mucho a Chris. Lo suficiente para que alguien que nunca lo ha visto piense que es de mi mejor amigo.

—¿Y qué? —Me incliné hacia delante—. Muchos hombres en esta ciudad tienen el pelo rubio y los ojos azules.

—Pero no hay tantos hombres en esta ciudad que tengan ese estúpido hoyuelo en la barbilla. Y ambos lo tienen.

—Te lo dije, no sé quién es el padre de Caleb. ¿Por qué demonios no puedes procesarlo?

—Porque no lo creo —sentenció con firmeza—. Te conozco, Jessi. No eres esa clase de mujer que quieres fingir que fuiste. Y por aquella época estabas destrozada por la desaparición de Chris.

—¡También tú! ¿Significa eso que te estabas acostando con él?

—Vosotros estabais cada vez más unidos. Sé que lo estabais. Veía cómo te miraba y escuché algunas de esas suaves conversaciones que manteníais. Él vino mucho a casa en esos últimos meses.

—Para verte a ti, Justin. Suenas como un loco, ¿lo sabes? Estás basando todo esto en una pregunta que hizo tu novia *stripper*.

—¿Por qué todo el mundo piensa que es una *stripper*? No lo es.

—Y Caleb no es el hijo de Christopher.

—Todo tiene sentido, Jessi. Ahora puedes mentir a mamá y papá, e incluso puedes mentirle a él, pero siempre has sido una mentirosa de mierda para mí.

Traté de fingir que me hacía gracia todo aquello y me reí al tiempo que sacudía la cabeza. Tenía que encontrar una salida, me sentía acorralada como un animal salvaje frente a un cazador con un arma. Cuando las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi cara, supe que ya me tenía.

Al final, supe que no podía ocultarlo más.

¿Por qué coño tuvo que volver Christopher?

—Quiero la verdad, Jessi. Y la quiero ahora.

—Estás exagerando, Justin. Necesitas calmarte.

—¿Quién es el padre de Caleb?

—No puedo decírtelo.

—Puedes y lo harás. Ya es suficiente. Ese chico está creciendo sin un padre porque no quieres abrir tu maldita boca.

—Estoy protegiendo a mi hijo, Justin. ¡Eso es lo que estoy haciendo!

—¿Quién es su padre, Jessi?

—Es Christopher, ¿vale?

Pestañeeé y me limpié las lágrimas. La mirada de asombro que pasó por la cara de mi hermano no era nada comparado con la ira de sus ojos. Le tendí la mano y dio un paso atrás, como si le disgustara que yo le tocara.

—Lo sabía. Todos estos meses, mirando a ese niño y pensando que me resultaba tan jodidamente familiar —murmuró como si hablara consigo mismo.

—No puedes decírselo. Por favor. Chris no lo sabe todavía. Justin, no puedes decírselo.

—Por supuesto que no lo sabe. Es la mejor forma de joderlo todo en tu vida, Jess.

—No puedes pararte en mi porche y hablarme así —le reproché con lágrimas en los ojos—. No puedes decírselo a Chris. Yo lo haré, pero necesito tiempo para reconciliar algunas cosas.

—Vete a la mierda. Que os jodan a los dos.

—Justin. Por favor. Espera, no...

Se alejó de mí en dirección a su coche. Lo llamé pero no quiso mirarme y el pánico se apoderó de mí. Tenía que telefonar a Chris y decirle que Justin sabía que habíamos mantenido una relación en el pasado. Regresé a casa y vi a Caleb tratando de meterse el puré de manzana en la boca con las manos. Le dí un beso en la cabeza y me quedé un rato más con él mientras me tranquilizaba.

¿Justin tenía razón? ¿Estaba haciendo daño a mi hijo?

Sacudí la cabeza para alejar el pensamiento y corrí hacia mi teléfono. Marqué el número de Chris con manos temblorosas y, al escuchar su voz en mi oído, solloqué antes de poder hablar.

—Buenos días, pequeña. ¿A qué debo esta llamada?

—Él lo sabe. —No me salía la voz.

—Jessi. ¿Qué es lo que pasa? ¿Estás bien?

—Él lo sabe, Chris. Justin sabe lo nuestro. Acerca de nuestra relación antes de que tú... —No pude continuar.

—¿Dónde estás? —me urgió con impaciencia.

—En casa —contesté sin aliento.

—¿Justin está contigo?

—No. Estaba tan enfadado que... se marchó. Chris, Justin está muy enfadado.

—Me ocuparé de Justin. ¿Dónde está Caleb?

—Comiendo en su silla alta —susurré.

—Déjame terminar lo que estoy haciendo y luego iré a verte durante el almuerzo. Quiero que cierres con llave hasta que yo llegue y luego te echas un poco de agua en la cara. Prepárate una taza de café y mantente con Caleb en su habitación. No le abras la puerta a nadie hasta que yo te diga por teléfono que voy de camino.

—Justin nunca me haría daño —lo defendí.

—Acaba de descubrir que nos acostábamos juntos. Diría que ahora mismo está ciego de rabia y sé de lo que hablo. Lo he visto en acción. No toma decisiones acertadas cuando está así. Solo haz lo que te pido y estaré en un par de horas. Si vuelve, llámame, ¿vale?

—Bien.

—No te preocupes, Jessi. Yo me encargo.

Todo se había complicado.

Entré en el baño y me eché un poco de agua en la cara como él me dijo, pero seguí llorando y temblando de miedo. Todo cuando intentaba sostener se me escapaba lentamente.

Regresé a la cocina y tomé a Caleb en brazos. Me serví un café helado de la nevera y lo llevé a su dormitorio. Lo limpié, me aseguré de que eructara y luego jugamos un rato en el suelo. Nos quedamos así hasta que se cansó y comenzó a lloriquear porque quería su siesta.

Después de acunarlo para que se durmiera, me escabullí de su habitación en el mismo instante en el que sonó mi teléfono.

Corrí a la sala y vi que era Chris quien llamaba. Levanté el auricular y al mirar hacia la puerta principal, vislumbré su silueta en el porche, esperando a que contestara.

—Estoy aquí, Jessi. Abre la puerta.

Dejé caer el teléfono al suelo y corrí para abrirle. Entró en mi apartamento, su aspecto enfadado me asustó y cuando cerró tras él, me desmoroné. Necesitaba controlarme, aferrarme a algo antes de que mi hijo se levantara de su siesta.

Así que me agarré en la única cosa que estaba allí. Chris.

Me arrojé a sus brazos y nuestros labios se chocaron. Me abrazó con fuerza y, sin separarnos, atravesamos la cocina a trompicones. Cuando mi espalda chocó con la pared, me di la vuelta y lo inmovilicé.

Esta vez, quería el control. Quería el poder.

Bajé sus pantalones por las piernas y su polla salió a mi encuentro. Palpitaba por regresar a ese lugar cálido que ya conocía tan bien. Él fue a sujetarme por el pelo pero lo detuve, agarré sus manos y las aprisioné en la pared y lo inmovilicé. Sabía que podía hacerse cargo si quería, pero no lo hizo. Se quedó allí, mirándome mientras yo acogía su miembro en mi boca.

Y el gemido que salió de sus labios mereció la pena.

Moví mi cabeza para deslizar su polla y recorrí con la lengua la vena que sobresalía. Chupé la punta y la introduje de nuevo, sintiendo sus piernas temblar contra mi cuerpo. Dobló los dedos y luchó con las muñecas como si quisiera liberarse, me costó retenerlo bajo mi mando mientras engullía toda su erección.

—Joder, Jessi. ¿Qué demonios?

Seguí tragando y chupando, ahuecando mis mejillas y cerrando mi garganta alrededor de él. Traté de espantar el doloroso recuerdo mientras me alejaba de su polla.

—Te vienes conmigo —dije con determinación.

Lo arranqué de la pared y salió de los pantalones a trompicones. Lo arrojé al sofá y luego me

subí la falda hasta las caderas. Deslicé las bragas hacia abajo, su brillante erección palpitaba por mí, rogándome que me sentara sobre ella. Chris se pasó la mano por el pelo, con los ojos abiertos por la confusión y el deseo. Escarbé con las rodillas en los cojines del sofá y me senté a horcajadas antes de hundirme en su polla.

—Dulce infierno, Jessi. Estás tan apretada.

Dejé caer mi falda a nuestro alrededor y agarré sus manos. Las puse a los lados y mecí las caderas contra su pelvis muy despacio, como una zorra en celo. Me aferré a su mirada mientras chupaba su labio inferior y tiré de él entre los míos, lamiéndolo mientras gemía mi nombre.

—Jessi. Pequeña.

Buscaba mi disfrute, quería ser yo la que marcara los tiempos de cómo quería follarlo. Él enroscó los dedos en mis manos, luchando por no soltarse mientras me daba lo que yo quería. Control. Poder. Desafío sobre él y lo que representaba en mi vida.

Me puse de rodillas y me estrellé contra su regazo. Mis labios se tragaron sus gemidos mientras su cuerpo se doblaba contra el mío. Solté sus manos y sostuve sus caderas en el sofá, pero él trató de luchar contra mí, para envolverme con sus brazos y tumbarme en el sofá, aunque eso no iba a suceder en ese momento ni en ese segundo.

Reboté en su regazo y gruñí para quejarme. Junté sus muñecas, las llevé hasta su pecho y dejé que se hundiera en mi interior. Él echó la cabeza hacia atrás y separó las piernas. Yo empujé sus manos hacia los cojines del sofá mientras descendía para morderle en el cuello. Después succione su carne y supe que más tarde tendría un considerable moratón; pero no me importaba, pensé al ver que abría la boca para buscar aire.

Sentí que se relajaba contra el sofá, mientras yo estaba mareada de tanto placer. Empujé una última vez, sus dientes rechinaron y, entonces, estallé. Como si fuera una banda elástica de la que hubieran tirado en demasiadas direcciones o un cinturón de seguridad tensado al máximo.

Me dejé ir y él se derramó en mí. Ambos jadeamos y respiramos el mismo aire, hasta que comenzamos a relajar nuestros cuerpos.

Sentí que me había liberado de las cadenas de mi esclavitud mientras se aflojaba el agarre de las manos de Chris y me desplomé sobre él, presionando profundamente en el cuello mientras su cuerpo se sacudía debajo del mío.

Los dos nos quedamos sentados, su polla todavía anidada en mi interior. Dejé caer sus manos y las mías a los lados, mi cuerpo totalmente exhausto. Me abrazó por la espalda y me llevó con él a lo largo del sofá para quedar tumbados.

El resto del tiempo lo pasé mirándolo a los ojos. Ninguno de los dos dijo una palabra, solo tratábamos de asimilar lo que había ocurrido.

Justin sabía lo nuestro.

Mi hermano sabía que me había estado tirando a su mejor amigo.

Capítulo 20

Christopher

Me tomé el resto del día libre y me quedé al lado de Jessi. La ayudé con Caleb y me moví en torno a su rutina, con la esperanza de aprender algunos trucos para ayudarla. Claramente, todavía estaba nerviosa por la pelea con su hermano y no quería forzar las cosas.

Pero sí quería saber cómo había salido todo.

—Jess, ¿podemos hablar? —pregunté con cautela.

La vi tensa mientras dejaba a Caleb en su cuna.

—¿No puede esperar? No te ofendas, pero eso es lo que mi hermano dijo esta mañana.

—Solo quiero hablar de lo que ha pasado. ¿Qué ocurrió exactamente esta mañana?

—Déjame dormir a Caleb y luego hablamos.

Entré en su sala de estar y me senté en el sofá. El sofá que aún olía a nosotros. Cerré los ojos y evocé cómo Jessi había tomado el control. Era una nueva faceta de ella, ya que siempre se había mostrado sumisa en la cama. Mi pequeña que siempre se rendía ante mí. Había algo más de lo ocurrido con su hermano, por lo que ella intentó algo diferente.

Era como si hubiera necesitado tener el control.

—Caleb está dormido. ¿De qué quieres hablar? —Jessi entró en la sala.

—De lo que ha pasado esta mañana. Nos hemos distraído un poco.

—¿Te ha gustado? —Sonrió con timidez.

—No es el punto que quiero que tratemos, pero sí, me ha gustado mucho. Jess, ¿qué ha pasado con tu hermano?

—Vino muy alarmado y preguntando por nosotros. No paraba de darme la lata, empezó a gritar y se le escapó.

—¿Qué le hizo sospechar de nosotros? —pregunté sin comprender—. No te ofendas, pero lo que pasó entre nosotros fue hace más de dos años. Me preocupaba más que descubriera lo que estamos haciendo ahora.

—¿Así que no tenías pensado contarle a nadie lo que hay entre nosotros? —Sus ojos se ensombrecieron.

—No es el punto, Jess. Ya sabes cómo se pone tu hermano con ese tema. ¿Qué le hizo darse cuenta de que tuvimos algo, hace dos años?

—Dijo que no dejaba de pensar en lo angustiada que me quedé cuando te fuiste.

—¿Qué?

—Sí. No sé qué le hizo empezar a pensar en ello. Estaba demasiado ocupado arrinconándome para poder decirle algo. Todo lo que repetía era que las piezas encajaban y que yo estuve demasiado angustiada por la desaparición de su mejor amigo.

—¿Y qué le has dicho?

—Le dije que él también estaba confundido, pero que eso no significaba nada. Solo que me importaba tu marcha como a él. Sin embargo, no dejaba de preguntarme cuánto me importabas, por qué me importabas y todas esas preguntas estúpidas. Cada vez estaba más enfadado, Caleb estaba

comiendo en su silla alta y finalmente salió. Solo... Justo ahí. En el porche.

Entorné los ojos al mirarla y mi mente comenzó a trabajar. Sentí que me ocultaba algo. Mentía, estaba convirtiéndose en una costumbre para ella y si había algo que yo no toleraba, era la mentira. Hacer lo que estaba haciendo en un intento vano de proteger a Caleb era una cosa, pero esto tenía que ver conmigo; entre la amistad entre Justin y yo; con la relación entre Jessi y yo.

Yo estaba directamente involucrado y ella seguía mintiendo.

—Sé que me estás mintiendo —le advertí muy despacio.

—No miento —replicó ella—. Eso es lo que pasó.

—Sin embargo, ocultas algo que no me dices. Te conozco, pero también conozco a Justin. Ese hombre no suele pensar mucho en el pasado. Es uno de sus pequeños defectos y no creo que haya empezado a hacerlo ahora si no tuviera una buena razón. Y que tú y yo estemos follando no es una de esas razones.

—¿No crees que le importe a mi hermano que me cueste contigo, Chris?

—Entonces, ¿qué le hizo pensar en ello? —insistí.

—¡No lo sé! ¡No me lo dijo!

Escuché los gritos de Caleb en su habitación y Jessi hizo una mueca. Se levantó del sofá y le agarré la muñeca antes de ponerme de pie. Ella se zafó de mi agarre y se fue directamente a su habitación.

—¿Esa es la historia con la que te quedas? —Volví a intentarlo.

—Mi hijo está llorando. Lo que sea que creas que tengo que contestar, tendrá que esperar.

Se alejó por el pasillo y yo recogí mis cosas. Después de salir precipitadamente del trabajo para asegurarme de que ella y Caleb estaban bien, aquel era el agradecimiento que recibía. Mentir. Un montón de putas mentiras y secretos. Agarré mi cartera y mis llaves me marché sin molestarme en despedirme.

De todos modos, tenía el presentimiento de que ella quería que me fuera.

Aún así, temblaba de rabia mientras me dirigía a casa. Apreté el volante con fuerza y rechiné los dientes. ¿Por qué demonios seguía ocultándome secretos? ¿No le había mostrado que quería ayudarla? Incluso le había dado a entender que quería quedarme, sin importar quién era el maldito padre de su hijo.

Pisé el acelerador y derrapé en la entrada de mi casa, frente a la playa. Al parar, reconocí un coche que estaba estacionado frente a la puerta.

Joder. Justin estaba aquí.

—Tú —me llamó, señalándome con un dedo. Lo vi volar hacia mí por las escaleras—. Necesito hablar contigo.

—¿Puedes esperar? He tenido un día complicado.

—Te has follado a mi hermana.

—Sí, me acosté con tu hermana.

Justin amartilló un puño hacia atrás y me golpeó fuertemente en la mandíbula. Caí de espaldas sobre el capó de mi coche y me agarró por la camisa, acercándose a su cara.

—Eres un pedazo de mierda, ¿lo sabías?

—Eso lo dice el tipo que acorraló a su hermana en el porche, con su hijo dentro.

—Te la follaste y la dejaste. Nos dejaste a todos. ¿Qué demonios te pasa?

—Quítate de encima. —Empujé a Justin cuando la gente empezó a salir a sus porches.

—¿Qué cojones te dio el derecho de tirarte a mi hermana? —inquirió furioso.

—Ella —espeté en el mismo tono—. Tuvimos una relación sexual consensuada y la traté con

respeto.

—Hasta que la abandonaste, imbécil.

—¡Ninguno sabéis por lo que pasé! —Vociferé—. ¡No entendéis lo que estaba en juego si no lo hacía!

—¿Qué? ¿Una carrera de mierda en la que puedes joder con mujeres guapas todo el maldito día? Escuché a mi hermana llorar durante semanas, preguntándome por qué coño estaba tan afectada con tu marcha. Me senté en la puerta de su dormitorio y traté de que me hablara, mientras tú estabas lejos, follándote a otras mujeres como hiciste con ella. Yo fui el que quedó para limpiar tu maldito desastre. Éramos la familia que abandonaste.

—Nunca has sido mi familia —repliqué y levanté las manos—. Tu familia guarda tantos malditos secretos que es difícil seguirla la pista. —Justin fue a decir algo, pero apretó la mandíbula para detenerse—. Lárgate de mi propiedad, antes de que llame a la policía —exigí con voz dura.

La gente nos miraba mientras Justin caminaba hacia su coche. Se fue a toda velocidad por la carretera y los neumáticos chirriaron al doblar la esquina. Me llevé la mano a la boca para ver si estaba sangrando y gemí cuando vi los dedos manchados.

Necesitaba limpiarme y dormir un poco. A diferencia de muchos de estos idiotas, yo tenía que trabajar por la mañana.

Capítulo 21

Jessi

—Hola, chica. Me alegro de que hayas podido venir esta noche.

—Yo también, Megan. Yo también.

—Te pedí lo de siempre, pero podría haber echado un trago de tequila en él —observó Megan al ver cómo me bebía de un trago el contenido del vaso.

—No te preocupes. Lo tomaré con la segunda copa.

—Vaya. ¿Una segunda copa? Suena como si no tuvieras trabajo.

—Incluso si lo fuera, todavía lo necesitaría —aclaré.

—Uhm. ¿Qué es lo que pasa? ¿Le ocurre algo a Caleb?

—No, no. Caleb está bien. Está con su niñera ahora mismo. Ella es genial con él y le ha tomado cariño. Estoy casi celosa.

—Sabes que ese chico te quiere más que a nadie en el mundo. Entonces, ¿qué necesidad hay de tomar bebidas fuertes?

—Me peleé con Justin.

—¿Sobre qué?

—Algo que le dijo su novia.

—Espera un momento. ¿Desde cuándo tiene novia tu hermano?

—Creo que tenemos que vernos más a menudo. —Moví la cabeza con censura.

—O tu vida tiene que dejar de ser una locura. Espera. ¿Quién es la novia? ¿Justin sabe siquiera lo que significa esa palabra?

—Eso creo. Parece que le gusta mucho una pelirroja descarada que se llama Roxy.

—¿Estás segura de que no es una *stripper*?

—Que no te oiga decir eso —le advertí con una sonrisa. —No. Es asistente legal en un bufete de abogados en algún lugar de Los Ángeles.

—¿Cómo se conocieron?

—Según me contaron, Chris y Justin salieron una noche a tomar unas copas y ella se fijó en Chris.

—Entonces, ¿cómo terminó con Justin?

—Dice que se la pasó.

—Espera un segundo. Dices que Chris le pasó una pelirroja descarada a tu hermano y, ¿ahora Justin la llama su novia?

—Es tan raro como suena, lo prometo.

—Entonces, ¿qué dijo ella para que Justin se enfadara contigo?

—Justin quería que la conociera y me invitó a su casa, pero también invitó a Chris. Y... llevé a Caleb conmigo.

—Oh, mierda.

—Roxy se fijó en Caleb y luego le echó un vistazo a Chris, los vio juntos y le preguntó a Chris si disfrutaba de ser padre.

—Oh, mierda.

—Sí. Hoy ha venido Justin a mi casa, después de haber estado dos días comentando con su novia el parecido entre los dos y encajando todas las piezas en su lugar. Como el por qué me quedé tan angustiada cuando Chris se marchó y lo cerca que estuvimos los meses previos a su desaparición.

—Oh, demonios. —Megan se llevó una mano a la boca—. ¿Así que Justin lo sabía?

—Todavía no sabía nada sobre Caleb, pero empezó a gritarme en el porche y mi hijo estaba en la cocina, así que tuve que decirle algo para que se callara.

—¿Qué le dijiste?

—Que Chris y yo tuvimos una relación antes de que desapareciera de la faz de la tierra.

—Pero entonces no le has dicho a Chris lo de Caleb —dilucidó Megan.

—¿No me has oído? Justin lo sabe.

—Ahora eso no importa, Jessi. Tienes demasiados frentes abiertos y la gente sospecha. Debes decirle a Chris que él es el padre.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo.

—No, no lo es. Lo llamas, viene y le dices: «Oye, ¿ves cómo se parece este chico a ti? Bueno, sorpresa... es tuyo». Simple, ¿verdad?

—No estarás sugiriendo en serio que lo haga así. —La miré extrañada.

—No te desvíes del tema. Esto se está poniendo serio, Jessi.

—¿Crees que no lo sé? ¿Por qué demonios crees que quiero beber algo fuerte esta noche?

—Menos mal que no le das el pecho.

—Justin está enfadado.

—Por favor, dime que al menos Chris lo sabe.

—Lo justo después de que ocurriera. Necesitaba decírselo porque cuando Justin se enfada, no ocurre nada bueno. Su rabia saca lo peor de él.

—Mira, si buscas compasión, no la vas a encontrar en mí. Te dije que esto se pondría peor y ha ocurrido. Mientras mantengas todo en secreto, empeorará para todos los involucrados: Chris, Justin y tú.

—Lo entiendo —repetí.

—Y ten en cuenta que habrá una reacción en contra de Caleb.

—No dejaré que eso suceda. Nadie me va a quitar a mi hijo.

—¿Quién habla de quitártelo? Solo quise decir que si alejas a Caleb de su padre el tiempo suficiente, se resentirá contigo por ello. Espera, ¿qué? ¿Es eso lo que te asusta?

—¿Qué? —La miré sin comprender.

—¿Tienes miedo de que Chris te quite a Caleb? ¿Por qué demonios haría eso?

—No lo sé, Megan. ¿Por qué diablos desapareció en el aire?

—No es lo mismo. No me estás entendiendo porque si comprendieras la gravedad de esta situación, no estarías aquí sentada conmigo. Estarías con Chris.

Sabía que tenía razón. Claramente había perdido el control sobre el asunto. La gente suele decir lo primero que se le pasa por la cabeza y acaban saliendo secretos que nunca deberían ver la luz. Como había ocurrido con la maldita Roxy y su gran boca de culo. Pero Megan hablaba como si yo pudiera sentar a Chris, soltárselo todo y luego vivir felices para siempre como una gran familia.

Pero así no funcionaban las cosas. Nunca.

—Sé sincera conmigo, Jessi. ¿Qué te impide contarle a Chris lo de Caleb?

No podía decirle lo que estaba pasando. No después de la forma en que se había descargado conmigo. No podía decirle que la razón por la que pasaba todo era porque quería romperle el corazón a Chris. No podía decirle que quería hacerle daño como él me lo hizo a mí, antes de que se fuera de nuestras vidas para siempre.

No podía porque ella pensaría que estaba loca. Y tal vez lo estaba.

—Ya te lo he dicho. Porque tengo miedo de que me quite a Caleb.

—No te creo. Te conozco muy bien y no es por eso. Vamos, suéltalo. ¿Qué ocurre, de verdad? —insistió.

—Megan...

—Confía en alguien, Jessi. Llevas mucho tiempo ocupándote tú sola de todo. Tus padres te reprendieron por quedarte embarazada y les dijiste que no sabías quién era el padre. Preferiste marcharte y hacerte la mártir para que tus padres fueran los culpables de que tuvieras que irte. Ahora háblame, sé sincera conmigo porque yo no voy a juzgarte.

—Ya lo has hecho.

—No, te he dicho la verdad, pero eso no es juzgarte. Soy la madrina de tu hijo, lo que significa que cuido sus intereses y los tuyos. Y nada de este engaño está ayudando a nadie.

—Gracias por la preocupación, pero ya te estoy hablando.

—No, no lo haces, solo tratas de convencerme para que quede claro que estoy al tanto de esto... Y no puedo obligarte, por lo que me temo que tendrás que darte cuenta de lo que te conviene por tí misma.

—¿Algo más que quieras que conste en acta —ironicé para no demostrar cuánto me afectaban sus palabras.

—Sí. Creo que la razón por la que estás dando marcha atrás en esto es porque Chris ha vuelto a entrar en tu vida y te has dado cuenta de que todavía te gusta.

—¿Qué?

—Que creo que cuando dejas a un lado el drama, disfrutas con él y no quieres admitirlo porque te ha hecho mucho daño. Tómallo cómo quieras.

Terminé mi bebida y pedí un margarita de mango con hielo y un chupito de tequila. Lo apuré de un trago y dejé que el sabor del alcohol me embriagara mientras las palabras de Megan daban vueltas en mi cabeza.

Ella tenía razón.

Pero no estaba lista para admitirlo. Las repercusiones de seguir disfrutando de un tipo como Chris eran demasiado amplias. Demasiado variadas. Tenía un hijo que proteger, para cuidarlo y asegurarme de que estuviera bien. Si algún hombre iba a entrar en mi vida, tenía que ser uno digno de ser su padre. Incluso si ese hombre no era su padre biológico. Caleb se merecía una buena vida y mi historia con Chris, era de todo menos buena. No importaba cómo me hacía sentir en la cama y no importaba lo bien que podía besar.

La verdad era que me abandonó.

Nos abandonó a todos.

—¿Quieres decirme de una vez qué has hecho últimamente? —Cambié de tema.

—Pensé que nunca lo preguntarías —sonrió Megan.

—Conozco esa mirada. —Entorné los ojos—. Esa es tu mirada de «me acosté con alguien».

—Y fue estupendo. ¿Lista para los detalles?

—Déjame tomar un trago de este margarita y seré toda oídos.

Capítulo 22

Christopher

El despertador sonó antes de que saliera el sol y lo lancé por el aire. Al sentarme en la cama me di cuenta de que se había roto en pequeños pedazos al estrellarlo contra la pared. Siempre había odiado ese artefacto, era demasiado ruidoso para que una persona lo manejara a primera hora de la mañana. Fue un regalo de Justin que me llevé al marcharme, pero oírlo sonar tan temprano en la maldita mañana me hizo pensar en él.

Y él era la última persona que quería en mi cabeza en ese momento.

Tenía un largo día por delante. Había reuniones de clientes potenciales durante toda la mañana en mi oficina y necesitaba estar preparado para cualquier cosa. Quería expandir mi empresa de coreografía más allá de los bailarines individuales que buscaban audiciones y desfiles para diseñadores engreídos. Quería que me tomaran en serio en el negocio. Quería coreografiar para películas y producciones escénicas y compañías de danza. Quería que me contrataran para videos musicales y mezclarme con la élite mundial. Quería ser el hombre de confianza para todo lo relacionado con el baile en grupo, sin importar el lugar donde se celebrara el evento.

Y ese era el día que comenzaba mi viaje.

Me arrastré hasta la ducha y abrí el agua caliente. Estaba listo para lavarme el moratón de mi mandíbula y el dolor de mi cuerpo. Justin me dio un puñetazo más fuerte de lo que parecía y tenía la cara bastante inflamada.

No había sabido nada de él desde la pelea, aunque me importaba una mierda. Si quería ser un gilipollas demasiado protector por lo que pasó hace años, ese era su problema.

No el mío.

Entré en la ducha y cerré los ojos mientras el agua caliente resbalaba por mi piel. Hice varios estiramientos y me incliné para tocarme los dedos de los pies. Esa fue la mejor parte de la mañana, estirarme y tonificar mis músculos bajo una ducha de vapor. Ayudaba a aliviar la tensión que había acumulado por la noche, en la que tuve pesadillas sobre tediosas rutinas de baile que me habían agotado, aunque no me hubiera movido de la cama.

Eso me extrañó porque, últimamente, mis sueños siempre eran sobre Jessi y su fabuloso cuerpo.

Dejé que el agua se derramara sobre mis hombros mientras imaginaba sus labios. Los sentí contra los míos y también sus manos acariciando mi cuerpo, las puntas de sus dedos rodando sobre mis abdominales. Suspiré cuando visualicé su cuerpo.

Pensé en cómo tomó el control el otro día. Cómo me aplastó contra la pared de su cocina y se metió la polla entre los labios. No lo esperaba. Ese día, cuando me llamó llorando, no esperaba que me bajara los pantalones y me devorara.

El sudor resbalaba por mi cara y el agua corría por mi torso. Traté de tranquilizarme y mantener el control. Aun así no pude evitar que ella se filtrara una y otra vez en mi cabeza mientras el agua caía por mi cuerpo. Deseaba estar con ella, despertar cada mañana a su lado y darle todo lo que anhelaba. Dije su nombre una y otra vez, como si con ello pudiera hacerla

aparecer a mi lado.

El único nombre que me importaba en los últimos dos años.

Al abrir los ojos, me encontré solo en la ducha, sin ningún rastro de ella por mucho que lo deseara. Levanté la mano y cambié el agua a fría para volver a la realidad porque pensar en Jessi me había transportado a otra dimensión.

Me llevó tiempo recuperarme, pero lo hice. Me preparé para mi día y fui a la oficina que había alquilado. Uno de mis primeros clientes quería reunirse conmigo para un nuevo programa de baile en la televisión y quería asegurarme de que lo había logrado. Llegué al despacho y saqué algunos videos de coreografías archivadas y lo dispuse todo para la reunión que se avecinaba.

—¿Señor Miles?

—Señora Cane, pase.

—Siento llegar tarde. Hoy el tráfico es muy intenso —justificó su demora.

—No importa. Tome asiento, por favor. ¿Está aquí por un nuevo espectáculo de baile?

—Sí. Existen muchos programas en televisión para impulsar las carreras de los nuevos bailarines, pero no hay ninguno para atender a los que ya tienen una carrera.

—¿Y este nuevo programa de televisión compensaría a la gente que ya tiene una carrera?

—Bueno, las directrices tampoco los echarían a un lado. Tomaría el formato básico de cualquier otro *reality show* de televisión. Audiciones en las que los jueces calificarían y también el público con llamadas y votaciones en directo.

—Parece original. Tengo algunos archivos en mi ordenador por si quiere verlos para valorar mi trabajo —ofrecí con humildad.

—Oh, lo siento. Creo que me ha malinterpretado. El trabajo ya es suyo si lo quiere.

—No comprendo. —La miré perplejo.

—Conozco su trabajo, señor Miles. Hizo una coreografía para una muestra de baile hace un año, en Seattle.

—¿Bailando en las calles? —Recordé el título enseguida.

—Ese, sí. Me impresionó mucho lo que fue capaz de hacer. ¿Es cierto que hizo usted solo la coreografía de todas esas prácticas?

—Sí, así es. Era un puesto de voluntario y nadie más se ofreció, así que me hice cargo de todas.

—Quedé muy impresionada con su trabajo.

—Es muy amable, señora Cane.

—Ya he recibido el visto bueno de arriba para firmar un contrato, Supongo que querrá que lo revise su abogado.

No tenía un abogado, pero ella no necesitaba saberlo.

—Sí. Eso era lo primero que iba a pedirle. —Asentí con una sonrisa.

—Lo tengo aquí mismo. —Buscó en su bolso y me lo entregó—. Cuando su abogado lo haya revisado, llámeme. Mi número está arriba. Es mi número personal, así que...

Sonrió abiertamente y con coquetería, pero solo era eso, una sonrisa sin más intención que cerrar un trato de negocios. La mujer era guapa, más mayor que yo pero muy guapa y sobre todo muy profesional.

Y yo ya estaba convencido. No podía esperar a llamarla y darle la noticia.

—Ha sido un placer conocerla, señora Cane. —Estreché su mano cuando estuvimos de pie—. Haré que mi abogado revise el contrato y la llamaré en cuanto tenga noticias tuyas.

—Estoy deseando —se despidió al llegar a la puerta.

Esperé hasta que la escuché salir antes de lanzar mi puño al aire. Mierda. Iba a ser coreógrafo de un nuevo *reality show* de baile.

Necesitaba llamar a Jessi y darle la noticia.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué su número. Sonó y sonó, pero al final saltó el contestador del buzón de voz.

—Jessi, soy yo. Llámame en cuanto oigas mi mensaje. Acabo de recibir noticias increíbles. Soy Chris, por cierto.

Terminé las reuniones que tenía pendientes con la cabeza puesta en otro lado. Algunos de los clientes estaban interesados en el trabajo individual y otros querían ayuda con audiciones para entrar en la universidad. Una persona en particular quería contratar mis servicios para hacer un video musical, así que tomé sus datos y le dije que estaríamos en contacto.

Pero a medida que pasaban las horas, no tuve noticias de Jessi.

La llamé de nuevo, pero esta vez no sonó. Simplemente fue directamente al buzón de voz. Colgué el teléfono y lo intenté de nuevo, esperando que tal vez fuera un problema de conexión.

Pero no había nada. Solo directo al buzón de voz.

—Hola, Jes. Soy Chris otra vez. Mira, espero que las cosas estén bien. Sé que no quedamos muy bien cuando nos despedimos, quiero que nos veamos y hablemos. Jessi, están pasando cosas increíbles y bueno... quiero compartirlas contigo. Llámame pronto, ¿vale?

Corté la comunicación y me senté a leer el contrato, pero me perdí en la jerga legal. Mierda. Realmente necesitaría un abogado para poder descifrar lo que decía aquella maldita cosa.

Así que encendí el ordenador y empecé a buscar para intentar olvidarme de Jessi.

¿Por qué demonios no me devolvía las llamadas?

Capítulo 23

Jessi

Hacía una semana que no hablaba con Christopher y esperaba que me echara de menos. Esperaba que se revolcara en su propia autocompasión, preguntándose por qué demonios no le devolvía las llamadas. Esperaba que llorara hasta quedarse dormido y se preguntara qué había hecho mal, que por fin probara un poco de lo que me hizo pasar un año y medio antes.

Pero por otra parte, yo también lo estaba sufriendo.

Cada vez que veía una llamada suya, una parte de mí quería atenderla. De hecho, una gran parte de mí. Y no borraba sus mensajes de voz. No. Los escuchaba, una y otra vez, y me sometía a la misma maldita tortura que pasé cuando me dejó.

Me acosté preguntándome cómo estaría y la parte de mí que estaba enfadada esperaba que sufriera, mientras que la parte débil se preguntaba si estaría bien.

Como si yo fuera la que hubiera hecho algo malo.

Esto no era en absoluto como imaginaba que sería mi venganza. Me encontraba al final de mi plan. Una vez que lo había acercado a mí, tenía que alejarlo para el resto de mi vida, como él hizo conmigo. Tenía que probar todo lo que yo sentí cuando me quedé sola, debía verme llegar a la cima del negocio del modelaje y necesitaba babear por mí, cuando viera mis fotos en las redes sociales.

Se suponía que él sería otra persona cualquiera, no una especial.

Pero estaba teniendo el efecto opuesto en mí. Me dolía el corazón. Me dolía no devolverle las llamadas y mi visión se volvía borrosa cada vez que me dejaba otro mensaje de voz. Lo encontré en mis sueños, sosteniéndome en el sofá y mirando a Caleb y sonriendo. Podía sentir sus manos entre mis piernas cada vez que me masturbaba en su memoria. Cada vez que cerraba los ojos podía verlo. Escucharlo. Sentirlo. Incluso olerlo.

Se Había quedado en mi apartamento mucho después de haberse ido.

No me había preparado para sentir de nuevo la pena por su pérdida. Se suponía que esto no iba pasar, no de esta manera. Él era el que tenía que sufrir. No yo. Ya había llorado bastante por mi decisión de dejarlo entrar de nuevo en mi vida y se suponía que era yo la que le rompería el corazón.

Y aún así, el mío también estaba roto.

Era imposible. Para romper el corazón de alguien, tenías que amarlo y yo no estaba enamorada de Chris. ¿Verdad? Megan no podía tener razón, después de todo. No albergaba sentimientos por un hombre que me había arrancado el corazón y lo había pisoteado. Yo era más fuerte que eso. Era un símbolo para todas las mujeres que habían sido aplastadas por hombres que no las merecían. Me admiraban porque veían en mí un ejemplo de madre soltera e independiente, no por volver a caer en las redes del tipo que les rompió el corazón.

¿Qué mensaje estaría transmitiéndoles, si volviera a enamorarme del imbécil del que les decía que se alejaran?

Mi teléfono sonó de nuevo con otra llamada de él y la ignoré. Me temblaba la mano y el

corazón latía apresurado contra mi pecho, pero no podía ceder. No podía contestar su llamada, tenía que mantenerme fuerte y hacer esto por mí misma. Ese hombre no tenía ni idea de lo que me había hecho pasar y me aseguraría de que lo entendiera. Si comprendía mi dolor, ya no se lo haría a otra mujer. Si entendía la agonía que experimenté cuando se fue, se cuestionaría a sí mismo antes de hacérselo a nadie más.

Estaba salvando mujeres de todo el mundo. ¿Verdad?

Miré la pantalla del teléfono que se había iluminado con otro mensaje de voz. Deslicé el dedo por encima del botón de llamada y las lágrimas humedecieron mis mejillas. No debería doler tanto. Algo había fallado en mi plan. Había hecho algo mal, estaba segura.

Necesitaba hablar con él para averiguar qué era.

—¿Jessi? Mierda, por fin contestas. ¿Dónde diablos has estado? —Su voz sonó impaciente.

—Ocupada. ¿Podríamos reunirnos para hablar?

—Sí. Sí, por supuesto. Tengo mucho que contarte. ¿Cuándo estás libre?

—¿Te parece bien para el almuerzo? Le diré a la niñera que se quede con Caleb y podríamos tomar después unas copas o algo así.

—Claro, está bien. Pero si no puede hacerse cargo, trae al niño. Renunciaremos a las bebidas y tomaremos otra cosa.

Mi corazón se agitó en mi pecho y traté de ignorar la sensación de tirón en mis entrañas.

—Está bien. Déjame llamarla y te enviaré un mensaje de texto.

—Estaré esperando —se despidió.

Una hora más tarde, dejé a Caleb con la niñera y fui al encuentro de Chris. Al verlo, tuve que reconocer que estaba guapísimo y sacudí la cabeza cuando la visión de su cuerpo contra el mío comenzó a bailar detrás de mis ojos. No había quedado con él para tirármelo, sino para cumplir un deseo.

Estaba aquí para hablar con él y averiguar qué demonios había salido mal en mi plan.

Me abrazó nada más verme y tuve que apartarme. Mi cuerpo deseaba fundirse con el suyo y no podía dejar que eso sucediera. Apoyé las manos sobre su pecho y ahogué mi propio gemido al sentir la fortaleza de sus músculos contra las palmas.

—¿Qué buenas noticias tienes para mí? —pregunté para buscar algo en lo que ocupar mi mente.

—Tienes enfrente al nuevo coreógrafo de la última competición de baile de Hollywood.

—Bromeas —dije sin creerlo.

—No lo hago. Firmé el contrato y lo envié hace un par de días.

—Chris, eso es impresionante. Te felicito.

—¿Qué trabajos te han mantenido ocupada? —Se interesó él.

—¿Uhm?

—Me refiero a tus trabajos. Supongo que por eso has estado desconectada hasta hoy.

—Van... van bien —Balbuceé sin saber qué decir—. A veces, ser madre se interpone entre todo lo demás.

—¿Todo bien con Caleb? —Pareció, preocupado.

—Oh, sí. Está bien. Solo es un niño que está creciendo con los típicos dolores. Ya sabes, los dientes y esas cosas...

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

Se me erizó el vello de la nuca y tragué saliva para tratar de ahogar el calor que subía por mi columna.

—No. Gracias. Estamos bien. Todo está bien.

—Te veo bien. —Sonrió sin dejar de mirarme.

—¿Podemos encontrar otra palabra que no sea «bien»?

—¿Te veo... impresionante?

Sentí que me sonrojaba con sus palabras y me pateé mentalmente por ello. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Por qué diablos mi cuerpo actuaba de esta manera?

—Sabes, me ha sentado muy bien venir caminando hasta aquí. —Busqué otro tema de conversación.

—¿Has venido caminando? Tu apartamento está como a diez minutos.

—Claro, en un coche. Pero se trata de una caminata de seis kilómetros.

—¿Has caminado todo eso con los tacones que llevas?

—¿No puedo estar fantástica mientras camino seis kilómetros con tacones?

—¿Le ha pasado algo a tu coche?

—No. Solo quería tomar aire fresco. Deberías probarlo alguna vez.

—Ya tengo mucho aire fresco en mi oficina si abro la ventana.

—¿Tienes una oficina?

—He alquilado una en el centro de la ciudad hace unas semanas.

—¿Para qué necesita un coreógrafo una oficina?

—Sabes que hacemos más que bailar, ¿verdad? Recibimos correos electrónicos, llamadas telefónicas, nos sentamos a negociar con los clientes...

Ella soltó una carcajada.

—Solo bromeaba, sé a qué te refieres.

—No vas a volver a casa caminando.

—No es un paseo tan malo. Acabo de decírtelo.

—No con esos tacones y no con esas nubes que se están juntando en el cielo. Habrá una tormenta y parecerás un perro mojado.

—¿En serio? ¿Un perro mojado?

—Mejor que un rinoceronte mojado. Esos bichos tienen mal genio.

—¿Te das cuenta de eso en tu oficina alquilada?

—Ví un vídeo en You Tube, sí.

Sonreí con su respuesta y... maldita sea, estaba en problemas. Chris también sonrió y me caldeó el cuerpo. En ese momento supe que estaba muerta y que Megan tenía razón: todavía sentía algo por Chris.

Mierda.

Los dos terminamos nuestro almuerzo y él me acompañó en su coche. No nos llevó mucho tiempo ir a casa, pero tenía razón. En cuanto llegamos a mi puerta, la tormenta se desató con viento y lluvia y una escalofriante caída de la temperatura. Abrí la puerta y entramos corriendo. No podía dejar que él condujera bajo el aguacero que estaba cayendo, no podría ver más allá del porche.

—Puedes esperar aquí a que pase la tormenta, si quieres —ofrecí con amabilidad.

—¿Esa es la niñera? —Señaló detrás de mí y vi al a muchacha entrando en la cocina con Caleb en brazos.

—¿Luchando para que se eche la siesta? —pregunté girándome hacia ella.

—Creo que le están saliendo los dientes —explicó la joven—. Logré que se durmiera un poco, pero se despertó cuando intenté acostarlo.

Lo tomé en brazos y lo apreté contra mi pecho.

—Ven aquí, pequeño. Mamá te dará algo para que puedas morderlo.

—¿Morderlo? —Chris me miró extrañado.

—Chris, esta es Marcia, mi niñera. Marcia, este es Chris —los presenté.

—Me alegro de conocerle, señor.

—Igualmente —dijo Chris—. Gracias por cuidar a Caleb para que Jessi y yo podamos reunirnos.

—Puedes marcharte si quieres, Marcia. O si lo prefieres, puedes esperar con nosotros a que pase la tormenta —ofrecí al ver un nuevo relámpago por la ventana.

—Creo que me enfrentaré a la tormenta y regresaré a casa. Tengo una película grabada y quiero verla mientras sigue lloviendo.

—Entonces ten cuidado —aconsejó Chris. —Y llama a Jessi si te quedas atrapada. Puedo ir a buscarte.

—Es muy amable de su parte. Lo tendré en cuenta —se despidió Marcia.

Observé a mi hijo en los brazos, parecía muy cansado y Chris cerró la puerta de la calle.

—Voy a ver si se duerme otro rato y luego podemos seguir hablando, si quieres —sugerí yendo hacia su cuarto.

—En realidad, no me voy a quedar mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Mañana tendré un largo día de trabajo y quiero tener todo dispuesto. Ha llegado el gran momento, lo que significa días muy largos para mí por un tiempo.

—Lo entiendo.

—Pero puedo llamarte cuando termine. Incluso podría venir cuando Caleb se duerma, o algo así.

—Tal vez, ya veremos. Si le están saliendo los dientes, no podrá descansar hasta que rompa la encía.

—Puedo ayudar. Ya sabes, proporcionar apoyo moral o algo así.

Sonreí y moví la cabeza mientras Caleb se acurrucaba en el hueco de mi cuello.

—Ya veremos cuando llames.

—Vale. Solo asegúrate de descolgar. No me hagas llamar durante otra semana.

—No te ha gustado eso, ¿verdad?

—Ni un poco. Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Lo vi salir por la puerta y debí haberme deleitado con la victoria. No le gustó. No le gustaba que sus llamadas fueran ignoradas. Lo admitió. Le había hecho daño. Y aún así, no parecía satisfactorio. En vez de eso, lo vi correr hacia su coche bajo la lluvia con más preguntas que respuestas. Lo había llamado para tratar de resolver las cosas y se iba sin darme ninguna respuesta.

Me sentía más perdida de lo que estaba al principio y para colmo, no quería que se fuera.

Me dolió verlo salir del estacionamiento y conducir bajo la lluvia.

Capítulo 24

Christopher

Fui a trabajar a mi oficina, pero me resultó difícil concentrarme. Intenté crear la coreografía del primer episodio del programa para el que me habían contratado, pero había muchas cosas que tiraban de mí en demasiadas direcciones. El papeleo que no estaba terminado y las reuniones pendientes daban vueltas en mi cabeza. Empujé la mesa hacia la pared e intenté crear un espacio para trabajar, pero las paredes de color de vómito no me permitían concentrarme.

Y luego estaba Jessi, ocupando el resto de mis pensamientos.

No importaba lo que hiciera, ella estaba allí. Verla después de unas semanas había sido maravilloso, pero quería preguntarle qué había pasado. Sabía que era madre y que tenía una carrera, pero eso no era motivo para no devolverme las llamadas. Ni siquiera un mensaje de texto. Nada que indicara que sabía que la había llamado.

Llegué a pensar que estaba molesta conmigo.

Reorganicé la oficina de nuevo e hice algo de papeleo. La señora Cane ya me había llamado tres veces esa mañana y me dije que tenía que poner fin a eso. Necesitaba organizarse mejor o averiguar cómo usar el correo electrónico en su teléfono. No podía seguir atendéndola cada diez minutos con llamadas para conversaciones sobre tonterías sin sentido.

Me pagaba por trabajar, pero no por monopolizar mi tiempo de esa manera.

El baile del primer episodio iba a ser filmado en dos semanas. También querían que se hiciera la coreografía para el crédito de apertura que marcaría el comienzo del *show* cada noche, de modo que revisé el papeleo que la señora Cane me había enviado por fax sobre los requisitos para la coreografía. Qué tipos de bailes querían mostrar y todo lo que yo iba a necesitar para que resultara ligero. Estipuló cuánto me pagarían por cada episodio y cómo funcionaría el proceso de pago. Tenía algunas buenas ideas. Muy buenas, de hecho.

Pero me sentía atascado.

Los movimientos que tenía en la cabeza, no salían de mi cuerpo. Tropecé varias veces y caía sobre la pared. Incluso una vez se me dobló un tobillo. Pensé que terminaría matándome y estropear este trabajo si no tenía cuidado.

Tenía que hablar con Jessi y averiguar lo que estaba pasando con ella antes de poder continuar.

—¿Chris? ¿Ya has terminado con el trabajo? —dijo cuando me telefoneó.

—Me quedan algunos cabos sueltos. No tengo un buen día creativo. Me preguntaba en qué andáis Caleb y tú. ¿Cómo va su diente?

—Nos ha tenido despiertos casi toda la noche, pero por suerte ahora no estoy en mitad de un trabajo.

—¿Te apetece ir al parque? Llevaré café.

—No parece mala idea.

—Me pasaré a por vosotros —dijo con una sonrisa.

—Sabes que mi coche funciona muy bien. Podemos encontrarnos allí.

—Sí, bueno. Ayer caminaste seis kilómetros para almorzar. No te enfades si no te creo.

—Ven cuando quieras, estaremos listos, pero tendremos que poner la base del asiento de Caleb en tu coche.

—O podría conducir tu coche hasta el parque.

—Buena idea. Por eso te pagan tanto, tienes buena cabeza.

—Te veré pronto —me despedí, riéndome.

Poco después encontré a Caleb y a Jessi esperándome en la puerta de su casa. Él iba sentado en una cosa rara y parecía contento. Diablos, ella estaba imponente vestida de forma casual. Era lo que tenía ser modelo, que todo le sentaba fenomenal.

—Qué casualidad verte por aquí —bromeó Jessi.

—Pasaba por el barrio y me dije, vamos a ver a Jessi y a Caleb.

—¿Quieres venir a buscar las llaves de mi coche? ¿O tengo que caminar hasta el parque?

—Prohibido caminar. Vamos a tu coche.

—¿Por qué no estás trabajando ahora mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que dijiste que tenías un mal día creativo, pero ¿por qué? ¿Hay algo que te molesta?

—Tengo algunas cosas en la cabeza, sí. —Abrí la puerta para que colocara a Caleb en su asiento.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Quieres que hable de ello? —La miré extrañado.

—Si quieres.

—Tengo muchas preguntas que no han sido respondidas últimamente y no sé por qué. —Fui sincero.

—¿Qué clase de preguntas?

Miré a Jessi cuando salimos a la carretera y pude ver que se ponía nerviosa.

—¿Alguna vez has pensado que alguien te oculta algo?

—A veces, sí —respondió con cautela.

—¿Y qué haces al respecto?

—Normalmente me enfrento a la persona. Puedo ser bastante pesada cuando necesito respuestas.

—¿Simplmente lo sueltas? ¿O tratas de introducirlo en una conversación?

—Lo hago de manera que me dé respuestas más fáciles. ¿Por qué?

Giró la cabeza hacia mí y sentí que se me encogía el estómago. ¿Debía hacerlo ahora? ¿Con Caleb en el asiento trasero? ¿Era apropiado preguntarle si yo era su padre mientras estaba delante? Todavía era un niño, así que no recordaría nada de eso. Pero eso no importaba, ¿verdad? Todavía tenía que tener en cuenta el hecho de que él estaba aquí. Y Jessi podría sentir que la había acorralado como lo hizo Justin.

No quería que se sintiera acorralada. Solo quería hablar.

—Por nada —le quité importancia—. Solo estoy pensando en algunas cosas.

Todo el paseo por el parque fue así, bailando de tema en tema y sin profundizar en ninguno. Caleb se durmió contra su cuerpo, montado en la mochila portabebés, y hablamos de temas sin sentido: el tiempo, la dentición y las cacas del pequeño. No tenía ni idea de por qué coño me importaba todo eso, pero era un tema serio de conversación para Jessi, así que intenté que a mí también me importara.

Pasamos el día juntos en el parque y estuvimos charlando, luego comimos y dimos un paseo. Me explicó algunos de los trabajos más difíciles que había tenido y cómo superó sus bloqueos

creativos y le dije lo emocionado que estaba por tener esta oportunidad de trabajo. Le conté mi visión de mi propia carrera. Que quería codearme con la élite y que esta era la plataforma perfecta para que mi nombre saliera a la luz.

Jessi parecía apoyar todo esto.

Volvimos a su coche y colocamos a Caleb en su asiento. El día había sido agradable, pero el hecho subyacente era que no se había resuelto nada y no había respondido a mis preguntas; pero no podía culpar a Jessi, ya que yo tampoco las había hecho y si las hacía, sabía que intentaría esquivarlas.

Cuando llegamos al aparcamiento, quité el contacto del coche y suspiré. Ella me miró y tomé su mano entre las mías.

—Sabes que si alguna vez necesitas ayuda, apoyo, una niñera o alguien con quien hablar, puedes llamarme.

La miré profundamente a los ojos y sentí una gran conexión entre nosotros, hasta que un golpe en la ventana arruinó el momento.

—¿Vais en serio los dos, joder?

Me di la vuelta con el sonido de la voz de Justin. Su cara roja nos miraba desde el exterior. Jessi jadeó y salió del coche para encontrarse con su hermano.

—Justin, esto no es lo que parece. —Intentó tranquilizarlo.

—¿Qué coño haces con él? —inquirió él.

—Cálmate, amigo. Caleb está en el coche —le recordé, mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Me importa un bledo quién esté en ese coche ahora mismo. ¿Qué demonios haces con mi hermana?

—Puede que a ti no te importe quién está en el coche, pero a mí sí. Caleb no va a estar presente en esta discusión, así que tenlo presente —indicó a Jessi.

—Justin, ¿por qué estás aquí? No me llamaste para preguntarme si podías venir —replicó ella.

—¿Necesito llamar a mi hermana cuando quiero verla?

—¿Después de la mierda que hiciste en su porche? Sí. Yo diría que sí —intervine.

—Veo que tu mandíbula va mejor —dijo Justin.

—¿Su mandíbula? ¿Por qué pregunta por tu mandíbula? —Me miró, extrañada.

—No es asunto tuyo —contestó Justin.

—Lo es cuando hablas de ello en el aparcamiento de mi urbanización.

—Te lo voy a preguntar por última vez. ¿Qué coño hace él aquí?

—Fuimos al parque. Tranquilízate, Justin —repuso ella.

—No deberías verlo después de lo que hicisteis. Y sobre todo, después de que se aprovechara de ti de esa manera.

—¿Disculpa? ¿Y ahora quién se aprovecha de quién? —Me paré frente a él.

—Sí. Esa es una buena pregunta —me apoyó Jessi.

—Eso no va a pasar —aseguró Justin—. No en mi turno.

—Menos mal que no estamos bajo tu vigilancia —se mofó ella—. Vete a casa, Justin. Estás enfadado por nada.

—Esto no es nada. ¡Estabais a punto de besaros!

—¿Y cómo que eso es asunto tuyo? —Traté de hacerle comprender.

—Es mi hermana, es mi obligación.

Escuché a Caleb llorando desde el asiento trasero y Jessi abrió la puerta de su coche. No

podía decir si Justin estaba enfadado porque estábamos juntos o porque no lo sabía. De todos modos, su comportamiento era inaceptable. Tanto por el público que nos miraba, por la situación que rodeaba la ira, como por tener a Caleb tan cerca.

—¡Todavía no he terminado contigo! —Justin caminó hacia ella.

—Bueno, pues yo sí he terminado contigo. —Ella acunaba a Caleb.

—Estaré dentro con tus cosas en un segundo —aconsejé a Jessi para que entrara.

—No vas a ir a ninguna parte —Justin me sujetó la mano para que no me moviera y yo le puse la mano en la muñeca.

Torcí su brazo en la espalda y Jessi comenzó a gritar desde los escalones. Lo empujé hasta el suelo, donde quedó de rodillas mientras jadeaba salvajemente, gritando y diciendo que no iba a seguir jodiendo a su hermana.

—Tú no puedes elegir por ella —le advertí—. Así que lo que tienes que hacer es levantarte e irte.

—No vives aquí. No puedes echarme.

—Lárgate de aquí, Justin. O llamaré a la policía —exigió ella.

Liberé a Justin y se levantó del suelo. Antes de irse, lanzó un puñetazo al costado del coche de Jessi y lo abolló. Caleb lloraba desde el porche del apartamento, agarré sus cosas y subí las escaleras a toda prisa con las manos ocupadas.

—Vamos, Jessi, pasa adentro. —Abrí la puerta porque a ella le temblaban las manos.

Nada más entrar, se dirigió a la habitación y pude oírla como trataba de consolar al niño. Dejé las bolsas en el suelo y cerré la puerta principal por si Justin regresaba.

¿Qué coño le pasaba?

Me senté en el sofá hasta que disminuyó el llanto de Caleb. Media hora después, Jessi arrastró los pies hasta el salón con gesto cansado. Tenía los hombros hundidos y las mejillas rojas de tanto llorar. Abrí los brazos y entró en ellos con grandes sollozos que amortiguó contra el hueco de mi cuello.

—Todo irá bien —dije para calmarla.

Capítulo 25

Jessi

Se me puso la piel de gallina cuando deslizó sus dedos por mi espalda. Era reconfortante sentir su cuerpo rodeándome mientras mis emociones rugían. ¿En qué pensaba Justin? ¿Por qué se enfrentó a nosotros delante de Caleb? ¿No le importaba que lo escuchara su sobrino?

¿Mi hermano se había vuelto loco con esta situación?

—Lo siento —sollocé sin aliento—. No sabía que fuera a estar aquí.

—Está bien —dijo Chris—. Ninguno lo esperábamos, pero me alegro de haber estado aquí. Creo que quería sorprenderte a solas.

—¿Por qué reacciona de esta manera?

—No lo sé. No sé por qué está enfadado esta vez.

Sentí el calor que se acumulaba entre mis piernas cuando empezó a masajearme el cuello. Me moví hacia su regazo, nuestras caderas enfrentadas. Me rozó el cuello con la punta de los dedos mientras comenzaban a secarse mis lágrimas. Su caricia fue muy suave y sus movimientos intencionados.

—Ven aquí. Déjame darte un masaje —pidió Chris.

Me sentó en su regazo y abrió las piernas para acomodar mi cuerpo. Mis pezones se pusieron erectos bajo el sujetador cuando me agarró por los hombros. Movié los pulgares por el lugar correcto y solté un gemido. Entonces, se abrió paso por mi espalda, donde trabajó los músculos para aliviar la tensión.

Cuando deslizó las manos hacia la parte baja de mi espalda, me arrancó un jadeo.

Sus dedos eran diestros, giraban y recorrían mi columna vertebral y yo no dejaba de suspirar y gemir de forma involuntaria. Me di cuenta de que me había excitado cuando noté las bragas mojadas. Quería que me masajeara por todas partes, incluso en las piernas. Mis muslos, los brazos y los pechos. Quería su toque caliente en cada centímetro de mi cuerpo.

Quería que me ayudara a olvidar la discusión.

Recorrió mis muslos con las manos y me subió la falda. Las yemas de sus dedos masajearon mis piernas y me incliné hacia él mientras hundía su nariz en el hueco de mi cuello. Me estremecí con el contacto de sus manos cuando se abrió camino entre mis muslos.

—Relájate —me pidió Chris—. Todavía estás temblando.

Pero no estaba temblando porque estuviera enfadada.

Me giré para mirarlo y nuestros ojos se encontraron al tiempo que sus manos se movían detrás de mis bragas. Sin poder evitarlo, parpadeé por la sensación de sentir sus dedos internándose entre los pliegues de mi sexo.

—Relájate —repitió con un susurro—. Deja que te haga sentir mejor.

Quería fundirme con él, perderme en su calor. Alcanzó mi clítoris hinchado y empezó a rodar los dedos muy despacio, un ritmo perezoso que me quitaba el aliento y me dejaba con ganas de más.

—Chris.

—Shhh. Solo disfrútalo, pequeña.

Mi cuerpo se calentó con esas palabras. Abrí las piernas para él y me apoyé en su cuerpo. Recorrí los músculos de sus muslos con las manos al sentir que sus dedos trabajaban más rápido, presionando y cubriéndose de mi excitación.

Enterré mi cara en el cuello y lo besé. Traté de mover mis caderas al compás del toque de sus dedos. Un calor abrasador se inició en mis pies y ascendió lentamente por mis muslos, apretándolos y soltándolos cuando la pasión comenzó a crecer. Lloriqué contra su piel que amortiguaba mis sonidos, ambos sabíamos que ya estaba a punto de llegar a lo más alto.

—Eso es, dulce niña. Te lo mereces. Déjate llevar por mí.

—Chris. ¡Chris! Oh sí... Por favor, sí... Cualquier cosa por esto... Oh, mierda... Sí. Oh...

Temblé contra su cuerpo y doblé las piernas. No dejaba de mirarme, como si quisiera absorber la visión de mi rostro enrojecido por el placer. Mis tetas botaban con cada acometida de sus dedos en mi interior y mi coño palpitaba. Intenté gemir flojo, susurrar, y recé para no despertar a Caleb.

Y pude ver que Chris lo estaba disfrutando.

Su polla estaba presionando con fuerza en la parte baja de mi espalda.

Me tomó en sus brazos y me llevó a la habitación. Cerró la puerta tras nosotros antes de tumbarme en la cama y nos besamos con un movimiento suave y rítmico, mientras me masajeara como había hecho antes. Poco a poco la ropa fue cayendo de nuestros cuerpos. Sus zapatos, pantalones, calzoncillos y calcetines; todo hasta que quedamos desnudos, vestidos solo con nuestra piel y lujuria.

Mis manos temblaban mientras corrían por su espalda.

Lamió mis pezones y los mordisqueó hasta que clavé los talones en el colchón y me mordí los labios para no despertar a Caleb de su siesta. La electricidad que corría por mi cuerpo no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

No sabía cómo Chris podía proporcionarme tanto placer, pero no quería que se detuviera.

Nunca quise que se detuviera.

Rozó mi coño inflamado con su polla dura como una roca y lo agarré por el pelo; todo mi cuerpo temblaba mientras me penetraba centímetro a centímetro. Cubrió mis labios con los suyos para tragarse mis gemidos y me sujetó por las caderas para asegurarse de que no me iba a escapar.

Poco a poco, se abrió camino. Me temblaban los muslos y mis tetas saltaban con cada empuje de su cuerpo. Me quejé en su boca mientras sus manos me clavaban en el colchón y sonrió al comprender que me había dado cuenta de que esta vez él tenía el control.

Una y otra vez, se deslizó y volvió a entrar. Una lenta y tortuosa escalada mientras sus bolas golpeaban mi trasero. Me aferraba a él, arañando sus brazos con las uñas. Sus labios no se apartaban de los míos, de modo que podía gemir tan fuerte como quisiera sin despertar a Caleb.

Estaba cuidando de mí, de los dos.

Me penetró de nuevo y yo me desplomé en la cama. Mi coño se agarró a su polla para ordeñarlo. Cerré los ojos y vi mil estrellas que estallaban detrás de mis párpados. Rodeé su cuello con los brazos y me giró de forma que quedé a horcajadas, montada sobre sus caderas, con mis jugos que goteaban sobre su piel y temblando mientras enterraba la cara en su cuello.

—Siéntate, pequeña. Mueve esas caderas como sé que sabes hacerlo.

Con gran orgullo, me senté en su regazo. Él me acarició los pechos y me giré para sentir su polla con más intensidad. Deslicé las manos por mi pelo y las coloqué encima de la cabeza para darle mejor acceso a mis senos. Cada movimiento de sus dedos disparaba fuego a través de mis

venas mientras su polla se enterraba más profundamente en mí. Someterse a las demandas de Chris era embriagador.

Y lo hacía de buena gana porque en el fondo, deseaba hacerlo.

Me perdí en sus sentimientos. En el calor de su voz y la fuerza de su tacto. Caí dentro de él, plantando mis manos en su sólido pecho. Giré mis caderas profundamente mientras sus manos acariciaban mis caderas, mi pelo, mi espalda. Mis dulces movimientos se convirtieron en empujones y mis empujes en golpes. Sus caderas se elevaron para encontrarse con las mías y los dos fuimos catapultados a otro tiempo; a otro mundo donde solo existíamos nosotros dos. Mis tetas rebotaron contra sus mejillas y él se enterró en ellas besando, chupando y mordiendo su marca en mí.

—Chris... Mierda. Sí... hazme tuya.

Me agarró por los muslos con fuerza y me sostuvo en su regazo. Levantó las caderas de la cama y se movió con más intensidad. Sus pelotas golpeaban contra mi culo y me aferré a él. Se le habían nublado los ojos por el placer y su voz sonó ronca:

—Pequeña, sigue así... Déjame... justo ahí... sí... mierda...

Me arqueé y empujé con fuerza contra él por última vez. Su polla explotó dentro de mí y se derramó con fuerza. Lo ordeñé por todo lo que tenía, mientras mi cuerpo temblaba como una hoja en sus brazos. Por un segundo solo pensé en el maravilloso orgasmo que estaba disfrutando. Todo lo que existía era yo misma, el latido de mi corazón y el nombre que resonaba en los rincones de mi mente.

«Chris. Chris. Chris», grité en mi cabeza.

—Chris... Chris...Chris... —repetí en voz alta.

Me desplomé sobre él que me atrapó entre sus fuertes brazos. Rodé a un lado sin separarme, su polla todavía envuelta en mi calor. Seguí gimiendo su nombre como si fuera un disco rayado, hasta que me tocó suavemente la frente para limpiarme el sudor y abrí los ojos para mirarlo.

No podía dejar de jadear, mi pecho subía y bajaba en busca de aire y sentí que se deslizaba entre mis piernas para salir de mí.

—Chris —susurré sin aliento.

—Estoy aquí.

—Quédate.

Entonces cerré los ojos y lo último que recuerdo fue su agarre apretando mi cintura.

Capítulo 26

Christopher

Esa palabra fue como música para mis oídos. Acerqué a Jessi a mí y la acuné en mis brazos. La vi dormirse antes de que mis ojos se cerraran y la apreté contra mi pecho. Hacía años que no la sostenía tan cerca; en realidad, años desde que había abrazado a cualquier mujer así de cerca. No había habido ninguna antes de Jessi que me hiciera sentir así y tampoco después de irme.

Ella era el epítome de todo lo bueno y genuino de una mujer.

Nos dormimos con los cuerpos todavía sudorosos y, por primera vez en meses, mi sueño fue profundo y tranquilo. Cada vez que se movía, se acercaba más a mí. Colocó una pierna alrededor de mi cuerpo y apoyó la mejilla en mi pecho. Yo acariciaba su pelo incluso mientras dormía, era como si temiera que todo terminara al despertar.

Aunque sabía que tarde o temprano lo haría.

Caleb empezó a llorar en su habitación y me despertó. Estábamos abrazados y noté que ella comenzaba a moverse. Al mirar el reloj me di cuenta de que eran más de las tres de la tarde.

Demonios, habíamos dormido más de dos horas.

—Ya voy Caleb —dijo Jessi somnolienta—. Ya voy.

Salió de mis brazos y supe que no podía alejarla de él. Aunque deseaba hacerla retroceder, tumbarla en la cama y deslizarme dentro de ella, otra vez.

El último orgasmo la había transportado a otra dimensión, lo supe por su mirada. La forma en que repetía mi nombre sin esfuerzo, como un cantico ritual que hubiera estado enterrado demasiado tiempo.

—¿Quieres un café? —me preguntó con voz somnolienta al regresar al dormitorio.

Solo iba vestida con una bata y llevaba a Caleb en brazos. La melena despeinada caía por sus hombros y sonrió. Estaba más guapa que nunca. Ansiaba tenerla de vuelta conmigo en la cama.

—Me encantaría, gracias —repuse incorporándome.

—Iré a poner una cafetera. Si quieres darte una ducha o cualquier otra cosa, no lo dudes. Siéntete como en tu casa, aunque te advierto que, si usas mi jabón, terminarás oliendo a canela y manzanas.

—Nunca me he quejado de ese aroma. —Sonreí, al tiempo que salía de la cama.

Acepté su oferta y me di una ducha rápida. Tenía que regresar al trabajo y lo último que necesitaba era oler a sexo. Mientras me enjabonaba, pude oír a Caleb riéndose a lo lejos y me hizo sonreír de nuevo y pensé que la maternidad le sentaba muy bien a Jessi.

Me vestí con la misma ropa que había llevado y seguí el rastro del olor del café. Me apoyé en la puerta y vi cómo ella se movía por la cocina, mientras Caleb jugaba a dar golpes con una cuchara en su trona. Salpicaba el puré por todo el suelo y lo pasaba en grande. Reía, se chupaba los dedos y Jessi le hacía carantoñas.

Me recreé viéndolos así.

—Sé que estás ahí de pie —me advirtió sin mirarme.

—Solo estoy admirando las vistas.

—¿Te gustaría admirar con una taza de café en la mano? —ironizó abriendo un armario—. Todavía te gusta el café solo, ¿verdad?

Sirvió una taza y me la entregó. Miré a Caleb e hice una mueca al ver que estaba cubierto de algo verde.

—¿Qué está comiendo?

—¡Estamos introduciendo aguacates en la dieta!

—Parece que los disfruta.

—Le gusta que sean de color verde, pero puede que solo haya comido la cuarta parte de lo que lleva en la cara.

—Bueno, de alguna forma tiene que aprender. ¿Qué más come?

—Le encanta el puré de manzana. También el plátano machacado. No le gustan los guisantes, sin embargo sí le gustan las zanahorias dulces y suaves. Una vez que pasemos los aguacates, voy a probar las peras asiáticas. Creo que se pueden pelar, ponerlas en una licuadora y es como tomar un batido.

—Puedes poner cualquier cosa en una licuadora y hacerla como un batido —le expliqué.

—Tal vez, por eso todavía no le gusta la carne.

Hice una mueca al pensar en ello y bebí un sorbo de café. Me gustó mucho la experiencia de escenas tan familiares, ya que nunca las había tenido de niño. Estaba seguro de que podría vivir muchas más, si Jessi admitiera que era el padre de Caleb. En realidad, me preguntaba si me dejaría volver a tener algo así.

Sabía que mentía, que ocultaba cosas por muchas razones. La ira de Justin no tenía sentido y seguro que tenía algo que ver con las piezas que no encajaban. Era lógico que se enfadara porque nos acostamos cuando éramos más jóvenes, pero su exagerado comportamiento daba a entender que sabía algo más.

Algo más que yo desconocía.

¿El asunto? No estaba seguro de cómo sacarle esa información a Jessi. Ahora mismo tenía la guardia baja, pero si empezaba a husmear con preguntas, quizás nunca me dejaría volver a entrar. Y no quería arriesgarme a que me alejara de nuevo. Sabía que no me devolvió las llamadas porque se asustó por algo y pensó que si no contestaba, yo me iría.

Pero ella me importaba más que eso y también merecía respuestas.

—¿Jessi?

—¿Quieres unos huevos? Me apetecen huevos.

—No, el café está bien. Escucha, ¿podríamos hablar? —Ví como su espalda se ponía tensa mientras se paraba ante la encimera—. Ya no hemos abordado el tema desde la pelea que tuvimos en tu cocina y quiero aclarar las cosas, pero de manera civilizada. Como adultos. —La observé asentir con la cabeza, pero no comentó nada—. ¿Terminarás pronto? Podemos dejar a Caleb con sus juguetes y hablar después de que termine de comer.

—Ya se ha dicho demasiadas cosas delante de Caleb. Quien quiera hablar, tendrá que esperar a que esté al cuidado de Marcia.

—Es comprensible, me parece bien. ¿Pero estás de acuerdo en que tenemos que hablar?

—Creo que hay algunas cosas que deberíamos discutir, sí.

—Jessi, no hagas eso, no me des la espalda y me alejes de ti. Yo no estoy enfadado contigo y no soy Justin. —Traté de convencerla.

—Tengo que protegerme, Chris. Todo esto se ha descontrolado y tengo un hijo al que le va a afectar.

—Y yo respeto eso. De veras. ¿Cuándo crees que podrá llevárselo Marcia?

—Hasta el martes no trabajo, así que está libre hasta entonces. La llamaré para ver si puede cuidar a Caleb mañana. ¿Qué te parece?

—Perfecto. Ahora iré a la oficina para terminar unos asuntos y mañana estaré libre para reunirme cuando quieras.

—No tienes que hacer eso, Chris. Podemos quedar a la hora del almuerzo, como siempre. Al parecer es nuestro tiempo.

«Nuestro tiempo». Disfruté cómo sonaba viniendo de ella.

—Mañana en la hora del almuerzo —concreté—. ¿Vengo a recogerte a mediodía?

—¿Estás seguro de que no quieres huevos?

—Estoy seguro.

—A mediodía suena bien. Sírvete otra taza de café, si quieres.

Acepté la oferta antes de abrazarla y me fui. No quería mostrar ninguna otra señal externa de afecto mientras Caleb estuviera allí, porque no estaba seguro de cómo se sentiría Jessi al respecto. Quería respetar sus límites como madre, aunque no los compartiera.

Solo esperaba que nuestra futura conversación, aclarara muchas cosas y que me diera las respuestas que necesitaba.

Me dirigí a la oficina para tratar de adelantar un poco más de trabajo. Hice una coreografía para la primera grabación del programa que sería en dos semanas, pero no llegué muy lejos. Devolví las incesantes llamadas de la señora Cane y tuve una dura discusión con ella acerca de llamarme constantemente. No era la conversación que quería tener después de haber pasado un rato encantador con Jessi, pero fue mejor de lo que esperaba. La señora y yo fijamos horarios diarios para ponernos en contacto y tener largas charlas telefónicas sobre la evolución de los trabajos. Solo esperaba que eso disminuyera el constante timbre de mi teléfono.

Pero aún así no podía concentrarme.

Lo único que tenía en mente era hablar con Jessi al día siguiente por la mañana. ¿Cómo tomaría ella mis preguntas? ¿Cómo conseguiría que las respondiera? Las cosas estaban difíciles entre ella y Justin y lo último que necesitaba era meterme con gente como él. Pero había algo en su ira que me molestaba. Justin nunca se enfadaba sin una buena razón y ahora mismo no tenía ninguna.

Y no podía evitar el hecho de que la tuviera y yo estaba atrapado en la oscuridad por algo importante.

Tenía teorías con bastante sentido que me rondaban por la cabeza, pero cuanto más pensaba en ello, menos me concentraba en el trabajo. Me confundí con el papeleo y bailé una coreografía entrecortada. Después de dos horas de lucha me rendí y me fui a casa. No estaba siendo productivo y lo único que hacía era estresarme.

Necesitaba relajarme y prepararme para mi cita con Jessi porque, una vez que me sentara a hablar con ella, comenzaría el juego.

Capítulo 27

Jessi

Estaba nerviosa. Un desastre. No podía dormir y cada vez que me levantaba de la cama me encontraba de pie en la habitación de Caleb. Me sentaba en el sillón y observaba como subía y bajaba su pecho, con una respiración acompasada. Cada día lo hacía más como su padre, como el hombre al que me permití acercarme de nuevo. No tenía ni idea de cómo ni cuándo había cambiado tanto mi plan. De querer vengarme había pasado a quererlo de nuevo.

De vez en cuando me dormía recordando el pacífico silencio de mi hijo, porque tenía el presentimiento de que no se quedaría así por mucho tiempo.

Si no pensaba en Chris, lo hacía en Justin. En lo enfadado y sorprendido que estaba por el hecho de que Chris y yo estuviéramos juntos. Su rabia ciega hizo que no tuviera cuidado de lo que decía delante de su sobrino y eso no me gustó. El problema era que yo podía entenderlo, no quería y no necesitaba hacerlo, pero lo hice. Era su hermana y tenía un hijo con su mejor amigo. Y durante el último año y medio, en lugar de decirle a mi hermano quién era el padre, dije que no lo sabía.

El dolor que debía tener era inimaginable.

Me preocupaba reunirme con Christopher, porque sabía que se estaba dando cuenta. Miraba a Caleb de una forma extraña siempre que estaba cerca. Era fácil que intuyera que era su padre porque algunas veces, al mirarlos, creía percibir una conexión silenciosa que los unía y eso me dejaba sin aliento. Estaba soñando con él. Con nosotros como una familia. Podía ver a Chris sosteniendo a nuestro hijo, meciéndolo en la misma silla en la que yo me mecía a las tres de la mañana mientras me estrujaba el cerebro.

Buscando formas de arreglar todo esto.

El sol que brillaba a través de la ventana de Caleb me despertó, pero él seguía durmiendo profundamente, lo que probaba que estaba evolucionando lentamente. Poco a poco se hacía más grande y más fuerte. Más maduro.

Y todo sin su padre.

Me levanté de la silla y fui a la cuna de mi hijo. Puse la mano en la parte baja de su espalda y sentí el calor que irradiaba. Me incliné hacia la cuna y besé la parte posterior de su cabeza, sonriendo al escuchar sus pequeños ronquidos de bebé.

Desearía tener la paz que él desprendía.

En ese momento, recibí un mensaje de texto de Chris con la hora y el lugar para reunirnos a almorzar. Se trataba de un pequeño y pintoresco restaurante donde servían comida maravillosa y cócteles ligeros.

Me temblaron las manos mientras leía el mensaje y trataba de asimilarlo todo. Estaba sucediendo. Finalmente íbamos a hablar.

Llamaron a la puerta principal y corrí a abrir. Sabía que era Marcia, pero una parte de mí esperaba que fuera Chris. Que viniera temprano para hablar o simplemente para tomarme en sus brazos otra vez. Sabía que no podía sentirme así después de lo que había hecho y sabía que no

tenía derecho a pedirle nada más, pero su toque me habría tranquilizado el corazón y el alma.

Como siempre lo hacía.

—Buenos días, Jessi. ¿Ha desayunado ya Caleb?

Dejé entrar a Marcia mientras sacudía la cabeza.

—Lo creas o no, ni siquiera está despierto todavía.

—Oh, ¿en serio? Bueno, es la primera vez —dijo ella con una risita.

—Cada día hace un cambio nuevo —observé.

—¿Solo él?

Marcia mostro una sonrisa de oreja a oreja y fue directamente desde la cocina a la sala de estar y luego siguió por el pasillo hasta la habitación de Caleb.

«¿Solo él?»

¿Qué quiso decir con eso? ¿Se refería a mí? ¿Insinuaba que yo había cambiado de alguna manera?

Me puse a hacer café y a romper huevos sin pensar. Cogí un plátano maduro de la cesta y empecé a prepararlo para el desayuno de Caleb. Iba a ser una mañana larga. Cada minuto que pasara hasta el mediodía parecería una eternidad. Nunca había estado tan nerviosa por tener que hablar con otro ser humano en toda mi vida. Siempre estaba tranquila, incluso en las reuniones para posibles actuaciones. Se necesitaban perfiles fuertes en la industria del modelaje y procuraba dar lo mejor de mí.

Pero este almuerzo con Chris era diferente y estaba sudando la gota gorda.

Preparé el desayuno para los tres, a pesar de las protestas de Marcia para que me preparara para irme, pero yo buscaba la rutina diaria antes de enfrentarme a la conversación que teníamos pendiente. Quería tiempo para despejar mi cabeza porque sabía lo que se avecinaba. Hablaríamos de nuestra discusión y de cómo Justin se había acercado a nosotros después del parque. Empezaría a preguntarse por qué su mejor amigo estaba tan enfadado cuando solo sabía que habíamos follado hacía unos años.

Sumaría dos y dos. Se daría cuenta de que la ira de Justin no encajaba con lo que estaba pasando ahora.

Me senté y di un trago al café mientras Marcia alimentaba y cambiaba a Caleb. Me sentía como si estuviera en un vacío y viera mi cómo mi vida se desentrañaba desde fuera hacia dentro.

Me preguntaba el motivo que hizo volver a Chris a la ciudad y por qué demonios se marchó dos años atrás. ¿Por qué tuvo que ocurrir todo esto?

—¿Jessi?

—¿Sí?

—Son las once en punto. ¿No debería prepararse para su cita? —insistió Marcia.

—Claro. Sí. Lo siento. ¿Necesitas algo antes de que vaya a ducharme? —Me levanté y miré el reloj.

—No necesitamos nada. Ahora váyase o llegará tarde.

Regresé al baño con la taza en la mano. Marcia no dejó de mirarme todo el tiempo y supe que trataba de averiguar qué me ocurría. No me quitaba los ojos de encima. Dejé la taza del desayuno en la repisa de mármol del lavabo y me incliné para mirarme en el espejo. Estaba horrible, tenía ojeras y los hombros caídos, una visión de mí que no era muy común. Me quité la bata y la deslicé hasta que cayó al suelo. Era como si esperara que Chris estuviera allí para rodear mi cuerpo desnudo con sus brazos.

El agua estaba muy caliente y me alegré de que eso me activara. No podía ir a ver a Chris tal y

como estaba de aturdida. Se preocuparía por mí y no podríamos hablar de nada. Así era él; tenía un exterior duro y se hacía el imbécil arrogante, pero en el fondo era muy dulce y se preocupaba. Le importaba un bledo la gente que le rodeaba. Se hacía el gilipollas para estar al frente de su carrera y su reputación, pero yo lo conocía mejor que nadie.

Probablemente, ese era el motivo por el que falló mi plan desde el principio.

Terminé de ducharme y dejé el pelo al aire para que se secara, antes de elegir un vestido. No sabía si escoger algo bonito para intentar distraerlo o si sería más prudente llevar ropa casual, como unos vaqueros y una blusa. Ni siquiera sabía si daríamos otro paseo después de tomar algo o si iríamos en coche.

Suspiré y cerré los ojos mientras me apoyaba en la puerta del armario.

Perdida en mis pensamientos, recordé cuando estaba embarazada. Solía dar largos paseos yo sola cuando mi familia me regañaba. Mi madre rogaba que le dijera quién era el padre y mi padre me echaba en cara que me había dado la mejor crianza y educación que se le podía dar una hija, de modo que no comprendían mi actitud. También recordé mi estómago revuelto por la noche y como suplicaba en silencio a Chris que regresara, en un intento inútil de convencerme de que podía oírme. Noche tras noche me despertaba con el sonido de mis padres discutiendo y Justin intentando que se callaran.

Ni siquiera quería revivir la pelea que tuvimos cuando les dije que me marchaba de casa para independizarme.

El sonido del teléfono en la mesilla de noche me arrancó de mis pensamientos y me alegré de poder regresar al presente, porque se me había encogido el corazón.

Contesté sin molestarme en ver quién llamaba.

—Jessi Park al habla.

—Tienes que ir al hospital.

—¿Justin? —pregunté alarmada. Miré la pantalla del teléfono para confirmar que era la voz de mi hermano y lo puse de nuevo en mi oído—. Justin, ¿por qué estás en el hospital?

—No soy yo, se trata de papá. Ha tenido un ataque al corazón, Jess.

—¿Qué? —Me llevé una mano al pecho.

—Es serio. Tienes que venir inmediatamente.

—¿Cómo ha sido, Justin? ¿Cuándo ha ocurrido? —Buscaba mis zapatos por el suelo mientras hablaba.

—Esta mañana fui a ver a papá y a mamá y vi una ambulancia en la puerta. Jess, tuvieron que darle una descarga para reanimarlo antes de llevarlo al hospital.

—Mierda. Mierda... Estaré ahí enseguida.

—Jess, estoy tan...

—Podemos hablar de eso más tarde, Justin. Voy a salir ahora mismo en mi coche. Nos vemos pronto.

Colgué el teléfono y lo metí en mi bolso. Corrí hacia Marcia y le conté lo que ocurría. Besé a mi hijo en la cabeza y con lágrimas en los ojos bajé las escaleras de dos en dos.

Me temblaban las manos cuando llegué al coche y me faltaba el aire. No sabía si en ese mismo momento se estaría muriendo mi padre y no quería perderlo para siempre.

Al llegar al hospital, corrí hasta que me frenó un guardia de seguridad y tuve que dejar de llorar para poder hablar. Me acompañó al piso en el que estaba ingresado y cuando vi a mi madre, la abracé con fuerza. Justin me rodeó con un brazo antes de que Roxy me diera una palmadita en el hombro.

—Espero que no te moleste que esté aquí —dijo tímidamente.

—No me molesta, claro que no —repuse sin aliento. —Gracias por... ya sabes... estar ahí para mi hermano. ¿Cómo está mi padre? —Me giré hacia mi madre y la vi llorando—. ¿Mamá? ¿Cómo está de grave?

—Él... él... solo... pasó tan rápido. No estoy segura...

—Respira hondo, mamá —le aconsejó Justin—. Se va a poner bien.

—Era la hora del desayuno, yo estaba preparando café en la cocina y me di cuenta de que tardaba en despertarse más de lo normal, pero no imaginé nada de esto. Luego vi que tartamudeaba al hablar, gruñía como si le doliera y cuando fui a la habitación lo encontré en el suelo. Así de simple. Así de rápido.

Volví a abrazarla y ella sollozó, desconsolada.

—Se pondrá bien. —Traté de animarla—. Papá es fuerte. Siempre ha sido fuerte.

El médico salió a la sala de espera y se dirigió hacia nosotros.

—¿Dónde está mi padre? ¿Puedo verlo? —Pedí con impaciencia.

—Ahora mismo, no es posible. Me gustaría hablar con su esposa. —El hombre nos miró a los tres.

—Estoy aquí —dijo mi madre—. ¿Qué pasa con mi marido?

—El señor Park ha sufrido un ataque al corazón muy severo. Tenemos que llevarlo a cirugía y es necesario que firme usted el consentimiento para prepararlo para un doble *bypass*.

—¿Qué? —preguntó mi madre.

—Sus arterias están en mal estado y una angioplastia resultaría insuficiente. Necesita un *bypass*, tan pronto como podamos intervenirlos quirúrgicamente.

—¿No tuvieron los paramédicos que darle una descarga a mi padre? —Inquirió Justin—. ¿Es necesario que pase por el quirófano?

—No hay otra opción. Su corazón no aguantará más allá de unas horas si no ponemos solución —anunció el médico.

—Entonces, ¿qué demonios hace aquí? —Mi madre estaba muy nerviosa—. Proceda con la maldita cirugía.

El doctor entregó a mi madre unos papeles para que los firmara, mientras preparaban a mi padre.

El mundo pareció hundirse bajo mis pies cuando vi a mi madre llorando, al tiempo que firmaba los papeles. Le temblaba la mano con tanta violencia que no podía firmar. La tomé con cuidado por el brazo para tranquilizarla y finalmente pudo rellenar los formularios.

—Tiene que salir bien —susurró mi madre al levantar la mirada—. Tiene que salir bien.

—Saldrá bien. —Enmarqué su cara con las manos—. Papá es muy fuerte.

Comenzó a sonar el teléfono en mi bolso, pero lo ignoré y lo silencié. Después volví a recibir más llamadas que tampoco contesté y el bolso estuvo largo rato vibrando sin cesar. Cuando por fin lo saqué, bastante enfadada por molestarme cuando estaba con mi familia, miré quién era y se me cayó el alma al suelo

Con todo el caos y la locura de lo ocurrido, me había olvidado de llamarlo.

—Chris, puedo explicar...

—Ya he superado este juego, Jessi. —Su voz sonó muy enojada.

—Chris, tienes que saber...

—Estoy harto de este juego que estás haciendo. No tiene ningún sentido.

Miré a Justin, cuyo rostro se había transformado en una especie de frustración enfermiza.

—Ahora no es el momento de...

—¿No es el momento? —preguntó con brusquedad—. He estado más de una hora en ese maldito restaurante, Jess. Dijiste que nos sentaríamos y hablaríamos. Que nos reuniríamos y arreglaríamos las cosas. Merezco respuestas que sé que me estás ocultando.

—Chris, detente.

—Sé que esa es la razón por la que Justin está tan enojado. Sabe algo que yo no sé, ¿verdad? —Alzó la voz—. ¿Qué cojones sabe Justin que yo no sepa?

—¡Mi padre está en cirugía, Chris!

Hubo un largo silencio en el que mi familia se giró para mirarme.

—¿Qué?

—Imbécil —susurré para que nadie me oyera—. Ya que has estado sentado ahí durante una hora, ¿no consideraste que podía pasar algo grave? No, claro que no. Simplemente, decidiste que te había dejado plantado. Bueno, te diré que no todo el mundo reacciona como lo haces tú.

Chris respiró profundamente y yo temblaba de rabia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó por fin.

—Mi padre ha sufrido un infarto y ahora está en cirugía. Y no, no voy a ir a verte.

—Nunca esperarías o pedirías que hicieras eso.

—¿Pero sí esperabas que te hubiera dejado plantado en un estúpido café?

—¿Quieres que vaya al hospital? ¿Cómo está tu madre? ¿Cómo está Justin?

—No me importa a dónde vayas, pero no te atrevas a venir aquí. —Mi voz sonó amenazante—. No puedes llamarme por teléfono, gritarme, acusarme de ser igual que tú y luego venir a hacer de salvador cuando lo que eres, en realidad, es un idiota desconsiderado.

—Jessi, lo siento. Pero tenemos que hablar y pensé que íbamos a hacerlo hoy.

—Bueno, pues no es así. Hoy es el día en el que descubro si mi padre seguirá viviendo o morirá.

—¿Tan mal está?

—Por supuesto que es muy grave. —Las lágrimas me llenaban los ojos—. Un infarto como este siempre es malo. —Me cubrí la cara con las manos—. Tengo que dejarte.

—Jessi, espera.

—No. Esperé un año y medio. Un año y medio queriéndote, Chris.

Miré a mi hermano que me observaba atentamente. Los ojos de mi madre estaban inyectados de sangre, pero también prestaba atención a mis palabras y Roxy se giró hacia mí en su silla con un gesto de compasión en su rostro.

Quería romperle la nariz a aquella mujer.

—Jessi —Chris me llamó de nuevo.

—Tú eres el que se fue de mi vida. —Traté de refrescarle la memoria—. No tienes ningún derecho a pedirme nada. Cuando estés listo para decirme por qué te fuiste, estaré lista para responder a tus preguntas.

—Jessi, solo déjame ir al hospital. Déjame estar ahí para ti...

—No. —Fui rotunda—. Hablaré contigo más tarde.

Colgué, guardé el teléfono y me dirigí a mi asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Justin.

Me tocó una rodilla y una lágrima que resbalaba por mi mejilla cayó sobre el dorso de su mano.

—No estoy bien. —Sacudí la cabeza—. La verdad es que no.

Capítulo 28

Christopher

Llamé al hospital para ver cómo estaba Marcus, pero no pudieron decirme mucho porque no era de la familia. Eso me cabreó porque en el fondo sabía que lo era. Seguí trabajando y enterrándome en el papeleo de forma implacable. Ensayé una coreografía brutal hasta que mis músculos gritaron en silencio para que parara. Estaba fuera de control e indefenso ante las circunstancias. Era como si todo mi mundo se derrumbara alrededor y, además, había enojado a Jessi otra vez.

La única persona a la que quería hacer feliz.

Después del trabajo y cenar algo fui directamente a casa de Jessi. Necesitaba saber cómo estaba ella y también su padre. Me reconcomía saber que la había molestado, que había sido un insensible al dar por hecho que me había dado plantón.

Cuando llegué a su urbanización, fui a su casa y esperé que estuviera allí, pero en lugar de abrir la puerta, unos pasos se frenaron al otro lado.

—¿Jessi? ¿Eres tú? —Alcé la voz.

—¿Qué quieres?

—Quiero disculparme por la forma en que actué esta tarde. Tenías razón.

Contuve la respiración, esperando y rezando para que abriera la puerta. Me quedé allí durante lo que pareció una eternidad, arrastrando los pies de un lado a otro. Todo lo que tenía que hacer era abrir, ni siquiera entraría si ella no quería. Todo lo que deseaba era mirarla a los ojos mientras me disculpaba, para asegurarme de que estaba bien.

Como si el cielo se abriera, oí cómo descorría el cerrojo.

—Entra —me invitó—. Caleb ya está dormido.

Me condujo hacia la sala y vi que estaba hundida. Preocupado, cerré la puerta y la seguí.

—¿Cómo está tu padre?

—Está estable.

—Esas son muy buenas noticias. —Sonreí con alivio.

—Llevo en casa un par de horas. La niñera no podía quedarse más tiempo.

—¿Qué cirugía necesitaba?

—Doble *bypass*. La intervención ha ido bien, pero está agotado. Tendrá que adaptarse a otro tipo de dieta y llevar una vida más tranquila.

Me paré en la puerta y Jessi se quedó mirando fijamente hacia la pared. Incluso en su frágil estado, se veía increíble. Ella era así. La conocía en todas sus facetas y siempre resultaba impresionante. No sabía cómo podía hacerlo.

—¿Puedo sentarme? —pregunté con cautela.

—No me importa.

Me senté a su lado y la tensión fue muy evidente. Ella estaba en un extremo del sofá y yo en el

otro. No quise agobiarla, pero anhelaba alcanzarla. El deseo era palpable entre nosotros, incluso con las emociones que llenaban la habitación. Eso siempre había sido una constante entre nosotros. El deseo mutuo que teníamos el uno por el otro era tan abrumador, algunas veces, que resultaba difícil estar cerca a su lado. Asfixiante. Como sumergir mi cuerpo en una sauna de vapor en la que no pudiera respirar.

—Chris, no sé si puedo seguir viéndote así. —dijo sin mirarme. Su declaración me arrancó de mis pensamientos—. Están pasando muchas cosas, Justin no está feliz, mi padre no está bien y...

—Eso lo dices porque estás agobiada.

—No puedo seguir viéndote. —Sentenció ella.

—Me alejas porque temes dar un paso adelante.

—Te alejo porque es lo correcto.

—No, no lo es. —Me acerqué a ella—. Y tú lo sabes. Sé que lo sabes.

—Deja de acercarte a mí, Chris. No está ayudando.

—Porque tú también lo sientes, Jessi. Sientes esa conexión entre nosotros. Esa conexión que siempre ha estado ahí.

Extendí la mano para tocarla y vi las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Por favor, detente —pidió sin aliento.

—No. No lo haré. He vivido toda mi vida bajo la amenaza y el dictado de otros y, aunque crees que alejarte es lo correcto, sé que no lo deseas. No en tu corazón.

—¿Cuál es la diferencia? —Me miró fijamente—. ¿Qué sentido tiene?

—Mereces ser feliz y la diferencia es que uno tiene razón y el otro está equivocado. Si no, ¿por qué lloras?

Otra lágrima se deslizó por su cara y la atrapé con el pulgar. Ella se inclinó hacia mí, sin poner resistencia y permitiéndome que la tomara en mis brazos y la besara lentamente.

—No me alejes, Jessi —rogué con desesperación—. No lo hagas porque, esta vez, no me voy a ir tan fácilmente.

Presioné mis labios contra los suyos y ella se abrió a mí. Nuestras lenguas chocaron con anhelo y la abracé con fuerza. Enseguida mis manos recorrieron sus muslos y le subí la falda hasta la cadera, mientras ella me sujetaba por el pelo.

Sus lágrimas me mojaron el rostro cuando deslicé la boca hasta su cuello y le mordí con suavidad. Moví las manos bajo su falda y la masajeeé hasta que la escuché gemir en mi oído. Ella frotó mis hombros y recorrió la tela de mi camisa. Me estremecí al sentir sus uñas por mi piel y la agarré por las nalgas.

Cobijé su cuerpo con el mío y apreté mi polla contra ella. Bajé los pantalones hasta las caderas y liberé mi erección que estaba deseosa de acurrucarse dentro de ella. Moví sus bragas mojadas a un lado y tanteé su entrada, deslizándome en su humedad mientras me mordía en el cuello.

—Joder, Jessi —dije con un susurro—. Estoy tan excitado.

Movió las caderas y capturó mi polla en su sexo. Centímetro a centímetro me deslicé dentro de ella, su cuerpo tembló al ajustarse a mí como la primera vez. Nunca podría olvidar la forma en que su coño se amoldó a mi tamaño cuando le robé la virginidad. Estaba tan apretada que mi miembro goteaba de excitación. Su humedad cubría mis bolas y sus muslos temblaron contra mí. Era como la primera vez, sin duda, como cuando gimió mi nombre en mi oído y me dijo que yo era el único hombre para ella.

La noche en que sentí algo diferente al tocar a una mujer.

Me agarré con fuerza a su delicioso culo y la empujé contra mí. Me metí en ella, separando sus paredes y sintiendo cómo palpitaban alrededor. Me sacó la camisa por la cabeza y dibujó senderos con los dedos sobre mis músculos. No dejaba de besarla y se abrazó a mí, que la encerré entre mis brazos como si pretendiera fundirme con ella.

El olor de su cabello, de su excitación... El calor del momento.

Agarró en dos puñados el cojín del sofá y chocó sus caderas con las mías. Joder, siempre supo cómo montarme. Justo como me gustaba. Justo como le enseñé. Golpeé contra ella mientras frotaba su clitoris con mi piel. Con cada empujón, sus piernas se sacudían y sus tetas rebotaban.

—Chris. Sí. Estoy tan cerca. No te detengas... Por favor. No... justo ahí. Sí... justo ahí... justo ahí.

—Vamos, pequeña. Córrete para mí. Ordéname, como solo tú sabes hacerlo.

Jadeó cuando su cuerpo empezó a tensarse. La cabeza me daba vueltas mientras las estrellas empezaban a estallar delante de mis ojos. Mis bolas se metieron en mi cuerpo tan apretadas que pensé que se vaciarían en mi estómago. Busqué con ansia su boca y chupé su labio inferior mientras gemía cada vez más fuerte.

Entonces, su cuerpo empezó a temblar. Se agitó, se contrajo y se derrumbó contra el mío.

—Christopher. Sí. Oh, Dios mío. Oh. Sí. Sí.

Su coño había engullido mi polla hasta el fondo y exploté dentro de ella, vertiéndome contra sus paredes. Bomba tras bomba de semen caliente que pintaba su sexo hasta que nuestros jugos combinados, se deslizaron entre sus piernas. Todo mi cuerpo se bloqueó mientras mis piernas se tensaban. Mi agarre alrededor de ella se apretó y tiré tan fuerte que me mordió en el hombro, pellizcó y besó mientras que los dos nos sacudíamos juntos.

Me faltaba el aliento y ambos pugnábamos por respirar. Mi polla relajándose en su interior mientras ella no hacía ningún movimiento para levantarse, ni yo tampoco. Le di un masaje en la espalda cuando la escuché suspirar, para que así pudiera liberar la tensión que había acumulado a lo largo del día. Sentí que sus hombros comenzaban a temblar cuando una humedad goteaba sobre mi piel.

Salí de entre sus piernas y froté sus hombros.

—Todo va a ir bien, Jessi. Tu padre se va a poner bien.

Comenzó a llorar de nuevo y sus sollozos martilleaban mis tímpanos. Me angustiaba oír su dolor, se me desgarraba el corazón y quería evitar que pasara por todo aquello. Quería cargar su sufrimiento en mi propio cuerpo para que no tuviera que lidiar con él. La besé en el rostro y en el cuello. Le di un masaje en los muslos, me acerqué tanto como me permitió y le ofrecí mi hombro para que llorara.

Cualquier cosa que pudiera hacer para estar con ella y que se calmara.

Capítulo 29

Jessi

Salí directamente de mi última sesión de fotos y me dirigí al hospital. No se esperaba que mi padre fuera dado de alta hasta dentro de unos días y quería darle un respiro a mi madre. Había hecho una maleta y se había quedado al lado de mi padre, pero no se estaba cuidando a sí misma en el proceso. No se duchaba ni comía bien. Constantemente acosaba a papá y le causaba más estrés que alivio. Me dirigí al hospital y después de estacionar el coche, me tomé un momento para respirar.

Me dije de nuevo que mi padre se pondría bien y entré en la habitación. Él estaba durmiendo y mi madre se había inclinado sobre la cama, con la mejilla presionada contra su mano. Me dolía el corazón por los dos. Por el dolor que tenía mi padre y el miedo que experimentaba mi madre. Estaba estabilizado, pero llevaba oxígeno hasta que redujera sus niveles de estrés y se curara de la cirugía.

Sabía que mi visita tendría que ser corta para que pudiera estar descansado y lo entendí. Solo esperaba que mi madre se tomara el tiempo para darse una pequeña ducha.

—¿Esa es mi princesa?

La cabeza de mi madre se levantó de la cama mientras yo sonreía desde la puerta.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Como si pudiera tomar una hamburguesa doble. Aquí no me dan nada de comer.

—Marcus, eso no tiene gracia —le regañó mi madre.

—Mamá. ¿Por qué no vas a asearte? Me sentaré aquí con papá hasta que termines.

—Sí, cariño. Ve a lavarte los dientes. Me estás quitando el apetito —bromeó él con una sonrisa.

—Si no estuvieras convaleciente, tendrías problemas —amenazó ella en broma.

—Yo también te quiero, cariño. Ve a asearte. Jessi puede cuidarme.

Alcancé la mano de mi padre mientras mi madre se dirigía al baño. Lo besé en los nudillos y sonrió débilmente. Intenté contener las lágrimas mientras lo miraba a los ojos. Los ojos del hombre que casi había perdido dos días atrás.

—No puedes asustarme así, papá. ¿De acuerdo?

—Ah, solo fue un pequeño ataque.

—Una cirugía de doble *bypass* no es nada pequeño. Y sabes que ya no puedes comer dobles hamburguesas.

—Lo sé, lo sé. Mis hábitos alimenticios tienen que cambiar. ¿Pero no puedo comer un filete o algo así? Puedes cocinarlo en una sartén antiadherente sin mantequilla ni aceite.

—¿Te hacen comer ensaladas?

—Peor. —Hizo una mueca—. Batidos saludables. Todavía no sé cómo los bebas por las mañanas.

—Te acostumbrarás a ellos. A medida que tu cuerpo se ajuste a la nueva dieta, podrás añadir algunos ingredientes interesantes, como frutas y nueces. Incluso algunas semillas de chía.

—Una barrita de cereales con chocolate.

—Papá... —dije con una risita.

—Ven aquí, princesa. —Abrió los brazos.

Me incliné para abrazarlo y una lágrima rodó por mi mejilla. Respiré con dificultad y él me abrazó aún más. No podía imaginar mi vida sin mi padre. A pesar de la lucha que habíamos mantenido cuando le dije a mi familia que estaba embarazada, él lo era todo para mí. El proveedor de la familia y al que siempre acudíamos para que nos guiara. Mi feroz protector y mi mayor campeón en lo referente a mi carrera. Siempre dispuesto a ayudar. Era un buen hombre.

Un hombre que no podía ser reemplazado.

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero quería venir a verte después de mi sesión de esta mañana.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó, mientras me liberaba.

—Bien. Tienes delante a la nueva portavoz de *Curvy Leggings*.

—Eso es fantástico, cariño. Supongo que su producto es bueno.

—Muy bueno. Ya tengo cuatro pares y seguiré añadiendo más a medida que salgan a la luz.

—Mi hermosa princesa. Estoy muy orgulloso de ti.

Cuando mi madre salió del baño, me despedí y me marché de la habitación con los ojos clavados en el suelo. Notaba un gran peso sobre los hombros. Mi vida se encaminaba en muchas direcciones y por primera vez me sentía inestable emocionalmente.

Bueno, excepto cuando Chris se fue.

Caminaba tan perdida en mis pensamientos que choqué con alguien y casi me tiró. Mis cosas cayeron al suelo y me agaché para recogerlas cuando unas manos me sujetaron por los brazos y levanté la cabeza para ver quién era.

Era Justin. Y no parecía disgustado.

—¿Podríamos ir a cenar y hablar?

—Uhm... seguro. Sí. ¿No has venido a ver a papá?

—Puedo verlo después de la cena, lo que quiero es hablar contigo.

Seguí a mi hermano hasta la cafetería del hospital. Elegí algunas cosas del menú y di un trago a mi bebida. Iba a necesitar mucha caféina para pasar esta conversación y no quería estropearla.

Por mucho que mi hermano me hubiera molestado, lo echaba de menos.

—Jessi, quiero disculparme. Ya sabes, por cómo me he comportado últimamente. —Asentí con la cabeza mientras llevaba la pajita de mi bebida a los labios—. Si quieres estar con Chris, no puedo impedir que lo hagas. Después de nuestro último encuentro, vi lo mucho que se preocupaba por ti. Lo rápido que estaba dispuesto a dar un paso adelante y asegurarse de que estabas a salvo.

—Siempre ha sido así —le expliqué—. Es muy amable, a pesar de su comportamiento anterior.

—Vi que os habíais acercado y me enfadé, pero no porque estuvierais juntos. Ha esperado casi dos años para decirme que tuvisteis algo y nunca ha mencionado que estabais volviendo a empezar. Cuando descubrí el secreto que involucraba a mi mejor amigo, perdí la cabeza.

—Lo que haga con Chris no es asunto tuyo —repliqué.

—Y lo respeto, por supuesto. También sé que tendré que apoyaros, especialmente cuando mamá y papá sepan que estáis juntos. Pero Jessi, tienes que decirle que es padre. Tienes que decirle que Caleb es su hijo.

—Lo sé. Y estoy dispuesta a hacerlo pronto. Lo prometo.

—No. Pronto no. Ahora.

—Megan y tú, creéis que es muy fácil, pero no lo es. No puedes sentar a alguien y anunciarlo

de repente. Es algo muy importante. Justin, no esperaba volver a verlo. ¿No lo comprendes?

—Sí, lo comprendo. Pero hasta Roxy se dio cuenta del parecido entre Caleb y Chris. Es solo cuestión de tiempo que todos los demás lo vean, incluido él. Eso si no lo ha hecho ya.

—Espera, ¿crees que Chris lo sabe? Justin, si le has dicho...

—No le he dicho nada. Pero es hora que te tengas un par de ovarios y seas una mujer para manejar esta situación. No sé por qué no se lo has dicho hasta ahora y no me importa. Pero si quieres mi consejo, tienes que decírselo y dejar de hacerte la víctima.

—Me dejó, Justin. No fue al revés.

—Jessi, nos dejó a todos. No fuiste la única afectada por su ausencia. Ese hombre es mi mejor amigo. Crecimos, todo el tiempo juntos, pero por eso no estoy continuamente reprochándoselo.

—No te dejó embarazada —espeté con rabia.

—Fue tu elección acostarte con él sin protección. Chris es un buen tipo y merece saber que es padre. Deja de actuar como una víctima y habla con él, Jessi.

—No tengo ni idea de lo que tenemos ahora mismo. No sé si estamos en una relación o haciendo el tonto. No tengo ni idea de si se va a quedar o se va a ir de repente la semana que viene. No lo sé porque no confío en él.

—No creo que sea eso. No sé qué es, pero no es eso —murmuró como si hablara solo y me miró—. Jessi, si supiera que es padre, sería una razón para quedarse.

—No quiero que se quede por Caleb.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que se quede por mí.

Un silencio cayó sobre la conversación mientras me desplomaba en mi silla. Lágrimas que no sabía que se estaban gestando en mis ojos se deslizaron lentamente por mis mejillas. Crucé los brazos sobre mi pecho y sentí un dolor en la boca del estómago.

Entonces, respiré profundamente.

—Lloré hasta quedarme dormida durante semanas, Justin. Chris se fue, cambió su número y eso fue todo. Pensé que había hecho algo malo, que se había ido por mi culpa. Y durante semanas, quise que volviera a por mí como prometió.

—¿Cómo? —Me miró extrañado.

—Me prometió el mundo. Que encontraría su camino en su carrera y me llevaría con él. Me prometió un futuro, luego se fue y nunca regresó. —Sentí que mi hermano me miraba fijamente mientras cerraba los ojos—. Cuando descubrí que estaba embarazada, soñé durante meses que él volvería a por mí. Estaría descalza y embarazada en el porche, él saldría de su coche muy orgulloso y me estrecharía en sus brazos. Me diría que todo iba bien, que era un hombre de éxito y que ya no se iría más. Cada noche, me consolaba con ese sueño. Que un día seríamos una familia. Que me diría que me amaba como yo sabía en el fondo que lo hacía. Pero nunca volvió a aparecer, Justin. Tuve que luchar yo sola contra mamá, papá y contra ti. Sola. Luego di a luz a su hijo y eran tan parecidos que cada vez que lo miraba lo veía a él. Lloré mucho. Ese hombre me robó la belleza de mi embarazo y la felicidad de los dos primeros meses de vida de mi hijo. Así que perdóname si todavía no lo he superado.

Estaba tan confundida. Yo era la que se suponía que estaba manejando a Chris y, sin embargo, me encontraba en el mismo sitio que un año y medio atrás. Sin saber si él sentía lo mismo que yo y si sabía el daño que me estaba haciendo.

Todo era un lío, parecía que flotara en el espacio y me faltaba el aire.

Sentí que el brazo de alguien me rodeaba los hombros y al alzar la mirada me topé con los ojos

de mi hermano.

—Entonces empieza con eso —aconsejó Justin—. Cuando hables con Chris, y tiene que ser pronto, coméntale lo que me has dicho. Dile la verdad y luego cuéntale todo desde ese momento. Es muy probable que no tenga ni idea de cómo te sientes. Es un hombre, después de todo, ya sabes que no entendemos de estas cosas —bromeó para consolarme.

—Me va a odiar.

—Puede que sí, pero no odiará a su hijo. Mataría por asegurarse de que Caleb esté bien y tienes que darle esa oportunidad.

Suspiré y dejé que mi hermano me abrazara mientras seguía llorando. Sabía que tenía razón. Tenía que sentarme y hablar con Chris. Tal vez si fuera sincera con él, entonces él lo sería conmigo y me diría por qué se fue. Tal vez era hora de que dejara de lado este plan infantil de hacerle daño.

—Está bien —acepté—. Hablaré con él pronto.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Justin. Hablaré con Chris pronto.

—Bien, porque los dos necesitáis arreglar esto.

Me incliné más hacia el abrazo de mi hermano. Hacía mucho tiempo que no me consolaba así. Echaba de menos esta cercanía con él y con mi familia. Nuestra relación era muy tensa desde que tuve a Caleb y quería que volviéramos a estar unidos.

Pero eso significaba hablar con Chris.

No podía volver a poner nada en marcha hasta que hablara con el padre de mi hijo.

Capítulo 30

Christopher

Estaba harto de esperar y harto de pelear, pero sabía que tenía que ser paciente. Con Marcus hospitalizado, sabía que ella se dedicaría a ir a sus sesiones de fotos y regresaría al hospital. Necesitaba saber qué pasaba entre nosotros y en qué nos estábamos convirtiendo. No era mucho pedir y quería saber el gran secreto por el que mi amigo estaba dispuesto a darme una paliza.

Esperé su llamada telefónica pero no llegaba y sabía que no podría seguir trabajando en el maldito programa de televisión hasta que la viera.

Hasta que habláramos.

Agarré mis llaves y conduje hasta su casa. Al ver su coche estacionado me sentí aliviado. Aparqué a su lado y subí las escaleras, preparándome para la reacción que iba a tener cuando me viera.

Llamé a la puerta y escuché el sonido de una mano girando el pomo. Enseguida me encontré ante una Jessi muy cansada con un Caleb dormido en sus brazos.

—¿Chris? ¿Qué haces aquí?

—Quería saber cómo estás.

—Pasa. Estaba a punto de llevar a la cama a Caleb.

Pasé junto a su cocina y recordé aquella mañana en la que fue muy fácil para los tres. Jessi vestida con una bata y cocinando huevos mientras Caleb trataba de desayunar solo. Yo bebí una taza de café que ella me había preparado y nos rodeaba una surrealista estampa familiar. Yo quería vivir aquello con ellos; tanto si Caleb era biológicamente mi hijo como si no.

Entré en la sala de estar y me senté en el sofá. Escuché a Jessi arrullando a Caleb, lo que significaba que debía haberse despertado en sus brazos. Respiré hondo y esperé pacientemente a que pudiéramos hablar.

Odiaba no sentirme capaz de acercarme a ella sin que se escondiera.

—Lo siento. Caleb se ha despertado en cuanto lo he dejado en la cuna. —Jessi se acercó a mí.

—No tienes que disculparte por eso. ¿Cómo está tu padre?

—Continúa estable. Todavía lleva oxígeno y están esperando para asegurarse de que su *bypass* funcione. Pero estoy preocupada por él.

—¿Ha pasado algo?

—No. No hay síntomas de que pueda sufrir otro infarto, pero tengo miedo. Ellos... —Suspiró como si se ahogara y cerró la bata sobre su pecho—. Los médicos tuvieron que reanimarlo en la ambulancia, cuando iba hacia el hospital y tengo miedo.

—Lo siento mucho.

—Me preocupa que aparezca algo más y perderlo. Así de simple. Mientras estoy en un rodaje o durmiendo, no dejo de pensar en ello.

—Lo entiendo. Quiero decir, no lo entiendo. Pero lo entiendo. —Traté de explicarme.

—Cada vez me resulta más difícil concentrarme en las sesiones de fotos. Tomé el puesto de portavoz de *Curvy Leggings* y tengo demasiada presión. Nunca me había ocurrido algo así en mi

profesión. Me temo que no estoy dando lo mejor de mí y creo que debería abandonar este trabajo para estar cerca de mi padre.

—Estás abrumada.

—Es una forma de decirlo.

—¿Quieres salir un poco?

—Caleb está durmiendo. No puedo dejarlo aquí, Chris.

—Ya lo sé. ¿No está disponible tu niñera? O tal vez tu madre quiera pasar un tiempo con Caleb para airearse del hospital.

—Entonces, ¿quién se va a quedar con mi padre?

—¿Dónde está Justin?

Asintió con la cabeza y suspiró. Necesitaba un poco de tiempo libre. Necesitaba un momento para despejar su cabeza. El trabajo y el hospital la estaban agobiando y la responsabilidad de cuidar a Caleb era otro añadido que la arrastraba hacia el agotamiento.

—Podríamos ir a tomar un café. Hablar de cualquier otra cosa que no sea lo que está pasando.

—Suena bien.

—Entonces llama a alguien. Pide ayuda, Jessi. No es tan malo.

Sus ojos se fijaron en los míos y sentí que quería decir algo. Podía verlo bailando en el borde de sus labios, esperando a que le dieran vida. Me acerqué y tomé su mano, acunando una parte de ella contra mí.

—Si quieres decirme algo, puedes hacerlo —susurré.

—Voy a buscar mi teléfono y llamaré a mi madre. —Se levantó con rapidez.

No es lo que esperaba, pero lo aceptaría. Alejarla del estrés la ayudaría a abrirse. Escuché su voz por el pasillo mientras hablaba y esperé a que volviera.

Luego, unos minutos más tarde, regresó con una sonrisa en su rostro.

—Mi madre se lleva a Caleb por esta noche.

—Perfecto. Así tú podrás descansar.

—Nunca he estado sin Caleb —me confesó.

—¿Nunca ha pasado una noche con tus padres?

—No. Siempre lo he tenido. Todas las noches desde que nació.

—Sabes que te mereces ese tiempo, ¿verdad? Para dormir y descansar y ser tú por un tiempo.

—Pero es toda la noche —protestó.

—Entonces llámala y dile que solo quieres que se lo lleve por la tarde.

No quería que esto se convirtiera en otra lucha. Vi el conflicto rodar por sus ojos llorosos y cómo le temblaban las manos. Sus mejillas se sonrojaron y tragó saliva con fuerza.

Me levanté del sofá y fui hacia ella.

—¿Me convierte en una mala madre si quiero que se vaya?

—No, claro que no.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. Eres madre, pero sigues siendo una persona. Una mujer con deseos y necesidades y cosas que necesita hacer. Míralo de ese modo. Con todo lo que tu madre ha pasado en los últimos días, ver a Caleb y estar un tiempo con él, le vendrá bien.

—No lo he pensado de esa manera.

—Deja que Caleb se quede con tu madre. Deja que pase tiempo con él para que pueda dejar de pensar en otras cosas. Saldremos a cenar y hablaremos de lo que quieras.

La sonrisa que cruzó su rostro hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Voy a prepararlo para que pase la noche fuera. —Se alejó hacia su dormitorio.

—Y arréglate tú también. Lo dejaremos y luego saldremos un rato.

—Bien. Suena bien.

Agradecí haberme vestido un poco más elegante aquel día. Llevaba vaqueros negros ajustados y una camisa azul con botones. Recogí algunas cosas de la cocina y de la sala de estar, esperando que no le molestara que le echara una mano. No quería que sintiera la necesidad de limpiar la casa al estar Caleb casa de su madre. Deseaba que disfrutara de su tiempo libre y que no quisiera hacerlo todo ella.

Caleb se despertó justo a tiempo para que le abrocháramos el cinturón y nos pusiéramos en camino.

Conduje el coche de Jessi a la casa de sus padres. Le di un poco de espacio para que dejara a su hijo y pude ver que todavía luchó con sus emociones. Su madre parecía eufórica por tenerlo allí. Sus ojos cansados se iluminaron y la palidez de su piel pareció cambiar inmediatamente. Tener a Caleb sería bueno para ella y también para Jessi.

Solo esperaba que esa noche no me lo pusiera difícil.

Su madre miró hacia mi coche y pude ver sorpresa en su cara, aunque no pareció enfadada. Sonrió y me saludó con Caleb en sus brazos. Yo le devolví el saludo, pero no quise salir del coche por si Jessi no estaba preparada para abordar esa conversación con sus padres.

Pero podría jurar que su madre estaba feliz de verme allí.

Regresó al coche y miró hacia la base del asiento de Caleb. Parecía atormentada por la culpa y decidí aliviar aquel sentimiento. Me incliné hacia ella y estreché su mano que reposaba en su regazo. Luego, crucé la ciudad y la llevé a su restaurante favorito.

Bueno, al menos era su favorito hace un par de años.

—Oh, no he estado en Bestia desde hace tiempo.

—¿En serio? Este era tu lugar favorito cuando todavía estábamos juntos —le recordé.

—No podía soportar la idea de estar aquí después de que te fueras —reconoció en voz alta.

—Bueno, eso cambia esta noche. Vamos... Yo invito.

—¿Recuerdas lo que hacíamos? —Me miró sonriendo.

—Dividíamos el pollo parmesano y conseguíamos salsa extra junto con una botella de vino.

—¿Te apetece un viaje por el camino de los recuerdos?

Mantuve su mano en la mía y asentí con una sonrisa.

El camarero nos condujo hacia una mesa en un rincón y no tardamos mucho en pedir la cena. Resultaba familiar estar allí con Jessi, como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿No fue aquí donde cenamos por primera vez? —preguntó.

—Así fue. Incluso, recuerdo lo que llevabas puesto.

—No, no lo recuerdas.

—Sí. De verdad. Llevabas unos vaqueros desgastados y una camiseta negra ajustada que no le gustaba a tu padre. Lo recuerdo porque estabas convencida de que íbamos a pasear por el parque aunque yo estaba vestido de traje.

—Oh, mierda, ahora lo recuerdo. —Se llevó una mano a la cabeza.

—Es uno de mis recuerdos favoritos de ti.

—No para mí. Mi favorito es aquel en el que dimos ese paseo por el parque.

—¿En el que encontramos nuestro árbol? —La miré con nostalgia.

—Aunque la gente suele tallar sus iniciales en un árbol.

—Pero yo quería clavarte en él.

—Y se cumplió tu deseo.

—Dos veces. —Sonreí con picardía.

—Siempre fuiste así de malo. Todavía lo eres.

—Oye, no soy el único culpable. Tú también participabas en todos nuestros encuentros —le regañé en broma.

—¿Yo? ¿La pequeña inocente?

—Oh, ambos sabemos que no eres inocente —susurré.

—Eh. La inocencia es aburrida, pero la vida lleva condimento. ¿Por qué no disfrutarla?

—Así que cuéntame más sobre este asunto de las mallas curvas que estás promocionando. ¿Cuándo empezó?

—El lunes tuve la primera sesión de fotos como portavoz. Se supone que vamos a rodar un par de anuncios y un vídeo en YouTube la semana que viene.

—Eso es muy pesado —reconocí.

—Es la primera vez que yo también hago algo así. Pero pagan muy bien. Verás. Cuando me enteré del sueldo, tuve que apretar la rodilla de Pierre para mantener mi cara de póker.

—Eso me pone celoso.

—¿Por qué? ¿Quieres que te apriete la rodilla también?

Sentí que algo me subía por la pierna cuando el camarero puso la botella de vino sobre la mesa. Miré debajo del mantel y encontré el pie desnudo de Jessi subiendo por mi muslo. El calor inundó mis venas y mi polla empezó a temblar. Quería alejarme y seguir disfrutando de la conversación, pero también quería llevarla al baño y hacer lo que quisiera con ella.

Mierda. ¿Qué me estaba haciendo esta mujer?

—Es un trabajo perfecto para lanzarte al mundo de la publicidad.

—Eso pienso yo —dijo Jessi como si nada.

—¿Pierre y tú tenéis alguna idea de cómo utilizar esa promoción en tu beneficio?

—Tiene algunas, pero no podremos hacer nada hasta que cumpla mi contrato con Curvy Leggings.

—¿Cuánto dura el contrato?

—No tiene una duración definida. Me van a fotografiar en todas sus publicaciones de verano y otoño, probablemente durará hasta final de año. Hay dos comerciales, el video de YouTube y una entrevista personal que quieren hacer cuando termine el contrato.

—¿Y no firmaste una renuncia a la exclusividad?

—No soy idiota —replicó.

—Nunca dije que lo fueras. Simplemente estamos hablando.

—¿Qué hay de ti y de ese programa de televisión. ¿Cómo va todo?

Apoyó su pie desnudo justo entre mis piernas y me costó todo lo que tenía para no aplastarlo. Su tacto era cálido y sus dedos se curvaban sobre mí. Sabía lo que estaba haciendo y sabía que yo lo adoraba.

—Eh, va bien, pero he estado un poco distraído, últimamente. Preocupado por ti y por Marcus.

—¿Has estado preocupado por mí?

—Por supuesto. Siempre me he preocupado por ti.

—¿Por qué?

Esa fue una buena pregunta. Estudié la reacción de Jessi cuando su pie se asentó en sus movimientos. Me agaché y lo coloqué sobre mi muslo y luego comencé a masajearlo. La vi relajarse contra su silla mientras cerraba los ojos, el resto del restaurante se desvanecía en el

fondo.

Estaba enamorado de aquella mujer y eso me asustaba mucho.

—Me preocupo por ti porque vale la pena preocuparse por ti.

—Me gusta.

—Entonces seguiré haciéndolo. —La ambigüedad de nuestras palabras me hizo masajear más fuerte su pie.

Cuando llegó la comida, tuve la excusa perfecta para ir a lavarme las manos. No es que sus pies estuvieran sucios, pero necesitaba echarme un poco de agua en la cara. Entre querer tenerla en mi regazo y admitirme a mí mismo que estaba enamorado, me encontraba fuera de control.

Ahora sabía cómo se había sentido Jessi durante mucho tiempo.

Cuando regresé seguimos charlando. La informé sobre algunos detalles del programa de televisión y ella siguió hablando de la sesión de fotos que estaba haciendo. Como su producto era realmente bueno y se sentía honrada de ser la cara de su línea de chicas con curvas. Hablamos de los planes a largo plazo y me di cuenta de que quería hacer una sesión de fotos para la ciudad de Nueva York. Mudarse allí y tener una vida mejor de la que Caleb se sintiera orgulloso. Quería un apartamento con vistas a Central Park y la posibilidad de enviarlo a un colegio privado. Quería caminar por la calle con la mejor ropa y demostrar a las mujeres que eran lo suficientemente fuertes para hacer lo que quisieran.

Durante toda la cena me mantuvo asombrado.

Después de pagar la cuenta fuimos hasta su coche. Al llegar a su casa, insistió en que subiera, me tomó de la mano y me guió por las escaleras, con sus caderas moviéndose y su vestido revoloteando sobre sus tentadoras curvas.

Cuando abrió la puerta, inmediatamente me llevó a sus labios.

Capítulo 31

Jessi

Lo agarré por la camisa con las manos y lo besé. Pasamos por la puerta principal y di un portazo detrás de él. Sus manos cayeron sobre mi cuerpo, pasamos por la cocina y me condujo a la sala de estar. Podía sentir su polla creciendo y presionándome mientras me llevaba a mi dormitorio que había llegado a conocer tan bien.

Sabía a dónde se dirigía y no tenía problema en llegar.

Entramos en la habitación y la cabeza me daba vueltas por el alcohol que había ingerido. Yo lo quería. Más de lo que podía soportar. Mi plan de hacerle daño había desaparecido y también el dolor que sentía por él. Se fueron los factores estresantes que me retenían y en su lugar estaba la única emoción que había existido desde el momento en que puse mis ojos en él. Lo amaba. Amaba a Chris.

Lo senté en el borde de la cama y me paré frente a él. Mis caderas se balanceaban al ritmo de una melodía que empecé a tararear y me quité el vestido por los hombros hasta que cayó al suelo. Me moví de forma sensual sin que él pudiera quitarme los ojos de encima mientras se bajaba los pantalones. Sacó su polla y la acarició, viendo como terminaba de desnudarme.

Me di la vuelta, sacudí mi trasero y me agaché mientras sujetaba los tobillos con las manos y mostraba mi coño abierto para él. Sus ojos estaban hambrientos. Se lamió los labios y me di la vuelta para que me viera jugueteando con mis tetas entre los dedos.

—Oh, Chris. Joder, las cosas que me tienes que hacer.

—¿Te gusta pensar en mí?

—Oh sí —susurré—. Pienso en ello más de lo que debería. Oh, sueño con ello, Chris. Contigo y tus manos. Y tu lengua. Y tu cuerpo.

Me deslicé de vuelta a mi tocador y apoyé mi talón en la silla. Abrí mis piernas para él, sumergiendo mis dedos entre mis pliegues.

—Joder, Jessi. Me encanta lo que haces.

Seguí dando vueltas y presionando. Gimiendo y lloriqueando. Mi cuerpo se sacudía y mi pierna temblaba y no había forma de detener el rumbo que seguía.

Sentí algo cálido en mi mano y jadeé de placer.

Era como si el suelo se moviera. Chris me separó las rodillas y abrió mi cuerpo completamente a él. Su polla se deslizó por mis pliegues, cubriéndose con mi excitación goteante, mientras me miraba el rostro en el espejo, consciente de que me estaba corriendo.

Me penetraba con fuerza y yo jadeaba de placer.

Todo lo que había en el tocador cayó de la repisa y el espejo se estrelló contra el suelo. Chris chocó sus caderas con las mías, mordisqueó mis pezones doloridos y yo lo sujeté por el pelo con una mano mientras que con la otra me agarraba a su musculosa espalda.

El gruñó palabras apenas inteligibles contra mi cuello.

—Tu coño... joder... es increíble.

Aceleró sus movimientos, mi sexo palpitando alrededor de su polla. Colocó mis piernas sobre

sus hombros y me dobló por la mitad, poniendo mis manos sobre mi cabeza.

Ni siquiera tuve tiempo de respirar antes de que empezara a golpearme de nuevo.

Nos besamos apasionadamente, su lengua danzando de forma frenética con la mía. Flexionó mis muslos y siguió entrando en mí, su miembro cada vez más grande, pulsando contra mis paredes y separándome. Su garganta se tragó mis desesperados gemidos y sudábamos por el esfuerzo.

—No te detengas. Chris. No te detengas... oh sí. Joder. Mierda. Oh, haz que me corra. Haz que me corra, Chris. Hazlo. Por favor.

Sus bolas golpearon mi trasero, me agarró por los tobillos y cruzó mis piernas, apretando mi coño alrededor de su polla. Yo grité de placer cuando supe que estaba a punto de llegar a lo más alto. Mi espalda se arqueó fuera de la cama mientras otro orgasmo se estrelló sobre mi cuerpo.

Seguí tirando de su polla. Succionándola. Me temblaba todo el cuerpo y le clavé las uñas en los muslos mientras se arrodillaba en la cama, deslizándose hacia mí por última vez.

Luego apretó los labios y cerró los ojos al tiempo que me llenaba con su semen.

—Jessi. Mi pequeña. Joder, esto es como estar en casa. Pequeña. Oh, mierda.

Lo abracé con fuerza y lo sostuve tan cerca como pude. Mis piernas parecían de gelatina y me daba vueltas la cabeza, pero daba igual. Todo lo que importaba era que se quedara. Se durmió contra mi cuerpo y me mantuvo caliente durante la noche. Salpiqué su hombro desnudo con besos, movió su cuerpo musculoso hacia mí y me apreté contra él.

—Quédate conmigo —le pedí en voz baja.

Y sonreí con alegría cuando lo sentí asentir con la cabeza.

Capítulo 32

Christopher

Me desperté con Jessi en mis brazos otra vez y sonreí. Mirar su hermoso rostro fue el punto culminante de mi tiempo con ella. Rodeaba mi cadera con una pierna y se mantuvo así durante toda la noche. La agarré con fuerza, la acerqué a mí y luego le di un suave beso en la frente.

Se despertó y al verla sonreír mi corazón palpitó.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

—Dame un segundo y me levantaré.

—No. Tú te quedas aquí. Estoy seguro de que puedo hacer funcionar tu cafetera.

Me deslicé en la cama y busqué mis calzoncillos. Me los puse antes de alcanzar mis pantalones y luego salí a la cocina. Puse una cafetera y empecé a buscar en los armarios un par de tazas.

—En el mueble que hay junto a la nevera. —Jessi había llegado a mi lado—. Sacaré la leche.

Bailamos uno alrededor del otro, un ritmo suave al que nos habíamos acostumbrado. Hicimos café y nos sentamos en la mesa de la cocina. Recorrí la porción de piel desnuda que asomaba por el escote de su bata, su cuello estaba enrojecido por pequeños mordiscos y su pecho también. Ella miró mi torso desnudo y se recreó en mis músculos.

Me encantaba que ella disfrutara de mi cuerpo.

—¿Chris?

—¿Mm?

—¿Podríamos hablar?

Mis ojos se conectaron con los de ella y sentí que mi corazón se aceleraba un poco.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Hay algo que necesito confesarte, pero necesito que me escuches.

—Bien —acepté. Aunque ya sabía lo que venía.

Ya sabía la bomba que estaba a punto de lanzar.

—Cuando me quedé embarazada, fue devastador para mí. Sabía que arruinaría la carrera a la que aspiraba, pero también sabía que nunca podría decirle a mi familia quién era el padre de Caleb. Sabía que si lo descubrían, causaría mucha confusión y dolor. La gente se enfadaría y se decepcionaría y yo ya llevaba suficiente de eso.

Tomé un sorbo de mi café, mi mano agarrando la taza más fuerte con cada palabra que ella decía.

—Le decía a la gente que no sabía quién era el padre y cada vez que decía eso mi padre se enfadaba más. Tuvimos tantas peleas por eso. Tantas peleas que mi madre tuvo que arbitrar. Mi hermano me rogaba que le dijera quién era y mi madre intentaba suavizarlo todo. Me ofreció quedarme con ellos para que me ayudaran a criar a Caleb, pero mi padre y yo tuvimos una gran pelea.

—¿Por qué?

—Me llamó puta. Dijo que mi carrera nunca sería seria, si me resultaba tan fácil salir y quedarme embarazada. Sabía que no sentía lo que decía, que estaba enojado porque no confesaba

quién era el padre. Pero fue una mala pelea. Es lo que me impulsó a mudarme aquí y desde que Caleb nació las cosas han estado tensas.

—Las cosas no parecen tensas cuando estoy cerca de tu familia.

—Están mejorando, pero no son las mejores. Justin viene unas cuantas veces al mes a ver a Caleb. Pero la razón por la que estaba tan reacio a entregar a Caleb a mi madre anoche fue por toda esta tensión en la familia. Saben que sé quién es el padre y están enfadados porque no se lo digo. Así que, finalmente me derrumbé y se lo dije a Justin.

—El día que se enfrentó a ti en tu porche —deduje.

—Y su reacción es la razón exacta por la que nunca se lo dije a nadie.

—¿Qué estás diciendo, Jessi?

—Chris... tú... —Gruesas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y escondió la mirada en su café—. Eres el padre de Caleb, Chris.

Fue susurrado. Silencioso. Como una oración desesperada o un secreto que aún no estaba lista para abandonar. Y aunque sabía que se avecinaba y, en el fondo de mis entrañas sentía, que yo era el padre de Caleb, la noticia me golpeó como un ladrillo. Aún así detuvo mi corazón y me robó el aliento. Al decirlo en voz alta, mi teoría se hizo real.

Era padre.

—Tenía mis sospechas —confesé—. Especialmente después del comentario de Roxy.

—Lo siento mucho, Chris. Nunca quise...

—Has tenido tu tiempo para hablar y ahora es mi turno.

Sus ojos llenos de lágrimas se anclaron en los míos y sentí que derrumbaba todos mis muros. No quería compadecerla. Ella sola se había cavado su propia tumba, no importaba su razonamiento, me había perdido la mayor parte del primer año de vida de mi hijo. Hacía más de un mes que había regresado a la ciudad y no había sido capaz de decírmelo en ese momento. Ella había guardado ese secreto a su familia. A sus amigos. A su hermano, por el amor de Dios.

—Llevo en la ciudad más de un mes —espeté con cierta dureza.

—Lo sé, Chris, yo...

—Déjame hablar —la interrumpí—. En todo ese tiempo, ¿nunca se te ocurrió decirme que tenía un hijo?

—Pensé que te ibas a ir después del desfile. Pensé que desaparecerías como lo hiciste y luego las cosas volverían a ser como antes. No creí que estabas aquí para quedarte.

—Eso fue hace todavía tres semanas, Jessi.

—Todo esto no ha sido culpa mía, Chris. Aunque hubiera querido decírtelo, no tenía forma de ponerme en contacto contigo. Y si no hubiéramos coincidido en ese evento, ¿habrías pensado en llamarme? Justin, claro. Sois unos colegas de mierda. ¿Pero consideraste siquiera una vez el hecho de que no tenías intención de llamarme cuando volviste a la ciudad?

—Me hubiera puesto en contacto contigo.

—Eventualmente.

—Me ocultaste esto a propósito. Soy padre y no se te ocurrió decírmelo hasta ahora.

—No puedes culparme de esto. Eres tan responsable de cómo han sucedido las cosas como yo.

Cada vez parecía más enfadada, era como si las paredes se cerraran sobre nosotros y nos aprisionaran. No creía que esto pudiera solucionarse en un rato y Caleb no podía regresar a casa con toda la tensión que habíamos acumulado.

—Necesito algo de tiempo para pensar. —Fue todo lo que dije.

—¿Te fuiste por un año y medio y ahora quieres tiempo para pensar? —Me miró extrañada.

—¡No puedes seguir echándome eso en cara! —protesté—. No tienes ni idea de por qué demonios me fui de la ciudad. Toda la mierda que pasé y cómo casi me costó mi carrera. ¡No sabes nada!

—¡Entonces dímelo!

—¿De la misma forma que tú me contaste lo de Caleb?

No dejaba de llorar y una parte de mí quería abrazarla. Sostenerla cerca y calmar sus miedos, pero otra estaba enfadada por las circunstancias, con mi familia, por ser perseguido por mi maldita madre y por perder el primer año de vida de mi hijo. Estaba enojado porque Jessi no se había esforzado más, o no se había esforzado en absoluto, por encontrarme y porque intentaba culparme de las circunstancias de su familia.

—Tengo que irme. —Me puse en pie.

Jessi me persiguió por la casa mientras me marchaba. Dijo algo detrás de mí pero no la escuché. Me fui de su casa sin ponerme la camisa, con las llaves del coche en la mano y en cuanto di el contacto, salí a toda prisa del aparcamiento.

Llamé a Justin. Necesitaba saber por qué cojones mi mejor amigo no me lo dijo cuándo se enteró.

—¿Hola?

—Cabrón —Estallé furioso.

—¿Chris?

—¿Por qué diablos no me lo dijiste cuando te enteraste?

—Chris, ¿dónde estás?

—¡Responde a mi maldita pregunta!

—Porque es mi hermana, amigo. Y me rogó que no te lo dijera porque quería hacerlo cuando estuviera lista. Supongo que ya lo ha hecho.

—Sí, me lo ha dicho. ¿Por qué demonios me ocultaste algo así?

—En su defensa diré, que desapareciste durante un año y medio.

—¿Así que te pones de su lado?

—Sí, porque es mi hermana y la madre de mi sobrino.

—Entonces, ¿quién narices se pone de mi lado? ¿Eh? ¿El lado del hombre que no sabía que era padre hasta ahora?

—Yo también estoy de tu lado. Pero no puedes enfadarte conmigo por eso. Es mi hermana y la tormenta de mierda que soportó para mantener esto en secreto de mis padres no tuvo precedentes. Mi padre la llamó puta, tío.

—Me lo contó.

—¿Y todavía estás enfadado con ella?

—¡Me he perdido casi el primer año de vida de mi hijo!

—¿Y de quién es la culpa?

Sabía que Justin tenía razón. Y sabía que Jessi también tenía parcialmente razón. Pero no estaba listo para escucharlo. Lo que quería era que alguien se enfadara conmigo. Lo que quería era alguien de mi parte, igual que Jessi tenía gente de la suya. Colgué el teléfono y lo tiré al suelo del coche. Luego fui a mi casa, busqué una camisa y me la puse con rabia.

Necesitaba una maldita camisa si iba a trabajar.

El teléfono no dejaba de sonar en el suelo del coche y sabía quién era. Jessi no iba a darme un respiro. Probablemente, la habría llamado Justin para decirle que habíamos hablado. Y también que había gritado como un loco de mierda o algo así. Pero no estaba listo para hablar con ella. No

estaba listo para hablar con nadie.

Lo único que estaba listo para hacer era estar enojado. Incluso si no tenía una razón para estarlo.

Capítulo 33

Jessi

—¿Estás ahí, Jessi? —Escuché la voz de Megan al otro lado de la puerta y me levanté del sofá —. Llevo aquí de pie unos cinco minutos.

Caleb estaba profundamente dormido y yo había estado mirando una pantalla de televisión en blanco. Había olvidado por completo que mi amiga iba a venir. Me puse la bata y fui a abrir para que pudiera entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Sírvete un poco de café. —Regresé a la sala de estar y me dejé caer en el sofá.

Megan entró unos minutos después con un café cargado de azúcar y crema. Se sentó a mi lado y me miró fijamente. Estaba segura de que tenía un aspecto horrible, pero no me importaba.

—¿Te has duchado hoy? —preguntó sin disimulo.

—No.

—¿Por alguna razón?

—Hoy no trabajo.

—Eso nunca te ha impedido asearte y maquillarte.

—No tenía ganas de levantarme esta mañana.

—Uhm. ¿Y por qué no te apetecía?

—Porque no, Megan.

—Vamos a clamarnos y a hablar como personas adultas—. ¿Qué te pasa?

Suspiré y cerré los ojos mientras me llevaba el café a los labios. Tomé un gran sorbo y dejé que el líquido caliente me quemara la garganta al descender. Era lo único que me mantenía despierta y evitaba que me durmiera junto a Caleb y que soñara con él.

En cómo se había ido. Otra vez.

—Se lo dije a Chris.

—Oh, mierda. ¿Cuándo?

—Ayer por la mañana.

—Uhm. ¿Y no está aquí porque...?

—Porque necesitaba tiempo para pensar.

—¿Sobre qué? —Se inclinó hacia mí.

—Bueno, no lo sé. Tal vez sobre si quiere o no ser padre. Como te dije que haría.

—Eso no tiene ningún sentido. Lleva muchos días sin separarse de ti y de Caleb. ¿Qué ha cambiado?

—Descubrió que Caleb era suyo, eso es lo que cambió. Lo ata a un lugar él no es de esos.

—¿Por qué no es ese tipo de hombre?

—¿Olvidas que un día se levantó y se fue durante un año y medio?

—Vale, admito que es una pregunta tonta. Pero... ¿has sabido algo de él?

—No.

—¿Has intentado llamarlo?

—Sí.

—¿Y no contesta?

—No.

—Qué mierda.

—Sí. —Estuve de acuerdo.

—La verdad es que se lo ocultaste.

—¿De qué lado estás, Megan?

—¡Es verdad! Él regresó a la ciudad hace más de un mes y se lo dices ahora.

—Megan, te lo diré de otra forma. Me tropecé con el hecho de que Chris estaba de vuelta en la ciudad, cuando lo vi en el ensayo del desfile de moda, ¿sabes cuánto tiempo llevaba en la ciudad?

—Uhm, no.

—Dos malditas semanas. Ese hombre había regresado por dos semanas. Justin sabía que había vuelto antes que yo y cuando le pregunté a Chris ayer si tenía intenciones de encontrarme, ¿sabes lo que me dijo?

—¿Qué dijo?

—Dijo que lo habría hecho eventualmente.

—¿Eventualmente?

—Sí. Eventualmente. Así que podéis culparme de esta mierda todo lo que queráis, pero ese imbécil no tenía intención de buscarme cuando regresó a la ciudad. Creéis que cuando lo vi, iba a decirle todos mis secretos simplemente porque me dejó embarazada, pero no es así como funciona. Ese hombre llevaba dos semanas en la ciudad antes de que nos encontráramos por casualidad. Yo era conveniente para él y no podía ignorarme por mi pasado. ¿Y crees que todo esto es culpa mía?

—Digo que los dos tenéis la culpa, Jessi. Creo que deberías habérselo dicho antes. En el momento en que las cosas empezaron a ponerse peliagudas entre tú y Justin, deberías haber hablado con él. Demonios, en el momento en que empezaste a disfrutar de tu tiempo con él de nuevo, deberías haber hablado con él. Pero ahora que lo sabe, va a necesitar tiempo para digerir y adaptarse. Va a tener que aceptar el hecho de que se ha perdido la mayor parte del primer año de vida de su hijo por sus propias acciones estúpidas. Y eso tendrá que resolverlo por su cuenta aunque esté enfadado.

—¿Entonces por qué no me habla? ¿Por qué no contesta mis llamadas?

—Porque está enfadado. O tal vez esté asustado. O se siente culpable. O una mezcla de todo eso. Cuando te enteraste de que estabas embarazada, ¿qué hiciste?

—Me acobardé y asumí la responsabilidad.

—Después de tres semanas de revolcarte en tu propia autocompasión. Tuve que golpear la puerta de tu dormitorio para sacarte a rastras, según recuerdo. Estabas en *shock* y te sentiste traicionada. Piensa en eso desde la perspectiva de Chris. No solo lo sabías y no se lo dijiste, sino que su mejor amigo lo sabía y no se lo dijo.

—Es mi hermano. Por supuesto que está de mi lado.

—Sí, pero esa no es la puta cuestión. La gente que le importa sabía que tenía un hijo y no se lo dijo hasta el último momento. Eso es todo lo que ve ahora mismo. Y mientras lo digiere, tendrán que pasar unas semanas, tal vez tres, como necesitaste tú.

—Necesita un par de huevos.

—Como tú lo hiciste cuando asimilaste la noticia.

—Sabes, cuando empezamos a vernos, tenía todo un plan.

—Para que se enamorara de ti y poder romperle el corazón —dijo sin pensar mucho.

No pude evitar que notara mi sorpresa.

—¿Lo sabías?

—Soy buena leyendo en tu cara tus emociones y sé lo que pasa por tu cabeza la mayoría de las veces. Es un plan de mierda, por cierto. La venganza no te aporta nada.

—Creo que me estoy enamorando de él —reconocí.

—Sé que lo quieres. Solo Chris podría poner esa gran sonrisa en tu cara antes de sumergirte en un estado en el que ni siquiera te bañas.

—Me daré una maldita ducha —protesté.

—Siempre has sentido algo por él, Jessi. Te conozco mejor que eso. Te afligiste por su pérdida, pero nunca lo superaste. Esos son dos procesos diferentes. Siempre sentí que te aferrabas a él de alguna manera. Y ahora que estás enredada en este terrible plan tuyo, estás usando tu plan como una excusa para pasar más tiempo con él. Así que no tienes que admitir que sigues enamorada.

—No lo amo.

—Entonces estás muy cerca de hacerlo. Es hora de que te pongas tus bragas de chica adulta, Jessi. Lo tienes mal para Chris. Y si te preocupas por él como sé que lo haces, entonces le darás tiempo con todo esto. Si quiere ser parte de tu vida y la de Caleb, entonces déjalo. Si no quiere, entonces haz que Justin le dé una paliza. Sabes que lo hará.

Me reí y sacudí la cabeza mientras tomaba otro sorbo de mi café.

—¿Cómo está tu padre? —Megan cambió de tema.

—Mejor. Por fin ha vuelto a casa del hospital. Tiene una enfermera que lo revisa todos los días, le cambia el vendaje y todo eso. Además controla su dieta.

—¿Necesita cambiar su dieta?

—Todo tiene que cambiar. No más carne roja, ni comida rápida. Tampoco cocinar con aceite o mantequilla. Azúcar limitada, sin grasas saturadas y por supuesto menos postres.

—Será todo un cambio —observó, con una sonrisa.

—Esa es la broma que mamá hace para que todo parezca normal. Iré a su casa cuando se despierte Caleb. ¿Quieres acompañarme?

—Claro. No quería ir hasta que las cosas fueran mejor.

Mientras me daba una ducha, Megan atendió a Caleb y luego nos fuimos a casa de mis padres. Había coches en la entrada que reconocí y miré a Megan. Mi padre conocía a mucha gente famosa y ella no sabía contenerse delante de ellos, más bien actuaba como una tonta.

—¿Es mi hija la que escucho?

—Hola, papá.

—Y trajo a mi nieto. Oh, mi corazón ya está mejor.

Megan entregó a Caleb a mi padre cuando un par de raperos que lo visitaban se hicieron a un lado para dejarla pasar. Megan intentaba contenerse, arrastrando los pies mientras miraba a uno de los músicos. Sonreí y sacudí la cabeza mientras mi padre jugaba con Caleb, pero cuando se puso demasiado ruidoso lo tomé en mis brazos.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Como si quisiera una hamburguesa con queso —bromeó.

—Tenemos que mantenerte vivo unas décadas más —dijo Megan.

—¿Cómo estás, Megan? —la saludó.

—Tratando de mantener a flote a tu desastre de hija, pero aparte de eso estoy bien.

- Te odio —susurré cerca de ella.
- Ella necesita la ayuda —contestó mi padre.
- ¡Oye! Pensé que estabas de mi lado —protesté.
- Vale, ya es suficiente jaleo para tu padre —intervino mi madre.
- Hola, mamá.
- Hola Jessi. También me alegro de verte de nuevo, Megan.
- ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes mientras estoy aquí? —Se interesó Megan.
- ¿Puedes traerme un granizado? —preguntó mi padre.
- Mientras sea insípido, claro —anticipó mi madre.
- Es solo agua y hielo.
- Sí. Y hablando de eso, es hora de otro vaso de agua.

Me reí cuando vi a mi padre poner los ojos en blanco. Era bueno verlo bromear y estar alerta. Nos había asustado a todos y hubo momentos en los que ninguno de nosotros pensó que lo lograría. Le entregué a Caleb a Megan y me incliné, dándole un beso en la mejilla a mi padre.

- Te quiero, papá.
- Yo también te quiero, cariño.
- No nos asustes así otra vez, ¿de acuerdo? No estoy segura de que podamos manejarlo.
- Prometo que lo haré lo mejor que pueda.

Capítulo 34

Christopher

Miré el océano y mantuve la mente completamente en blanco. Hacía días que no hablaba con Jessi y parte de mí todavía no quería hacerlo. No quería verla, ni a Justin ni a nadie de su familia. ¿Cuántos de ellos lo sabían? ¿Cuántos me habían ocultado ese secreto? No se trataba de que Jessi me hubiera robado un par de zapatos cuando era adolescente o algo así, se trataba de haberme ocultado de que era el padre de su hijo durante un mes y medio.

¡Seis malditas semanas!

Sin embargo, hablaría con ella. Teníamos un hijo en común y aunque estuviera enfadado con su madre, eso no excusaba el hecho de que me mantuviera ausente. Sabía que era mío desde hacía una semana y aún no había vuelto.

No podía cambiar el pasado, pero podía controlar el presente.

Saqué mi teléfono y marqué el número de Jessi. El sol calentaba mi cuerpo, suspiré y cerré los ojos. Cada vez que el teléfono sonaba, me molestaba más y más. ¿Iba a empezar a ignorarme de nuevo como había hecho toda la semana? ¿Era así como iba a reaccionar con las cosas ahora? ¿Simplemente no contestar mis llamadas cuando la vida de mi hijo pendiera de un hilo?

—¿Hola?

Fruncí el ceño ante el sonido de su voz. Su respiración sonó entrecortada y me pregunté si estaría bien. ¿Había pasado algo? Sonaba como si estuviera cansada.

¿Ocurría algo con Caleb que la mantenía despierta?

—Hola, Jessi. Soy yo —la saludé.

—Chris. Hola. He estado intentando llamarte.

—Lo sé. Escucha, tenemos que hablar. ¿Podríamos vernos en algún lugar?

—Por supuesto. Donde quieras. ¿Quieres venir aquí?

—Me parece bien. ¿Podría ir ahora?

—Claro. Sí. Ven aquí. Será... quiero decir, Caleb y yo solo...

—Te veré en un rato.

—Bien. Sí. Te veo en un rato.

Jessi estaba nerviosa y nunca la había escuchado así. Corté la llamada y entré en la casa para cambiarme de ropa. No lo hacía por ella, para que me encontrara atractivo, sino por mi hijo; quería presentarme bien para él, ser parte de su vida y darle ejemplo. Quería que supiera cómo era un hombre de verdad, que no tuviera la sensación de ser el hijo abandonado de un vago.

Iba a hacer todo lo posible por ser el padre que me hubiera gustado tener en mi vida.

Crucé en coche la ciudad sin saber cómo iban a ir las cosas entre nosotros, pero me alegré de que nos sentáramos para hablar. Ahora que mi rabia se había diluido un poco, y podía pensar en ellos sin perder la cabeza, sabía que estaba listo para tratar la bomba que había soltado Jessi después de pasar la noche juntos.

Todas las noches que nos vimos, pudo decirme que Caleb era mío y no lo hizo.

Joder. Mi ira estaba burbujeando de nuevo.

Entré en su urbanización y aparqué el coche. Tuve que respirar profundamente unas cuantas veces antes de poder controlar el temblor de mis manos. No podía enfocar esta situación si entraba en su casa enfadado. Caleb no podía verlo, no necesitaba ser parte de ningún otro drama que rodeara esta situación. Tenía que dar ejemplo y controlarme.

Subí las escaleras, llamé a la puerta y esperé. Sabía que probablemente estaba abierta para poder entrar, pero no quería hacerlo. No estaba aquí para una visita informal.

Cuando abrió, se quedó parada delante de mí. Iba vestida con su bata e intenté mantener los ojos fijos en su cara, en vez de permitir que mi polla pensara por mí. Sus curvas estaban envueltas en la tela de seda incitándome a estirar la mano y tocarla.

Pude sentir la tensión creciendo entre nosotros mientras nuestra química florecía. Eso sería algo que nunca se perdería.

—Pasa. Caleb está comiendo.

Al entrar en la cocina, vi al niño en su trona. Estaba cubierto de lo que parecía ser aguacate y plátanos. Me miró con sus brillantes ojos azules y sonrió de oreja a oreja. Empezó a golpear la mesa y salpicó la comida por todas partes.

Mi hijo.

Mi hijo se alegraba de verme.

—¿Quieres un café?

—Sí. Claro. Un café está bien —acepté.

—Puedes sentarte donde quieras. Ponte cómodo.

Me senté en la silla de la cocina junto a Caleb. Miré su cara sonriente y me dio la mano. Hice que pareciera que estaba tomando un bocado de comida de sus dedos y se rió de mí, luego abrió la boca y metió los dedos. Intentaba hacer burbujas de saliva y comer al mismo tiempo y me hizo sonreír.

Qué pena que me hubiera perdido tanto de su primer año de vida.

—No me arrepiento de haberme enfadado contigo —le dije a Jessi cuando puso una taza de café delante de mí, antes de sentarse al otro lado de la mesa.

—Tenías todo el derecho a estar enfadado.

—Tenía la sensación de que era mío, ya sabes. Se parece a mí.

—El comentario de Roxy tampoco ayudó en nada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Si somos totalmente honestos, esperaba ocultarlo un poco más.

—¿Esconderlo? ¿Por qué?

—Piénsalo, Chris. Mucha gente me ha obligado a ver esto desde tu punto de vista...

—¿Así que otras personas lo saben?

—Solo Justin y Megan. Nadie más lo sabe. No se lo he dicho a mis padres.

—No me sorprende.

—Mi padre casi muere de un ataque al corazón. No estoy lista para provocarle otro.

—¿De verdad crees que no le gustaría esto?

—Después de que te fuiste de la manera en que lo hiciste... No. Ni un poco.

—Siento haberme ido. Pero tenía mis razones y eran buenas. Nunca dejé de pensar en ti, ni una sola vez. Nunca estuve con otra mujer después de irme. Ninguna de ellas equivalía a la mitad de la mujer que eras para mí. La mujer que eres para mí. —Ella parpadeó y me apoyé en su silla de la cocina—. Ni siquiera un rollo de una noche —reconocí—. Siempre te he querido. Solo a ti.

—¿Por qué te fuiste, Chris? —Hizo la pregunta con anhelo—. ¿Por qué nos dejaste? No fui la

única a la que heriste, sabes. Justin estuvo inconsolable durante muchos días.

—Tenía mis razones.

—Dime esas razones.

—No estoy listo para hacerlo.

—¿Igual que yo no estaba lista para contarte lo de Caleb?

—Eso es diferente.

—¿Cómo de diferente?

—Porque Caleb es mi hijo.

—Y supuestamente yo era el amor de tu vida —me recordó—. ¿No lo entiendes? Todos quieren que vea esto desde tu punto de vista, pero nadie quiere ver el mío. Soy una mujer fuerte. Puedo soportar mucho. ¿Pero esto? Chris, estuviste en la ciudad dos semanas antes de que nos encontráramos accidentalmente en un trabajo. Si eso no hubiera pasado, ¿habrías intentado encontrarme? Porque no estoy segura de que lo hubieras hecho. A pesar de que dijiste que te habrías acercado... eventualmente.

—Jessi, esto es...

—El único pasado que tengo de ti es que me enamoré antes de que te fueras y ahora tengo un hijo. Un hijo hermoso que necesito proteger.

—No necesitas protegerlo de mí. Estoy aquí y quiero ser parte de su vida.

—¿Pero no ves que no lo sé? La única versión que conozco de ti, es la que se va en la noche, sin dejar rastro. Y si fuera solo yo, me arriesgaría. Lo intentaría de nuevo sabiendo muy bien que eres capaz de desaparecer. Pero como dijiste, Caleb es diferente.

Quería pelear con ella en esto, pero sabía que no podía. Ambos teníamos razones para estar molestos por la situación y las suyas no eran menos válidas que las mías.

—No estoy seguro de dónde nos lleva esto, Jessi. —Fui sincero.

—Entonces no pienses en nosotros. Piensa en Caleb.

—Quiero estar en la vida de Caleb. Quiero ser parte de ella.

—Eso es bueno. Entonces lo resolveremos.

—Pero sigo enfadado contigo.

—No te preocupes. Yo también lo estoy contigo.

El bostezo de Caleb me llamó la atención cuando comenzó a cabecear en su trona. Jessi se levantó de su silla, no había tocado el café, y alcanzó un paquete de toallitas para bebés. Limpió su cara y luego pasó otra por la bandeja de su silla y lo tomó en brazos.

Estaba viendo a la madre de mi hijo sosteniéndolo contra su pecho.

—Voy a acostarlo un rato para que se eche una siesta —indicó saliendo de la cocina.

—¿Puedo ir contigo? —Me puse en pie.

Ella asintió y los seguí hasta su habitación. Extendí las manos hacia él, Jessi me miró con recelo pero me entregó a mi hijo y lo acuné en mis brazos mientras llegaba a su cuna.

Estaba profundamente dormido, se acurrucó en mi pecho y lo miré emocionado.

Era padre. No podía creer que tuviera un hijo.

—Deberíamos pensar en un horario para venir a visitarlo —propuse sin pensarlo.

—Está bien. Podemos sentarnos en la cocina y pensar uno.

—¿Simplemente lo acuesto?

—Ponlo sobre su espalda. Él se moverá para ponerse cómodo.

Lo bajé lentamente a su cuna y lo vi moverse. El niño me fascinó cuando se dio la vuelta sobre su estómago y buscó con la mano su manta. La agarró con fuerza y se la acercó a la mejilla,

frotándose la piel con ella una y otra vez. Sus ojos se abrieron momentáneamente, encontró los míos y una perezosa sonrisa cruzó sus mejillas.

—Te quiero —le dije con un susurro.

Luego cerró los ojos y vi cómo su respiración se volvía acompasada.

Miré alrededor y no vi a Jessi en ninguna parte. Salí de la habitación y cerré su puerta, luego fui a buscarla. Estaba sentada en la mesa de la cocina bebiendo su café y pude ver sus ojos brillantes.

Estaba llorando y parecía que había perfeccionado el arte de hacerlo en silencio.

Me aclaré la garganta y ella se limpió rápidamente la cara. Tosió cuando entré en la cocina y me lanzó la sonrisa más falsa que jamás había visto. Sus mejillas estaban manchadas de rojo, sus ojos hinchados y parecía que no había dormido en días.

Me senté frente a mi café y respiré profundamente por la nariz.

—¿Cómo podemos hacer un horario que funcione? —Comencé la conversación.

—No estoy segura.

—¿Cuándo necesitas más ayuda?

—Por la noche.

—Entonces empezaremos por ahí. ¿Y si vengo todos los días después del trabajo y te ayudo? Podría alimentar a Caleb, bañarlo y acostarlo, si te parece.

—Eso suena bien. Sí.

—¿Qué hay de los fines de semana?

—Puedes venir cuando quieras, Chris.

—No quiero obstaculizar tu vida, Jessi.

—Me dejaste embarazada, Chris. Impedir es la última de mis preocupaciones.

—¿Caleb te hace pasar malas noches?

—¿Por qué lo preguntas?

—No parece que hayas dormido mucho.

—Siento no parecerme a los retratos de mi cuenta de Instagram. —Su voz sonó triste.

—No he venido a pelearme, Jessi.

—Entonces, ¿por qué has venido? Dices que ha sido para hablar, pero la única pregunta a la que quiero una respuesta, te niegas a dármele. ¿Estás enfadado porque te oculté a Caleb, pero no puedo enfadarme porque me ocultes el motivo por el que te fuiste? ¿Ves el doble rasero en eso?

Bebió de un trago el resto de su café y tomó aire con fuerza. Joder, cuando esta mujer quería cabrearme sabía cómo hacerlo. Se levantó de su silla y dejó la taza vacía en el fregadero. La tiró tan fuerte que se rompió.

—¿Esto es una prueba, Jessi? Porque no estoy seguro de lo que se supone que debo hacer.

—No te estoy probando, Chris. No tengo suficiente tiempo en mi vida para eso. Puedes venir y estar con tu hijo cuando quieras estar con él. Solo dime cuándo vas a venir y te abriré la puerta.

—Está bien. Entonces, ¿quién limpiará los vidrios rotos del fregadero?

—Déjalo. Lo conseguiré eventualmente.

—¿Como si fueras a contarme lo de Caleb, eventualmente?

—¿Como si fueras a llamarme, eventualmente? —preguntó.

—¿Cómo diablos iba a saber que te había dejado embarazada? —Me puse en pie.

—No lo sé. Intenta quedarte el tiempo suficiente para averiguarlo la próxima vez —espetó, airada.

—¿Por qué estás tan enfadada, Jessi? ¿Eh? ¿De qué se trata realmente este enfado?

La apoyé en la pared de la cocina mientras abría los ojos. Esta pelea iba a terminar, como también había terminado de dar rodeos. Podríamos perdonarnos mutuamente y llegar a la raíz de esto, o estar en desacuerdo y acordar ser unos padres adultos. Si necesitábamos un abogado para resolver esto, yo podría encontrar uno.

Pero esta ira tenía que desaparecer, por el bien de Caleb.

—¿Por qué estás tan enfadada? —repetí mirándola a los ojos.

Ella se quedó quieta y enmarqué su cara con las manos para que no retirara la mirada de la mía. Sentí su atracción magnética tomando el control de nuevo. Ví ese fuego elevándose en sus ojos. Sus fosas nasales aletearon de rabia y me agarró con las manos por la camisa.

—No estoy enfadada —susurró. Sentí las suaves puntas de sus dedos acariciando mis caderas mientras deslizaba mi pulgar sobre su labio—. Estoy asustada.

Capítulo 35

Jessi

No había ningún lugar a donde ir. Ningún lugar para esconderse una vez que esas palabras se deslizaron por mis labios. Abrí los ojos y acogí a Chris. La forma en que estaba presionado contra mí mientras su pulgar me acariciaba el labio envió fuego a través de mis venas. No importaba lo disgustada que estuviera con él, o él conmigo, siempre lo querría.

Mi cuerpo siempre lo anhelaba.

Me arriesgué y apreté mis labios contra los suyos. Sabía que estaba molesto conmigo. Tenía todo el derecho a estarlo. Pero la atracción hacia él era inconfundible. No pude resistir el calor que esparció por mis miembros. Me sujetó por las mejillas cuando sus labios se separaron de mí y yo metí la lengua antes de que me negara.

Antes de que me empujara y se disgustara al tocarme.

Pero en vez de apartarme, me acercó a él. Me rodeó con los brazos y pegó sus caderas a las mías. Incliné la cabeza a un lado, profundizando el beso cuando nuestros dientes comenzaron a tocarse. Me agarró por la cintura y sentí que sus pantalones caían de sus caderas.

Lo deseaba. Y podía decir por la circunferencia de su polla que él también me deseaba.

Me apartó de la pared y comenzó a empujarme hacia la sala de estar. Sus movimientos eran dominantes y tropezábamos por el camino. Me besó el cuello y me mordió cuando entrábamos en mi habitación.

Alargó la mano y cerró la puerta tras él antes de empujarme a la cama. Mi bata se abrió, mostrándole mi cuerpo desnudo.

Me agarró de las caderas y me llevó al borde de la cama antes de ponerme de rodillas. Su erección rebotó en mis nalgas y deslizó dos dedos en mi interior. Comenzó a bombear hacia adentro y hacia afuera y yo cubría su piel con mi excitación.

—Tan mojada para mí, pequeña.

—Chris. Lo siento —dije, sin aliento.

Y respondió a mi petición con un rotundo golpe en el culo. Presionó su polla en mi coño chorreante y yo gemí sobre la cama. Estableció un ritmo ensordecedor, mi cuerpo se sacudía con cada golpe contra mi trasero. Sentí que me sacudía por él, sus manos masajearon mis nalgas y su polla palpitaba contra mí mientras la frotaba contra ese hermoso lugar que enviaba sacudidas eléctricas a través de mi cuerpo.

Los dedos de mis pies se curvaron y exploté de placer.

—Córrete por mí, pequeña. No puedes resistirte. Nunca pudiste.

—Chris. Oh. Chris, no te detengas. Mierda. Es tan..

—¿Y qué?

Salió de entre mis piernas y me dio la vuelta. Cayó sobre mi cuerpo, su polla se deslizó en mi interior de un solo empujón y lo abracé con desesperación. Incliné la cabeza sobre mis tetas y me chupó los pezones. Los acarició, los lamió y los mordió juguetonamente. Enterré mi cara en su cuello para amortiguar mis gemidos, no podía contenerlos. Mi cuerpo ardía y el sonido de la piel

golpeando con la piel llenaba los rincones de mi habitación.

—¿Te gusta? —preguntó con voz ronca—. ¿Te gusta lo que tengo?

—Deseo lo que tienes —dije sin aliento—. Lo deseo.

Sus movimientos se calmaron y nuestras miradas se encontraron. Miré sus hermosos ojos azules que había heredado su hijo y sentí que el último de mis muros retrocedía. Lo amaba. Amaba cada parte de él y el plan para hacerle daño se había ido por la ventana. Nunca sería capaz de hacerle daño. Nunca sería capaz de resistirme a él.

Nunca sería capaz de crear una familia con nadie más, si él no quería estar conmigo.

Sus labios bajaron hasta los míos y se sumergió más profundamente que nunca. Las estrellas estallaron detrás de mis ojos y gemí en su boca. Me sujetó a la cama por las caderas y siguió follándome como si no hubiera un mañana. Mis piernas colgaban flácidas a sus lados mientras yo cedía a su ataque.

Cuando me sorprendió el orgasmo que tanto ansiaba, me cubrió la boca con la suya para que no gritara.

Estaba agotada. Indefensa ante la forma en que doblé mi cuerpo mientras sus labios se clavaban en mi hombro. Me golpeó, persiguiendo su propia liberación. Guió mi mano hacia su cabeza antes de rodear mi cintura y tuve la energía suficiente para agarrar su pelo con fuerza.

—Aférrate a mí, pequeña. No te sueltes.

—Nunca —gemí sin aliento—. Nunca, Christopher.

Su mano se deslizó desde mi cintura hasta los pliegues de mi coño y jadeé de expectación. Sabía lo que se avecinaba y era incapaz de detenerlo. Sus caderas se movieron con ímpetu y su polla creció mucho más, golpeando contra mis paredes y obligándome a amoldarme a él. Jadeé y lloriqué cuando sus dedos encontraron mi clítoris hasta que me envió a un frenesí en espiral.

—Chris. ¡Chris! Sí... Oh, sí. Mierda... Me estoy corriendo. Me estoy... corriendo. Me estoy corriendo. ¡Sí, Chris!

Me incliné hacia él mientras me mordía el hombro. Todavía con las réplicas del orgasmo, él me quitó la bata y la tiró a un lado antes de sentarse a mi lado. Me pesaban los párpados y cerré los ojos cuando sus dedos comenzaron a trazar dibujos sobre mis pechos. Su polla se deslizó de entre mis piernas y yo lloré mientras el movimiento hacía temblar mis pies.

Me besó la nuca, apartándome el pelo y continué con los ojos cerrados. Cuando desperté con los sonidos de Caleb que gruñía en su cuna, Chris no estaba en ningún sitio.

Capítulo 36

Christopher

Me senté en la mesa, esperando a que llegara Justin. Ahora que sabía lo que pasaba, necesitábamos hablar. Había demasiada animosidad fluyendo entre nosotros y yo quería alejarla, seguir adelante por el bien de todos los involucrados.

Incluyendo a Caleb.

Hice girar mi pajita en la bebida mientras me sentaba y esperaba. Llegué unos minutos antes para asegurarme de que podía ordenar mis pensamientos. Había tantas cosas que quería decir. Tantas cosas que quería establecer. Quería decirle que era más que inapropiado acercarse a mí como lo hizo en mi casa. Acercarse a Jessi y a mí con Caleb en el coche como él lo había hecho. Acorralar a la madre de mi hijo frente a su maldito apartamento, porque necesitaba respuestas en ese momento y no se detendría hasta obtenerlas.

Y planeaba abordar todo eso.

Escuché moverse la silla que había a mi lado y salí de mi trance. Justin se sentó en ella, sus ojos se fijaron en los míos y su rostro severo quedó frente al mío.

Pidió una bebida a la camarera y luego regresó su atención hacia mí.

—¿Quieres empezar? ¿O debería hacerlo yo? —inquirió con voz dura.

—Sé todo —reconocí.

Vi la sorpresa reflejada en su cara y la camarera dejó su bebida delante de él.

—Jessi me lo dijo hace unos días. Y lo primero que quiero decir es que voy a estar ahí para mi hijo, pase lo que pase. No importa cuál sea mi relación contigo o con Jessi, voy a estar ahí como nunca lo estuvo el mío.

—Eso está bien —aceptó Justin—. Jessi se lo merece.

—Y Caleb también —agregué—. Hay muchas cosas que quiero decirte, así que te vas a quedar callado y escucharme.

—Tú dirás.

—Venir a mi casa como lo hiciste y dejarte llevar por tu ira fue inapropiado, en el mejor de los casos. Involucraste a los vecinos en un asunto personal del que yo ni siquiera era consciente. Peleaste injustamente conmigo y le diste un puñetazo a tu mejor amigo. Quiero que sepas que la próxima vez que tu ira saque lo mejor de ti y vengas a por mí, tendrá que venir a recogerte una maldita ambulancia.

Vi a Justin asentir con la cabeza mientras respiraba profundamente.

—Finalmente me di cuenta de que todo se debía al mismo asunto por el que acorralaste a tu hermana en su casa. Tu hermana, amigo. La madre de mi hijo. La hostigaste como un animal rabioso y la obligaste a admitir cosas que, por alguna razón, no estaba preparada para confesar. No estoy de acuerdo con eso. Eres su hermano. Se supone que debes protegerla.

—Ella me ocultaba algo. A todos nosotros —me recordó Justin.

—Y esa era su elección. Pero no puedes asustarla para que hable. Los matones hacen eso y esa mierda no volverá a suceder. No mientras yo esté cerca.

—¿Algo más?

—Sí. Cuando volvimos del parque y estabas allí sin avisar... ese tipo de cosas se acaban aquí. Caleb estaba en el puto coche, mi hijo estaba en el coche. Vio a su tío regañar a su madre y a su padre con una rabia posesiva. Si estás enojado porque Jessi y yo nos acostamos cuando éramos más jóvenes, habla con nosotros. Llamas, fijas una hora para reunirnos y hablas, como el adulto que eres. Esto no es el instituto. No puedes acorralar a la gente en el pasillo y colocarte sobre ellos como un maldito matón. Hiciste esa mierda delante de Caleb y mientras esté en la vida de mi hijo siempre seré la barrera que tienes que atravesar para volver a hacerlo. Te echaré si vuelves a hacer eso otra vez. A Jessi o delante de mi hijo. ¿Entendido?

Justin miró a un lado y a otro, se rió y sacudió la cabeza.

—Así que es verdad —murmuró.

—¿Qué es verdad?

—Estás enamorado de mi hermana.

—No te sigo.

—Me acusas de ser posesivo, pero mira quién habla.

—Ella ha criado sola a mi hijo, lo ha hecho todo este tiempo, pero ya no lo hará más. Ahora tiene ayuda, me tiene a mí, como proveedor y como protector.

—¿La quieres? —Fue muy directo.

—¿Por qué sigues preguntándome eso?

—Porque soy su hermano y la escuché llorar sin parar durante las noches en que te fuiste. Y tal vez fui demasiado estúpido para unir las piezas entonces, pero no lo soy ahora. Mi hermana estaba llorando por ti y estaba embarazada de tu hijo. Así que estoy aquí no como tu amigo, sino como su hermano. Entonces, ¿qué sientes por mi hermana?

—Si quieres que sea sincero no lo sé. Todavía estoy enfadado con ella por ocultar esto tanto tiempo como lo hizo. He estado en la ciudad durante seis semanas, cerca de ella y de Caleb la mayor parte del tiempo, y solo me di cuenta hace cuatro o cinco días de que el niño con el que he estado es mi hijo. Mi carne y mi sangre.

—¿Puedes culparla realmente?

—Tal vez no, pero eso no me impide estar enfadado. No puedo responder a sus preguntas hasta que pueda entender mis propios sentimientos, pero eso no significa que no tenga algunas cosas de las que hablar contigo.

—Así que... ¿Qué? ¿Vas a venir a ver a Caleb cada dos fines de semana? —Su tono sonó irónico.

—Todavía tenemos que resolver ese asunto de los días, pero ya lo haremos. Ella me ha invitado todas las noches para estar allí después del trabajo y te aseguro que lo haré. Vamos a ir paso a paso. Dice que necesita la mayor parte de la ayuda por las tardes, así que ahí es donde estaré.

—No puedo culparte por eso —reconoció—. Pero si decides ser padre con derecho a visitas, por separado o en conjunto, no puede ser tan poco original. ¿Sabes qué es lo mejor para Caleb? Tener unos padres que se respeten, es lo mejor para él. Ordena tus ideas y luego hablas. Jessi tuvo que tragarse un montón de mierda de mi madre y de mi padre cuando estaba embarazada. No tienes ni idea de las cosas que pasaron, las peleas que tuvieron y las cosas que se dijeron. Si ella pudo superarlo, tú puedes reprimir tu rabia por no saberlo durante seis semanas.

Me mordí la parte interior de la mejilla mientras tomaba mi bebida.

—Lo sé —asumí en voz baja.

—Tienes que estar enfadado, igual que ella. Te confundes, igual que ella. Pero lo que no puedes hacer es ocultarle nada mientras te quejas de que ella hace lo mismo.

—¿Qué?

—Vamos, Chris. No seas estúpido. Ninguno de nosotros sabe por qué te fuiste realmente. Sabía que la dinámica de tu familia era una mierda y que probablemente tenía algo que ver, pero no sé los detalles. Y honestamente... No me importa. Te veo bien, te fue bien y mi maldito amigo ha vuelto. ¿Pero y Jessi? Ella dio a luz a tu hijo. Ella hizo toda esa mierda sola. Todo el embarazo, los antojos y el parto. Los cólicos del bebé, las noches sin dormir; todas cosas nuevas y desconocidas de una madre primeriza; las primeras cacas y las alimentaciones nocturnas. Todo eso, ella sola.

—No tendrá que hacerlo más.

—Y eso está bien. Muy bien. Te aplaudo por ello. Pero sigues ahí, sentado y quejándote de que no te haya contado lo de Caleb cuando sé muy bien que no le has dicho por qué te fuiste en primer lugar. Y si alguien se merece la respuesta a esa pregunta, es ella.

Mierda.

Justin tenía razón.

—Te advierto que aunque hay un montón de cosas que has establecido que no me permitirías hacer, yo también te voy a advertir que hay una cosa que no te permitiré hacer.

—¿Y qué es?

—No dejaré que le hagas daño de nuevo.

—Justin, no tengo ni idea de lo que tu hermana siente por mí.

—Entonces habla con ella. ¿Por qué cojones te sientas aquí? Ve a hablar con ella, hombre.

—Estoy aquí porque tenemos que aclarar las cosas entre nosotros. Odio esta mierda. Quiero a mi amigo de vuelta.

—Nunca me fui. Me enfadé contigo al enterarme de lo que pasaba, pero no me fui como tú. Y nunca lo haré. Ahora actúa como el hombre que eres, y no te limites a fingirlo.

Saqué el teléfono del bolsillo y busqué en la pantalla su nombre. Justin cruzó los brazos sobre su pecho y se inclinó hacia atrás en la silla, mientras yo marcaba el número de Jessi.

—¿Chris? —preguntó ella—. ¿Eres tú?

—Hola, Jessi.

—¿Cómo estás? Quiero decir, ¿estás bien?

—Estoy bien. Siento haberme ido de la manera en que lo hice. Quería reunirme y hablar con tu hermano mientras aún estaba en mi mente.

—¿Está todo bien?

—Todo está bien. —Sonreí—. Quería preguntarte algo.

—Claro. Adelante.

—¿Podríamos cenar juntos mañana por la noche?

—Sí. Claro. Está bien. ¿Alguna razón?

—¿No puedo llevar a la madre de mi hijo a cenar?

Justin sonrió y sacudió la cabeza mientras buscaba su sándwich que acababa de traer la camarera.

—Supongo que sí. Déjame llamar a Marcia y asegurarme de que está libre.

—Si no, estoy seguro de que a tu hermano no le importará hacer de niñera.

Justin me miró de reojo mientras yo sonreía.

—Déjame llamarla, pero estoy segura de que todo irá bien —dijo Jessi.

—Entonces te recogeré mañana sobre las seis.

Colgué el teléfono y lo volví a meter en mi bolsillo. Justin seguía mirándome con asombro. Tomé mi sándwich y le di un bocado, dejando que volviera el tono amistoso con mi mejor amigo.

—¿En serio? ¿Voluntario para hacer de niñera? ¿Y si Roxy y yo tuviéramos planes para mañana?

—¿Tenéis planes para mañana?

—No, pero esa no es la cuestión.

—Entonces considéralo como un gesto para sellar la paz en nuestra amistad.

—¿Significa esto que podemos volver a tomarnos unas copas todos los viernes por la noche?

—Depende de cómo vayan las cosas con Caleb.

—¿El martes por la noche?

—Déjame que solucione mis cosas de una en una y volveremos a tomarnos esas cervezas.

—Demonios, me quedaré con él en tu casa. Es más bonita que la mía. Te ayudé a arreglarla, ese lugar apestaba cuando lo encontramos por primera vez.

—Era un basurero. Pero ya no lo es.

—Si las cosas van realmente bien entre vosotros, ¿crees que se mudarán contigo?

Escondí mi sonrisa y di otro mordisco a mi sándwich.

—Un paso cada vez —le recordé—. Lo resolveremos sobre la marcha.

Capítulo 37

Jessi

Estaba nerviosa. Me retorció las manos en el regazo y no dejaba de mirar hacia la puerta del restaurante. Chris había llamado preguntando si podíamos quedar para hablar y eso me preocupaba, pero estaba dispuesta para cualquier cosa. Sabía que él y mi hermano habían estado juntos. Justin me llamó y, aunque no entró en detalles, me dijo que creía que las cosas estaban mejor entre ellos. Creo que quería intentar calmarme sobre la cena, pero solo me produjo curiosidad.

Lo que alimentó mi ansiedad.

Ví a Chris entrar y nuestros ojos conectaron. Lo saludé con un gesto y lo vi acercarse con las manos metidas en los bolsillos. No estaba segura de qué hacer. ¿Debería levantarme y abrazarlo? ¿Darle un beso en la mejilla? ¿Quedarme sentada y no tocarlo en absoluto? No tenía ni idea de lo que pasaba entre nosotros y no sabía hacia dónde iríamos después de esta noche.

Todo lo que esperaba era que no intentara quitarme a Caleb.

—Te veo muy bien —dijo Chris a modo de saludo.

—Tú también.

—¿La niñera está con Caleb?

—Oh, sí. Marcia estaba libre esta noche —lo tranquilicé—. ¿Por qué? ¿Querías que lo trajera? Puedo ir a buscarlo si quieres.

—Toma un respiro, Jessi. Todo está bien.

—¿Te ocurre algo?

—Probablemente que todavía estoy molesto.

—Y tienes todo el derecho a estarlo.

—Pero tú también tienes derecho a estar enfadada.

—Lo tengo.

—¿Cuánto sabes de mi familia, Jessi?

—No te sigo.

—Sobre mi familia en general. ¿Cuánto sabes?

—No mucho —reconocí, encogiéndome de hombros—. Sé que tu padre murió cuando eras pequeño y que tu madre se volvió a casar. Pero eso es todo. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Tiene que ver con el motivo por el que me fui. —Sentí un escalofrío y me agarré con fuerza a mi silla—. Tenías razón. Soy un hipócrita al insistir en que me ocultaste a Caleb, cuando yo escondo la razón por la que me fui.

—¿Por qué te fuiste?— Pregunté, sin aliento.

Él suspiró fuerte y me miró fijamente.

—Cuando mi madre se volvió a casar, las cosas fueron cuesta abajo muy deprisa. Mi padrastro fingió que le gustaba cuando salían, pero poco después de casarse las cosas cambiaron. Me quedé atrapado en un montón de programas extraescolares y las niñeras nocturnas de los fines de semana se convirtieron en mi vida. Por eso salía mucho con Justin los fines de semana. No me gustaba

quedarme en la casa de la niñera y a tus padres no les importaba que me quedara a dormir todo el tiempo en tu casa.

Asentí con la cabeza mientras mis dedos se envolvían en la tela de mi vestido.

—Era un bebedor. Nadie lo sabía porque no bebía fuera de la casa, pero dentro era un pez. Y estaba enojado. Lo cual nunca es una buena combinación. Hubo muchas veces que lo vi golpear a mi madre y si intentaba pegarme, ella se interponía entre nosotros.

—¿Sabe Justin algo de esto? —le pregunté, alarmada.

—Un poco, sí. Lo suficiente para saber que mi padrastro es un imbécil. Pero un día, tuve suficiente. Me cansé de verlo agredir a mi madre de forma verbal y físicamente. Regresé de un trabajo que había encontrado y lo descubrí aprisionando a mi madre contra el sofá. Ella gritaba y gritaba «basta» y él no se apartaba de ella. Seguía diciendo cosas como, «lo que es tuyo, es mío ahora» y mierdas así.

—Oh, Dios mío —sollocé sin aliento.

—Lo arranqué de encima de mi madre y empecé a pegarle. Un golpe tras otro... Me invadió una furia ciega y ella gritaba, pero yo seguí golpeándolo y cuando me di cuenta tenía las manos manchadas de sangre.

—¿Qué pasó, Christopher?

—Mi madre se puso de su lado. —Soltó una risita.

Yo creí que no hablaba en serio.

—¿Qué?

—Ella se puso de su lado. Me dijo una mentira de mierda sobre que estaban haciendo un juego o algo así. Que ella tenía el control total de la situación aunque el miedo le saliera por los ojos. Le dije que llamaría a la policía porque tenía suficientes moretones como para encerrar a ese imbécil por mucho tiempo y me amenazó.

—¿Con qué?

—Llamé a la policía de todos modos, pensando que estaba demasiado alterada para saber lo que decía. Fue a mi armario y metió una pequeña bolsa de polvo blanco, luego me miró a la cara y amenazó con decirle a la policía que traficaba con drogas.

—¿Qué?

—Eso habría destruido mi carrera, Jessi. Le dije que estaba loca y que el lunático con el que se había casado merecía estar en la cárcel. ¿Quieres saber cuál fue su respuesta a eso?

Sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla cuando los ojos de Chris se volvieron vidriosos.

—Abrió la bolsa de polvo blanco y me la tiró. Cubrió toda mi camisa con ella.

Sacudí la cabeza con incredulidad mientras la miraba sin creer lo que estaba haciendo.

—Habría arruinado mi carrera, Jessi. Estaba allí con mi madre que protegía a aquel bastardo del que llevaba su sangre en mis manos. Tenía mi cara y la ropa cubierta por su cocaína y nadie me hubiera creído por la forma en la que ella lloraba por aquel pedazo de mierda. No tuve elección. Me obligó a marcharme a cambio de no meterme en la cárcel.

—¿Dónde está tu madre ahora, Chris?

—No lo sé. Volví porque había oído que se habían mudado de la zona. Fueron desalojados de su casa. A riesgo de hacerte enojar más, fue la razón por la que regresé. La ciudad de Los Ángeles siempre ha sido mi hogar y cuando me enteré de que se habían ido, volví. Sabía que había construido una carrera lo suficientemente estable como para soportar el traslado, así que lo hice.

—¿A dónde fuiste? Cuando te marchaste, quiero decir...

—Estuve por muchos lugares y ninguno fijo. Hice algunos conciertos en Seattle. Un par en San

Francisco. Fui a Nueva York unas cuantas veces y construí una red de gente que podía usar para sumergirme en la piscina de Los Ángeles cuando volviera. El plan siempre fue regresar cuando se marcharan. No sabía lo que esos dos psicópatas harían si yo volvía mientras estuvieran aquí.

Alcancé la mano de Chris y la tomé dentro de la mía.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Te merecías una explicación. Tú me lo dijiste y Justin me lo dijo. Así que cuando te digo que quiero ser un mejor padre para Caleb de lo que nunca tuve en mi vida, eso es lo que quiero decir.

—Oh Chris —susurré a punto de echarme a llorar.

Me levanté de la mesa y lo puse de pie. Le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé. Ambos estábamos temblando y él se enterró en mi cuello. Nos quedamos de pie, abrazados y en silencio, junto a la mesa, mientras la gente nos miraba sin saber qué ocurría, pero no me importó.

Le pasé los dedos por el pelo y murmure en su oído.

—Lo siento mucho.

—No puedo creer que se pusiera de su lado.

—Lo siento mucho, Chris.

—¿Cómo pudo ponerse de su lado?

—No lo sé. No lo sé, Chris. Pero siempre tendrás un lugar aquí. Con mi familia. Con la familia que hagamos nosotros.

Su abrazo se hizo más fuerte y una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Te amo, Jessi.

Fruncí el ceño cuando me alejé de Chris.

—¿Qué has dicho?

—Que te quiero. Te amo —repitió—. Siempre lo he hecho. Te he amado desde nuestra primera cita y nunca dejé de amarte. Ni después de irme ni tampoco cuando iba de ciudad en ciudad. La atracción que ejercías sobre mí, nunca desapareció, pequeña.

Sentí que mi mandíbula temblaba mientras su apodo resonaba en mis oídos.

—No puedo dejar que mi ira hacia esta situación me consuma por más tiempo. Puedo culpar a quien quiera, pero eso no cambia lo que pasó en el pasado. Quiero criar a Caleb contigo. No solo como un padre con derecho a visitas, sino a tu lado, Jessi. No puedo perderte. Otra vez, no.

—Yo también te amo —declaré sin aliento.

—¿En serio?

—Oh sí. Más de lo que estaba dispuesta a admitir hasta la última vez que hablamos. Cuando te vi con Caleb en brazos y la forma en que estabas con él. Lo feliz que es cuando estás cerca y lo feliz que soy cuando estás cerca...

Atrapé una lágrima que corría por su piel.

—Tengo algo que admitir —confesé.

—¿Qué es?

—Realmente me vas a odiar por ello.

—¿Más de lo que odié a mi madre por elegir a mi padrastro antes que a mí?

—No lo sé. ¿Quizás?

Los dos nos sentamos y me aclaré la garganta.

—Cuando te vi en el desfile que hicimos juntos, me sorprendió. Pero sobre todo, estaba enfadada. Me pregunté cuánto tiempo estarías en la ciudad y si Justin lo sabía o no. Y luego la primera vez que me invitaste y me dijiste cómo Justin te ayudó a restaurar esa casa de la playa...

me volvió loca. Eso confundió mi plan.

—¿Qué plan?

—Quería hacerte daño como tú me hiciste a mí.

Lo vi hundirse en su silla mientras se reía.

—Por eso no me hablaste de Caleb —aseveró en lugar de preguntar.

—Iba a engañarte y luego a dejarte. Quería herirte como tú me heriste a mí. Imaginé que protegía a otras mujeres de ti si podía mostrarte tal y como creía que eras. Pero después de la primera noche que pasamos juntos en tu casa, se arruinó mi idea de venganza.

—¿Cómo ocurrió?

—No estaba dispuesta a admitirlo, pero estar contigo esa noche me recordó todas las razones por las que te amé en el pasado. Salí de esa primera noche sintiéndome más confundida que nunca por mi deseo de venganza. Pasé más tiempo contigo con la esperanza de darme cuenta de que no estaba enamorada, que simplemente me aferraba a la idea de lo que teníamos antes de que te fueras. Pero no funcionó. —Escondí la mirada en mi regazo y encogí los dedos—. Cuanto más tiempo pasaba contigo, más me daba cuenta de que te amaba. Más bien, me di cuenta de que nunca dejé de amarte, aunque probablemente debería haberlo hecho. Y eso me cabreó. Y me hizo sentir vulnerable. Y me hizo odiarte más. Pero te deseé como lo hice hace todos esos años. Empecé a soñar contigo otra vez y me desperté deseando que estuvieras a mi lado. Cuando estábamos juntos...

—Era como si nunca me hubiera ido —agregó él.

Levanté mi mirada hasta la suya y le vi ofrecerme la mano por encima de la mesa. La acepté y dobló los dedos encerrándola.

—Ya no estoy enfadado por esta situación —confesó Chris—. Eso no sería bueno para Caleb. Así que quiero proponerte una idea.

—¿Qué clase de idea?

—Una pizarra en blanco.

—Ya...

—Todo está sobre la mesa. ¿Verdad? —preguntó con cautela.

—No tengo nada más que decir, ni nada más que ocultar.

—Bien, porque yo tampoco. Pero si vamos a criar a Caleb como ambos queremos, entonces tenemos que empezar de nuevo. El pasado está en el pasado y ahí es donde tiene que quedarse.

—Estoy de acuerdo.

—Así que de ahora en adelante, somos nosotros. Ahora mismo, con nuestro hijo.

—¿No estás realmente molesto?

—Es un desperdicio de energía continuar enfadado por estas cosas. No lo cambiaremos, pero podemos reconocer que sucedió. Te quiero, Jessi. Y tú me amas a mí. Así que centrémonos en eso.

—Bien. Entonces... ¿de qué quieres hablar?

—¿Recuerdas la segunda cita? —preguntó de forma enigmática.

—¿Hablas de la segunda cena en la que nos escabullimos? ¿O de la segunda vez que estuvimos juntos a solas?

—La segunda vez que estuvimos juntos a solas. ¿Cuando vine a llamar a tu ventana?

—Nos besamos en la azotea de mis padres mientras tú le ponías los nombres equivocados a todo tipo de constelaciones imaginarias —recordé, con una sonrisa.

—Oye, a ti te gustaba —me regañó, riéndose.

—¿Qué pasa con eso?

—Me gustaría llevarte a ver las estrellas de nuevo. Y esta vez, no voy a nombrar constelaciones inventadas.

—Bien. ¿Dónde quieres que vayamos a mirar estrellas?

—En la playa, frente a mi casa. ¿Quizás este fin de semana? ¿El viernes por la noche, tal vez?

—No puedo ir el viernes por la noche. Estaré agotada por mi sesión de fotos.

—¿El sábado por la noche?

—Hablaré con Marcia y veré qué puedo arreglar.

—¿Qué sesión de fotos tienes el viernes?

—La asociación con Curvy Leggings me abrió algunas puertas aquí en Los Ángeles. Tengo otra línea de ropa que quiere que sea la cara de su producto.

—¿No es eso un conflicto de intereses?

—No. Curvy Leggings solo confecciona mallas. Esta marca de ropa se especializa en vestidos que hace una chica a medida. Se conectan en línea e indica al cliente cómo tomar sus propias medidas. Luego encuentran un vestido que les gusta y lo envían para que sea personalizado.

—Parece una buena idea.

—Sí. Me hicieron probar el servicio la semana pasada y el vestido que me cosieron quedó impresionante.

—¿Podría verlo alguna vez?

—Lo estás mirando. —Señalé mi cuerpo.

Chris me ayudó a levantarme de mi asiento y me hizo girar. Dio un silbido bajo y sonreí cuando me rodeó con un brazo. Luego, nuestros ojos se encontraron con los del resto del restaurante.

—Es un buen vestido. —Observó.

—Yo también lo pensé.

—Y te queda fabuloso.

—Gracias.

—Pero todo te queda bien. Esa es una ventaja de ser la modelo más sexy del planeta.

—Oh, basta. No digas tonterías.

—No son tonterías. El mundo entero está empezando a darse cuenta, Jessi. Estás cogiendo vapor no solo por tu aspecto, sino por el mensaje que envías. Siempre has sido guapa para mí. Siempre la más preciosa para mí.

Me perdí en sus ojos mientras me inclinaba hacia su fuerte cuerpo.

—¿Queréis pedir ya la cena? —La camarera se acercó a nosotros.

Nos sentamos e hicimos el pedido. Después, Chris empezó a hablar de su proyecto de *reality show* y me explicó algunas de las coreografías y cómo iba a funcionar el programa de televisión. Los números que tendría que coreografiar y cómo tendría que estar constantemente de guardia una vez que el programa se lanzara a su concepto de los más vistos.

—Suena como una muy buena oportunidad.

—Si despega, podría convertirse en la plataforma que necesito para saltar a lo que realmente quiero hacer, que es trabajar con los mejores del mundo y emparejarlos con bailarines que tengan talento. No solo caras bonitas.

—¿Cuándo se lanza el programa? —Me interesé.

—Ya están terminando las audiciones y me necesitarán a menudo para la coreografía de grupo que ayudará a reducir a los aspirantes. El espectáculo en sí no se lanzará hasta dentro de un par de meses, pero estaré de guardia regularmente, dentro de las próximas tres semanas más o menos.

—¿Tendrás un horario fijo?

—Según tengo entendido, será según me necesiten. Ya he filmado la coreografía para los créditos de apertura del espectáculo y me han pagado por ello. Ahora es cuestión de llevar a los bailarines elegidos a Los Ángeles y ponerlos bajo un mismo techo para que otros coreógrafos y yo podamos ayudar a los jueces a elegir quiénes pasarán a las siguientes rondas o lo que sea.

—Suena riguroso.

—Lo es. Y también emocionante. Los bailarines viven para eso.

Nuestra comida llegó, pero se enfrió mientras seguíamos hablando. Terminamos tomando todo para llevar y nos dirigimos a mi casa. Me sentía muy bien, tal y como iban las cosas. El aire se había despejado, los secretos se habían revelado y de alguna manera terminamos en un lugar mejor que el que teníamos al principio. Sostuve su mano mientras subíamos los escalones de mi casa y sus manos cayeron sobre mis caderas mientras abría la puerta.

—¿Listo para ir a ver a nuestro hijo? —le pregunté en voz baja.

Sus labios cayeron contra mi cuello mientras un escalofrío caía en cascada por mi columna.

—Siempre.

Capítulo 38

Christopher

Jessi despidió a la niñera en la puerta y yo llevé a Caleb para darle un baño. Me sorprendió cómo me permitió tomar las riendas. Imaginé que estaría pendiente de mí para instruirme sobre qué hacer, pero fue sorprendentemente indulgente con mi forma de llevar mi reciente paternidad.

Cuando terminé de darle el baño, lo sequé con una toalla. Sonreía constantemente y trataba de pegarme en la nariz. Me incliné hacia adelante y le di un beso, maravillado por lo suave que tenía su piel.

Mi hijo. Estaba besando a mi hijo.

Lo llevé a su habitación mientras se oía el tintineo de los platos en la cocina. Imaginé que Jessi estaría fregando y me encargué de averiguar cómo poner los coloridos pañales a Caleb. Me costó unos cuantos intentos meterlo en uno, pero finalmente lo logré.

Con un poco de ayuda de YouTube.

Decidí ponerle un pijama abrigado y me senté con él en la mecedora. Quería tener a mi hijo contra mí, mirarlo a los ojos y asegurarle que siempre iba a estar con él, que los últimos nueve meses de su vida sin mí, no volverían a repetirse.

Después de un rato, encontré a Jessi apoyada en la puerta. Ella observaba cómo acunaba a mi hijo que roncaba suavemente. Se apartó del marco y caminó hacia mí, balanceando las caderas y sonriendo.

—Lo dejaré en su cuna —sugirió.

Me quitó a Caleb de los brazos y observé cómo lo acomodaba con ternura. Luego salió de la habitación y la seguí a través del pasillo hasta su dormitorio, donde la encontré de pie junto a su cama.

Cerré la puerta y me di la vuelta para abrazarla.

Allí estaba, en todo su esplendor, con sus caderas anchas, sus muslos exuberantes y sus preciosos pechos. El cuerpo que había llevado a mi hijo, encerraba el alma de la mujer que había llegado a amar. La mujer que siempre había amado. Me senté a su lado en la cama y tomé su mano, llevándola a mis labios para besarla.

—Me sorprendió que no me acompañaras en la rutina nocturna de Caleb.

—Es importante para él tener una rutina con su papá.

—¿Quieres que establezca mi propia rutina con él?

—Sí. Todos los padres tienen una rutina específica con su hijo. Yo tengo la mía con Caleb y él sabe lo que viene cuando soy yo. Marcia tiene una con él y él sabe lo que viene cuando es ella. Ahora necesitas una rutina con él, para que sepa lo que viene cuando esté contigo.

—¿Así que estás de acuerdo con esto hasta ahora?

—¿Tú estás de acuerdo? —preguntó ella.

Sus ojos se anclaron en los míos antes de besarla. Acaricié su mejilla con una mano, su piel era tan suave que siempre me impresionaba. Sin interrumpir el beso, sentí su mano en mi muslo y se pegó a mí.

—Estoy más que bien —dije.

La incliné de nuevo sobre la cama y sus piernas se abrieron para mí. Como siempre lo hacían y siempre lo harían. Arrastró las manos por mi espalda, dándome un masaje y acurrucándose contra mí, mientras yo acariciaba sus piernas desnudas. Era una mujer fascinante. Una mujer de la que no me cansaba. Desde aquellos días de añoranza por ella que pasé cuando estaba en su casa con Justin hasta ahora, no había sido capaz de sacármela de la cabeza.

Nunca dejé de amarla, sin importar lo que se pusiera en nuestro camino.

La besé en el cuello, en la mejilla, en los pechos. Sus pechos...

Junté los dedos y le clavé las muñecas a la cama. Le quité el vestido y la ropa interior y luego me desnudé con torpeza, mientras veía a Jessi lamerse los labios.

Me arrodillé ante ella y pude sentir el calor de su coño irradiando contra mi muslo. La aplasté sobre la cama, sus manos serpenteando sobre mi torso. Jessi absorbía los movimientos de mis músculos, viendo cómo mi piel se movía al tocarla.

Sus ojos se oscurecieron con una nebulosa de lujuria mientras tomaba sus manos dentro de las mías.

Las inmovilicé sobre su cabeza y me coloqué entre sus piernas. Dibujé uno de sus pezones entre mis labios mientras se retorció contra mí. Sus caderas se movieron y su cuerpo se dobló. Sus piernas trataban de arrastrarme hacia ella. Solté sus manos lo suficiente como para envolver mis brazos bajo sus piernas, antes de juntar nuestros dedos de nuevo.

La tenía inmovilizada. No podía tocarme y me puse de rodillas con sus pies sobre mis hombros. Mi polla se acomodó en su entrada, burlándose de ella con su calor mientras jadeaba.

—Por favor, Chris. Te necesito.

—Oh pequeña. ¿Qué te he dicho sobre la paciencia?

Me deslicé dentro de ella, gimiendo con cada centímetro. Su cuerpo tembló por mí. Me dio una sacudida mientras me hundía en su jugoso coño. Mi polla entraba y salía, brillaba con sus jugos y su excitación mientras resbalaba cada vez más profundo.

Lentamente la penetré de nuevo. Su cuerpo se estremecía de placer y sus piernas se cerraban alrededor de mi cuello. Ella estaba intentando manejar la situación, cualquier cosa para ganar alguna apariencia de control, pero esta noche no era suyo en absoluto.

La arqueé sobre la cama y puse sus manos sobre la cabeza. La besé y jadeó al sentir mi cuerpo descansando en la parte posterior de sus muslos. Ella temblaba. Tenía los pezones como cimas puntiagudas y mi polla estaba envuelta en su calor, su coño palpitaba en un intento de hundirme más.

—Qué cuerpo tan codicioso —suspiré contra su piel.

—Por favor, muévete. Por favor, Chris.

—Tan educada me lo pides...

Me deslicé hacia afuera antes de volver a meterme de golpe.

Choqué mis labios contra los suyos para amortiguar sus sonidos y que no despertara a Caleb. Se arqueó hacia mí, sus dientes mordisqueando mi labio inferior. La golpeé, tomándome mi tiempo y sintiendo el pulso de su coño alrededor. Sus jugos goteaban por mis bolas mientras golpeaban su culo. Podía sentir sus piernas sacudiéndose cada vez que rozaba su clítoris.

Gemía en mis labios con cada embestida que daba.

Abrí los ojos y encontré los suyos mientras aceleraba el ritmo. Seguí besándola. Una y otra vez mientras nuestros ojos se mantenían conectados. Nuestros ojos nunca se separaron y sus manos se apretaron alrededor de las mías, sus uñas clavándose en mi piel.

—Chris. Yo... te amo Chris. Te quiero a ti. Te quiero. Te quiero. Te amo.

Su cuerpo se arqueó contra el mío y puso los ojos en blanco. Su coño exprimía mi miembro y aceleré el ritmo para llevarla hasta un impresionante orgasmo. Sin dejar de besarla, gimió en mi boca y mi garganta se tragó sus sonidos.

Le clavé las muñecas en la cama mientras su cuerpo se entregaba a mí.

Su espalda cayó a la cama, pero no me detuve. Entré profundamente en ella, sintiendo sus escalofríos con cada golpe que daba. Mi polla palpitaba y mis caderas no paraban de moverse. Los dedos de mis pies se clavaban en el colchón y mis rodillas trataban de hacer palanca. Su sexo me empujaba hacia adentro. Jessi me estaba engullendo. Apoyé la frente contra la suya y respiramos el aire del otro.

Estaba lleno de ella y ella de mí. Y no había nada que pudiera separarnos físicamente.

—Te amo, pequeña. Más de lo que puedas imaginar.

Solté sus manos y la recogí en mis brazos mientras sus piernas se deslizaban de mis hombros. Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuello mientras su cuerpo se hundía en mi polla por última vez. Caí de nuevo en la cama, nuestros cuerpos rebotando mientras mantenía sus caderas cerca de las mías.

Llené su cuerpo con mi semen y lo succionó con avaricia.

Se acomodó en el hueco de mi cuello y acaricié su espalda. Recorrí sus hombros, su cara y sus labios con los míos; después retiré su pelo de la frente para poder ver su mirada satisfecha.

La hice rodar a un lado y su cuerpo se acurrucó contra el mío. Completamente sumisa, con una pizca de descarado que me encantaba. Cubrí nuestros cuerpos con las mantas para protegernos del frescor de la noche y me quedé dormido abrazado a ella.

Era hermosa y suave. Tenía gracia y era feroz. Era la madre de mi hijo y la mujer de mis sueños y era mía.

Jessi y Caleb eran míos y nadie me arrancarían nunca más de ellos.

Capítulo 39

Jessi

Cuando me desperté por la mañana estaba abrazada a Chris. Podía oír a Caleb gruñendo en su cuna, pero no quería moverme. Chris era cálido y acogedor y por primera vez desde que lo vi en ese trabajo de pasarela quería disfrutarlo.

Pero los gritos de Caleb iban en aumento y quería que Chris descansara un poco.

Me deslicé de la cama y agarré mi bata del suelo. Me puse unas bragas y me até un lazo alrededor de la cintura para ir a buscar a mi hijo. Lo llevé en brazos a la cocina y rápidamente me puse a trabajar en su desayuno.

Un huevo revuelto y puré de manzana.

Estaba encendiendo la cafetera cuando unos brazos me rodearon por la espalda. Chris me besó en el cuello y me reí cuando agarró una tostada que acababa de hacer y sacó una silla de debajo de la mesa de la cocina.

—Buenos días, pequeño. ¿Cómo has dormido? —Caleb lo saludó con unos ruiditos y eso me calentó el corazón—. ¿Qué estás comiendo? ¿Mamá te preparó unos huevos? Mmm, tienen buena pinta. ¿Mamá ha hecho más huevos?

—Mami puede hacer más huevos —repuse con una sonrisa—. ¿Cómo le gustan a papá?

Miré hacia atrás y vi a mi hijo sonriendo a Chris mientras hablábamos.

—Me gustan de todas formas, mamá —informó él.

Me dispuse a preparar el desayuno para todos y escondí una sonrisa. Cuando el café estuvo listo, Chris se levantó y sirvió una taza para mí, indicándome que lo acompañara. Se sentó de nuevo al lado de Caleb y los dos siguieron con su original conversación entre chapurreos y alabanzas. Incluso vi cómo lo ayudaba con un trozo de huevo que insistía en caérsele de la boca.

Verle a él y a su hijo juntos era lo mejor del mundo.

—Si quieres quedarte hoy y pasar más tiempo con Caleb, puedes hacerlo —sugerí dando un trago a mi café.

—¿Te parece bien que lo lleve a mi casa?

—No hay problema, aunque nunca he llevado a Caleb al océano.

—¿Por qué? Vives justo al lado.

—Bueno, hay muchos factores que influyen. A la gente le gusta fotografiarme y no quiero ver la imagen de Caleb por las redes sociales. Luego está el protector solar y también la arena. Me da miedo que se lo coma y ese tipo de locuras.

—¿Nunca te has sentado con él para ver cómo sube la marea?

—No se me ha ocurrido hacerlo. Estaba siempre tan cansada al principio que procuraba dormir todo el tiempo que podía.

—Bueno, ahora no tendrás ese problema. Quiero estar cerca para ayudar tanto como pueda.

—Entonces, por supuesto, quédate.

Los dos desayunamos y Chris continuó vinculándose con Caleb. Le dio un baño y preparó todo para que fuéramos a la playa. Me aseguré de que lleváramos protector solar, ropa de recambio y

aperitivos y bebidas. Luego montamos en mi coche y fuimos a la propiedad de la playa donde vivía Chris.

Nos instalamos en la arena y no había tanta gente como pensé que habría. Le puse protector solar a Caleb y unos manguitos de flotador en los brazos por si se volvía aventurero.

Chris se lo llevó al agua y estuvieron un buen rato jugando en los charcos que formaban las olas. Verlos juntos me encogía el alma y me apretaba el corazón. Esto era lo que faltaba entre Caleb y yo. Una dinámica que solo podía darle un padre. Mi hijo se reía a carcajadas mientras pateaba el agua y Chris estaba allí para observarlo en todo momento.

Verlos a los dos jugando juntos me hizo llorar.

—Creo que está listo para un aperitivo —dijo Chris.

—Menos mal que traje muchos. ¿Quieres un poco de banana, amigo? ¿Hmm? —Caleb se acurrucó en el hombro de Chris y supe que no tenía hambre—. Creo que está cansado.

—¿Quieres que lo lleve a la casa? —ofreció Chris.

—No hace falta. Tenemos una sombrilla y una manta ligera. Además, las sillas se reclinan hacia atrás. Puede dormir sobre mí.

—¿Podría dormir sobre mí? —Los ojos de Chris se iluminaron.

—Por supuesto que puede. Ven a sentarte. Sacaré la manta.

Chris se acomodó en su silla mientras Caleb se dormía en su hombro. Saqué la fina manta con la que cubría a Caleb y se la entregué. Nuestros dedos se tocaron y un escalofrío me subió por la columna. Enseguida se recostó con nuestro hijo en los brazos.

Saqué mi cámara y tomé una foto para guardarla en mi portátil.

—¿Estará cómodo? —preguntó, preocupado.

—Está perfecto.

—¿Te gusta estar aquí?

—Me encanta este lugar. Ahora sé por qué compraste una casa en la playa.

—Podrías traer a Caleb más a menudo —sugirió.

—Te lo dije. Puedes traerlo cuando quieras.

—¿Y si durmiera aquí?

—Mientras puedas prepararle una habitación, no veo problema.

—¿Y si tú también durmieras aquí?

Arqueé una ceja y lo miré.

—¿Qué estás preguntando?

—Digo que Caleb y tú vivís en un espacio pequeño y yo tengo una casa en la playa lo suficientemente grande para que vivamos los tres. Tú vives de alquiler y yo soy el dueño de este lugar. Tiene acceso directo a la playa y una vista maravillosa por la noche. Mucho espacio para montar la habitación de Caleb y todavía estás cerca de todos tus puntos de sesión de fotos. ¿Por qué no vivís los dos, ya sabes, aquí?

Supe que había palidecido y el corazón me latía a mil por hora.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Quiero decir, ¿cuándo termina tu contrato de alquiler? ¿Es un contrato anual?

—Sí, lo es. Creo que termina en un par de meses.

—Entonces, no firmes uno nuevo. Jessi, traslademos tus cosas y vivamos juntos.

—¿Criar a Caleb bajo el mismo techo?

—¿Por qué no? Es más saludable para él y las cosas entre nosotros van mejor. Yo estoy bien, Caleb está bien.

—Oh, ¿y cómo sabes que Caleb está bien? —Sonreí.

—Bueno, míralo. Está dormido en mi hombro, yo diría que está bastante cómodo con la idea.

—Tal vez solo está cómodo. Puedo atestiguar ese hecho.

—Y podría estar cómodo todas las noches si te mudaras.

Miré hacia el agua mientras una sonrisa se extendía por mis mejillas. Acabar juntos. Como una familia. Y Chris lo decía en serio. Nuestra familia se despertaba en la playa cada mañana. Podíamos dar paseos matutinos en familia y ver el atardecer sobre el océano. Caleb podía crecer surfeando y amando el agua como yo hacía cuando era niña.

Seríamos una familia como la que soñaba cuando estaba embarazada.

—Vale —acepté sin aliento.

—¿De verdad? —Me miró, extrañado—. ¿Lo harás?

—Sí. Quiero decir, si lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio, Jessi. Mírame, —Obedecí y me quité las gafas de sol para mirarlo—.

Lo digo muy en serio. Quiero que os mudéis conmigo, que hagamos esto juntos. Quiero ser un padre para Caleb y quiero... —Ví a Chris extender su mano y tomar la mía—. Quiero ser el hombre que siempre has merecido, Jessi. El hombre que sé que soy.

Sonreí mientras las lágrimas me llenaban los ojos.

—Te amo, Chris.

—Yo también te quiero, Jessi.

Me incliné hacia adelante y apreté mis labios contra los suyos mientras Caleb dormía sobre su pecho. Pude sentir el amor que me tenía y cuando me acarició el pelo, descendió la mano hasta la nuca y me sostuvo contra él, con los labios juntos.

Me relajé y deslicé mi brazo por su cuerpo y el de mi hijo.

Nuestro hijo.

Tuve la sensación de que pronto tendríamos muchos más en nuestro futuro. Un futuro que brillaba tanto como el sol que había adormecido a nuestro bebé.

Epílogo

Christopher

Un año después

Estaba sentado en la mesa con Jessi mientras mis manos daban vueltas a la pequeña caja roja. Jessi se veía fabulosa esa noche y tuve suerte de que sus padres aceptaran cuidar a Caleb por la noche. Había pasado un año desde que se trasladaron a vivir a mi casa de la playa y las cosas iban perfectamente. Tanto, que convencí a Jessi de que cambiara el apellido de Caleb por el mío.

Pero había un apellido que todavía tenía que cambiarse.

—¿Le apetece una copa de vino? —preguntó la camarera.

—Oh, no, gracias. Esta noche tomaré agua —dijo Jessi.

Fruncí el ceño mientras la camarera apuntaba el pedido.

Nunca había visto a Jessi rechazar una copa de vino. O cualquier bebida alcohólica, en general. Disfrutaba al menos de un vaso con sus cenas. Y a veces, incluso sus almuerzos. Todo con moderación era un lema que ella vivía y eso significaba absolutamente todo.

Entonces, me miró y me di cuenta de que estaba nerviosa.

—¿Pasa algo? —le pregunté—. ¿No te gusta este restaurante?

—Me encanta. ¿Por qué crees que no me gusta?

—No lo sé. Pareces un poco fuera de lugar. ¿Por qué no has pedido vino? ¿Tomaste una copa antes de que viniéramos?

—No. —Fue muy clara.

—Jessi, te conozco. Sé cuando algo te preocupa. Si estás nerviosa por Caleb, te prometo que metí en la maleta su medicamento para la sinusitis.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—¿Te gusta ser padre?

La pregunta me tomó desprevenido y deposité la pequeña caja entre mis piernas. Extendí la mano y tomé las suyas, pero al ver lágrimas en sus ojos me preocupé mucho. Algo iba mal.

Muy, muy mal.

—Por supuesto que sí. Jessi, este último año contigo y con Caleb ha sido increíble. Ser padre ha sido la mejor experiencia de mi vida. ¿He hecho algo que te haga dudarlo? —Sacudió la cabeza mientras otra lágrima rodaba por su mejilla. Apreté sus manos entre mis dedos y traté de consolarla, fuera lo que fuera que le pasaba—. No llores, pequeña. Vamos. Háblame. Dime qué te pasa.

—Estoy embarazada otra vez, Chris.

Sus palabras me golpearon como una tonelada de ladrillos. ¿Embarazada? ¿Jessi estaba embarazada otra vez? Una chispa de felicidad encendió un fuego extraño en todo mi cuerpo, salté de mi silla y la tomé en mis brazos.

—¿Hablas en serio?

—Estoy embarazada —repetió.

—¿No me tomas el pelo?

—¿Por qué diablos haría algo así?

Enterré mi cara en su cuello y comencé a darle mil besos por el rostro.

—Oh Dios mío, voy a ser padre otra vez.

Ella sollozó sobre mi hombro y sonrió al mismo tiempo.

—¿Chris?

—¿Sí?

—¿Qué es eso que hay en el suelo?

Miré a mis pies y vi la caja roja abierta en el suelo. Por la emoción de la noticia, el anillo de diamantes que había comprado para Jessi se había salido y había rodado hasta mis pies.

Ella abrió los ojos de par en par y me incliné para recogerlo. Luego tomé su mano izquierda dentro de la mía y la dejé caer sobre mi rodilla.

—Oh Jessi, creo que me has robado el protagonismo esta noche.

—Oh Dios mío. ¿Chris? ¿Qué estás haciendo?

—Criar a Caleb contigo durante este último año ha sido la experiencia de toda una vida. Y sabiendo que nuestra familia crecerá una vez más, no puedo describirte lo feliz que me siento. — La miré a los ojos mientras otra lágrima se deslizaba por su cara—. Las cosas son perfectas, Jessi. Y te amo con toda mi alma. Caleb tiene mi apellido y lo tendrá el bebé que viene en camino, por lo que lo justo es que su madre también tenga mi apellido.

—Oh Chris —susurró.

—Jessi Park, ¿te casarías conmigo?

Ella asintió con la cabeza y deslicé el anillo en su dedo. El restaurante estalló en vítores y aplausos mientras envolvía mis brazos alrededor de su cuerpo. Nos besamos y la arqueé hacia atrás, sintiendo sus brazos alrededor de mi cuello.

La cena estuvo lista para llevar enseguida y nos marchamos a casa.

Subimos las escaleras a trompicones, incapaces de mantener las manos quietas. Pusimos las bolsas de comida en la encimera de la cocina y nos dirigimos al dormitorio, dejando un rastro de ropas por el camino. Caímos en la cama abrazados y no podía dejar de besarla.

Besos por su cara, por su cuello, por sus succulentos pechos y su vientre que llevaba a mi hijo dentro.

Me sumergí entre sus piernas, probándola una y otra vez en mi lengua. El sol poniente cubrió su suave piel con un brillo iridiscente y la vi retorcerse para mí. Doblé sus piernas hacia su pecho y la saboreé a placer.

La alcé en los brazos, colocándola de espaldas y la senté sobre mi polla, con sus gloriosos pechos cara al océano. Interné los dedos con delicadeza en su coño excitado, mientras mi dura erección se deslizaba dentro y fuera de su ardiente calor. Me encantaba cómo se entregaba a mí cada vez, siempre tan dispuesta a complacerme.

—Una chica tan dulce, Jessi. Te quiero mucho.

—Te quiero, Chris. Te quiero tanto, tanto, tanto, justo ahí.

—¿Ahí mismo?

Acaricié su clítoris y levó las caderas para después caer sobre mi polla hasta el fondo.

—Justo ahí —jadeó sin aliento.

—Oh, así que... justo ahí.

—Sí. Sí. Chris. Así.

Seguí penetrándola en un dulce y rítmico movimiento. Gimió y se quejó. Sacudió y sacudió. Su

espalda presionó mi pecho mientras la sostenía firmemente.

Gritó mi nombre en nuestra habitación mientras el sol se ocultaba bajo el océano. Las sombras del atardecer se dibujaron en su cuerpo que se estremecía de placer y, por fin, estallé dentro de ella, sin dejar de bombear corrientes de esperma contra sus palpitantes paredes.

Caí de espaldas y la llevé conmigo hasta quedar tumbados en la cama. Jadeaba en busca de aire y me miró a los ojos.

—Te amo, Jessi —le dije en un susurro.

Salí de ella y la acomodé entre mis brazos.

—Yo también te amo, Chris.

—¿Quieres casarte antes o después de tener el bebé?

—No me importa.

—¿Quieres hacerlo en la playa? ¿O en otro lugar?

—No me importa.

—¿Colores?

—No me importa.

—¿Cantidad de personas a invitar?

—No me importa.

—¿Significa esto que debo contratar a un organizador de bodas? —Se rió y se acurrucó contra mí. Mis dedos dibujaban figuras imaginarias en su espalda—. Quiero que sea un día perfecto.

—Lo será, porque me voy a casar contigo —dijo Jessi. Me dio un beso en el hombro y me estremecí contra su piel—. ¿Tendremos suficiente espacio aquí para un segundo hijo?

—Supongo que sí. —Valoré algunas opciones con rapidez—. Podríamos quitar mi oficina y hacer otro cuarto infantil.

—Pero necesitas tu oficina en casa.

—Necesito que mi familia esté cómoda.

—Solo tenemos un baño. ¿Sería suficiente para cuatro personas?

—Tal vez no, cuando los niños crezcan.

—¿Qué deberíamos hacer?

La miré a los ojos y capturé sus labios con los míos mientras me cernía sobre ella, mi mano trazando la caída de su cintura.

Cerró los ojos y abrió las piernas de nuevo para mí.

—Lo que quieras —murmuré contra su piel—. Podemos hacer lo que quieras.

—Hay una casa en la playa no... ¡Oh, eso no ha sonado bien!

—¿El qué? —Quise saber.

Le metí un dedo en su jugoso coño mientras se inclinaba hacia mi mano.

—No... No lejos de... de aquí. Oh, mierda.

—¿Mhm?

—Tiene...

—¿Qué tiene?

—Mierda. Una habitación para nosotros. Tiene espacio para nosotros.

Deslicé otro dedo y la vi mientras temblaba.

—Así que... ¿quieres ir a echar un vistazo a esa casa?

—Tal... tal vez. Oh, sí. Justo ahí.

—¿Ahí mismo?

—Oh, justo ahí, nene.

Presioné el pulgar en su clítoris y la besé.

—Déjame ver como disfruta mi pequeña y mañana iremos a verla.

El éxtasis se apoderó de ella, su preciosa cara sonrojada por el placer del orgasmo que acababa de darle solo con mis dedos.

Y esto solo era el principio. Estaba preparado para pasar el resto de mi vida complaciéndola en todos los sentidos. Ella era mi pequeña, la madre de mis hijos, la mujer que amaba y la que había hecho realidad todos mis sueños.

Si te ha gustado este libro también te gustará



*Siempre
mía*

VICTORIA SNOW

Siempre mío

Ella está prohibida, pero no puedo resistirme a sus encantos.

Amelia Wilson es mi nueva directora general y es la mujer que dejé en la habitación del hotel hace seis años.

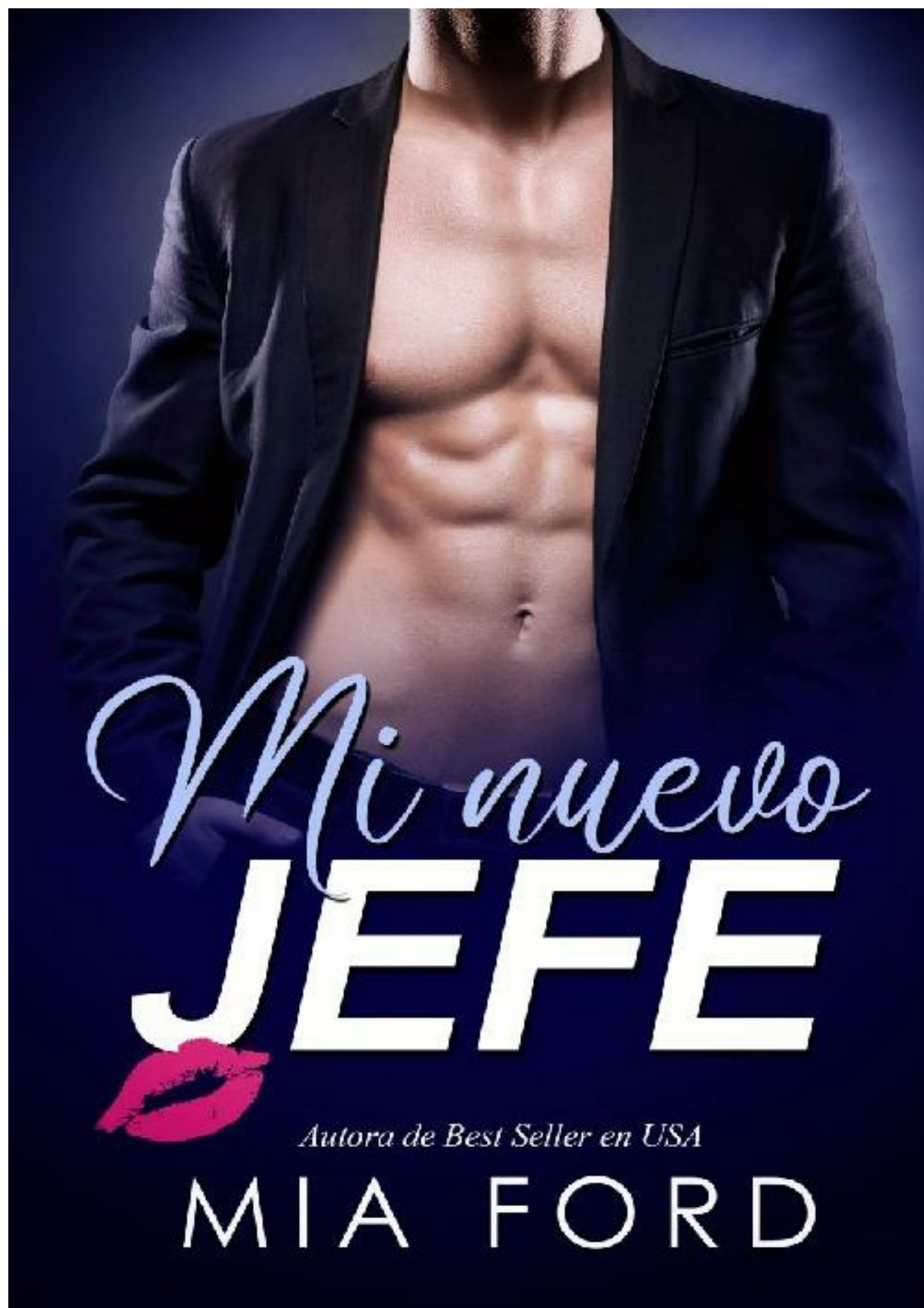
Para mí solo fue una aventura de una noche, pero para ella significó mucho más.

Su torpeza me vuelve loco y quiero hacer las paces con ella.

Pero esta mujer tan sexy no parece interesada.

Y justo cuando creo que todo va a encajar, toma una decisión comercial que puede arruinarme. Estoy seguro que ha sido un truco para vengarse.

¡Supongo que es hora de darle una lección!



Mi nuevo
JEFE



Autora de Best Seller en USA

MIA FORD

Mi nuevo **JEFE**



Conocí a William una noche y quedé prendada de ese millonario sexy de ojos penetrantes. Aunque solo fue una aventura. Mi nueva vida me esperaba en otra ciudad y tras esa única noche lo dejé atrás.

Pero el destino me tenía una sorpresa guardada cuando tras mudarme y buscar un nuevo trabajo, lo vuelvo a ver.

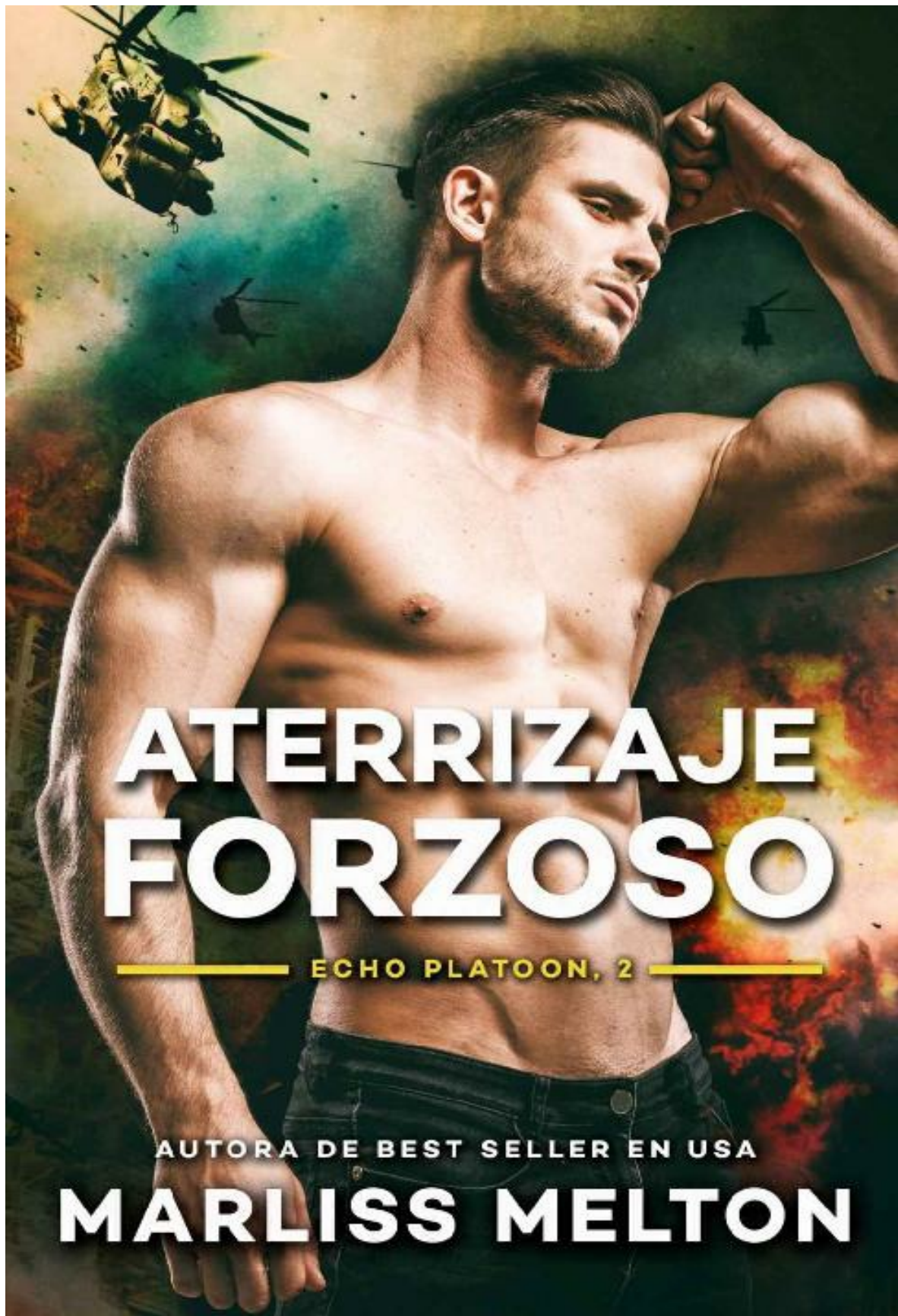
¡SOLO QUE ES MI NUEVO JEFE!

Ahora tengo que verlo cada mañana, sentado detrás de su escritorio, mirándome con esos ojos azules que me hacen sonrojar.

Sí, es William.

Y sí, se siente como si fuera el día del juicio final.

¿Podría ser peor?



ATERRIZAJE FORZOSO

— ECHO PLATOON, 2 —

AUTORA DE BEST SELLER EN USA

MARLISS MELTON

ATERRIZAJE FORZOSO

— ECHO PLATOON, 2 —

El Navy SEAL Brant "Bronco" Adams adora a las mujeres, pero nunca se acerca demasiado a ninguna de ellas, hasta que conoce a la dulce y elegante Rebecca McDougal.

Rebecca es la esposa de Mad Max, el oficial al mando de Brant, por lo que está fuera de su alcance. Desesperada por escapar del infierno de su matrimonio Rebecca acude a Brant, haciéndole ver que su comandante no es el hombre íntegro que todos piensan.

Decidido a protegerla Brant se enfrentará a Max, sin importarle ponerse en peligro con tal de darle a él y a Rebecca un futuro juntos.



Lee los primeros capítulos de nuestros libros en la web de Grupo Romance Editorial

<https://www.gruporomanceeditorial.com/>

Además podrás formar parte de Grupo Romance enviándonos un correo y leer **GRATIS** nuestros libros a cambio de una reseña en Amazon.

¡Te animas!